TAMARA MOLINA

@XTAWIE



matchstories

Índice

Sinopsis

Gala está harta de seguir atrapada en un círculo vicioso de dependencia y toxicidad con su exnovio.

NO CONCIBE UNA VIDA SIN ÉL

Por ello decide dejarlo todo atrás y alejarse completamente de él, con la esperanza de poder sanar su corazón y evitar la tentación de volver a caer en esa destructiva relación.

Huir donde no pueda hacerle daño.

DONDE NO PUEDA ENCONTRARLA

Una nueva vida en la que refugiarse y con la que enfrentarse a sus inseguridades, sus heridas, sus miedos y su inoportuna atracción hacia Gael, un chico que forma parte de su nueva rutina.

CON QUIEN PODRÍA REDESCUBRIR EL AMOR

Pero Gala tiene claro que volver a abrir su corazón no entra en sus planes.

Ella sabe que lo que necesita es centrarse en sí misma.

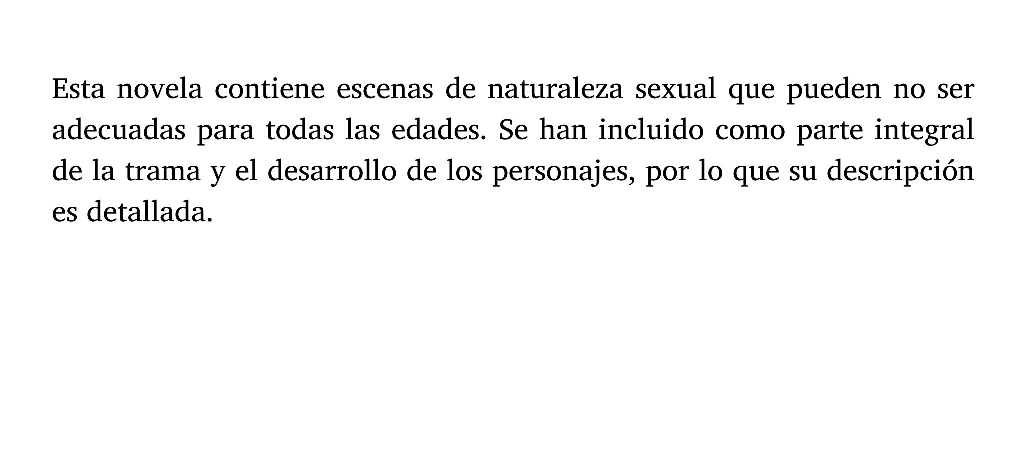
LIBERARSE DEL PASADO, APRENDER A AMARSE Y PERMITIRSE SER FELIZ SIN DEPENDER DE NADIE MÁS

Donde no puedas encontrarme

Tamara Molina

matchstories

Para mis niñas, porque merecéis recibir todo el amor
que dais, que es mucho, muchísimo.
No os conforméis con menos.



Esta novela contiene escenas de naturaleza sexual que pueden no ser adecuadas para todas las edades. Se han incluido como parte integral de la trama y el desarrollo de los personajes, por lo que su descripción es detallada.

Prólogo

Tenía bien claro lo que iba a suceder esa noche, pero una parte de mí quería creer que me estaba equivocando. Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, y en mi caso la poca que me quedaba se esfumó en cuanto lo vi llegar.

Se acercó cabizbajo, arrastrando los pies al andar y evitando que nuestras miradas se encontraran, hasta que la distancia entre nosotros se lo impidió. Levantando la comisura de sus labios, me dedicó una apenada sonrisa y yo le respondí con una igual de triste.

Nada de besos, nada de abrazos.

Me dolía, pero era lo mejor para los dos.

Sobre todo para mí.

La primera vez que me dejó creí que me moría, jamás me había dolido tanto el corazón. Juro que, mientras este se rompía, pude sentir cada uno de sus trocitos rasgarme el pecho por dentro. Recuerdo cómo le rogué entre sollozos que no me dejara, cómo le supliqué una y mil veces que volviéramos a intentarlo. Qué irónico, fui yo la que terminó pidiendo perdón, aun sabiendo que él era el detonante del problema.

Siempre consigue hacerme sentir la principal culpable de todo.

Aquella primera vez creí que mi mundo se desmoronaba, que sin él no era nada, que jamás volvería a encontrar a alguien que me quisiera como lo había hecho él. Pero pasadas unas semanas de nuestra dramática ruptura, ante mi sorpresa, apareció repentinamente en la puerta de mi casa, con una caja de bombones de supermercado en la mano y un «Te echo de menos» entre los labios.

Me pidió una segunda oportunidad y yo, desesperada, se la di. Sin ser consciente de que, en ese preciso instante, me estaba adentrando en un círculo vicioso, del que ahora no sé cómo salir.

Pocos meses después, me volvió a dejar.

Retomamos la relación.

Me dejó de nuevo.

Volvimos.

En un arranque de valentía, lo dejé.

No tardé ni dos semanas en pedirle que volviera.

Volvimos.

Sorpresa, me volvió a dejar.

Esta era la sexta oportunidad que nos dábamos, y a la vista está que terminó en el baúl de las oportunidades fallidas, junto a todas las demás. Podría fingir que me sorprende, que pensaba que esta sería la oportunidad definitiva y que por fin todo iría bien, pero me estaría engañando a mí misma.

Tenía claro que volveríamos a encontrarnos en aquella situación tarde o temprano, porque siempre ocurre algo que lo desmorona todo. Siempre sucede algo que nos hace retroceder, que nos hace alejarnos.

He intentado esforzarme mucho, muchísimo, para que eso deje de ocurrir. He intentado ser la novia perfecta para él. Cuidarlo, mimarlo y darle todo lo que necesitara de mí para que pudiese ser feliz conmigo, igual que yo lo era con él, a pesar de tampoco ser perfecto, a pesar de sus sombras. Evitaba los problemas que podían surgir entre nosotros e incluso ignoraba los que sabía que estaban presentes con tal de poder seguir juntos, de poder seguir con él. Estar a su lado para mí era suficiente.

Hasta ahora.

Amo a Darek con todo mi corazón y me gustaría creer que es el hombre de mi vida. Hubo un tiempo en el que así lo sentía. Por eso he luchado tanto por nuestra relación, porque incluso a día de hoy, aun después de todo el daño que me ha causado, no concibo una vida sin él. Lo quiero, lo amo y lo necesito. Pero el amor a veces no es suficiente, por mucho que tengas para dar. Yo para Darek he tenido tanto amor que no ha sabido dónde guardarlo, así que, como siempre, ha decidido tomar el que le apetecía y deshacerse del resto hasta nuevo aviso, porque, cuando necesite más, siempre sabrá dónde encontrarme.

Me revienta admitirlo, pero, aunque estar con él sea lo que más deseo en mi vida, los deseos son solo eso, deseos. Hace mucho tiempo que entendí que lo nuestro no tenía solución. Sabía que nunca tendríamos un final feliz, pero yo lo seguía buscando, aun sabiendo que con él nunca lo iba a encontrar.

A día de hoy, una pequeña parte de mí lo seguiría intentando,

seguiría dejándose el alma por tratar de continuar junto a él. Pero me niego, esta vez no pienso volver a quedarme esperando a que vuelva. Estoy cansada de todo eso. No pienso continuar dejándome sangre, sudor y lágrimas en una relación que solo yo intento que no se hunda.

Porque he terminado ahogándome en ella.

Esta última vez no le rogué, no le lloré. En contra de mi afán por intentarlo con él una vez más, decidí escuchar sus supuestas razones por las que no quería continuar con la relación, sin rebatirle, sin pedirle más explicaciones, sin intentar convencerlo de nada, sin suplicarle más. Adopté una postura pasiva, inerte. Me negué a luchar por ello.

Por una cosa o por otra, siempre encuentra alguna razón para alejarse de mí. Por más que intente hacerlo todo bien, parece que nunca lo consigo. Porque, pese a que siempre vuelve, es cuestión de tiempo que se marche otra vez.

Mi mente y mi corazón están totalmente exhaustos.

¿Quiso irse de nuevo? No se lo impedí.

Aquella noche me habría gustado decirle muchas cosas, pero por primera vez decidí guardarlas para mí. Decidí rendirme. Había llegado a mi límite, no quería volver a permitirle hacer conmigo lo que quisiera. Manipularme como le diese la gana, para alejarse cuando le apeteciese y volver cuando le conviniese, sin repercusión alguna, porque sabía que siempre lo estaría esperando, que nunca me iría de su lado. Pero no iba a permitírselo esta vez.

No pienso permitírselo más.

Decidí que quería poner un punto final de una vez por todas. Lo que jamás me habría imaginado aquella noche es que hoy estaría aquí, haciendo la mayor insensatez que he hecho en mi vida, en un intento por alejarme de él y recuperar el control de mí misma.

Por momentos dudo de si estaré haciendo lo correcto. No soy una persona valiente, ni mucho menos una persona atrevida, así que nunca antes me había planteado llevar a cabo una locura tan grande como la que estoy a punto de cometer.

Pero siempre hay una primera vez para todo, ¿no?

Desamor

Nombre masculino

1. Dolor emocional tras la ruptura de un vínculo afectivo, generalmente romántico.

2. Falta de amor, afecto o cariño hacia una persona o cosa.

El desamor se instaló en ella al anhelar un amor que no le era brindado.

Capítulo 1



Gala

—Es un gilipollas, un cerdo y un imbécil.

—¡Lola!

—¿Qué? Si es verdad y tú también lo piensas —continuó sin importarle el empujón que Elena le había dado para que cerrase el pico.

—Pero ten un poco más de tacto... —susurró esta, como si desde su regazo no pudiera oírla—. ¿Quieres hacerla llorar todavía más o qué?

—¡Lo que quiero es que lo mande a la mierda de una vez!

—Me ha mandado a la mierda él a mí... —gimoteé.

Ambas me miraron con cara de estar viendo a un cachorrito abandonado en un contenedor de basura, y no las culpo, porque así me sentía yo. Abandonada, rota y vacía, esperando a que quien me había dejado tirada dentro de una caja de zapatos húmeda y mohosa volviese tarde o temprano a recogerme.

Sabía lo que iba a pasar aquella noche como todas las anteriores veces, pero saber que te van a romper el corazón no te hace libre del dolor que conlleva.

Elena se inclinó para darme un beso en la frente mientras jugaba con mis mechones castaños entre sus dedos. Lola estaba en la cocina, recolectando cualquier alimento que encontraba en los armarios que no luciera como pienso para conejos, en un intento por consolarme.

Como en las películas americanas, donde la protagonista rompe con Chad, el capitán del equipo de rugby, y sus amigas la consuelan plantándole una tarrina de helado de dos kilos en el regazo.

Solo que ni Darek era el capitán del equipo de rugby, ni en el congelador de Elena había helado. Lo más similar que encontró Lola fue una tarrina congelada, hecha con proteína en polvo sabor galleta, una especie de postre casero que se prepara Elena para los días que le entra el antojo de dulce. Lola prefirió dejar el poco apetitoso mejunje en su sitio.

—¿No te da vergüenza tener la nevera así de vacía? —rechistó mientras iba dejando la indigente recolecta en la mesa de centro—. ¿Cómo pretendes que la consuele? ¿Con un trozo de brócoli? ¿O con estas barritas para pájaros?

—No son barritas para pájaros, son de espelta. Y te recuerdo que no puedo tener nada en la despensa mínimamente procesado porque alguien que yo conozco viene a atracarla cada dos por tres. ¿Dónde están las rosquillas que me compré hace tres días, eh? ¡Confiesa!

—Aquí —se recochineó acariciándose la barriga.

Elena le lanzó un cojín.

No pude evitar reírme mientras me secaba las mejillas con las palmas de las manos. Me levanté del regazo de Elena y me acomodé a su lado.

En cuanto me despedí de Darek, las llamé y no tardaron ni quince segundos en coger mi llamada, porque, al igual que yo, sabían lo que iba a suceder aquella noche, así que, como las mejores amigas del mundo que son, estaban preparadas. Lola pasó a recogerme y fuimos al piso de estudiantes donde vive Elena, que se ha convertido en nuestro punto de reuniones.

Su compañera de piso, Alejandra, nos llama Las Chicas Superpoderosas, que es como llaman en México a Las Supernenas. Según ella, solo hace falta observarnos cinco minutos para saber quién es cada una de ellas. Alejandra es muy simpática y educada, hace unos platos riquísimos, que son una de las razones por las que estamos siempre de okupas en el piso. La otra razón principal es que Elena y yo somos compañeras de clase, ambas estudiamos Enfermería y desde el día en que nos tocó hacer un trabajo juntas no nos hemos vuelto a separar.

Lola, por otro lado, es esa amiga con la que llevas toda la vida y

con la que, a pesar de pasar épocas menos unidas que otras, el vínculo siempre se mantiene fuerte. Se podría decir que yo he sido el puente de unión entre ellas dos, y ahora se han convertido en un par de señoras cascarrabias pero inseparables.

—Deja de mirar el móvil esperando a que te escriba —me increpó Lola—. En un minuto lo has desbloqueado tres veces.

—No estoy esperando a que me escriba. —Dejé el teléfono en la mesa y me crucé de brazos.

—Sí lo estás esperando, ya estás esperando a que vuelva, ¡como siempre! —gruñó poniendo los ojos en blanco.

—Ni espero ni quiero que vuelva —mentí.

—Sí quieres, mentirosa.

—¡Que no!

—Que sí.

—Déjala estar —le chistó Elena.

—Pues que lo admita.

—Que no quiero, pesada.

—Sí quieres.

—¡Que no!

Frustrada, cogí un cojín y hundí mi cara para ahogar un grito en él.

Levanté la vista y me encontré a mis amigas con las cejas enarcadas en un gesto de escepticismo. Aunque me molestaba que no me creyeran, estaban en todo su derecho, porque ni yo misma lo hacía.

Ni yo misma lo hago.

Quiero hacerlo, quiero dejar de esperar que vuelva, dejar de fingir que lo creo cuando me dice que ha cambiado porque prefiero refugiarme en la mentira a afrontar la realidad.

Después del reglamentario discurso de las niñas implorándome que no volviera a recaer con Darek, que tenía que mirar por mí y mi bienestar, que una ruptura duele pero se supera, que he de quererme y valorarme, bla, bla, bla…

Lo bloqueé de todos lados.

¿Serviría de algo? No lo sé, seguramente no, pero en ese momento sentí que era lo mejor que podía hacer. Durante un rato quise creer que la solución era fingir que lo había borrado de mi vida mientras ignoraba mis sentimientos viendo *Vengadores: Infinity War*

por tercera vez, comiendo comida para pájaros y arropada por mis señoras amigas.

Pero no, no funcionó.

Por más que intentaba evadirme, mi cabeza no dejaba de darle vueltas y vueltas al tema: a Darek, a la ruptura, a la necesidad que tengo de él, de su atención, de gustarle y de complacerlo, a pesar de que en el fondo sabía, y sé, que no se lo merece.

No me merece a mí, pero me tiene atrapada, adicta a las migajas de amor que me brinda entre herida y herida. Me jodió tanto darme cuenta de que me tenía siempre ahí para él... Había perdido el control absoluto de mi vida porque se lo había entregado a él a cambio de su miserable amor.

Un amor podrido.

Yo misma me había metido en la boca del lobo y no sabía cómo salir. El mismo lobo tampoco quería que saliera, pero necesitaba hacerlo.

Necesitaba salir de ahí.

Necesitaba huir.

—La Tierra llamando a Gala. —Elena chasqueó sus dedos frente a mí—. ¿En qué piensas?

—En huir —respondí impulsivamente.

—¿Qué? —preguntaron al unísono.

—Le quedan veinte minutos a la película, espérate y ahora te llevo a casa —continuó Lola.

—No, no de aquí.

—¿De dónde entonces? —preguntó—. Elena, cariño, mira la fecha de caducidad de estas barritas de alpiste, que a esta niña le está dando una intoxicación alimentaria.

Sus voces ya se habían convertido en un ruido de fondo al que no podía prestarle atención, porque los latidos de mi corazón retumbaban demasiado fuerte en mis oídos. Con una respiración cada vez más acelerada, me hice un ovillo, abracé mis piernas y escondí la cabeza entre ellas intentando controlar la ansiedad y la tensión, que incrementaban por momentos.

—Quiero acabar con todo, desaparecer, huir —deliré entre sollozos más para mí misma que para ellas—. Quiero mandarlo todo a la mierda, tener el valor de alejarme de él y que desaparezca por completo de mi vida, ¡hasta dudar de si realmente todo ha sido real o

solo una pesadilla!

Un largo silencio invadió la habitación. Solo se oía mi profunda respiración por encima de las voces de la película, así que, consciente de mi estado y del numerito que estaba montando, intenté controlarla poco a poco. Mis amigas me dejaron espacio, me permitieron unos minutos de calma, hasta que, una vez más tranquila, Elena se acercó un poquito más a mí y, frotándome la espalda, susurró: —¿Sabes cuál es el problema, Gala? —Su voz era cuidadosa—. Que quieres echar de tu vida a quien le has dado el control absoluto sobre ella. Tu vida es de Darek, y eso es lo primero que tienes que cambiar.

—Mi vida es Darek —gimoteé.

—Joder, tía —rechistó Lola—. ¡Pues manda a tomar por culo esa vida y hazte una nueva! Pero no puedes estar cada dos por tres con el corazón roto, ni yo quiero tener que volver a enfrentarme a ese armario lleno de comida para pájaros por tener que consolarte de nuevo.

—¡Que no es comida para pájaros! —rechistó Elena dándole un codazo.

Mientras ellas se enzarzaban en una absurda discusión sobre la alimentación de Elena, yo le daba vueltas a lo que me acababan de decir. A pesar de ser dos desequilibradas mentales sin nociones terapéuticas, a veces dan muy buenos consejos sin saberlo. Y ese fue uno de ellos. Supe que tenían toda la razón. Mi vida ya no era mía, era de Darek. Sentí que sería mucho más fácil crear una nueva que intentar recuperar la que él controlaba.

La que sigue controlando.

Pero por poco tiempo.

En ese preciso instante se me pasó por la cabeza una idea que creí tan descabellada que ni siquiera la expresé en voz alta. También sentí que era algo que quería decidir yo sola, y decírselo a ellas era hacerlas partícipes de mi decisión. Ya me podía imaginar a Lola soltarme algo como «¡Hazlo, joder! Ten un par de ovarios», y a Elena repensarlo en un principio pero acabar siendo cómplice de Lola, apoyándola con un «Gala, atrévete, es algo que te vendrá muy bien, priorízate a ti por una vez».

Esa noche me lo planteé como un delirio cualquiera.

Pero he acabado haciéndolo.

Todavía no sé si me arrepiento o no, pero aquí estoy, arrastrando

una pequeña maleta camino de la puerta de embarque. Mis pasos son acelerados, casi automáticos, mi mente está decidida a llegar lo antes posible para que no me dé tiempo a repensarlo. En cuanto me suba al avión, no habrá vuelta atrás. Este será el punto final entre Darek y yo. Lo he decidido. Lo conseguiré.

Aunque tenga que poner mar y tierra de por medio.

Capítulo 2



Gala

Me desperté de mejor humor del que había tenido los últimos días. Me obligué a prepararme un par de tostadas y un café con leche y me di una rápida ducha de agua tibia para espabilarme. En mi maravilloso Peugeot 208 verde botella del 2000, que me regalaron mis padres al cumplir los dieciocho, me dirigí a las prácticas de Enfermería mientras canturreaba los hits que sonaban en la radio, fingiendo que mi mundo no se desmoronaba.

Hacía solo una semana que había empezado el curso y todavía estaba un poco desubicada porque este año era diferente de los anteriores. Estaba en el tercer año de la carrera de Enfermería, donde el curso se divide en dos períodos: el de prácticas profesionales y el de formación, que son básicamente las clases teóricas.

En mi caso decidí empezar por el período de prácticas y, aunque en segundo de carrera ya había tenido mi primer contacto práctico con la profesión, fue mucho más breve, en un Centro de Atención Primaria de un pequeño barrio, donde todo estaba bastante tranquilo, nada que ver con lo de este año.

Por decisión propia, esta vez había solicitado que las prácticas fuesen en un hospital, porque al fin y al cabo es donde me gustaría trabajar en un futuro. Tenía que admitir que, aunque las estuviese disfrutando mucho, se me estaban haciendo un poco abrumadoras, más aún con todo lo sucedido con Darek dando vueltas en mi cabeza

continuamente, como si viviese observando una película de terror en bucle.

Sentía que no estaba al cien por cien en lo que hacía. No es que hiciera las cosas mal, pero sabía que podía dar mucho más de mí y me fastidiaba no poder hacerlo, porque mi cabeza no estaba donde debía estar. Era como si mi cuerpo funcionara de forma automática, como si de un robot se tratara, mientras mi conciencia estaba desconectada del plano terrenal.

Me sentía fuera de mí misma.

Si eso tiene algún sentido.

En general, mi mente es como una montaña rusa. Tengo días en los que estoy genial, pero otros en los que me siento destrozada. Ratos buenos que en un instante se convierten en llantos y también llantos con los que arrojo toda mi tristeza y me quedo bien a gusto, sintiendo que todo el dolor ha terminado, que he conseguido liberarme de él. Pero ni la tristeza ni la rabia se acaban: se esconden, pero vuelven a aparecer.

Puto desamor.

Puto Darek.

Habían pasado nueve días desde la ruptura y aún no me había escrito. Bueno, puede que lo hubiera hecho, pero lo seguía teniendo bloqueado en todas las redes sociales, así que, si me había enviado algún mensaje, no podría haberlo sabido. Tampoco creía que me hubiera enviado nada, aunque podría haberlo desbloqueado solo por comprobarlo, a ver si volvía a enviarme alguno, a ver si volvía a buscarme...

—¿Para qué, estúpida? —me regañé en voz alta—. No necesitas que te hable, no lo necesitas.

«Sí lo necesito.»

Como si del destino se tratara, empezó a sonar por la radio la canción *11 razones* de Aitana. Subí el volumen tanto como para dejar de oír mis pensamientos y la canté a viva voz, desgarrándome la garganta mientras me martirizaba imaginándome a Darek frente a mí.

—«¡Nunca te creí, siempre me engañé! ¡Nunca quisiste cambiar! —Las lágrimas recorrían furiosas mis mejillas, no quería ni pensar cómo llevaba el maquillaje—. ¡Nunca me reí, siempre te lloré y no más! Once razones para olvidar...»

Once no. Tenía veinte, treinta o incluso cuarenta para olvidar a

Darek.

Pero seguía sin poder hacerlo.

Sigo sin poder hacerlo.

Camino del hospital, me topé con carteles que indicaban la aproximación al aeropuerto y, por momentos, fantaseé con seguir las indicaciones. Ir al aeropuerto, coger un vuelo a vete a saber dónde e irme. Huir sin pensarlo. Dejarlo todo atrás y empezar una nueva vida en la que yo tuviera el control. Nada de Darek. Yo sola, conmigo misma.

Fruncí el ceño con fuerza, como si de aquella manera pudiese estrujar los pensamientos que rondaban mi mente e incitarlos a que inundaran todos los demás. Sentí una profunda presión en el pecho en ese instante, el anhelo de aquella fantasía se volvió más intenso, más real. Verdaderamente quería hacerlo, quería desviarme del camino, seguir la flecha:

[M-14] AEROPUERTO ➡️

De forma automática, mi mano decidió pulsar el intermitente, mis brazos decidieron girar ligeramente el volante a la izquierda y cambié de carril.

Pero a escasos metros de desviarme por la salida, me desperté del delirio en el que estaba sumida, di un brusco volantazo que podría haberme causado un accidente y me recoloqué en mi camino. El coche que circulaba a pocos metros detrás de mí me pitó con furia y vi por el retrovisor cómo me dedicaba una serie de improperios que no llegué a oír, pero los cuales podía imaginarme.

No pude hacerlo, no pude irme.

En ese momento sentí que se me estaba yendo la cabeza completamente. ¿Cómo iba a hacer semejante estupidez? No sabía ni cómo era posible que me estuviera planteando algo así.

Puede que realmente se me esté yendo la cabeza.

Porque, cuatro días después, lo he hecho.

Capítulo 3



Gala

Empecé mi jornada de prácticas revisando los informes de los pacientes que tenía asignados para ese día y sonreí al leer el nombre de mi paciente favorita, Hermelinda Leone. Hermelinda era una señora de ochenta y seis años que llevaba ingresada en la planta de patologías cardiorrespiratorias desde que empecé las prácticas. Sufría una insuficiencia cardíaca congestiva a causa de la poca fuerza con la que su corazón bombeaba la sangre, lo que provocaba una acumulación de líquidos en sus pulmones.

Pocos eran los días en los que no me asignaban a Linda. Desde que oyó mi apellido y descubrió que yo también tenía sangre italiana por parte de mi padre, me cogió un cariño especial, que era recíproco. Era una señora encantadora que me hacía los días en el hospital mucho más amenos, aunque a veces se despertaba con el pie izquierdo y sacaba ese fuerte carácter italiano que tanto me recordaba a mi abuela.

Una vez revisados los informes, me puse a hacer la ronda matutina y visité a todos los pacientes que me correspondía para actualizar sus registros médicos. Anoté sus signos vitales, la presión arterial, la frecuencia cardíaca, la saturación de oxígeno…

También administré medicamentos a los pacientes que lo requerían, cosa que debería hacer bajo la supervisión de un enfermero o enfermera titulados, pero con pocos días de prácticas decidieron que

estaba lo suficientemente capacitada como para hacerlo por mi cuenta.

Pese a que me hacía sentir orgullosa que confiaran en mí de esa manera, que tuvieran tan altas expectativas en mi trabajo me ponía muy nerviosa. Comprobaba una y mil veces todo lo que hacía, releía una y otra vez los informes, las dietas, las indicaciones para la preparación de la medicación, todo. ¿Quién comprobaba que no me estaba equivocando? ¿Y si las cantidades que preparaba no eran correctas? ¿Y si medicaba a un paciente con el fármaco equivocado?

¡¿Y si mataba a alguien sin querer?!

—*Buongiorno*, señorita —saludé a Hermelinda mientras entraba despacito en su habitación—. ¿Estás despierta?

—Si me sigues llamando señorita, al final me creeré que tengo veinte años —respondió dulcemente—. *Buongiorno, ragazza.* ¿Qué me traes hoy?

—Nada nuevo, Linda, un par de caramelos para mejorar la función cardíaca de ese corazón tan fuerte que tienes. —Dejé el vaso de plástico con las pastillas sobre la mesita y le di un suave achuchón que recibió con gusto—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Bueno, mejor que ayer y peor que mañana —respondió sonriente.

—¡Así me gusta! En principio, con la nueva medicación, la hinchazón de las piernas debería haber bajado, te las miro un momentito, ¿vale?

Acercándome al final de la cama, levanté con delicadeza las sábanas para poder echar un vistazo a sus piernas. Llevaba unos días que las tenía muy hinchadas, así que tuve que administrarle medicación extra, que, por lo que pude ver, le había ido bastante bien.

—¡Las tienes mucho mejor! —anuncié aliviada—. Igualmente se lo comentaré a Soraya para que venga ella a mirarte bien.

—¡No! No quiero que venga esa señora —gruñó Linda, haciendo referencia a quien era mi enfermera supervisora—, tú eres mucho más agradable, quiero que me cures tú, esa es una burra.

Su berrinche me hizo reír.

Soraya no era mala enfermera, pero al empezar las prácticas descubrí que cuando un paciente confía en ti, ya puede quitarse el resto del personal sanitario, porque casi que te convierte en su ángel de la guarda. Hermelinda tenía confianza ciega en mí, más de la que

me tenía yo a mí misma, cosa que me hacía sentir satisfecha de mí y de mi trabajo. Lo disfrutaba, la verdad.

—¡Linda! Tiene que venir Soraya porque yo estoy de prácticas, tengo que trabajar bajo supervisión. —Con mala baba, me sacó la lengua y se cruzó de brazos—. ¡Pero bueno! ¿Te vas a enfadar conmigo?

Hermelinda desvió la mirada hacia la pared en un intento de expresar indignación y yo agaché la cabeza en un intento por aguantar la risa. La paciencia que tenía que tener con ella era gigantesca, pero me lo hacía pasar tan bien.

—Vamos, va... No te enfades, que no es bueno para el corazón, y si te pones peor no podré venir yo a cuidarte, tendrá que venir otra enfermera, ¡peor que Soraya! —bromeé—. Una de las malas malísimas, de las que te ponen las inyecciones en el culo con la aguja más grande a traición.

Con una carcajada entrecortada por la tos, me miró pensativa y, golpeando un par de veces el borde de la cama, me invitó a sentarme.

—No puedo quedarme más tiempo, tengo que acabar la ronda... —respondí apenada.

—Quédate un poco más, yo también quiero saber cómo está tu corazón.

Sabía exactamente a lo que se refería. Puede que sea poco profesional por mi parte compartir con una paciente mi ruptura amorosa, pero en mi defensa diré que fue ella la que un día me pilló con la guardia baja y me sonsacó hasta el último detalle de mi fallida relación con Darek.

—¿Has vuelto a hablar con él?

—No, nada.

—Bien hecho, no me gusta ese *maiale* para ti.

—¡Linda! No lo llames cerdo —reí—. Lo es, pero no lo llames así.

—¿Cómo que no? Peores cosas le podría llamar a ese *inutile* que no ha sabido valorar a una niña tan buena y tan guapa como tú. Con esos ojos melosos tan preciosos y esa sonrisa tan bonita. ¡Qué más puede pedir alguien!

Con una educada mueca como respuesta, le volví a acomodar las sábanas, intentando evitar el tema. Había empezado el día con buen pie, era uno de esos en los que tenía el corazón dormido. Uno de esos días en los que, pese a la sensación constante de vacío, no sentía

malestar ni dolor. Me gustaban esos días en los que la apatía se apoderaba de mí, por lo que no quería desmoronar mis muros pensando en Darek.

Pero parece ser que ese día la señora Hermelinda se había despertado reflexiva y con pocas ganas de colaborar.

—¿Sabes? Me recuerdas mucho a mí cuando era joven.

—Eso es todo un cumplido —sonreí—. ¿Por qué?

—Porque siempre intentas complacer a los demás.

Sorprendida, la miré y ella me sonrió.

—¿Por qué me dices eso, Linda? ¿Tan mala cara traigo hoy? —bromeé.

—Llámalo *vecchia saggezz*a, sabidurías de vieja —prosiguió mientras me observaba con ternura—. Lo veo en ti, en tu forma de entregarte a ese chico. Te conformas con su mínimo esfuerzo, y el resto del vacío que él no llena lo compensas tú misma con todo el amor que das —continuó mientras me señalaba con el dedo índice de forma recriminatoria—. Pero eso no está bien. Porque te olvidas de ti. Tú también tienes que darte amor, pero no podrás hacerlo si estás llenando los vacíos que otros dejan.

Me quedé perpleja, en ese momento no supe qué responder.

Recuerdo aquella conversación casi como un sueño, como una distorsión momentánea donde Hermelinda podía ver a través de mi pecho absolutamente todo lo que escondía. Fue como el detonante para atreverme a agachar la cabeza y mirar hacia abajo a través de mí misma, igual que estaba haciendo ella.

Todo lo bien que pensaba que llevaba la ruptura se me cayó encima como un piano en una película de dibujos animados. Intentando ser lo más fuerte y profesional que mi estado de ánimo me permitía, parpadeé rápidamente para evitar que cayera alguna que otra lágrima furtiva y desvié la mirada al carrito con el que hacía la ronda, agachándome ante él y fingiendo que buscaba algo.

—No estoy llenando vacíos… —murmuré unos minutos después sin poder aguantarme—. Es que me he caído de lleno en ellos. Mejor dicho, ¡me he tirado de cabeza!

—Pues sal de ahí, salta, vuela o nada. Haz lo que tengas que hacer y hazlo tú sola, no esperes a que nadie vaya a sacarte por ti.

—Eso suena muy bonito —reí entristecida, evitando indagar más en el tema—. Estás hoy muy filosófica, Linda, a ver si te estoy dando

la medicación equivocada…

Quise cortar la intensidad del momento con una broma, pero Hermelinda rio como si pudiera leer mis pensamientos. Sabía que estaba evitando el tema, sabía que algo rondaba por mi cabeza. No habría sabido descifrar qué clase de vibración o brujería emanaba esa señora, pero, por la forma en la que me miraba, sentía que sabía lo que estaba pensando en cada momento. Que sabía qué clase de estupidez aparecía en mis pensamientos una y otra vez.

Me acerqué y, suavemente, le apreté la mano en señal de despedida.

—Ahora sí que tengo que irme, que el siguiente paciente es un señor con muy mala leche y no quiero que se enfade porque llego tarde.

Asintió risueña. Sentí que su mirada veía a través de mis ojos, aunque lo más probable es que solo fuesen delirios míos. Puede que, inconscientemente, buscase en ella un apoyo, sin ella saberlo.

—Luego me pasaré con Soraya. Tu hija seguro que está a punto de llegar, así que le podrás enseñar lo bien que tienes las piernas hoy.

—¡Como una atleta olímpica! —se burló.

Dedicándole mi mejor sonrisa, recogí el carrito y lo arrastré hacia el pasillo.

—*Ragazza*, quiero darte un último consejo aunque no me lo hayas pedido —murmuró a mis espaldas, seguido de una incómoda tos.

A punto de salir por la puerta, di un par de pasitos hacia atrás, los suficientes para poder verla de reojo.

—Claro, Linda, dime; para ti siempre tengo oídos.

—Te diré lo que siempre me decía mi marido, *che riposi in pace*, cuando veía en mí miedo. Miedo a dejar nuestro país y venirnos a España —tosió—, temor a soltar lo conocido y explorar lo desconocido… —volvió a toser.

Me acerqué rápidamente para ayudarla a coger el vaso de agua. Una vez se le pasó el ataque de tos, volví a coger el vaso de sus manos temblorosas y, cuando lo dejé sobre la mesita, prosiguió:

—A ese mismo temor que tú tienes, él me decía: «El pez que teme salir de su pecera nunca sabrá lo que es nadar en el mar». Puede que tú creas que con el *inutile* ese eres feliz, pero él solo es tu pecera. Eres muy joven, cielo, tienes un inmenso mar por descubrir, aprovéchalo.

El silencio invadió la habitación por unos segundos y sentí una extraña sensación de anhelo que me presionó el pecho. Estaba segura de que ella lo sabía, no sé cómo, pero sabía la idea que rondaba por mi mente. Tal vez yo misma se la quise hacer ver.

No sé si inconscientemente la dejé entrar en mis pensamientos o entró ella por su cuenta, lo que sé es que me pasé todo el día dándoles vueltas a sus palabras. Recibí ese consejo como un reto, un reto que me he puesto a mí misma y que estoy a pocos minutos de cumplir.

—Estoy saliendo de la pecera, Hermelinda —susurro en voz alta, como si desde aquí pudiese oírme—. Cuando vuelva, te explicaré lo inmenso que es el mar.

«Si vuelvo.»

Capítulo 4



Gala

—¡Galatea Bianchi! ¿Se te ha ido la cabeza? —resopló cruzándose de brazos—. No, no y ¡no! No hay más discusión.

—Mamá, sabes que es algo que siempre he querido hacer. ¡Tú misma me has dicho que es algo que hay que hacer al menos una vez en la vida!

—Sí, pero con billete de ida y vuelta... ¿Te has vuelto loca? Por no hablar de que acabas de empezar las prácticas. ¿Vas a dejar la carrera de un día para otro? Con todo el dinero que hemos invertido tu padre y yo, no me lo puedo creer...

Intenté controlar mis nervios contando hasta diez antes de contestarle. Sabía que en esa discusión tenía las de perder, así que mi objetivo aquella tarde era intentar hablar con mi madre de la forma más calmada y persuasiva posible. Quería que me entendiera. Necesitaba que ella me comprendiera y que respetara mi decisión.

Porque no le quedaba otra.

Ya tenía el billete de avión comprado desde la noche anterior.

—Mamá, por favor, claro que no voy a dejar la universidad... —Con un suave tirón intenté que se sentara a mi lado para que dejara de dar vueltas por la habitación—. Entiendo que te extrañe y que te moleste, enfádate conmigo si quieres, tienes todo el derecho. Pero es algo que necesito hacer, necesito irme, mamá.

—¿Por qué? —preguntó incrédula—. Gala, tú no eres así, no

entiendo por qué…

—Por mí, mamá —«Por Darek»—, por mí. Porque necesito hacerlo y siento que este es el momento correcto.

Antes de que pudiera reprochar de nuevo, levanté las manos como gesto de indefensión, como si estuviera apuntándome con una pistola, para que me dejara hablar, para poder explicarme lo mejor posible antes de que empezase a tirarse de los pelos.

—Tienes razón —susurré con cautela—, yo no soy así, y créeme que me está costando mucho hacer esto, pero siento que he de hacerlo. Serán solo unas semanas —o unos meses—, simplemente no quiero ponerme fecha de vuelta. Sé que repercutirá en mis estudios, tendré que aplazar un semestre más las prácticas, pero podré hacerlas más tarde, por eso no te preocupes.

—¡¿Que no me preocupe?! Gala, ¿tú te estás oyendo? Véndeme la moto como quieras, pero lo que tú vas a hacer es abandonar tu carrera. ¡La que estamos pagando tu padre y yo! Para irte de vacaciones con tus abuelos, a gastos pagados y a mesa puesta.

Me quedé callada.

Respiré hondo.

Uno, dos, tres, cuatro…

Apreté los ojos e intenté aguantarme las lágrimas con todas mis fuerzas, porque no quería llorar. Eran lágrimas de rabia y de impotencia que no quería que mi madre viera. Quería que me viera fuerte y segura de mi decisión, aunque ni yo misma lo estaba.

Porque, la verdad, no sé en qué momento saqué los ovarios para comprar un billete de avión, solo ida, sin preguntarlo antes, sin planear nada. Todo ha sido de forma tan estúpidamente impulsiva…

Siempre ha sido algo que formaba parte de mi lista de cosas que hacer antes de morir: viajar sola. Pero son ese tipo de cosas que solo viven en las palabras, en el «Un día lo haré», como quien dice que un día nadará con tiburones, escribirá un libro o aprenderá un nuevo idioma.

Podría decir que es algo que llevaba meses reflexionando y valorando, pero sería mentira. Eso intentaba hacerle creer a mi madre, porque si le contaba la realidad, si le contaba que me iba porque me sentía completamente perdida y necesitaba huir, porque quería alejarme de quien me había dejado completamente vacía, en un intento por salir del horrible círculo vicioso en el que me sentía

atrapada... Bueno, no quería ni imaginarme su reacción.

Sabía que mi madre tenía razón. Yo era la primera persona que estaba cabreada conmigo misma, por querer poner en pausa mi vida y mi carrera de esta manera tan abrupta y delirante. No soy una persona de impulsos, de hacer locuras. La única locura que he hecho en mi vida fue cortarme el flequillo cuando Darek me dejó por primera vez, y menos mal que fue la primera y la última, porque ese flequillo trasquilado de mala manera no me podía quedar peor.

Me considero una persona lo suficientemente cuerda como para darme cuenta de que lo que quiero hacer es una insensatez, una tontería que me va a hacer atrasar mi carrera mínimo un semestre. Mis estudios siempre han sido lo más importante, bueno, después del imbécil de Darek, claro. Darek es lo más importante de mi vida.

Era.

Era lo más importante.

Pero Hermelinda me había hecho pensar. No soy una persona tan espiritual y mística como Elena, pero creo en el destino lo suficiente como para saber que ese consejo, en ese preciso momento de mi vida, no fue casualidad. Algo en mi interior supo que si necesitaba alguna señal del universo para atreverme a hacerlo, era esa. En cuanto llegué a casa anoche, no pude dejar de darle vueltas a la idea, y el dolor de cabeza no cesó hasta que decidí hacerla realidad.

En un principio pensé en hacer un viaje de un par de días, visitando alguna capital como París o Londres. Pero me sabía a poco. Eso no era lo que yo quería hacer. Quería irme de verdad, cambiar mi vida completamente, aunque solo fuese durante un mes, dos semanas o tres años. ¿Quién sabía? El tiempo que yo sintiera suficiente para volver a retomar mi vida sin el fantasma de Darek a mis espaldas.

Fue por eso por lo que, al decidir el destino, pensé en mis abuelos.

—Es eso, ¿no? —continuó mi madre al ver que no respondía—. Si lo que quieres son unas vacaciones, espérate a verano. Háblalo con tu padre y que hable con tus abuelos, que seguro que estarán encantados de recibirte unos días. Pero hace mucho que no los ves, Gala, no creo que les parezca adecuado que te presentes de un día para otro en su casa.

En un segundo me planteé veinte veces si decirle o no que mis abuelos ya lo sabían, que yo misma me había puesto en contacto con

ellos para pedirles el favor y que con gusto me iban a recibir en su casa los días que hiciera falta. No sé quién se sorprendió más de mi llamada, si mis abuelos o yo misma, por atreverme a pedirles semejante locura cuando hace tanto tiempo que no nos vemos.

Siempre hemos tenido buena relación, pero estos últimos años ha sido algo distante. Cuando era más pequeña iba a visitarlos con mis padres y mi hermano, hasta que mis padres se separaron y dejaron de llevarnos a verlos. Mis abuelos vinieron a vernos unas cuantas veces a Madrid, hasta que llegó la conocida pandemia del Covid-19. Después de ese fatídico año, no nos hemos vuelto a ver. Mis abuelos son demasiado mayores como para estar cogiendo trenes y aviones para venir hasta aquí. Alguna que otra vez, mi hermano y yo hemos hablado con mi padre de ir a verlos, pero la idea siempre se ha quedado en meras palabras, nunca nos hemos esforzado por llevarla a cabo.

Dudé mucho antes de llamarlos, no quería incomodarlos o forzarlos a decirme que sí solo por compromiso, pero lo hice, los llamé. La calma invadió mis pulmones en cuanto noté la ilusión con la que respondieron. Parte de mí también se sintió culpable, culpable por ser una mala nieta, culpable por no haber ido a verlos durante estos años y encima tener la cara dura de pedirles un favor tan enorme como ese... Decidí apartar ese sentimiento, ya tenía suficientes emociones con las que lidiar, no necesitaba otra con la que sentirme todavía peor.

Preferí guardarme la información de mi llamada a los abuelos para mí, por el momento. No hacía falta que mi madre conociese todos los detalles, no quería cabrearla más de lo necesario, tenía que ir con pies de plomo.

—Lo último que quiero es ser una molestia para los abuelos, haré lo que tenga que hacer para ayudarlos, tanto en la casa como económicamente —intenté convencerla.

—¿Con qué dinero pretendes hacerlo? Yo no te pienso costear esas vacaciones, Galatea, y me encargaré de que tu padre tampoco lo haga.

—¡Que no quiero irme de vacaciones, joder! —grité desesperada.

Sin poder retenerlo, un sollozo de impotencia escapó de mi boca. Me tapé la cara con las manos antes de que mi madre pudiera verme llorar y descargué toda la ira, la rabia y la tristeza de estos días sobre

ellas.

—Galatea...

—Lo voy a hacer, mamá —la corté—. Si no estás de acuerdo con mi decisión, lo siento mucho, pero tendrás que respetarla. Tú misma has dicho que yo no soy así, sabes que no hago cosas a la ligera y sin pensar. Esta tampoco es una de ellas.

Me paré un instante.

El corazón me iba a mil latidos por segundo y sentía que iba a explotar.

—En realidad, esta sí que lo es, ¡voy a hacer una locura, mamá! —Me puse de pie de un salto, gesticulando con las manos desquiciadamente—. Quiero decidir mi camino, quiero tener el control de mi vida por una vez, sin pensar en nada ni en nadie más. Quiero ser dueña de mi vida, quiero ser dueña de mí misma, y si para eso he de cambiar mi vida por completo, ¡lo voy a hacer!

Me arrodillé frente a ella, como última técnica de persuasión.

—Por favor, mamá, entiéndelo.

Ya tenía el billete comprado, pero en el fondo sabía que no podía irme sabiendo que mi madre no estaba de acuerdo con mi decisión. Porque, por mucho que quería fingir que estaba segura de lo que hacía, mi voluntad se tambaleaba cada dos segundos entre lo que creía que debía hacer y lo que sentía que debía hacer.

—Mamá, tú me conoces mejor que nadie. Sabes que para mí lo más fácil y cómodo sería seguir viviendo mi vida, en mi casa, con mis amigas, con mis estudios, con mis prácticas... —Desvió la vista para no mirarme a los ojos—. Esto no es cualquier tontería para mí.

Se levantó y, pensativa, volvió a dar vueltas por la habitación, como un ratón encerrado en una caja. No la presioné más, la dejé que pensara todo lo que tuviera que pensar, aunque no pude evitar sentirme fatal. Me sentía una irresponsable, una mala hija por preocuparla de esa manera.

A medida que avanzaban los minutos y mi madre no pronunciaba palabra, la inseguridad se apoderaba rápidamente de mi conciencia. Empecé a sentir un profundo remordimiento que crecía con velocidad, la idea de abandonarlo todo me parecía cada vez más estúpida e innecesaria.

¿De qué me iba a servir?

En realidad, mi madre tenía razón, era una tontería.

Me sentía una tonta.

Una niñata irresponsable y tonta.

—Con una condición. —Habló tan bajito que casi no llegué a oírla.

—¿Qué? —pregunté sorprendida.

Se paró en seco frente a mí y me miró de una manera que no supe descifrar si quería abrazarme o clavarme un cuchillo. Creo que la segunda opción era más acertada que la primera.

—Puedes ir, pero con una condición —repitió dubitativa, como si se arrepintiera según lo iba diciendo.

No la dejé continuar porque me lancé a sus brazos. Todas mis dudas y mis miedos se esfumaron al tener el mínimo apoyo de mi madre. Chillé como una loca, abrazándola mientras sentía su sutil risa contra mi pecho, aunque intentaba acallarla.

—Galatea, esto es serio. —Me separó de ella y me cogió de los hombros—. Esto no significa que esté de acuerdo con lo que vas a hacer, pero te apoyo a ti como mi hija, porque como madre no me queda otra que aceptarlo. —Puso los ojos en blanco.

Reí ante su comentario. Estaba intentando calmar todo el fuego que habíamos prendido en la habitación pocos minutos atrás. Todo el fuego que podía ver a través de mis ojos, el mismo fuego que me estaba quemando por dentro desde el momento en el que creía que mi madre no cedería ni un ápice.

—¡Gracias, gracias, gracias! Ponme una condición ¡o veinte! Dime qué quieres que haga y lo haré —respondí nerviosa, dando saltos como una cría.

—Veinte no, pero alguna que otra sí. —Puso sus manos sobre mis hombros de nuevo.

Contuve las ganas de seguir dando brincos y me quedé quieta, como mi madre quería. Asentí complaciente, con la boca cerrada en una fina línea y los ojos muy abiertos, expectante de lo que fuese a pedirme a cambio. Era consciente de que, aunque me apoyaba emocionalmente en mi decisión, no significaba que ella estuviera de acuerdo con ella. Pero para mí sentir que estaba conmigo, sentir que podía aferrarme a su apoyo, era más que suficiente.

—Dispara —respondí más tranquila.

—Quiero que ayudes a tus abuelos en absolutamente todo en la casa, no estás ahí de vacaciones.

—Ajá, eso lo tengo claro —asentí automáticamente.

—También quiero que trabajes, háblalo con tu padre, con tu abuelo o con el papa de Roma. Me da igual cómo te lo montes, pero quiero que trabajes, en lo que sea, que hagas algo de provecho y pagues un alquiler a tus abuelos. Porque no estás ahí de...

—De vacaciones, lo sé, mamá, lo sé —volví a asentir—, era algo que ya iba a hacer.

—La tercera —prosiguió— es que vuelvas antes de Navidad. —Dejé de asentir de forma autómata y mi madre me miró seria—. No es discutible, Galatea; te quiero aquí para Navidades.

Me planteé si realmente esa condición iba a aceptarla. No quería ponerme fecha de vuelta, pero entendía la preocupación de mi madre porque lo hiciera. Quedaban algo más de tres meses para Navidad, podría ser tiempo suficiente, pero tal vez no. Tenía muy claro mi objetivo con ese viaje y no quería que una fecha de vuelta impuesta por mi madre truncase todos mis planes. Dudé, pero creí que era justo para ella que por lo menos volviera para esas fechas, que ella también tuviera algo a lo que aferrarse para poder estar conmigo en eso.

No hizo ninguna referencia a no poder volver a irme de nuevo una vez pasadas las fiestas, poder volver con mis abuelos, volver a escaparme nuevamente hasta conseguir mi objetivo.

Esa idea me la reservé para mí.

—Vale, lo entiendo. —Asentí con la cabeza—. ¿Y la cuarta condición?

—Que, cuando vuelvas, te traigas esas galletas de almendras tan buenas que hace tu abuela. Son la única razón por la que me arrepiento de haberme divorciado de tu padre. Hace tanto que no las como...

—¡Mamá! —reí aliviada.

La noticia de que el vuelo era a la mañana siguiente no se la tomó del todo bien, pero tampoco tenía demasiado tiempo para enfadarse, así que cedió a ayudarme a hacer la maleta mientras me repetía una y otra vez como una cotorra que cuidara y ayudara a mis abuelos.

Hoy me ha traído en coche al aeropuerto. Sus ojos brillaban húmedos mientras observaba la carretera, pero no ha llorado, ninguna de las dos lo hemos hecho, era como si nuestras lágrimas no pudiesen salir. Creo que, al igual que yo, mi madre todavía no había procesado

lo que realmente suponía coger este avión, escapar de mi vida, empezar una nueva alejada de todo lo que formaba parte de ella. Mientras me abrazaba con fuerza al despedirse, yo me escondía el móvil bajo la sudadera, intentando disimular que este no dejaba de vibrar con furia.

Llamada perdida de Darek.

Llamada perdida de Darek.

Llamada perdida de Darek.

Llamada…

Capítulo 5



Gala

Miro el móvil unos instantes mientras dejo sonar la llamada. Su nombre aparece en la pantalla acompañado de un emoticono, un corazón de color blanco, el corazón que hicimos nuestro.

Debería borrarlo, pero todavía no puedo.

Antes de que las lágrimas me vuelvan a nublar la vista, cuelgo. No sé si lloro de la tensión acumulada, de la ansiedad por saber que Darek en estos instantes está intentando llegar a mí o de la impaciencia por llevar media hora haciendo cola como una tonta, creyendo que, en cuanto suba al avión, todo lo malo desaparecerá. En otro momento me estaría muriendo de vergüenza por llorar en público, y más en mitad del aeropuerto, pero ahora mismo me da igual todo, solo quiero subir al avión y huir de aquí.

Huir de Darek.

De lo nuestro.

De mí.

Respiro hondo y doy un par de pasitos avanzando en la fila para entrar por la puerta de embarque. Llevo mil capas de ropa encima, porque he intentado llevarme la mitad de mi armario y estoy pasando un calor horrible, que lo único que me provoca es ponerme más nerviosa todavía. Tendría que haber pagado el suplemento para poder llevar otra maleta pequeña, me estoy agobiando muchísimo, esto me pasa por rata.

—Tranquilízate, Gala —me susurro a mí misma en un intento por calmarme—, todo va a ir bien.

En el momento me pareció la mejor idea del mundo, pero ahora me arrepiento de haberle escrito ese dichoso mensaje. No sé en qué estaba pensando, en qué puñetero momento creí que sería una buena forma de despedirme de él, sabiendo que después de ese mensaje volvería a buscarme, aunque fuese tan solo por calmar su incertidumbre. Puede que lo hiciera por ese mismo motivo, en un último intento porque me buscara, porque fuese él quien me necesitara esta vez.

—Eres una estúpida —me recrimino en voz baja, para que la señora que tengo delante no crea que se lo digo a ella—. Tonta, niñata y estúpida.

No sé por qué lo hice si sabía que, por mucho que disfrutara viéndolo pendiente de mí, se me iba a caer todo encima, me iba a doler más de lo que ya lo hacía. Sabía que volvería a revivir sensaciones horribles y confusas como las que siento ahora mismo.

Pero la incoherente parte de mí se antepuso ante la cordura porque necesitaba su atención, necesitaba comprobar por última vez que Darek seguía aquí, conmigo, que todavía no se había olvidado de mí, que todavía era importante para él. Que todavía me quería, aunque fuese de mala manera.

Me siento una niñata, pero no puedo fingir que no me alegro de que me esté llamando. Sé que no debería hacerlo y por eso mismo estoy aquí, por eso mismo estoy haciendo esto. Pero no puedo evitar sentir esa tranquilidad al ver que todavía piensa en mí, aunque sea un poco. Es como si mis pulmones pudiesen funcionar con tranquilidad sabiendo que Darek sigue ahí para darles oxígeno.

—Llamada para los pasajeros del vuelo IBERIA 0713 con destino Pisa, Italia —anuncia una rápida voz femenina por los altavoces justo cuando avanzo un par de pasos más—. Por favor, diríjanse a la puerta de embarque.

Me sorprende que me esté llamando con tanto ímpetu, no es la primera vez que le mando un mensaje de despedida. Es como si supiese que este es distinto, como si se diese cuenta de que esta vez va en serio.

Solo le escribí un mensaje.

Solo fue uno, lo juro.

Lo desbloqueé, lo escribí y lo volví a bloquear.

Necesitaba que lo supiera, me quemaba por dentro no decirle que me iba, que desaparecía de su vida de una vez por todas. ¡Que se joda! En el fondo sabía que era una estupidez hacerlo, pero lo necesitaba, así que, tras pensarlo durante un buen rato, justo antes de irme a dormir, cogí el móvil y le escribí:

Este no será el último mensaje que te escriba, pero sí el último que te envíe. Esta vez, cuando me busques, no estaré esperando a que me encuentres.

Te quiero, pero se acabó.

De lo que más me arrepiento en ese mensaje es del innecesario «Te quiero», pero me salió del alma. Lo borré y lo reescribí veinte veces, debatiéndome entre si debía darle ese último gesto de cariño o no, pero finalmente decidí dejarlo. Me autoconvencí de que no pasaba nada por decírselo, recordando que iba a ser el último mensaje que iba a enviarle, me tomé el capricho de expresarle mi amor una última vez.

—¡Documentación y billete, por favor! —me solicita vivazmente la azafata.

Noto cómo intenta disimular que se ha dado cuenta de que estoy llorando, aunque debe de ser más que evidente, porque seguro que mi cara debe de parecer un cuadro de Picasso. Me había maquillado con esmero, haciendo énfasis en un precioso *eyeliner* para intentar hacer el día de hoy un poco más bonito, pero ahora debo de parecer un panda con todo corrido.

Sonrío a la azafata educadamente mientras las lágrimas se acumulan en las cuencas de mis ojos, pero por suerte deciden quedarse ahí. Le entrego a la esbelta rubia el billete y el DNI, que suavemente me devuelve una vez comprobados.

—Perfecto, ¡feliz vuelo! —canturrea de forma automática.

—Sí, gracias, ¡un vuelo superfeliz! —bromeo.

El teléfono vuelve a sonar.

Otra vez Darek.

Miro la pantalla dudosa, no debo coger la llamada, pero me encantaría hacerlo. Me ha llamado muchas veces, tal vez se arrepienta, tal vez quiera pedirme perdón, tal vez quiera volver antes de que coja este avión...

—Galatea Bianchi —me recrimino nuevamente—, ni se te ocurra coger la llamada.

Veo su nombre brillar en la pantalla. Aprieto el móvil con tanta fuerza que mis nudillos pierden color. Me arden los ojos, el pecho, la punta de los dedos, necesito hablar con él, necesito saber de él una última vez. Solo una última vez…

—Gala, me cago en todo —intento mirar al frente mientras avanzo a toda pastilla por la pasarela de embarque—. No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas, no lo hagas…

Soy imbécil.

Lo he hecho.

Melancolía

Nombre femenino

1. Estado anímico permanente, vago y sosegado, de tristeza y desinterés que surge por causas físicas o morales.

Cuando piensa en él, la invade la melancolía.

2. Cualidad de lo que denota este sentimiento.

La melancolía del corazón.

Capítulo 6



Gala

—Júrame por Damon Salvatore que no intercambiasteis ni una palabra. ¡Júramelo!

—Te lo juro, Lola, te lo juro —le explico por séptima vez—. Se me fue la cabeza, cogí la llamada pero la colgué inmediatamente.

—¿Te dijo algo? —pregunta Elena, pixelada por la mala cobertura.

—No le dio tiempo.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—Pues que así siga. —Ambas me miran preocupadas—. Gala, es que...

—Lo sé, lo sé —la corto—. Sé que la he cagado, pero ya está. No puedo cambiar lo que he hecho.

—Ni puedes repetirlo.

—*Ni puedi ripitirlo* —la imito.

Veo cómo Lola intenta reprocharme de nuevo, pero me adelanto a ella antes de que vuelva a abrir la boca.

—Bueno, niñas, os tengo que dejar, ¡que ya llega el tren! —miento.

—Cuídate, cariño, ya nos contarás cómo va —se despide Elena.

—Pórtate bien, no cojas más llamadas de Darek y besa a muchos italianos —se despide Lola.

—*Ciao*, hermanas, vamos hablando.

Guardo el teléfono en la mochila y me recojo la salvaje melena en un moño alto. El ambiente está tan cargado de humedad que le está jugando una mala pasada a mi pelo. También hace un calor horrible, estoy deseando quitarme toda esta ropa. Es como si estuviera metida en una sauna, no pensaba que a estas horas hiciera tanto calor, pero me equivocaba.

La verdad es que el viaje no está empezando con buen pie, y eso que todavía ni he llegado a mi destino. Solo de pensar en todo el trayecto que me queda por delante creo que quiero echarme a llorar.

La última vez que vine con mis padres no debía de tener más de once años, pero todavía recuerdo lo infinito que se me hacía el camino hasta el pueblo de mis abuelos, de mis queridos *nonni*. Ahora que soy adulta, compruebo que en realidad tampoco es para tanto. Desde el aeropuerto de Pisa, cojo el tren y en cinco minutos llego a Pisa Centrale, desde aquí vuelvo a coger un tren que en aproximadamente una hora me deja en La Spezia y, por fin, cojo el último tren, con el que en siete minutos me planto en Riomaggiore, el pueblo donde viven mis abuelos paternos.

El pueblo que a partir de hoy será mi hogar.

Mi refugio.

Salgo a trompicones del tren, intentando no tropezar con mi propia maleta y sujetando con fuerza la mochila sobre mi abdomen, custodiando todas mis pertenencias. Es increíble lo abarrotado que está todo de turistas, y eso que se supone que ya no estamos en temporada alta. No quiero ni imaginar cómo estaría todo esto hace un mes. Me palpo todos los bolsillos y cremalleras, para comprobar que no he perdido nada por el camino y que nadie de las doscientas personas con las que compartía vagón me ha metido la mano en algún bolsillo.

—Llaves, monedero —reviso en voz alta—, móvil, crema solar, gafas de sol, carta... ¡¿Y la carta?!

Entro en un pequeño ataque de pánico al no ver la carta que redacté hace dos noches, la noche en que decidí comprarme el billete, la noche en que me aventuré a salir de la pecera. Tras unos segundos revolviéndolo todo con brusquedad, la encuentro en un bolsillo interior de la mochila en el que no recordaba haberla guardado.

Suspiro aliviada.

Por un momento creí que había perdido lo más valioso que llevo encima.

Recorro las callejuelas de Riomaggiore mientras intento orientarme con la ubicación que me ha enviado mi padre al móvil. Hay alguna que otra calle que logro reconocer, pero no lo suficiente como para llegar a casa de mis abuelos con mi pésimo sentido de la orientación.

—*Benvenuta, bella ragazza!* —Me asalta un repartidor de panfletos que sale disparado de la puerta de un restaurante—. *Hai voglia di provare il miglior cibo delle Cinque Terre…?*

—*No, grazie* —lo corto, y acelero el paso para deshacerme de él, que en dos segundos se vuelve a lanzar hacia una pareja de turistas.

El pueblo de mis abuelos forma parte de las Cinque Terre, una de las joyas turísticas de Italia. Cinque Terre lo componen cinco pueblitos costeros, enclavados entre acantilados y viñedos al norte de Italia: Riomaggiore, Manarola, Corniglia, Vernazza y Monterosso al Mare. Son pueblos pintorescos que, pese a ser pequeños y remotos, están llenos de color, de luz y de vida.

Por ello, el pueblo de mis abuelos suele estar atiborrado de turistas, fascinados por las características casas de piedra, con sus fachadas de colores y tejados de pizarra. Los recónditos callejones y túneles, las increíbles vistas al mar, los viñedos y vinos, la gastronomía…

Realmente parecen pueblos sacados de un cuento, cosa con la que de pequeña me encantaba fantasear. Me imaginaba siendo una princesa dentro de una fábula, jugando entre las coloridas casas, imaginándome que un apuesto príncipe se encontraba en alguna de ellas. Qué ilusa, soñaba con encontrar a un príncipe y lo que rescaté fue a un estúpido sapo.

Un sapo al que ya echo de menos…

¡Dios! No me soporto.

Tras subir no sé cuántas rampas y escaleras, me paro frente a una casita de dos plantas, de fachada color salmón y puerta de madera oscura. Mis pulsaciones toman velocidad, sin darme tiempo a procesarlo. No estaba nerviosa, hasta ahora.

Casa de mis *nonni*.

Toco el timbre un par de veces.

—¡Gala! *Il mio piccolo fiore!* —Mi abuelo me recibe con una

enorme sonrisa, se abre de brazos y yo, con cuidado, me hundo en ellos—. Qué *felicità* que estés aquí… Pasa, pasa, *nonna* está en el balcón.

Estaba tan perdida en mis lamentos por Darek que no había pensado en la impresión que me podía causar el reencuentro con mis abuelos. Estoy supernerviosa y feliz al mismo tiempo. Si tuviera que verbalizar lo que siento en estos momentos, hablaría de una sensación agridulce, como sentirse una intrusa dentro del que un día fue tu hogar.

—*Ciao*, *nonna*, os echaba mucho de menos —saludo tímida a mi abuela, no sin estrujarla en un torpe abrazo.

Ella ríe y me da palmaditas en la espalda antes de sujetarme por los hombros para apartarme y darme un repaso de arriba abajo con esmero.

—Estás tan grande —susurra en italiano—, tan guapa, pero un poco delgada…

—Gracias por dejar que me quede, y perdón por avisaros con tan poco tiempo, ha sido algo totalmente inesperado —tartamudeo nerviosa—. No quiero ser ninguna molestia para vosotros, haré lo que haga falta en casa, tendré la habitación limpia y ordenada, iré a hacer la compra, trabajaré, ¡sacaré a pasear el perro del vecino si hace falta! Os ayudaré en lo que sea. No sé cómo agradecéroslo.

—¡Tranquila, *ragazza*! —exclama mi abuelo entre risas mientras arrastra mi maleta hacia la escalera—, estamos más que agradecidos de que estés aquí. Sube tus cosas a la habitación, a la del final a la derecha.

—Gracias, *nonno*. —Sonrío aliviada por la acogida tan cálida que he recibido.

Con lo único que me queda de mi antigua vida a cuestas, subo la escalera y me instalo en la que antes era la habitación de mi padre.

Nacido y criado en Riomaggiore, mi padre pasó toda su infancia y su adolescencia en esta habitación, hasta que en la universidad decidió irse de Erasmus a España. Allí conoció a mi madre, se enamoraron y, una vez graduado, decidió trasladarse a Madrid para formar un hogar con ella. Ese hogar se derrumbó cuando yo tenía doce años y mi hermano tan solo nueve, cuando mis padres decidieron separarse.

Pese a que ahora lo vivo como algo normal, en aquel momento

fue un cambio muy brusco para mí. Pasé de convivir con ambos padres a vivir solo con mi madre y tener que estar haciendo y deshaciendo maletas para pasar los fines de semana con mi padre. Ahora mi hermano y yo somos más mayores para gestionar nuestro tiempo, así que, por suerte, se acabaron las dichosas maletas. Ahora solo he de preocuparme de la que arrastro torpemente por el pasillo.

Evidentemente, después de tantos años vacía, la habitación de mi padre ha ido transformándose en un trastero y llenándose de cachivaches que mis abuelos han intentado retirar antes de mi llegada. Queda alguno que otro desparramado por el suelo y el escritorio, pero ya me encargaré de recogerlos esta tarde. Lo primero que necesito hacer con urgencia es quitarme toda esta ropa y darme una buena ducha. Estoy empapadísima en sudor, ¡qué asco!

En el que será mi baño a partir de ahora, el pequeñito que está justo enfrente de la habitación, mi nueva habitación, guardo todos mis productos de aseo: cepillo de dientes, maquillaje, tampones, jabones, champús, peines, pinzas, gomas de pelo… Me desnudo rápidamente y, antes de meterme en la ducha, pongo un poco de música.

—¡Qué gustazo! —exclamo al meterme bajo el agua fresquita.

Maldita la hora en la que pongo música.

Tras un par de inocentes canciones, empieza a sonar *Corazón vacío*, de María Becerra.

Como si la canción me hubiera dado un tortazo de realidad, la melancolía se apodera de mí. Las lágrimas comienzan a brotar sin previo aviso, camuflándose entre las gotas de agua que se deslizan sobre mis mejillas. Lo que empieza como un pequeño sollozo se convierte en un llanto intenso en cuestión de segundos, en un llanto de desahogo, un llanto que espero que el ruido de la ducha oculte. Lloro de rabia, de tristeza, de anhelo, de desamor.

Lloro de melancolía, de dolor.

—Esto es real —me recuerdo en voz alta—, esto es real. Lo has hecho tú sola… —gimoteo—. Ahora estás sola, tú sola. Darek ha desaparecido…

Suena otra llamada.

—¡Joder! —chillo impotente, apartando la cortina de la ducha e intentando coger el móvil sin mojarlo—. No me dejarás vivir tranquila nunca, hijo de…

«Ah, no.»

Descuelgo el teléfono y lo dejo en manos libres.

—Hola, papá —respondo mientras salgo y me envuelvo en una toalla.

—Hola, cielo, ¿ya has llegado? —Su tierna voz me entristece.

No me despedí de él. Ha sido todo tan rápido que simplemente se lo dije por teléfono, pero apenas me dio tiempo a ir a verle y darle un abrazo de despedida. Me siento culpable de estar tan obnubilada con todo lo de Darek que ni siquiera puedo pensar en los demás, ni en mis abuelos, ni en mi padre...

¿Cómo me fui sin despedirme de mi propio padre?

Menuda hija de mierda, debería haberlo pensado antes de partir, mi mente estaba a rebosar de pensamientos tan opacos y pesados que no dejaban hueco para nadie que no fuese Darek. Aunque mi padre tampoco comentó nada sobre vernos antes de mi partida... Pero no voy a ser hipócrita, era responsabilidad mía, yo tendría que haber ido a verlo. Me siento fatal. Todo lo hago mal, soy un desastre.

—Sí, acabo de llegar —le respondo, evitando que en mi voz se note que he estado llorando.

—Me alegro, ¿qué tal con los abuelos?

—Muy bien, me han recibido con los brazos abiertos.

—No lo dudaba, cielo.

Después de secarme bien, me pongo unas braguitas anchas para que no se me vea nada por debajo del vestido que quiero ponerme.

—Me comentó tu madre lo de ponerte a trabajar. —Niego divertida frente al espejo al pensar en mi madre. Sabía que no iba a ser capaz de esperar a que se lo contara yo misma—. He hablado con un amigo mío que puede ayudarte. Dile a tu abuelo que hable con Pasquale, él te lo explicará todo.

—Vale, papá, gracias. Voy a secarme el pelo, ya te iré contando. ¡Muchos besos, adiós!

—Besitos, besitos, adiós.

No me demoro mucho con el secador, porque con el calor que hace voy a empezar a sudar otra vez, así que me seco las raíces y dejo que las ondas se moldeen al aire. Después de ponerme un vestido azul monísimo y echarme un poco de colorete, pintalabios, corrector y máscara de pestañas, me observo unos instantes en el espejo.

No me gusta lo que veo, ni mi cara, ni mis ojeras, que no he logrado tapar con el maquillaje, ni mi piel. Tampoco me siento

cómoda con mi cuerpo, mis hombros, mis brazos. Llevo unos meses en los que como menos de lo que debería, duermo menos de lo que me gustaría y lloro más de lo que desearía. Hasta que las niñas no me lo dijeron no me había dado cuenta de lo que había adelgazado últimamente. Pero no lo hago a propósito, simplemente no tengo apetito.

—¡Galatea! —me llama mi abuelo a grito pelado—. Ven, baja, ¡adivina quién ha venido a verte!

Capítulo 7



Gala

Mi abuelo me ha exhibido a todos los señores y señoras habidos y por haber en este pueblo. Yo, por mi parte, he de fingir que sé quiénes son estas personas tan majas que habré visto cuatro veces contadas cuando era pequeña.

—*Sì, è mia nipote Gala, hai visto quanto è bella?* —presume orgulloso con otro amigo suyo con el que nos cruzamos, al que también he de fingir que recuerdo.

Después de una conversación casi ininteligible para mí, porque hablan tan rápido que parecen un trabalenguas, continuamos dando un pequeño paseo por el pueblo. *Nonno* quería enseñarme algunas calles, tiendas y vistas, que a partir de hoy formarán parte de mi día a día. El bastón de mi abuelo resuena contra el suelo mientras avanzamos poco a poco hacia el puerto. Me cuenta la historia de Riomaggiore y yo, atenta, lo escucho, sin importarme que no es la primera vez que lo hace, porque disfruto escuchándolo hablar de ello con tanto cariño.

—Antes vivíamos del cultivo de la vid —prosigue señalando unos viñedos en lo alto de las montañas— y de la pesca. Pero actualmente la mayor fuente económica que tenemos es el turismo, como puedes comprobar.

Tiendas de souvenirs, hoteles y restaurantes abruman gran parte de las calles del pueblo. Es evidente que Riomaggiore se ha convertido

en una atracción turística y sus pocos habitantes han tenido que aprender a convivir con ello y sacarle partido, aunque a algunos no les acabe de hacer mucha gracia.

Los entiendo, debe de ser agotador.

—*Nonno*, hablando de economía, papá me ha dicho que he de hablar con un tal Pasquale, que él me puede conseguir un trabajo.

Se para en seco y me coge del brazo bruscamente, apoyándose en mí de la impresión, para no caerse por la escalera que estamos bajando. Me mira ojiplático, y unos instantes después aprieta los labios en una fina línea, como si así pudiese ocultarme que se está riendo descaradamente.

—¿Qué pasa? —pregunto sorprendida.

—Nada, nada —responde unos segundos antes de retomar el camino—. Estamos a dos calles de su casa, podemos aprovechar el paseo para ir a hablar con él.

Voy un par de pasos más atrás y no logro verle la cara, pero en su voz noto un retintín jocoso.

¿Se está riendo de mí?

—Enrico Bianchi… —lo increpo—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, nada —disimula—. Solo me sorprende que vayas a trabajar con Pasquale.

—¿Por qué? —No responde—. *Nonno?* ¿De qué trabaja Pasquale?

—*Pescatore.*

—¡¿Pescador?!

No sé qué cara debo de haber puesto, porque mi abuelo empieza a reír a carcajadas. Espero que sea una broma. Todo mi respeto y admiración a la profesión, pero ¿cómo me voy a poner yo a pescar?, ¿mi padre se ha vuelto loco?

Llegamos a una casita de fachada amarilla al borde del mar, cerca de esta hay un muelle y unas cuantas barcas amarradas a unos pivotes. Subimos los cuatro escalones de la entrada y mi abuelo da tres fuertes golpes a la puerta; por un momento me hace pensar que la echará abajo y entrará por su cuenta.

Tras unos minutos nos abre un imponente hombre de unos cincuenta y cinco años. Es alto, de espalda ancha, y luce una frondosa barba gris, a conjunto con su melena. Pese a tener la edad de mi padre, sus arrugas son mucho más notorias, deduzco que es debido a trabajar tantos años en el mar, bajo el sol.

—*Buongiorno, Enrico* —saluda a mi abuelo en un tono grave y arisco—*, questa è tua nipote?* —Me analiza de arriba abajo con semblante serio.

Mi abuelo, cogido de mi brazo, sonríe y me mira expectante. ¿Quiere que me presente a este señor? Pero si parece que en cualquier momento me va a dar un mordisco, y no de los que me gustan.

—¡Gala! —voceo tendiéndole la mano torpemente—. *Mi chiamo Gala* —intento chapurrear—*, piacere di conoscerti.*

Sonrío. Me mira serio. Sigo sonriendo con la mano tendida en el aire, esperando la suya. Me sigue mirando. ¿En serio tengo que trabajar con este hombre tan impertinente? Como tenga que ir a pescar con él, en una de esas me tira por la borda.

Por fin asiente, me aprieta con fuerza la mano y nos indica que entremos.

No me esperaba que la casa de Pasquale fuese tan... peculiar. Bien bien no luce como una casa en la que vivir. Es más grande que la de mis abuelos, pero también más húmeda y oscura, hace mucho más frío aquí dentro que en el exterior. Distribuidos por la sala hay diferentes contenedores, algunos de ellos son enormes, como las típicas neveras horizontales de supermercado donde se almacenan alimentos, como por ejemplo helados. Contenedores donde puede esconder mi cuerpo perfectamente si se le antoja asesinarme.

En el lado izquierdo hay una especie de cocina, tres enormes fregaderos junto a una mesa metálica alargada en forma de «L» que me recuerda a la barra de un bar, solo que mucho más ancha y extrañamente fría. Parece una bodega antigua, aunque no sé si en su momento lo fue. Tampoco tengo intención de preguntarle.

—Sentaos aquí —nos indica señalando un par de sillas que hay junto a una robusta mesa de madera.

Me sorprende que me hable en español con tanta fluidez, pero tampoco me atrevo a preguntarle por ello.

Se sienta en la silla que tengo enfrente y estampa con brusquedad un papel sobre la mesa. Pego un respingo del susto, porque podría haber sacado tanto un papel como un cuchillo. Al bajar la vista, observo que en realidad no es un papel, es... ¿una cartulina? Sí, es una cartulina vieja de color azul celeste, con garabatos que deduzco que son nombres y dibujos de peces, coloreados por fuera de los márgenes.

No puedo evitar sonreír al darme cuenta: es una manualidad

infantil. Lo miro ojiplática esperando una explicación.

—¿Lo has hecho tú? —se me escapa la broma de los labios, sin ser consciente de que le estoy vacilando a un ogro de casi dos metros.

Contra todo pronóstico, lo veo sonreír. Es una sonrisa ligera y que solo tarda un segundo en borrar de su cara, pero ha sonreído. Lo he visto. Mi abuelo, por su parte, estalla en carcajadas y eso me hace reír a mí.

—No te rías tanto, que esto será tu guía a partir de ahora —prosigue Pasquale, señalando un pececillo de la cartulina—. Quiero que para mañana te aprendas estos peces, son los que pescamos.

Levanto las cejas confundida, ahora no sé si es él quien me está tomando el pelo, pero parece que no.

—¿Mi guía de referencia es una cartulina infantil en descomposición? —En su cara se desdibuja el poco atisbo de amabilidad que había logrado sonsacar.

Hacerle dos bromas seguidas es demasiado, apuntado.

Decido que la mejor opción es callarme y asentir.

—Busca imágenes en el móvil si te sirve de ayuda —prosigue al ver mi cara de incredulidad—, pero mañana tienes que conocer y diferenciar todos los peces que tienes que… *Come se dice? Sviscerare.*

No acaba de decir lo que acaba de decir.

—¡¿Eviscerar?! —chillo sorprendida.

—¡Eso! Eviscerar —responde Pasquale, y esta vez sí que ríe a carcajada limpia junto a mi abuelo mientras observan mi cara, que debe de ser un espectáculo.

Me explica que por el momento yo no saldré a pescar con él y su tripulación, Andrea y Francesco, cosa que me deja un poco más tranquila, aunque solo un poco. Mañana sobre las cinco de la madrugada zarparán, para llegar a la zona de pesca designada para las cinco y media. Lanzarán las redes al agua y las recogerán llenas de peces, entre los que seleccionarán los mejores ejemplares y los colocarán en unos contenedores frigoríficos. Contenedores similares a los que tiene desparramados por la casa, pero supongo que más pequeños, porque si no tendrían que llevar un barco gigante.

—Regresamos al puerto a las nueve —prosigue, apoyado con ambos codos sobre la mesa—, pero quiero que tú estés aquí a las ocho. Descargamos las capturas, las traemos aquí y ayudarás a contabilizar, limpiar, eviscerar y empaquetar para su entrega.

—¿Por qué quieres que esté aquí antes? —lo corto, cosa que noto que lo mosquea.

Me explica que he de tener la zona limpia y preparada antes de que lleguen, también tengo que revisar la demanda de entrega para contabilizar si, una vez clasificada toda la pesca, esta se ha cumplido. Me habla de los restaurantes a los que hay que suministrar el producto antes de las doce del mediodía, de la temperatura a la que he de mantener los frigoríficos, de los productos con los que he de desinfectar la zona, de no sé qué del barco, de no sé cuántos…

Me está volviendo loca.

No entiendo nada.

¿Dónde me he metido?

—A las ocho estaré aquí —lo corto, intentando ser lo más amable posible.

Cojo la cartulina con seguridad y, levantándome de la silla, con ganas de salir corriendo, le tiendo la mano.

—Nos vemos mañana, Pasquale.

Asiente y, serio, me estrecha la mano, mientras mi abuelo me da palmaditas en el hombro en señal de orgullo y gratitud. Cuando les cuente a Elena y a Lola que he dejado voluntariamente mi vida de universitaria para destripar peces en la bodega de un italiano malhumorado, van a flipar.

Aunque no tanto como estoy flipando yo ahora mismo.

Capítulo 8



Gala

Las calles están más despiertas de lo que esperaba, muchos turistas pasean preparados para un nuevo día, mientras una fresca brisa marina me acompaña camino al puerto. Llevo mallas largas y una fina sudadera sobre la camiseta, pero aun así se me eriza la piel ante la corriente de aire que decide aparecer de vez en cuando dándome los buenos días. Un moño desenfadado enmarca mi cara sin una gota de maquillaje, ni máscara de pestañas, ni colorete, ni nada. No me sentía con ganas de arreglarme a estas horas, mucho menos para lo que me espera en el día de hoy. Tampoco creo que a las merluzas o los salmonetes que voy a destripar les importe mucho mi aspecto físico. Mucho menos al bárbaro ogro llamado Pasquale.

Hace tan solo dos días, no se me habría ocurrido salir así de desarreglada a la calle, aunque fuesen las siete de la mañana, las doce del mediodía o las nueve de la noche. Siempre intento ir lo más guapa posible, me siento más segura, menos juzgada. No me gusta admitirlo, pero soy consciente de que desde que conocí a Darek tengo la necesidad de verme deseable, bonita y atractiva todo el tiempo. Tal vez con la esperanza de que no busque en otras mujeres lo que sea que no encuentra en mí, para ser suficiente para él.

Pasquale me dijo que viniera a trabajar sobre las ocho, pero al ser mi primer día he preferido llegar casi una hora antes para enterarme bien de todo lo que tengo que hacer. Llamo al timbre, pero descubro

que no funciona, está fundido. Ahora entiendo los aporreos de ayer de mi abuelo. Doy un par de tímidos golpes a la puerta, pero no recibo respuesta. Vuelvo a golpearla un poco más fuerte, pero nada. No hay respuesta, no hay luces...

Claro que no hay luces. ¡Si me dijo que hasta las nueve no volvía a puerto!

Frustrada, aporreo fuertemente la puerta una última vez para descargar mi rabia, a sabiendas de que nadie me está oyendo al otro lado. ¿Para qué me pide que venga antes si no va a haber nadie en casa? ¿Por qué no he caído yo antes de llegar hasta aquí? ¡Seré imbécil!

Me doy la vuelta furiosa para volver por donde he venido, soltando una retahíla de insultos para mí misma en voz alta, cuando oigo que la puerta se abre de un seco golpe.

—*Che diavolo vuoi?!* —exclaman bruscamente a mis espaldas.

Me giro sobresaltada y me sorprendo al ver que no es Pasquale. Mi primera reacción es revisar si realmente estoy frente a la casa correcta o me he equivocado, haciendo una rápida revisión de la fachada. Pero no, es aquí, estoy segura, es la misma casa que la de ayer.

—*Ciao? Cosa stai facendo qui?!* —vuelve a exclamar en un tono más calmado al ver mi cara de susto.

Tras volver a revisar por tercera vez que esta casa sí es la correcta, observo desorientada a quienquiera que sea que ha abierto la puerta. Lo primero que veo es un chico alto, con unos pantalones cortos de pijama de rayas azules y blancas. Solo con unos pantalones cortos de pijama, no lleva nada más, va descalzo y con el torso desnudo. Incluso desde aquí puedo ver cómo la piel de su pecho se endurece ante la fresca brisa que deja entrar por la puerta. Rápidamente, aparto la vista.

Madre mía, menudo recibimiento.

—Soy Gala, digo... *Io sono Gala* —le respondo, intentando mantener la mirada—. Vengo a trabajar con Pasquale, a *lavorare*.

Si mi padre me oyese chapurrear de esta forma tan cutre el italiano, me desheredaría. Mira que no se me da tan mal, pero hablarlo con desconocidos medio desnudos y malhumorados me pone un poco nerviosa, he de admitirlo. Ojiplático, me observa de arriba abajo, dudando de lo que le acabo de decir.

—¿Eres tú la que empieza hoy con nosotros? ¿La nieta de Enrico? —responde incrédulo en un fluido español—. Dime que es una broma.

—¿Perdón? —Me cruzo de brazos ofendida.

Me observa con curiosidad; una sutil sonrisa burlona que aparece en su rostro empieza a perturbar mi paciencia.

—¿Algún problema?

—Tenías que venir a las ocho —dice con desinterés entre bostezos—, me has despertado.

—Ya lo veo —desvío la mirada al darme cuenta de que volvía a estar clavada inconscientemente sobre su torso—. ¿Puedo pasar o me vas a dejar aquí fuera hasta las ocho?

—Pasa —me indica frotándose los ojos—, no quiero arriesgarme a que vuelvas a intentar echarme la puerta abajo a golpes.

Haciéndose a un lado, me deja pasar y cierra la puerta a mis espaldas. Pese a su violento recibimiento, se le ve más amigable que a Pasquale, cosa que no lo premia mucho, porque tampoco es algo muy difícil. Pero también parece un poco imbécil. Mucho, en realidad.

Si es el hijo de Pasquale, sin duda habrá salido a su madre, porque físicamente no comparten muchos rasgos entre ellos. Bueno, ambos son altos y corpulentos, pero Pasquale es más ancho, mientras que este chico tiene una complexión más delgada. Que delgado no está precisamente, puedo ver más músculos marcados en su espalda que en los que salen en el libro de anatomía.

Si lo viera Elena, no tardaría ni dos segundos en pedirle el Instagram, no sin antes preguntarle a qué hora nació para descubrir su carta astral. Lola, en cambio, le soltaría algo como «por ti pesco peces hasta con la boca» o algo por el estilo. La verdad es que el chico es una vista agradable de la que no me voy a quejar.

Darek aparece furioso en mi mente.

No debería sentirme culpable por pensar que otro chico es atractivo, ¿no?, pero siento una pequeña incomodidad al pensar en otro hombre que no sea Darek. Él siempre ha sido el único para mí, nunca he querido tener ojos para los demás, aunque él mismo ha dudado siempre de mi palabra.

El chico enciende las luces y me indica que me siente en la misma silla donde ayer me senté junto con Pasquale y mi abuelo. Como si yo no estuviera allí, se vuelve hacia la escalera y desaparece. Oigo cómo se pasea por la planta de arriba perezosamente. Cuando

creo que va a volver a acostarse en la cama, sin importarle que una desconocida esté en su casa, lo oigo vocear, asomando la cabeza por la escalera.

—¿Has desayunado? —pregunta con voz ronca—. Voy a hacerme el desayuno, ¿quieres algo?

—No, gracias, ya he desayunado —miento, consciente de que lo único que me he metido en el cuerpo esta mañana ha sido un café con leche bien cargado.

Tras unos minutos, y ante mi sorpresa, aparece con dos sándwiches de pavo y un par de cafés. Observo curiosa la destreza con la que lleva los platos. Agradezco que se haya puesto una camiseta, aunque sea de tirantes. Tras dejar cuidadosamente los platos sobre la mesa, arrastra una silla y se sienta frente a mí.

—Gracias, pero ya he desayunado —repito amablemente.

—Cómetelo, es de mala educación rechazar la comida del anfitrión.

—Esa frase es muy de abuelo, no te pega para nada —bromeo sin pensar.

El chico ríe, negando vagamente con la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Gala —le repito, pese a que me he presentado antes de entrar —. Bueno, Galatea, pero prefiero que me llamen Gala.

—Pues, Gala, *amore,* estás demasiado espabilada para ser las siete de la mañana.

—¿A qué te refieres con «demasiado espabilada»?

—A que hace diez minutos estabas apalizando mi puerta y ahora me llamas abuelo; dame margen a que me termine de despertar para estar en igualdad de condiciones.

—¿Que te dé margen? —pregunto confundida—. ¿Me estás pidiendo que me calle?

—No, puedes seguir hablando, pero para adentro.

La mandíbula se me descuelga sorprendida ante la poca vergüenza de este tipo. Levanto el mentón para responderle, pero decido no hacerlo. Noto cómo una pequeña sonrisa burlona vuelve a brotar de sus labios, pero lo ignoro.

Me reclino sobre la silla y saco el móvil para matar el tiempo mirando tiktoks, pero escasos segundos después el rechinar de mi plato contra la mesa me hace levantar la vista. Veo cómo el chico de

pelo revoltoso acerca mi plato un poco más, esperando a que me lo coma. No tengo hambre, pero decido ceder y darle una oportunidad al sándwich. Se ha tomado la molestia de hacerme el desayuno y no quiero ser maleducada. Me sorprendo al ver cómo él devora el suyo con tan solo un par de bocados.

—¿Tu padre no te lleva con él a pescar? —pregunto tras unos breves minutos de silencio.

—¿Mi padre? —Frunce el ceño—. Ah, ¿te refieres a Pasquale? —Asiento—. No es mi padre, es mi tío.

—¿Vives con tu tío? —pregunto extrañada—. Bueno, para empezar, ¿vives aquí?

—Lo dices como si viviese en una casa encantada.

—Bueno, tienes que admitir que muy normal no es.

Miro a mi alrededor: la frialdad del ambiente, los espantosos congeladores, los fregaderos, los plásticos, el olor a pescado, a productos de limpieza... No puedo evitar hacer una mueca de desagrado que lo hace reír. Tiene una sonrisa bonita.

—Sí, vivo aquí —señala con el pulgar hacia atrás, llevando mi mirada hacia la escalera—, pero en la planta de arriba. Es una casa normal, no es como aquí abajo.

—Qué pena, me parecía superoriginal que durmieras en un congelador.

—Bueno, viviendo con mi tío no descartes encontrarte mi cadáver metido en alguno.

—Tampoco descartes encontrarte tú el mío —sonrío cómplice.

Vuelvo a darle otro bocado diminuto al sándwich, pero, pese a que está bueno, todo lo bueno que puede estar un simple sándwich de pavo, mi garganta está completamente cerrada y tengo que esforzarme al tragarlo.

—No me has dicho tu nombre.

—Me llamo Gael.

—¡Nuestros nombres son superparecidos! —canturreo sorprendida—. Gala y Gael, Gael y Gala. Podríamos ser hermanos gemelos.

—Menos mal que no lo somos.

—¡Oye! —Frunzo el ceño—. Me lo tomaré como un insulto.

—No deberías —murmura antes de dar un sorbo a su taza—. ¿No te gusta el café?

Caigo en la cuenta de que mi taza está completamente llena, no he bebido nada.

—Sí, pero me he tomado uno justo antes de salir, tomarme dos a estas horas sería abusar.

—¿Quieres otra cosa?

—Un poquito de agua te lo agradecería, la verdad.

Veo cómo esta vez se acerca a una nevera cercana y saca una botella de agua sin estrenar.

—Es tuya —dice dejándola sobre la mesa—, hazle alguna señal en la etiqueta o escribe tu nombre con rotulador para diferenciarla, o te arriesgarás a que todo el que la vea beba a morro.

—Gracias. —Desenrosco el tapón con torpeza—. ¿Quién más vive aquí?

—Mi tío, yo y Duna, mi novia, que sigue durmiendo. Pero Andrea y Francesco son dos pescadores que trabajan para mi tío, y créeme que no querrás que esas bocas rocen tu botella.

«Duna, su novia. ¡Qué bien!»

Lo que más necesito en estos momentos es tener que ver a una parejita feliz dándose el lote en mi cara. ¡Maravilloso! Menos mal que a ella no la he despertado, porque lo último que me faltaba era tenerlos a los dos aquí haciéndose arrumacos matutinos.

—No sabía que estabas acompañado —suelto avergonzada—. Sube con tu novia si quieres, puedo esperar a tu tío aquí.

—No te preocupes, sigue durmiendo —sonríe, y se vuelve a sentar frente a mí—, no me echará de menos.

Incómoda, asiento. Saber que tiene novia acaba de construir una muralla entre él y yo. No porque estuviese interesada en él, porque no lo estoy, solo me interesa Darek. Pero tampoco quiero ninguna interacción extraña entre nosotros que pueda suponer una falta de respeto a esa chica. Sé de primera mano lo mal que sienta, lo mucho que duele.

Bebo de mi nueva botella con cuidado. Está muy húmeda y no quiero que se resbale y empaparme entera. Con el rabillo del ojo veo cómo Gael me observa mientras bebo a morro. Intento fingir que no me doy cuenta, pero pasan los segundos y sigue mirándome como si estuviera intentando descifrar algún tipo de enigma que llevo grabado en la frente. Me empieza a poner nerviosa, ¿tendré un grano más grande de lo usual?

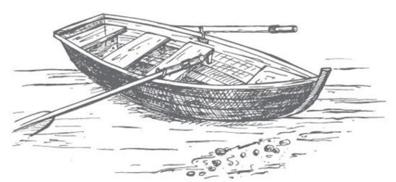
—¿Qué pasa? —pregunto confundida.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Entrecierra los ojos.

—Sí, claro, dime.

—¿De qué huyes para estar aquí?

Capítulo 9



Gael

Observo divertido cómo mi tío le da indicaciones a la nueva mientras ella, desorientada, intenta seguir todo lo que le dice. Desde que esta mañana ha aparecido aporreando mi puerta, no he podido quitarle los ojos de encima. He de admitir que me despierta mucha curiosidad saber qué está haciendo aquí una chica como ella. Una chica española, un par o tres años menor que yo, y que tanto su forma de hablar como la delicadeza de sus manos me indican que es una chica de ciudad. No tiene pinta de ser alguien que se dedique a la pesca, ni mucho menos la veo con intenciones de convertirla en su gran pasión. ¿Qué está haciendo aquí entonces? ¿De qué huye?

—¿Tú no te vas a mover? —gimotea claramente estresada, aprovechando que mi tío no la oye—. ¿Estás aquí solo para mirarme?

Me sorprende y me divierte a partes iguales la audacia con la que se ha dirigido a mí desde el minuto uno. Es como si no le importara lo más mínimo lo que pueda opinar de ella. Me resulta divertida y estúpida a partes iguales.

—Estoy aquí para supervisarte —le miento, intentando mantener el semblante serio—. Creo que suficientes confianzas has cogido esta mañana, las he dejado pasar de largo, pero ahora estamos en horario laboral y estas no son formas de hablar a tu superior.

Con cara de haber visto un fantasma, me mira perpleja. No puedo evitar fijarme en lo grandes y profundos que son sus ojos, enmarcados por unas tupidas pestañas que no ha querido maquillar. Tampoco le hace falta.

—¿Qué mierda sigues haciendo aquí? —me gruñe mi tío bajando por la escalera—. Sube a trabajar de una puta vez y no me distraigas a la *ragazza*.

La expresión de la chica nueva pasa de asustada a cabreada. Sus ojos se ven todavía más grandes y penetrantes. Son como dos jodidos pozos en los que creo que si me asomo mucho caeré al abismo, pero inconscientemente no puedo dejar de mirarlos, intentando encontrar a través de ellos lo que esconde. Mi mirada baja a sus labios al notar que los aprieta enfadada para no dejar escapar un insulto de su boca.

—Ya subo —respondo, liberando la sonrisa que me estaba aguantando.

Asiento a Pasquale y subo a mi despacho mientras noto la mirada de la chica de ojos profundos clavada en mi nuca, como un aguijón.

No, no soy ni el supervisor ni mucho menos el jefe, aunque, bueno, el puesto no se me queda lejos, si tenemos en cuenta todo de lo que me encargo en la empresa. Logística y gestión de suministros, programación y coordinación de entregas, registros de facturas y pagos, estimación de producción según la demanda, análisis de costes...

No trabajo bajo las órdenes de mi tío, aunque así lo parezca. En todo caso, lo hago bajo las órdenes de mis padres, que es muchísimo peor.

Puede que algún que otro día le pida a Pasquale que me preste a la chica nueva para que me ayude en alguna de mis tareas. Solo con ver lo amarilla que se ha puesto eviscerando peces, sé que le será más agradable sentarse de vez en cuando en el despacho o acompañarme a los restaurantes a hacer recados que no conlleven estar limpiándose el delantal de entrañas.

Me paso la mañana sin poder dejar de prestar atención a las vociferaciones que oigo que le dedica el burro de mi tío a la pobre chica. Para mi sorpresa, oigo cómo ella no se deja amedrentar, la oigo sisear, pedirle que baje la voz e incluso responderle con el mismo tono elevado con el que él se dirige a ella.

Su voz es más temblorosa, estresada ante la situación, pero aun así no se deja intimidar. Mañana le llamaré la atención a mi tío, para que con ella baje ese nivel de hostilidad que le corre por las venas. Por muy gracioso que me resulte oír cómo se enzarzan, tampoco quiero que le convierta esto en un infierno nada más llegar.

Aunque algo en ella me dice que está acostumbrada a sobrevivir entre llamas.

Capítulo 10



Gala

Su boca baja por mi mejilla mientras va dejando un reguero de besos. Pasa por el cuello, los pechos, el abdomen... Enredo mis dedos entre sus suaves mechones mientras me desabrocha el pantalón y lo deja caer al suelo. Ahogo un gemido cuando me empuja y caigo sobre su cama. Aprieta los músculos del abdomen al arrodillarse ante mí, me mira con sus oscuros ojos, esos que hacen que me derrita, por los que daría la vida sin dudarlo. Siempre me mira de esa forma tan suya, como miraría un león a una gacela.

Es un depredador y yo soy su presa.

—Ábrete de piernas —señala haciendo un pequeño gesto con la cabeza, yo acato su orden. Se inclina entre ellas pero se detiene—. No, tú no.

No entiendo... Miro hacia mi derecha y se me encoge el corazón al ver a otra mujer desnuda a pocos centímetros de mí. Creo que la he visto antes, en su teléfono tal vez, ahora no logro recordar. Darek se inclina hacia ella mientras yo me quedo inmóvil.

¿Por qué me hace esto? ¿Por qué es tan malo conmigo?

—Para, por favor —le pido entre sollozos. Encojo las piernas contra mi pecho e intento alejarme, pero no puedo, mi cuerpo está paralizado—. Darek, por favor...

Me mira mientras hace gemir de placer a la otra chica, me mira. Apenas se separa unos centímetros de su entrepierna para dedicarme una

sonrisa voraz y volver a hundirse en ella. Disfruta viéndome sufrir, siempre lo ha hecho. ¿Por qué quiere hacerme tanto daño? No lo entiendo. No lo merezco.

Quiero que pare.

Necesito que pare.

No aguanto más.

—¡Darek, te lo suplico! —Grito tanto que me quema la garganta—. ¡Darek! ¡DAREK!

Me despierto de un sobresalto. Siento los raudos latidos de mi corazón en las orejas y la garganta, por un segundo ahogando mi respiración. Me incorporo desorientada, no reconozco la habitación hasta pasados unos instantes. Suspiro profundamente, aturdida, revuelvo las sábanas para deshacerme de ellas y me incorporo, apoyando la espalda contra la pared. Tras unos segundos de calma, mi corazón vuelve a latir con normalidad.

Realmente no le doy importancia a la pesadilla que acabo de presenciar, pues es otra más de las miles que tengo con Darek. No son diarias, aunque las tengo a menudo desde hace mucho tiempo, tal vez como otra señal más del universo que decidí ignorar. Estoy tan acostumbrada a ellas que, pese al susto momentáneo, me recompongo rápidamente. Ya no me afectan, pero me molesta que interrumpan mi sueño, luego me cuesta muchísimo volver a dormirme.

Palpo con la mano sobre la mesilla y encuentro mi móvil.

Miro la hora, las cuatro de la madrugada.

Deslizo mi dedo sobre la pantalla tontamente, recordando que no tengo acceso a ninguna red social donde cotillear y distraerme un rato. Las he borrado todas. Instagram, Twitter, TikTok e incluso Facebook, que no uso desde que tengo doce años.

Es una decisión que tomé ayer al volver a casa de mis abuelos, después del horrible día de trabajo con Pasquale. Lo primero que se me antojó fue desbloquear a Darek para contarle todo lo que me había pasado, como siempre hacíamos, contarnos cómo nos había ido el día. Pero sabía que no debía hacerlo, así que, luchando con todas mis fuerzas por no hablarle, decidí borrarme todas las redes sociales para no tener la tentación de acceder a ellas y desbloquearlo. Para no tener la tentación de volver a Darek.

Mi mano vuelve a dejar el móvil sobre la mesilla y lo cambia por la cartulina celeste que me dio Pasquale. Ayer por la tarde estuve descifrando los nombres escritos y buscándolos por internet. Me hizo mucha gracia comparar los tiernos dibujos con las imágenes reales. Cabe destacar que los colores son fieles a la realidad, aunque un par de ellos tienen trazos coloridos que no les pertenecen, será el toque personal del artista.

Con una mano sujeto la cartulina y con la otra voy tapando los nombres, intentando recordar cuál es cada uno a partir de los dibujos. Aunque después del terrorífico día de ayer, creo que los tengo suficientemente bien grabados en la memoria como para que no se me olviden nunca.

—Salmonete... Merluza... —susurro—. Raya... Dorada... Atún... No, atún pequeño.

Hay dibujados dos atunes, uno grande y a su derecha otro más pequeño. El pequeño está señalado por una enorme flecha roja, más grande que el propio pez, para que no haya confusiones. Debo de estar muy cansada porque me resultan tremendamente graciosos.

Volteo la cartulina y en la esquina inferior izquierda leo con dificultad un nombre: Gael de Simone.

Gael, el sobrino de Pasquale, el chico que ayer casi me mata de un infarto. ¡Será capullo! Por un momento creí que era algún tipo de jefe o supervisor, pero solo estaba vacilándome.

He de admitir que el susto me sirvió para ser más precavida la próxima vez; me tomé demasiadas confianzas desde el principio con él, creyendo que, por su edad y la forma en que me hablaba, sería un ayudante más, como yo, pero no lo es. Aunque tampoco sé exactamente qué hace allí, aparte de tomarme el pelo. Se pasó gran parte de la mañana encerrado en la planta de arriba, donde oí que tenía su despacho.

No quise responderle a la pregunta. No quise decirle de qué huyo. No quise decirle que huyo de mi propia necesidad de ser amada por alguien que no quiere hacerlo. Que huyo porque soy incapaz de poner límites a una persona que los sobrepasa constantemente. Que huyo porque soy incapaz de verme si no es a través de los ojos de Darek...

Simplemente le dije que necesitaba un cambio de aires, una vida nueva. No insistió en sonsacarme más información, aunque noté que durante el resto de la mañana no me quitaba los ojos de encima cada

vez que bajaba del despacho. No se molestaba en disimular ni una pizca, me miraba directamente a los ojos, como si esperara que le dijera algo, como si esperara encontrar algo por su cuenta a través de ellos.

Sabe que no le dije la verdad, pero no me importa.

Tengo un problema más importante con el que lidiar: yo misma.

Capítulo 11



Gala

—¡Pero tira con fuerza! —me recrimina Pasquale mientras retira de un tirón las tripas de una merluza—. *Per Dio, è solo un pesce, ragazza.*

—¡Lo estoy intentando, pero resbala! —Trato de imitarlo, pero al tirar con fuerza las arranco de golpe y me abofeteo a mí misma con las vísceras—. ¡Joder! ¡Qué asco!

Pasquale suelta un bufido de exasperación mientras me arranca la merluza de las manos y me pone una nueva. Con el rabillo del ojo observo cómo Gael intenta aguantarse la risa mientras recoge unos folios de un cajón y vuelve a subir la escalera. Le saco la lengua en respuesta, pero vuelvo a meterla rápidamente cuando noto sobre mis labios el sabor de las entrañas.

Dios mío, qué asco.

Intento limpiarme el rostro con el antebrazo, pero lo único que consigo es restregarme la porquería por toda la cara. Ahogo un grito de desespero y vuelvo a intentarlo con el siguiente pez en mis manos, ignorando que llevo una mascarilla facial de tripas de pescado.

Ha sido una mañana increíblemente caótica. Hoy soñaré con merluzas, atunes y con los gritos de Pasquale hacia mí y hacia los otros hombres que trabajan con él. ¿Tripulantes? ¿Camaradas?

No sé, como se llamen.

Solo sé que ahora mismo lo único que quiero es disfrutar de las aguas cristalinas que me abrazan mientras me dejo besar por el sol.

Pese a estar cercanos al otoño, hoy hace un tiempo maravilloso y he decidido bajar a la playa a disfrutarlo. Solo he pasado por casa a ponerme el bikini y coger la toalla, las chanclas y una novela. No he comido, no tenía hambre, ya lo haré cuando vuelva.

Me pasaría todo el día en el agua, nadando, buceando o simplemente dejándome flotar, mientras la marea me acaricia la piel y hace bailar mi pelo. Cierro los ojos e inflo mi pecho para flotar mejor. El cálido sol atraviesa mis párpados, lo noto en mi abdomen, en mis manos y en los pequeños trozos de piel que sobresalen del agua. Las olas mecen mi cuerpo y yo me dejo llevar.

Qué gozada, me encanta el mar...

—Te vas a abrir la cabeza contra las rocas —grita una voz ronca sobre mí.

Abro los ojos y me encuentro con los de Gael, que me observa asomado sobre las rocas.

Lleva una camiseta de tirantes negra, junto con unos pantalones cortos de chándal grises. Los mismos que llevaba esta mañana al recibirme con ojos cansados y labios hinchados, de recién despierto. Hemos vuelto a desayunar juntos; pese a mi reticencia por comer, me ha vuelto a hacer un sándwich al cual le he dado un par de bocados con desgana.

Llevo pocos días aquí, pero me extraña no haber visto a su novia todavía. No desayuna con nosotros, tampoco aparece en toda la mañana... Empiezo a pensar que fue otra de sus vaciladas y que en realidad esa tal Duna no existe, pero tampoco quiero preguntarle por ella y darle pie a que crea que estoy mínimamente interesada en sus líos amorosos.

La luz solar destella sobre su cadena plateada y me hace entrecerrar los ojos. Lleva unas deportivas viejas y una carpeta de vete a saber qué bajo el brazo.

—Llevas un *outfit* nada adecuado para estar en la playa —bromeo mientras vuelvo a cerrar los ojos, ignorando su presencia—, y bastante horrendo, si te soy sincera.

—Te he visto de lejos flotando y he venido a ver si estabas viva. —Entreabro un ojo y lo miro divertida—. Veo que sí lo estás, pero por poco tiempo si no me haces caso.

Levanto la cabeza y, sobresaltada, me doy cuenta de que tiene razón. La marea me ha acercado demasiado hacia las rocas, así que a

regañadientes me incorporo, me acerco a ellas y empiezo a trepar con dificultad, pinchándome la planta de los pies con los bordes afilados. Gael me brinda una mano para ayudarme y de un tirón me sube, de modo que termino a pocos centímetros frente a él. Huele a sal, a madera y a melocotón. Me sorprende que todavía no me haya quedado sin olfato después de tanto olor a vísceras de pescado.

Asiento como señal de agradecimiento y doy un par de pasos hacia atrás, separándome de él.

—¿Cómo van tus primeros días? —pregunta detrás de mí mientras caminamos a trompicones hacia mi toalla—. ¿Te gusta el pueblo?

—Sí, es muy acogedor. —Me apoyo con las manos en una roca para no tropezar—. Mi *nonno* me lo enseñó un poco, pero todavía he de explorarlo.

Tras acompañarme a la toalla y ayudarme a recoger mis cosas, con un pequeño gesto se despide de mí. Yo me encamino a casa de mis abuelos, mientras con el rabillo del ojo lo observo alejarse hasta desvanecerse entre la multitud. Para estas horas, las calles ya están abarrotadas de turistas que se interponen fastidiosamente en mi camino a casa, es una imagen que me resulta algo grotesca.

Calles y fachadas toscas pero dulces conforman un escenario hogareño que transmite calma, calidez e infinitud. Pero este escenario se ahoga en una marea de caos, descuido y sobreexcitación, que traen consigo los turistas.

Siento que a veces nos pasa lo mismo con algunas personas.

Capítulo 12



Gala

—*Televisione di merda!* —refunfuña mi abuelo arrodillado frente al televisor mientras toquetea todos los botones posibles para intentar poner los subtítulos en castellano.

—Déjalo estar, *nonno* —le repito por quinta vez—, puedo entender el italiano.

—*Chiuso!* —me manda callar.

Intento esconder entre mis labios una risotada mientras mi abuela pone los ojos en blanco y zarandea la cabeza de un lado a otro, exhausta de oír a mi abuelo maldecir en italiano.

—Enrico, se te enfría el risotto, *idiota*.

Nonno hace caso omiso de la advertencia de mi abuela y, encabezonado, continúa investigando. Sería todo mucho más fácil hacerlo con un mando a distancia decente, pero el que tienen parece sacado del paleolítico y ya no se ven ni los números, no sé cómo les sigue funcionando. Mi abuelo pulsa aleatoriamente sus botones y en la pantalla empiezan a salir letras y símbolos de colores que lo cabrean aún más.

Pocos minutos después, termina rindiéndose y con un bufido de irritación se sienta con nosotras a comer. Sus gafas se empañan por el humo que emana el risotto y las aletas de su nariz se abren para dejar pasar el delicioso olor a champiñones, mantequilla y queso parmesano.

—No pasa nada, *nonno*, así aprenderé a hablar italiano incluso mejor que vosotros —lo consuelo.

Él me dedica una dulce sonrisa, acompañada de un golpecito en la espalda. Me gusta ver sonreír a mis abuelos, verlos contentos de tenerme aquí con ellos.

Intento apartar ese sentimiento de culpabilidad que de vez en cuando aparece y me perturba la conciencia. Culpabilidad por no haber estado para ellos todo este tiempo, por haber dejado que la distancia fuese una excusa, por no poner el empeño que se merecen en venir a verlos desde que mis padres se separaron. Ojalá pudiera compensar a mis abuelos todo el amor que ellos me brindan desinteresadamente.

Después de una ardua batalla con mi abuela para convencerla de que realmente no podía comer más, porque no tenía ni una pizca de hambre, he subido a darme una ducha rápida para retirar los restos de sal que llevaba adheridos a la piel y me he desplomado sobre las suaves sábanas de la que ahora es mi cama. Hecha un ovillo, me dejo mecer por la agradable brisa que entra por la ventana y el leve ruido de la vida que sucede en las calles, sumiéndome en un lento y dulce sueño…

Intento disimular, pero los ojos se me van continuamente hacia ellos. No puedo creer que tenga tan poca vergüenza de venir a mi cumpleaños con su nueva novia. Es una chica con la que lo vi coquetear de fiesta varias veces, aunque quise pensar que eran mi imaginación y mis inseguridades. Ahora veo que en el fondo no me equivocaba.

La mira, la toca, la besa. De vez en cuando me mira y su semblante cambia. Se vuelve serio, como si estuviera enfadado conmigo, como si yo le hubiera hecho algo malo. Me mira con rencor, con rabia. Nunca entiendo qué se le pasa por la cabeza.

Ella está sentada sobre sus piernas. Darek se acerca a su oído mientras le acaricia con los dedos el borde de la falda.

—Te quiero —le susurra. Aprieto los ojos con fuerza para intentar no llorar, mientras mi corazón impacta una y otra vez contra el tórax, intentando huir—. Como nunca la he querido a ella.

Un sollozo exasperado brota de mi garganta al despertar. Con la palma de la mano me limpio el reguero de baba que recorría mi barbilla mientras dormía.

Otra pesadilla más, esta vez en mi preciada hora de la siesta.

Me siento en el borde de la cama y me froto la cara. Inconscientemente, me quedo con la vista clavada en el suelo, mientras mil pensamientos recorren mi mente sin darme tiempo a entender siquiera qué significan.

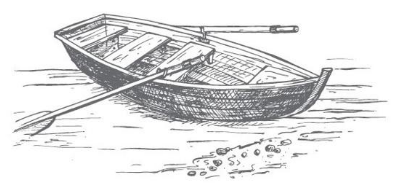
Noto cómo se me humedecen rápidamente los ojos y en un instante rompo a llorar. Un llanto sin sentido, un llanto que estaba esperando escapar de mis labios y, por fin, lo ha conseguido. Ni siquiera sé por qué lloro, solo sé que necesito hacerlo. Escondo mi rostro entre las manos y respiro entrecortadamente mientras las lágrimas caen sobre mis palmas.

Lágrimas que arrojan todo lo que he estado guardando dentro.

Lágrimas de impotencia.

Lágrimas que me recuerdan por qué estoy aquí.

Capítulo 13



Gael

La chirriante voz de mi madre me taladra el tímpano a través del móvil. Sujetándolo entre mi oreja y mi hombro, rebusco con torpeza los supuestos papeles que según ella debería tener guardados.

—Aquí no tengo nada —repito exhausto en italiano—, no recuerdo que me los hayáis facilitado. ¿Estás segura de que los tengo yo?

—Deberías. —Suelta un molesto bufido—. Acércate un segundo al restaurante, a ver si tu padre los tiene guardados en su despacho.

—Mamá, ahora no puedo, tengo que terminar algo importante.

—Esto es urgente, deberías tenerlos.

Pongo los ojos en blanco. Todo es urgente cuando se trata de ellos.

—Ni tú misma sabes si me los habéis dado.

—Vente un momento, que no te cuesta nada, asómate al despacho de tu padre y mira si están allí.

—¿No puedes asomarte un momento tú si estás ya allí?

—¡No sé ni cómo se llama el puto documento, Gael!

—Vale, vale —resoplo—, ahora voy.

Cuelgo exasperado. Recojo medianamente el escritorio para no dejarlo hecho un cristo y bajo por la escalera, no sin antes darle un suave beso a Duna, a la que encuentro acostada en la cama durmiendo, como de costumbre.

El olor a pescado se me instala en las fosas nasales al bajar por la escalera, aunque no me causa ningún tipo de rechazo, ya estoy más

que acostumbrado a convivir entre este hedor. Pero, sorprendido, inhalo con profundidad al sentir que otro olor se sobrepone. Un olor dulce, como a jazmín. Miro hacia mi izquierda para descubrir de dónde proviene.

Enfundada en un delantal que casi le llega por los tobillos, Gala le quita las escamas a un atún raspando con furia. Ella y mi tío están de espaldas el uno al otro, ni se miran ni se hablan, deben de estar peleados otra vez. Por las miradas que me dedica Andrea, que, divertido, recoloca la pesca en los congeladores, sé que estoy en lo cierto.

—Voy un momento al restaurante, ahora vuelvo. —Mi mirada se pasea de uno a otro—. No os matéis mientras yo no estoy.

Ambos me miran con el ceño fruncido antes de volver a bajar la vista y Gala, en respuesta, raspa con más fuerza las escamas del pez que tiene entre las manos, esta vez en mi dirección, haciendo que algunas de ellas caigan sobre mi camiseta.

—¡Oye! —Me las quito de encima de un manotazo.

Ella esconde una sonrisa divertida sin levantar la vista, haciéndose la loca. Cuando aprieta los labios de esa manera se le forma un hoyuelo monísimo en la mejilla, solo en la mejilla derecha, qué curioso. Tiene la piel bonita, aunque apagada. Si fuese un dibujo animado, sería uno de esos que dibujan completamente de un color azul grisáceo, para representar que está triste o deprimido. Si ella supiese lo bien que le queda ese hoyuelo, seguro que sonreiría más.

—¿Qué miras tanto con esa cara de *idiota*? —gruñe Pasquale por encima del hombro—. Venga, vete.

Salgo sonriente de casa, olvidándome por un momento de que me dirijo al mismísimo infierno.

Con suerte, el diablo no estará.

Al llegar saludo fugazmente a los trabajadores, que comienzan a prepararlo todo para el turno de este mediodía. Mi madre, refinada, está cruzada de piernas en una de las mesas de la sala, con sus características gafas Prada y su rubia melena teñida recogida en un repeinado moño del que no se le mueve ni un mísero pelo. Luce tan pulcra y elegante como siempre, como si el mayor esfuerzo que realizara en su día a día fuese respirar para mantenerse viva.

Esa suposición no está tan alejada de la realidad.

Sobre la mesa hay decenas de hojas desparramadas que finge

mirar, como si no supiese que acaba de esconder el móvil con el que estaba entretenida al oírme llegar. Como si no supiese que no se habrá molestado en buscar los documentos por su cuenta.

—¿Tienes las llaves del despacho?

—No las necesitas, justo ha llegado tu padre, está dentro.

Mi corazón se salta un latido, angustiado ante la idea de tener que lidiar con mi padre. Hoy no estoy de humor, tengo cosas que hacer y lo último que necesito es una de sus encerronas. Asiento fingiendo una media sonrisa y me dirijo al despacho con la idea de entrar y salir más rápido que un ladrón en un banco.

—Buenos días, padre —saludo dando un par de golpes a la puerta.

No me responde. Se limita a abrir un cajón a su derecha con ímpetu, sacar una carpeta negra repleta de más documentos de los que me esperaba y estamparla sobre la mesa frente a mí.

—Estos son.

Enarco las cejas con sorpresa, aunque no me sorprende lo más mínimo que mi padre se enfade conmigo por algo que ha sido más culpa suya que mía. Se cortaría el rabo antes de admitir que ha hecho algo mal.

Me limito a responder con un simple «gracias», ni siquiera quiero preguntar por qué cojones la carpeta guarda el triple de papeles de los que se supone que tenían pendientes. Antes de que pueda volver a levantar la vista de su ordenador, he salido por patas de allí.

Respiro ofuscado de camino a casa. Casi agradezco que mi padre esté enfadado conmigo, así interactuamos lo menos posible, pero no puedo evitar sentir rabia por la forma en la que siempre hacen las cosas. Lo peor es que no sé cómo me lo monto pero siempre acaban enfadados conmigo, siempre todo acaba siendo mi culpa por una cosa o por otra. Siempre consiguen hacerme sentir responsable de todo, y eso me pone de muy mala hostia.

Acelero mis pasos hacia casa para volver a encerrarme en mi despacho y terminar de hacer todo lo que tengo pendiente para hoy, ahora añadiendo la jodida carpeta que llevo bajo el brazo. Abro la puerta con ímpetu y una voz chillona pega un grito que me asusta más a mí que a ella.

—¡AAAH! —La veo dar un torpe respingo hacia atrás—. ¡Joder, Gael!

—¡¿Qué pasa?!

—¡Que has entrado como un puñetero toro! ¡Solo te ha faltado abrir la puerta de un cabezazo!

—¿Te he asustado? —Me acerco divertido hacia ella.

Reclinada sobre la mesa, Gala está concentrada tachando con un subrayador rosa el comprobante del pedido para la entrega de hoy. Ya no lleva los enormes guantes de plástico ni el zarrapastroso delantal, es muy gracioso verla con él, aunque con esas mallas apretadas y esa camiseta holgada a través de la que se le transparenta el sujetador tengo unas vistas de las que no me quejaré.

Suelto la carpeta de un golpe sobre la mesa, provocando que dé otro saltito de sorpresa. Me remango las mangas de la camiseta con esmero mientras ella levanta la vista, observando con desinterés.

—Perdóname, nena, a veces no controlo la increíble fuerza de estos duros músculos.

Aprieto el bíceps haciendo una pose ridícula que sabía que le iba a hacer reír, a pesar de que intenta ir de dura conmigo, escondiendo la sonrisa y poniendo los ojos en blanco.

—Oh, por Dios —niega con la cabeza—, eres muy tonto.

—Tú eres tan agradable… —murmuro de forma irónica.

Vuelve a poner los ojos en blanco.

Mi atención deja de estar sobre ella por un segundo al darme cuenta de que no están los demás.

—¿Estás sola?

—Justo acaban de salir a hacer no sé qué a las redes de pesca. Algo de unos agujeros —responde con desgana.

—¿Necesitas que te ayude en algo?

—No, gracias, no hace falta. —Me mira de reojo—. Además, no quiero que esos descomunales músculos partan mis preciosos subrayadores.

Sonrío divertido.

—Si necesitas cualquier cosa, estoy arriba.

Vuelvo a encerrarme en mi cueva. En piloto automático, hago y deshago la cantidad desmesurada de trabajo que tengo para hoy. La mayor parte de este me lo podría ahorrar si mis padres gestionasen las cosas de una forma mucho más eficiente, pero como aquí mandan ellos, yo me limito a hacer todo lo que está en mi mano para poder llevarlo todo lo mejor posible. Sé que podría hacerlo mejor, pero en

las condiciones en las que trabajo esto es lo máximo que puedo hacer. Al cabo de unos minutos, unos suaves golpes me hacen levantar la vista para encontrarme con el tímido rostro de Gala asomándose por la puerta.

—No quiero molestarte —susurra abriendo con delicadeza—, pero he terminado de hacer lo que me ha mandado Pasquale y todavía no ha vuelto. ¿Necesitas que te ayude en algo?

—¿Ya has acabado tu faena? —Asiente—. Pues aprovecha y vete a casa.

—Mi horario no ha terminado, no quiero que tu tío piense que me he escaqueado.

—Pues…

Pese a que me vendría bien que me echaran una mano, sé que ahora mismo no es momento para que Gala me ayude, tardaría más en explicarle lo que necesito que haga que si lo hago yo por mi cuenta.

—Ya sé —la observo atento—, puedes hacerle compañía a Duna, lleva toda la mañana sola, le vendrá bien una amiga.

Abre los ojos incrédula.

—¿Que le haga compañía a tu novia? —Asiento—. ¿Se pasa todas las mañanas encerrada en la habitación?

—Es muy dormilona. —Me levanto y rodeo el escritorio hacia ella—. Ven, te la presento.

Antes de que pueda abrir la puerta del pasillo que aísla la casa de la escalera y el despacho, *Duna* empieza a ladrar a la puerta al oírnos, reclamando los mimos y la atención que se merece. La cara de Gala pasa de la incomodidad a la devoción en cuanto abro la puerta del pasillo y *Dunita* se lanza a sus brazos.

—¡¿Esta es *Duna*?! —grita entre risas mientras se agacha para manosearla.

—¿A que es preciosa? —sonrío—. Si quieres, puedes ir a darle una vuelta.

—¿No se enfadará Pasquale?

Niego, mientras observo cómo *Duna* no deja de revolcarse en el suelo para que Gala le rasque la peluda panza.

—Te voy a contar un secreto —me agacho junto a ella para susurrarle—: Duna es el comodín con el que jugar contra mi tío. Todo lo que tenga que ver con ella es sagrado, así que créeme que en todo caso se alegrará de que saques a su preciada hija a pasear.

—¡Eres superguapa! —le chilla emocionada—. ¿Quieres que te lleve de paseíto?

Como si la entendiera, *Duna* empieza a ladrar ante la efusividad con la que Gala la mima. La observo curioso, sin duda *Dunita* es una perra muy sociable, pero el ansia con que le demanda arrumacos a Gala no es lo usual en ella con una recién conocida. Sonrío embobado a mi preciosa cocker color canela, que respira con la boquita entreabierta mientras se deja frotar por las delicadas manos de Gala. Sus manos se ven tan suaves y bonitas que no me extraña que *Duna* esté derritiéndose con ella, sus caricias deben de ser una gozada. Me imagino cómo se sentirían sus dedos sobre mi antebrazo, o en mi espalda, o rodeándome la...

—¿Dónde tiene la correa? —Me despistan sus labios.

—Ahora te la traigo —carraspeo.

Tras coger la correa, se la coloco a *Duna*, que, educada, se sienta para que se la ponga con mayor facilidad, y le doy mi número a Gala por si necesita cualquier cosa mientras está con la perra. Sonrientes, se despiden de mí. Antes de volver a ponerme con lo mío, me tomo el capricho de observar desde la ventana cómo se alejan.

Esta vez, cuando me siento frente a mi escritorio, lo hago con una pequeña sonrisa.

Capítulo 14



Gala

Pienso una y otra vez si enviarle el mensaje. Es una tontería, no tiene nada de malo preguntarle, pero me siento superinvasiva al hacerlo. Es una gilipollez en realidad, ayer me dio su número por si necesitaba cualquier cosa, ¿no? No sé por qué le estoy dando tantas vueltas.

Soy Gala, ¿sabes dónde podría comprar un
mando de televisor?

Es la frase más seca y rara con
la que me han entrado.

Vale, por esto le estaba dando tantas vueltas.

Quiero regalarles uno a mis abuelos,
el suyo está roto.

Ahora te paso la ubicación
de una tienda cercana.

Gracias.

Parece que esté hablando
con mi abuela por mensajes.
Si no estuviera en el otro barrio.

Sonrío ante la broma de mal gusto.

Tómatelo como una sesión

de ouija online.

JAJAJAJAJAJAJA.
Aquí tienes la ubicación.

Gracias .

Unos segundos después, vuelve a escribir.

¿Quieres que te acompañe?

¿A comprar un mando de televisión?

El plan lo has decidido tú,
yo solo me adapto.

Me muerdo el labio sopesando la idea.
Es una tontería, pero me apetece ir sola.

No hace falta, iré sola,
es un momento.

Como prefieras 😃.

Fuerzo una mueca seria para borrar la estúpida sonrisa de mi rostro antes de clicar en el link y descubrir que la tienda se encuentra a unas cuantas calles de aquí.

He decidido ponerme mona, en contra de mis propios deseos de quedarme encerrada en la habitación, metida en la cama y llorando con la luz apagada. No quiero hundirme, he venido aquí para renacer, para encontrarme, para sanar. Así que me he puesto una preciosa falda de cuadros azules y blancos, un top de manga corta blanco y una cazadora vaquera a conjunto. Los calcetines, también blancos, sobresalen de las deportivas dándole un toque colegial al *look*, que me gusta bastante. A Darek seguro que le encantaría, me diría que estoy guapísima y así me sentiría yo. Sacudo la cabeza intentando echarlo de mi mente.

Recojo mis encrespadas ondas en una trenza baja y me maquillo rápidamente. Quiero ponerme guapa, pero tampoco me voy a hacer un trabajazo de chapa y pintura cuando mi único plan esta tarde es ir a comprar un mando a distancia y cotillear las tiendas con las que me tope por el camino.

Ninguno de mis abuelos está en casa, así que cierro la puerta con

llave y, colocándome los auriculares, me dirijo a explorar las calles cercanas del que ahora es mi hogar.

El señor de la tienda ni siquiera levanta la vista al oírme entrar. Sentado en una silla, ojea un diario mientras de fondo se oye un canal de radio italiana. Cotilleo con calma los diferentes objetos hasta encontrar el estante donde se encuentran los mandos, la tienda es tan pequeñita que tardo poco en hacerlo. Me decanto por el que tiene los botones más grandes, pensando que les facilitará a mis abuelos ver dónde pulsan. Antes de acercarme a la caja para pagar, mis ojos se encuentran con un pequeño estante repleto de cámaras analógicas. Las toqueteo curiosa. Son de esas cámaras desechables, de las que tienen un limitado carrete, de las que no tienes ni idea de cómo ha salido la foto hasta que la revelas.

Decido llevarme dos, siempre he querido tener una de estas y, además, ¡están baratísimas!

Un elegante restaurante se topa en mi camino al volver a casa bordeando la costa: Gustoso De Simone. Curiosa, camino con lentitud para observar su interior. ¿Será este el restaurante de los padres de Gael? Tiene toda la pinta… No solo porque su apellido sea literalmente el nombre del restaurante, sino por la distinción y la finura que rezuma. Me recuerda mucho a Gael, y eso que lo más elegante que le he visto llevar han sido unos vaqueros. Él de fino no tiene nada, con esas toscas manos y esa varonil forma de moverse como si cualquier espacio se le quedase pequeño… Darek era distinto, no era imponente, pero su presencia pesaba en el ambiente, como una piedra sobre un nenúfar.

¿Qué estará haciendo?

¿Me echará de menos?

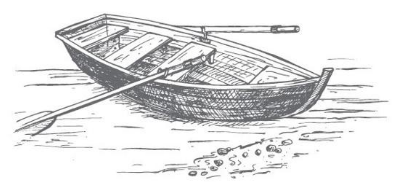
No ha vuelto a llamarme desde que le colgué sin dejarlo hablar. Sé que no volverá a llamarme, al menos hasta dentro de unas semanas. Conozco a Darek y su forma de actuar. Si hay algo que le duele mucho más que mi desaparición es el daño que le he hecho a su ego. Para lo único que me ha servido haberle colgado en sus narices ha sido para cabrearlo todavía más y que deje de intentar buscarme. Es un jodido orgulloso, es de esas personas que, si pueden evitarse pedir perdón, lo evitan. De esas personas que solo te lo brindan cuando les beneficia más de lo que los humilla dártelo.

Pero, bueno, es lo que se supone que he de intentar, ¿no?

Que deje de buscarme, que no consiga volver a encontrarme.

Entonces, ¿por qué me siento terriblemente vacía cuando no lo hace?

Capítulo 15



Gael

Me apetecía dar una vuelta para despejarme, hoy me he pasado el día en el restaurante con mis padres arreglando un papeleo que teníamos pendiente y estoy saturado. Quiero mucho a mis padres, son mis padres y no me queda otra, pero son agotadores. No pido un trato especial por ser su hijo, pero hay momentos en los que desearía que tuvieran un poco más de empatía conmigo. Quieren que haga mil cosas y todas ellas a la perfección. Las hago, pero para ellos nunca es suficiente. Siempre quieren más, siempre quieren que lo haga más rápido, que lo haga mejor, que lo haga como Chiara.

Siempre me comparan con ella.

Me apetecía estar un rato a solas, airearme, caminar sin rumbo por las calles. En realidad, habría ido a acompañar a Gala a comprar ese mando tan sumamente interesante, pero, como no ha querido, he decidido coger a *Dunita* para pasear un rato juntos.

Ni de puta broma pienso pasar frente al restaurante, solo me faltaba que mi madre me viera y me pidiera que me quedase para ayudar también con el turno de noche. Hace poco conseguí librarme de ello, pero no quiero arriesgarme a que me pille por banda.

Decido adentrarme entre las calles que suben hacia la parte alta del acantilado. *Duna*, contenta, va dando saltitos a mi lado, está tan acostumbrada a pasear entre la multitud de turistas que ni se inmuta. Aunque para estas horas la mayoría de ellos están paseando por las calles costeras, sobre todo se agrupan en la playa y las rocas del muelle para ver el precioso atardecer fundirse tras el horizonte.

¿Gala ya lo habrá visto? Le diré si quiere verlo un día de estos, seguro que le gustará.

—*¡¡DUNITAAAA!!*

Un grito agudo me hace mirar hacia arriba, donde, en una casa más adelante, se asoma una cabeza por la ventana. Hace aspavientos con el brazo saludándonos; bueno, saludando más a la perra que a mí. Divertido, me acerco. En cuanto *Duna* la ve, empieza a ladrar y la cojo en brazos para calmarla. Reclinada sobre su ventana, Gala sonríe, lleva el pelo mojado y algunas gotas de agua caen de sus puntas. Está recién duchada, tiene la piel limpia y tersa, y casi puedo oler desde aquí su perfume. Me percato de que sus ojos están raramente hinchados, igual que sus labios. Tiene la nariz más rosada de lo habitual, como si se hubiera quedado encerrada en uno de los congeladores de mi tío, o como si hubiera estado llorando…

¿Ha estado llorando?

—¿Llevas algo debajo de ese albornoz?

—Más te gustaría averiguarlo —refunfuña cruzándose de brazos —. Justo iba a echar la persiana para cambiarme y os he visto venir.

No puedo evitar bajar la mirada hasta la sutil curva de sus pechos, que se eleva entre el escote del albornoz. Por suerte, no se ha dado cuenta de la dirección de mi mirada porque está demasiado entretenida diciéndole ñoñerías a *Duna*, con una voz de pito que me ayuda a dejar de imaginarme lo bonitas que deben de ser sus tetas.

—¿Ya has ido a comprar el mando? —carraspeo intentando desviar mis pensamientos.

—Sí, aunque no sé si ha sido buena idea —sonríe divertida—; ahora *nonno* no deja de toquetearlo y le ha cambiado a mi abuela el orden de los canales donde ve las telenovelas.

—Acabas de desatar la guerra entre tus abuelos, Galatea.

Ríe tierna y mi mirada no puede evitar fijarse en cómo su pecho rebota ligeramente con cada suave carcajada.

Tras una conversación más larga de lo que esperaba, se despide con un gesto de la mano y mandándonos un beso en el aire.

—¿Ese beso era para mí o para la perra?

—A ti no te mando un beso ni por burofax.

—¿Burofax? Dios, es que estoy hablando con mi abuela…

Me saca el dedo gruñona y baja la persiana, dando por terminada la conversación.

Vuelvo mi mirada a la ventana varias veces mientras me alejo. En mi cabeza no dejan de aparecer esos ojos hinchados. Me he planteado preguntarle si estaba bien, pero no sé por qué siento que ha sido mejor no hacerlo, como si preguntarle la dejase desnuda y vulnerable frente a mí. Que a lo de desnuda le ha faltado poco.

Hay algo que me inquieta en ella, ya no sé si es tanto la curiosidad o es más la preocupación.

Sea de lo que sea que huye, espero que no la vuelva a encontrar.

Capítulo 16



Gala

Su dedo se pasea sobre mi muslo, trazando un dulce recorrido desde mi rodilla hasta una zona que me pone la carne de gallina. Con la otra mano conduce con destreza, mientras tararea para sí mismo la canción que suena en la radio, fingiendo que no sabe lo que su mero roce provoca en mí.

Lo admiro embobada, es tan guapo… Mis ojos recorren con suma atención su oscuro pelo, esos mechones despeinados que le quedan tan bien. Su respingona nariz, casi sacada de una revista de modelos masculinos. Su marcada mandíbula, me encanta acariciarla cuando está recién afeitado.

—Deja de mirarme tanto —sonríe observando de reojo—, al final me pondré rojo.

—Eres mi novio, puedo mirarte todo lo que quiera.

Me da un tierno apretón con la mano que tiene sobre mi muslo. Se pasa con lentitud la lengua por el labio inferior antes de morderlo.

—Me alegra volver a serlo —susurra vergonzoso—, esta vez todo será distinto.

Sonrío, pero no respondo. Me gustaría creerlo, de verdad que sí, pero sus palabras son como un medicamento que te dan demasiadas veces, un medicamento al que tu cuerpo se acostumbra, se vuelve inmune y pierde su valor. Pero que aun así decido tomarlo, con la esperanza de que volverá a surtir el mismo efecto que las primeras veces, con la esperanza de que

apaciguará el dolor.

—Sé que no me crees —prosigue lloroso—, pero lo digo en serio. No quiero volver a perderte, te amo demasiado como para dejarte escapar de mi vida. Esta vez todo será distinto, confía en mí.

De repente el coche ya no circula, cuando me doy cuenta tampoco estamos en un coche. Sentados sobre un sofá que no reconozco, Darek recoge mi cara entre sus manos y me mira de una manera… que hace que todo mi mundo se desmorone. Solo quiero quedarme aquí, con él, ahogarme en esos ojos. Me quiere, sí me quiere, si no, no me miraría así, ¿no?

No puede ser tan cruel de fingir todo el amor que me proclama solo con esa mirada.

Nadie me mirará nunca como lo hace él.

Nadie nunca podrá hacerme sentir lo que Darek me hace sentir.

Cuando me quiero dar cuenta, sus labios están sobre los míos, haciéndome sollozar en su boca. Echaba tanto de menos sus besos, creo que nunca podré vivir sin ellos. Su mano se cuela por debajo de mi falda, noto cómo sus dedos se meten en mi interior sin previo aviso. Una oleada de placer me recorre la espina dorsal mientras los mete y los saca con lentitud, jugando con mi deseo, disfrutando de oírme gemir su nombre, pidiéndole más…

Darek desaparece.

La puñetera alarma me arranca del sueño de la forma más brusca y cruel posible. Me froto la cara adormilada, intentando procesar dónde estoy, qué hago aquí, por qué me levanto tan estúpidamente pronto y por qué he vuelto a soñar con Darek. Esta vez ha sido mucho peor, porque ha sido un sueño de los bonitos, de los que sí me remueven el estómago, de los que me dejan el pecho hundido cuando me despierto y soy consciente de que nada de lo que acaba de pasar es real. Ya nunca lo será.

Creo que es lo que peor llevo estos días. El daño por la ruptura está ahí, duele, pero es algo que ya no se puede cambiar, es algo a lo que cada vez estoy más acostumbrada. En cambio, el recuerdo de los buenos momentos, la idea de lo que nunca será, de lo que nunca seremos… Es como atravesar la herida con una espada en llamas, abrasar cada trocito de mí que creía estar sanando. Hago una mueca

ridícula en un intento por llorar y deshacerme de esta congoja que me aprisiona el pecho, pero son pocas lágrimas las que consiguen aparecer. Nada que ver con el tremendo drama que me monté yo sola ayer en la ducha, llorando como un bebé recién nacido.

¿Es posible llorar hasta quedarte sin lágrimas?

Porque creo que lo he conseguido.

Cuando bajo al comedor ya vestida y preparada para salir, mis abuelos están terminando de desayunar. Mi abuelo, como siempre, me ofrece una magdalena que, como siempre, rechazo amablemente, antes de darles a los dos un besito de buenos días en la frente. Ahora, los días de trabajo, como llego mucho antes de mi hora, desayunar con Gael se ha convertido en un ritual.

Los primeros días intenté convencerlo de que desayunaba en mi casa, cosa que era mentira y él sabía, así que, para asegurarse de que como, siempre me recibe con el desayuno. Yo he acabado cediendo, desayunando medio obligada bajo la atenta mirada de esos ojos tan hipnotizantes que tiene.

Me despido de mis abuelos y, arrastrando los pies como un zombi, me dirijo al muelle donde está la casa de Pasquale. Irónicamente, pese a que siento que hoy he dormido como un bebé, mientras soñaba con las manos y los besos de Darek, estoy más cansada que cualquier otro día, como si no hubiera descansado en toda la noche. No sé cómo voy a hacer para aguantar despierta toda la mañana, aunque los berridos del cascarrabias de Pasquale seguro que me mantienen alerta.

Hoy el día es más espeso, más cálido y húmedo, la piel se me pega a la fina sudadera, que me quito y me cuelgo del brazo. Debajo llevo un top básico de color verde pistacho, espero que no se me manche con escamas, sangre o entrañas. Creo que le preguntaré a Gael si me puede dejar una de sus camisetas viejas, por si acaso.

—*Buongiorno, tesoro* —ronronea con una voz ronca de recién despierto que me provoca un escalofrío involuntario.

—Buenos días a ti también. —Bajo mi mirada sorprendida—. Te iba a pedir una camiseta, pero veo que te has quedado sin.

Los abdominales de Gael me dan la bienvenida contrayéndose por sus carcajadas secas, antes de echarse a un lado para dejarme pasar. Sonrío al ver el desayuno perfectamente preparado sobre la mesa. Dos cafés, dos zumos de naranja y unas tostadas con queso

crema, pavo y aguacate. También ha colocado un pequeño bol con fruta bien cortadita entre nuestros platos.

—¿Estamos de celebración y no me he enterado? —Lo miro de reojo sorprendida.

—¿Por qué?

Abro los ojos incrédula y señalo todo lo que ha colocado pulcramente en la mesa haciendo círculos con los brazos.

—Este desayuno es..., no sé, demasiado. ¿Por qué te has complicado tanto?

—Son solo unas tostadas —levanta los hombros con desinterés—, ¿no te gusta el aguacate?

—Sí, sí, me gusta —lo imito sentándome frente a él—, solo que me ha sorprendido, no tendrías que haberte complicado tanto, a mí ya me gustan tus supersándwiches.

—Mentirosa —sonríe—, te los dejas siempre a medias.

—Porque no tengo hambre a estas horas —ni a ninguna—, pero me gustan.

—Pues a ver si esto te gusta más y te lo comes todo.

Y sí, lo consigue. No sé si ha sido por el desayuno en sí o por el hecho de que haya querido hacer un esfuerzo de más por mí, pero consigue abrirme el apetito lo suficiente como para terminarlo casi todo por completo. Entre bocado y bocado, charlamos casi en susurros semidormidos, aunque nuestras voces comienzan a ser más presentes a medida que el café y el azúcar de la fruta nos avivan.

—Eres un artista haciendo tostadas —bromeo limpiándome la boca con la servilleta.

—Soy un artista haciendo muchas cosas. —Me guiña un ojo y yo los pongo en blanco.

—No son ni las ocho de la mañana, dame margen, *amore* —respondo con retintín, devolviéndole la frase que me soltó en nuestro primer encuentro.

Aprieto los labios divertida, ocultando la sonrisa al ver cómo se hace el ofendido, cerrando la boca en una fina línea y elevando las cejas con indignación. Una vez recogemos y limpiamos la mesa, Gael me baja una camiseta vieja y me la pongo sobre el top. Escondo mi sorpresa al ver que él sigue sin ponerse una.

Me preparo para la jornada de hoy, colocándome el gigantesco delantal que pesa como un muerto. No es un delantal típico, de los

que usa mi abuela en la cocina, este es de un plástico grueso y rígido, supongo que tanto para que no calen los flujos como para que, si se me escapa el cuchillo, no me haga el harakiri. Por eso es horriblemente molesto y pesado, llevo usándolo pocos días pero ya siento el cuello supercargado. Me lo froto con cuidado, haciendo una mueca de dolor al intentar crujirlo hacia un lado.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —me vuelvo hacia Gael, que, apoyado en un congelador, me observa—, solo me duele un poco el cuello, es que esto pesa una barbaridad.

—Al principio es bastante molesto, pero te acostumbrarás. —Ladea la cabeza pensativo—. Hoy tengo que solucionar unos asuntos en el restaurante, si quieres le digo a mi tío que vienes conmigo a ayudarme, así descansas un poco el cuello.

—¿Contigo al restaurante?

Cuando veo cómo sus músculos se flexionan al cruzarse de brazos, algo que prefiero ignorar se instala en mi entrepierna.

—Lo preguntas como si te hubiera ofrecido clavarnos agujas en los ojos.

Ahora mismo no me vendrían mal, así podría dejar de mirar cada zona de su torso desnudo.

¿Qué le costaba ponerse una camiseta?

—No te preocupes, mejor me quedo aquí, no quiero que tu tío me eche de menos —bromeo.

Me observa con atención y yo me pregunto si estará dándose cuenta de que me arden las mejillas como a una quinceañera idiota. Lo veo con intención de decirme algo más, algo que sé que me pondría más roja todavía, pero finalmente decide encogerse de hombros con indiferencia y, despidiéndose de mí, se sube a su despacho.

Hasta que no desaparece por la escalera no me doy cuenta de que estaba aguantando la respiración. Podría haberle dicho que sí, que quería ir al restaurante, porque realmente mi cuello me lo iba a agradecer y posiblemente también mis oídos, que necesitan un descanso de la amarga voz de Pasquale. Pero algo en mi interior me ha hecho reaccionar, algo que no quiere que pase con Gael más tiempo de la cuenta, algo que me hace sentir incómoda y culpable por pensar de esa manera en él, aunque haya sido solo por un segundo. No he venido aquí para eso.



A las pocas horas de empezar a trabajar agradezco a Dios, a la Virgen y al Espíritu Santo no haberme ido con Gael al restaurante, porque de un torpe y descuidado tirón Pasquale se pega un increíble corte en el brazo, casi a la altura de la muñeca.

—*Maledizione!!* —Su aullido me hace saltar del susto—. *Santa merda!*

Me giro para encontrarme con Pasquale tirando con furia el cuchillo al suelo mientras de un profundo corte en su brazo empieza a manar sangre. Andrea y Francesco, alterados también por su grito, se acercan preocupados, mientras yo me quito a toda prisa los guantes y el delantal. Lavándome las manos con rapidez, les espeto:

—¡Necesito gasas o paños limpios! —Mi mirada se topa con la de Pasquale, que empieza a quitarse el delantal—. Ni se te ocurra tocar nada, levanta el brazo ahora mismo. —Frunce el ceño—. ¡Mantenlo en alto, coño!

Mientras Pasquale se sujeta el brazo en alto por el codo, dejando correr la sangre, los demás traen con torpeza un maletín de primeros auxilios que me deja boquiabierta de lo pobre que es.

—¡¿Esto es lo que tenéis?!

Por suerte hay un par de gasas, así que, sin tiempo que perder, abro una de ellas y, con cuidado pero con firmeza, aprieto sobre el corte, aplicando presión. Pasquale gruñe y me insulta, pero lo ignoro.

—Aguántate un poco, tengo que apretar para controlar el sangrado. —Lo miro enfadada—. ¿Se puede saber por qué no llevas los guantes?

Los guantes que usamos para trabajar son largos y gruesos, como el delantal, llegan prácticamente al codo, para evitar precisamente estas cosas. Pasquale no responde, solo murmura más para sí que para él, casi parece un niño pequeño que sabe que ha hecho algo mal. Algo muy mal.

Pasados pocos minutos compruebo que el sangrado se ha

reducido considerablemente.

—Al grifo —le indico.

Vuelve a soltar un aullido de dolor cuando pongo la herida bajo el agua tibia.

—Jabón no —gruñe.

—Jabón sí. ¿Tú sabes cómo se te puede infectar esto si no te lo lavo bien?

Sin esperar respuesta, le aplico jabón con sumo cuidado, sin frotar la herida para evitar empeorarla. Una vez desinfectada, la cubro con una gasa limpia que le prohíbo que toque con esas manos sucias. Lo último que me faltaba es que se le infectara la herida por manazas. Se las limpio con un paño húmedo y jabón antes de mandarlo fuera de la zona peligrosa.

—No te acerques a nada, mucho menos al pescado. —Me giro hacia los demás—. ¿Dónde está el hospital más cercano?

Es una suerte que el pueblo de Riomaggiore sea tan diminuto: no tiene hospital, pero a tan solo cuatro minutos andando desde el muelle llegamos al pequeño centro de asistencia médica. Andrea y Francesco se han quedado terminando la faena de hoy, mientras que yo he tenido que arrastrar hasta aquí a Pasquale, que no ha vuelto a pronunciar palabra. Nos atienden con rapidez y, como veo que sigue sin tener intención de hablar, soy yo la que en un torpe italiano se comunica con las enfermeras.

Minutos después, salgo por la puerta más tranquila con Pasquale a mi izquierda, a quien le han puesto cuatro puntos de sutura. ¡Cuatro puntos! Y el cabezón no quería venir a que lo curaran. Al llegar de nuevo a casa, lo obligo a subirse a la planta de arriba y hacer reposo.

—No me obligues a llamar a Gael —lo amenazo cuando se niega a subir—, no te vas a poner a trabajar.

—Ya estoy bien, niña pesada —me gruñe.

—No, no lo estás, y además es antihigiénico que te pongas a toquetear el pescado con esa herida ahí.

Mi último argumento parece que lo convence y, a regañadientes, se va por la escalera, dando un portazo como despedida.

Pese a que vamos con más prisa de la que deberíamos, terminamos sacando la faena a tiempo, y he de decir que me siento muy orgullosa de mí misma. Me he sentido toda una profesional ayudando a Andrea a llevar la comanda hasta el restaurante.

Francesco, por su parte, ha zarpado hasta Manarola, el pueblo vecino en el que los padres de Gael tienen un segundo restaurante que desconocía.

También me he sentido orgullosa de haber actuado tan rápido y tan bien frente al accidente de Pasquale, ¡mi enfermera interior está dando volteretas de alegría! No hace tanto que estoy aquí, pero ya echaba de menos esa sensación, esa adrenalina que me provoca socorrer a los demás.

Antes de dejar la última caja en manos de uno de los trabajadores del restaurante, me asomo con timidez por la puerta, con la pequeña esperanza de ver a Gael para saludarlo. Pero en su lugar me encuentro con los ojos de un hombre alto y estirado que me mira con curiosidad, una curiosidad con una evidente connotación negativa, como si intentase entender qué hace una niñata como yo entregando la mercancía. No hace falta que nadie me lo diga, solo con ver esos intensos ojos verdes tengo claro quién es: el padre de Gael.

Aparto la mirada incómoda y me retiro. Solo me ha mirado unos segundos y ya le han sido suficientes para hacerme sentir insignificante a su lado. Pese a parecerse físicamente, este señor no tiene nada que ver con su hijo. Gael es tan agradable y sonriente…, nada que ver con esos aires de grandeza que he podido ver en ese hombre.

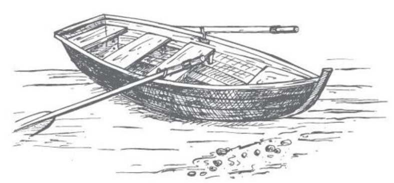
Al llegar a casa decido enviarle un par de mensajes para avisarlo de lo sucedido y para que vigile que su tío no haga tonterías en las próximas horas. A una pequeña parte de mí, una muy pequeñita, que no lo admitirá en voz alta, también le pica el gusanillo por volver a hablar con él, aunque sea por un par de mensajes.

Pasquale se ha cortado, he tenido que acompañarlo al médico y le han puesto cuatro puntos. Le han dicho que haga reposo los próximos días y que se tome un antibiótico para evitar la infección. Ahora ya está bien, pero te aviso porque no me fío de él, para que estés pendiente.

Hemos conseguido sacar la comanda de hoy sin problema, pero no sé si deberíamos tener a alguien de apoyo, tu tío no debería trabajar en unos días.

A esa misma pequeña, diminuta, enana e imperceptible parte de mí le da un diminuto, enano, pequeño e imperceptible vuelco el corazón al ver su llamada.

Capítulo 17



Gael

—Holaaa.

—¿Estáis bien? ¿Qué ha pasado?

Respondo preocupado.

—Que al bestia de tu tío se le ha escapado el cuchillo y no sé por qué no llevaba los malditos guantes puestos, ha sido una herida profunda pero ya está todo solucionado.

—¿Y la comanda? ¿Necesitáis ayuda?

—Ya está entregada, he ayudado a Francesco a meter las cajas en la barca y luego he acompañado a Andrea al restaurante.

Enarco las cejas asombrado ante la idea de Gala llevando con tanta soltura las riendas de la situación.

—¿Has estado en el restaurante y no me has dicho nada?

—No te he visto por ningún lado.

—O sea que me has estado buscando...

Tarda unos segundos en responder, casi puedo ver cómo pone los ojos en blanco.

—No podía perder el tiempo buscándote, tenía cosas que hacer.

—Estaba arriba, no me he enterado de que venías; si no, habría bajado.

—¿A buscarme?

Sonrío tontamente.

—No podía perder el tiempo buscándote, tenía cosas que hacer.

—Eres muy tonto, ¿lo sabías?

—Tú siempre tan agradable conmigo.

Su suave risa me acaricia el oído.

—Oye, ¿qué haces esta tarde?

Tarda unos largos segundos en responder.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué quieres?

Río sorprendido ante el cambio en su tono de voz.

—Joder, Gala, actúas como si fuese un puto psicópata.

—¿Quién sabe si lo eres?

—Puede que lo sea, pero también soy tu amigo, ¿no?

Vuelve a quedarse en silencio, pero esta vez apostaría a que está sonriendo.

—¿Qué quieres?

Sí, está sonriendo.

—Saber qué haces esta tarde.

—Seguramente me dedique a deshacer la maleta e instalarme oficialmente en la habitación.

—¿Y después?

—No lo sé, pero tú deberías vigilar a tu tío.

Me reclino en la silla al reír.

—Mi tío no tiene cinco años, y créeme que si está lisiado lo último que quiere es una niñera. Si me paso la tarde pendiente de él, el próximo que recibirá un corte del tamaño de la boca de un buzón seré yo.

Su risa vuelve a resonar.

—No te rías tanto y contesta: ¿quieres hacer algo esta tarde?

Otro silencio. Casi creo que no va a responder cuando me suelta:
—Bueno, vale —carraspea—, pero en plan amigos, ¿eh?

Niego con la cabeza divertido.

¿Qué cree que pretendo hacer con ella? ¿Llevármela a un callejón a meterle los dedos?

—¡Vale! En plan amigos, Galatea, somos amigos.

—¡No te rías!

Tras despedirse con más insultos que palabras bonitas, dejo el móvil a un lado y vuelvo a concentrarme en mi faena. Odio trabajar desde el puto despacho de mi padre. El ambiente, los colores, el olor... Es como si todo el día estuviera pegado a mí, soplándome en el cogote y observando cada movimiento que hago y deshago. Bueno, hoy casi que ha sido así, pero por suerte lleva un rato sin aparecer. Seguro que estará paseándose por el restaurante y ordenando estupideces a los

trabajadores que han ido llegando, tan solo para sentirse poderoso y respetado, como el buen ególatra que es.

Una parte de mí intenta hacer el trabajo todo lo rápido que puede para salir de aquí cuanto antes, para poder respirar tranquilo sin esta presencia tan pesada sobre mis hombros. Es imposible trabajar bien así. Otra gran parte de mí, una a la que la come la curiosidad, está deseando acabar lo más rápido posible para salir de aquí e ir a ver a Gala.

Es tan divertida y ocurrente… No creo ni que ella se dé cuenta de lo agradable que es su compañía. Casi consigue que me despierte de buen humor, sabiendo que viene ella a desayunar conmigo. Casi, ojo.

Hoy he querido hacerle algo un poco más elaborado, hacerle un detalle. No sé por qué llora en la ducha, no sé por qué tiene ese afán por poner un muro entre ella y cualquiera, pero quería consolarla por ello de alguna manera y lo único que se me ha ocurrido ha sido hacerle unas tostadas y cortarle fruta. Sé que es una gilipollez, pero creo que le ha gustado.

La próxima vez puede que le haga unas tortitas… ¿Le gustarán las crepes con chocolate? Tal vez ella es más de dulce que de salado, ha comido bastante fruta hoy, sobre todo melocotón; el melocotón es bastante dulce, así que puede que si le hago algo dulce desayune con más ganas, ¿no? No sé, ya veré qué se me ocurre.

Lo que sí sé es que la hora del desayuno se está convirtiendo en mi momento favorito del día.

Capítulo 18



Gala

Parece que me hice la maleta con los ojos cerrados, porque menuda porquería de ropa me he traído. Después de más días de los que admitiré, he tenido la decencia de sacar las cosas de la maleta y colocarlas en mi nueva habitación para instalarme como es debido. Fue todo tan impulsivo y tan rápido que cogí tonterías sin pensar. ¿Para qué quiero yo este vestido de lentejuelas que me puse para la Nochevieja de hace tres años? Por no hablar de este par de sujetadores que no me pongo desde mi adolescencia, donde no me caben ni la mitad de las tetas, ¿por qué no los he tirado antes?

Los estoy metiendo en una bolsa de basura cuando oigo una voz detrás de mí.

—Podrías venderlos.

—¡LA MADRE QUE ME PARIÓ! —grito sobresaltada—. ¡¿Qué haces en la ventana?!

Gael ha trepado hasta mi ventana.

¡¿Gael ha trepado hasta mi ventana?!

Se impulsa sobre el marco y, con una destreza sorprendente, se mete en la habitación. Ríe mientras se alisa la camisa de lino que lleva ligeramente abierta, dejando intuir sus pectorales. Es la primera vez que lo veo tan bien vestido. La verdad es que le queda muy bien el blanco, le resalta la tez bronceada que tiene.

—¡¿Conoces algo llamado «timbre»?! —rechisto cruzándome de

brazos.

—Quería sorprenderte.

—Pues lo has conseguido, casi se me sale el corazón por la boca.

—¿Estás haciendo algo importante?

—¿Qué? —Frunzo el ceño confundida—. ¿Qué es para ti algo importante?

—Tirar sujetadores no lo es, por ejemplo.

Pongo los ojos en blanco intentando disimular que me queman las mejillas de la vergüenza. No porque haya visto mis sujetadores, sino porque ha visto estos tan viejos en específico. Y lo ha hecho sin mi permiso.

—¿Por qué no has esperado a que te avise para venir? —le pregunto mientras cierro la maleta.

No quiero que vea el resto de mi ropa interior.

—Para no darte tiempo a pensarlo mejor.

—¿Por eso tienes que trepar por la ventana? —Parpadeo incrédula—. ¿No te valía enviarme un mensaje de «Oye, Gala, estoy en tu puerta»?

—Lo he pensado —se sienta en el borde de la cama—, pero asustarte me parecía más divertido.

Le enseño el dedo corazón antes de meter con brusquedad en la maleta las prendas que están esparcidas sobre la cama y volver a cerrarla.

—¿Te molesto? —murmura atento—. Acaba lo que estés haciendo, puedo esperar, no hay prisa.

—No pienso deshacer la maleta contigo delante.

—¿Por qué no? —Enarca las cejas divertido—. ¿Qué tienes que no quieres que vea?

—Ya lo sabes.

—Si te refieres a tu ropa interior, créeme que es lo último que quiero ver.

Frunzo el ceño ofendida. Él sonríe ante mi gesto.

—Si la veo ahora..., ¿qué gracia tendrá luego?

Rebufo haciéndole saber la poca paciencia que me queda con sus bromitas. Aunque me giro levemente y escondo mi cara entre los mechones que caen sobre mi rostro, para que no vea que me ha hecho gracia. Sabe picarme bien, eso no lo voy a negar.

—Termino de recoger esto, me cambio y nos vamos —le

respondo sin dejar de esconderme—, espérame abajo.

Con el rabillo del ojo, veo cómo se reclina sobre la cama, dejando caer su peso sobre sus manos. Mis mejillas arden al ver su mirada repasar de arriba abajo cada parte de mi cuerpo, me giro furiosa y, pese a poner los brazos en jarra, tengo la necesidad de taparme el cuerpo con las manos, como si sus ojos pudiesen verme desnuda a través de la ropa. Pero no lo hago, intento mantenerme firme, porque realmente no puede ver a través de la ropa, espero.

—¡Pírate! Tengo que desnudarme, no seas pervertido.

—No soy un pervertido, soy un aficionado a las obras de arte.

—Oh, por favor —pongo los ojos en blanco—, qué forma tan poética de decirme que quieres verme las tetas.

—Entonces ¿puedo quedarme?

—¡Claro que no! —gruño lanzándole lo primero que pillo—. Pero puedes escoger cómo salir: bajando por la ventana o tirándote directamente por ella. ¡Tú eliges!

Capítulo 19



Gala

Es imposible no pensar en Darek mientras paseo con Gael.

Hacía mucho tiempo que no pasaba una tarde a solas con un chico que no fuera él. No porque no tenga amigos, aunque sean pocos tengo alguno que otro, como Iván o Mario. Pero a Darek nunca le ha gustado que yo pase tiempo a solas con ellos, o con cualquier otro chico en general. Nunca me lo ha prohibido, él no es nadie para prohibirme nada. Tampoco nunca me ha dicho textualmente nada como «Gala, no quiero que te veas con tus amigos». Pero se lo notaba en la forma pasivo-agresiva en la que se refería a ellos, en la manera en que cambiaba su humor cuando le contaba que los iba a ver, cómo me hacía el vacío los días después de quedar con alguno de ellos...

Él siempre me lo ha negado. Cada vez que intentaba hablarle del tema se ponía a la defensiva, me hacía creer que él no tenía ningún problema, que todo estaba en mi cabeza y que si pensaba que él se podía enfadar por eso, es que mi subconsciente me quería decir algo, que lo escuchara. Siempre le daba la vuelta a la tortilla para hacerme sentir una novia irrespetuosa mientras él quedaba de novio perfecto. Pero no lo era, nunca lo ha sido.

Ni lo será.

—¿No te gusta tu helado? —Gael me saca de mis pensamientos —. ¿O te gusta más utilizarlo como crema hidratante?

Cuando me doy cuenta tengo la mitad de la bola de helado

derretida sobre mi puño. ¡Qué asco! Hemos pasado por una heladería y a Gael se le ha antojado comerse uno. Yo no tenía especial hambre, como de costumbre, pero me he cogido uno también. Él se lo ha pedido de chocolate y menta, porque es un psicópata como había sospechado, y yo me lo he pedido de pistacho. Está buenísimo. Bueno, estaba. Porque lo único que me queda de él es el cono de galleta.

—¡Jolín! —grito—. No me he dado cuenta, se me ha ido la cabeza.

—Ya veo —ríe, e intenta coger el cono desde la punta para no mancharse—. Anda, dámelo, límpiate con esto. —Me ofrece una pequeña servilleta que ha cogido en la heladería.

Con asco y brusquedad me quito el potingue de helado que llevo por toda la mano. Con el rabillo del ojo veo cómo Gael ríe y, aunque le dedico una mirada asesina, no puedo evitar reírme yo también.

Menuda tía más desastrosa.

—Qué asco, se han quedado pegajosos —me quejo mientras proseguimos nuestro paseo.

Gael me ha enseñado todas las calles y rincones del pueblo, incluso algunas que no había tenido ocasión de conocer, y eso que el pueblo es muy pequeñito y se recorre en un momento. Algunas calles me han evocado bonitos recuerdos de cuando venía de pequeña, otras eran desconocidas u olvidadas para mí. Guardaba un buen recuerdo del pueblo, pero verlo de nuevo con otros ojos me ha hecho admirarlo mucho más. Es tan bonito que desearía que no hubiera tantos turistas para poder apreciarlo con más tranquilidad. Pero no voy a ser egoísta, quién no querría disfrutar de estas maravillosas vistas.

—Es precioso —susurro para mí.

Con disimulo, llevo un rato intentando quitarme la pegajosidad que me ha dejado el helado adherida en los dedos, metiéndolos en la boca y chupándolos. No quiero parecer una niña pequeña a la que se le deshace el algodón de azúcar entre las manos y decide terminar de comérselo a lametones, pero es que tengo la mano asquerosa y necesito quitarme esta sensación tan desagradable.

Nos hemos subido al pequeño castillo de Riomaggiore, donde hay unas vistas impresionantes del pueblo y del mar. Me quedo embobada mirando lo bonito que se ve todo desde aquí, mientras relamo mis dedos con disimulo, creo que ya casi están limpios...

Me giro hacia Gael para decirle lo bonitas que me parecen las

vistas, pero descubro que no las está mirando, me está mirando a mí, a saber desde hace cuánto tiempo. Más específicamente, observa mi boca, con la que paro de chuparme los dedos inmediatamente.

—¿Qué? —lo increpo a la defensiva, enseñándole la mano con brusquedad—. Todavía están pegajosos —me justifico.

—Si no te he dicho nada.

—Pero me estabas mirando raro.

Gael sonríe, de esa misma forma en la que lo ha hecho antes en mi habitación. Observa mis dedos y luego mi boca, con intención de chincharme y hacerme sentir incómoda. Sé la guarrada en la que está pensando y me enfada que lo haga.

—Eres muy tonto —refunfuño cruzándome de brazos.

Me giro de nuevo, fingiendo que vuelvo a estar pendiente de las vistas, pero sigo pendiente de él. Noto cómo continúa observándome divertido, hasta que se cansa y vuelve a mirar al frente. Es en ese momento cuando me relajo, bajo la guardia, desenredo mis brazos dejándolos caer a los costados y Gael aprovecha para girarse hacia mí, agarrarme suavemente de la muñeca y levantar mi mano de nuevo.

—Te falta este. —Me acerca la mano a la cara, señalando el dedo anular.

Enarco las cejas incrédula mientras él me mira con una serenidad absoluta, con cara de no haber roto un plato en su vida. Como si no estuviera jugando conmigo de la manera en que lo está haciendo.

—¿Qué pretendes? —Podría intentar zafarme de él, pero prefiero fingir desinterés.

—Ayudar a limpiarte. —Una burlona sonrisa le asoma entre los labios.

Será capullo.

No le respondo, solo lo miro en silencio, con las cejas elevadas de forma tan expresiva que creo que se me van a escapar de la frente, intentando hacerle ver con mi cara de lechuga mustia que yo no estoy para estos juegos de críos.

—¿Te lo lamo yo? —Esta vez no puede evitar sonreír descaradamente.

Me está buscando y se lo está pasando en grande.

Una llamarada de rabia porque lo esté consiguiendo se instala en mi pecho.

Siento que me arden las mejillas, no sé si es del enfado o de los

nervios por lo que voy a hacer. Está claro que todavía no me conoce, si cree que puede vacilarme tan descaradamente.

Cambiando mi cara de estúpida por una falsa sonrisa inocente como la suya, acerco lentamente mi mano a mi boca y deslizo la lengua de la base de mi dedo hasta la punta mientras lo miro fijamente. Me late el corazón a mil por hora por lo nerviosa que estoy, pero no permito que lo note. Lamo el dedo con un gesto que espero que se vea tan sensual como yo lo siento, hasta llevar la lengua hasta la punta y darle un pequeño beso.

Acabo de lamerme el dedo como si fuera un pene.

Le he dado un beso en la punta a mi dedo como si fuera un puto pene.

¡¿Qué acabo de hacer?!

Sonrío inocentemente y creo que me voy a morir de la vergüenza por el ridículo numerito cuando me doy cuenta de que Gael sigue sin soltarme la muñeca. Su expresión divertida se ha transformado en un rostro inescrutable. Tiene la mandíbula tensa y los ojos bien abiertos. No se lo esperaba, le he sorprendido, he ganado.

—Ya puedes soltarme —le digo con chulería—, gracias por tu ayuda.

Por un momento deseo seguir el juego. Decirle algo como «¿Necesitas que chupe algo más?», pero por suerte solo lo he pensado y no me he dejado llevar por la adrenalina del momento.

Tampoco quiero que piense cosas que no son, solo estoy jugando con él como él lo ha hecho conmigo. Yo no estoy para estas cosas, Darek sigue muy presente en mi cabeza y mi corazón. Lo que acaba de pasar ha sido una simple jugarreta, nada más. Gael no me gusta, me gusta Darek.

Tras unos intensos segundos me suelta suavemente mientras su sonrisa se disipa, transformándose en una fina línea. Aparta sus ojos de mí con más lentitud de la que desearía y vuelve a posarlos en el horizonte, que empieza a estar teñido de un cálido rosa palo. Pero, pese a que no me mira, pese a que yo finjo que tampoco lo hago, sigo sintiendo su atención puesta en mí, como si mi estúpido gesto lo hubiera dejado verdaderamente sorprendido, como si quisiera disimular la forma en la que aprieta la mandíbula, como si no quisiera que notase...

Un momento.

¿Le ha gustado?

El ardor de mis mejillas se intensifica, adueñándose de mi cuello, de mi pecho. Una vergüenza entremezclada con culpabilidad. Esa no era mi intención, ¿o sí? ¿Qué pensaría Darek si me viese haciendo estas tonterías con otro? Seguro que pensaría que mi dolor es fingido, que en realidad no lo quiero, que en realidad no lo echo de menos. Pero sí lo hago, claro que lo hago...

¡Qué rabia! ¿Por qué tengo que sentirme culpable por estas tonterías?

Sé que esto es culpa mía, en mi mano debería estar decidir qué quiero hacer con mi vida, pero parece ser que me da miedo afrontarlo. Parece ser que, aunque haya puesto entre nosotros kilómetros de distancia, Darek sigue teniendo la voz cantante en mi subconsciente, como un puto Pepito Grillo susurrándome en la oreja y tocándome las narices día sí y día también.

Pese a que el resto del paseo no se hace incómodo, mantengo las distancias con Gael, respondiendo lo justo y necesario a sus bromas subidas de tono, que pese a que me hacen mucha gracia, no dejan de recordarme una y otra vez que lo que estoy haciendo está mal. Que no debería quedar con otro chico en mi situación, que no debería darle a entender cosas que no son.

Ojalá no sintiera este remordimiento y pudiera disfrutar de la compañía de Gael como me gustaría, como lo haría Lola, por ejemplo. Ella seguro que estaría devolviéndole las bromas sin vergüenza, disfrutando el momento. No temería que la noche cayese sobre ellos y la cogería como excusa para cenar juntos, para terminar la velada con algún que otro beso que los dejase con ganas de más.

Pero yo no soy Lola, yo soy Gala.

Una tía estúpida que no es capaz de entender que es libre, que tiene una nueva vida y que tiene todo el derecho de vivirla.

Capítulo 20



Gala

—¿No han pasado ni dos semanas y ya tienes a un italiano cachondo por ti? ¡Esa es mi amiga! —Lola levanta los brazos en señal de victoria como si su jugadora de fútbol favorita hubiera marcado un gol.

—¡Yo quiero verlo! —grita Elena emocionada—. ¿Es guapo? ¿Qué signo es?

—¿Para qué le preguntas eso si es hombre? Da igual su signo, todos mienten.

Las tres nos reímos al unísono. Bajo rápidamente el volumen de la videollamada y me tapo la boca para no molestar a una pareja que se está echando la siesta cerca de mi toalla.

El día está un poco nublado pero hay buena temperatura, así que he decidido venir a la playa a leer un rato y bajar la comida; bueno, bajar las tres croquetas medio congeladas que me he hecho, porque hoy mis abuelos han salido a comer con otra pareja. Como si tuvieran una cámara vigilándome y supieran que estaba libre, las niñas han decidido hacerme una videollamada para ponernos al día.

Se lo he contado todo, porque no hay nada que me guste más que hablar con mis amigas, así que obviamente les tenía que contar sobre Gael. Al principio no le he dado relevancia, porque no la tiene. Simplemente les he dicho que es el sobrino del señor gruñón con el que trabajo, pero cuando les he confesado que ayer pasé la tarde con él, la conversación se ha tornado en un programa de cotilleo, me han

pedido todo lujo de detalles y yo se los he dado.

Bueno, todos menos el hecho de que a mí también me gustó el tonto juego que tuvimos con el maldito helado. No he querido mencionarlo, porque no tiene importancia y no quiero dársela. Fue una tontería de críos, me confundió la adrenalina del momento, simplemente fue divertido, pero nada más.

—¿Ha subido alguna indirecta? —les pregunto por Darek. No quiero tener acceso a su cuenta y ver lo que sube, pero, conociéndolo, sé que habrá subido a Instagram alguna frase de desamor o de odio en mi honor.

—Un par de gilipolleces —responde Lola, quitándole importancia.

Sé que no les gusta que les pregunte por él, pero ambas son conscientes de que no puedo llevar un duelo perfecto. Nuestra ruptura es muy difícil de gestionar para mí. Suficientemente bien lo estoy llevando, literalmente me he mudado a otro puñetero país. Las miro haciendo pucheritos con la esperanza de que cedan un poco.

—Te lo decimos si nos juras que no vas a ir a mirarlo luego —se rinde Elena.

—Te juro que no miraré nada.

Veo cómo Elena mira a Lola a través de la pantalla para que le dé el visto bueno. Noto en sus miradas preocupación y pena. Saben que no tendrían que decirme nada pero prefieren hacerlo a que acabe cotilleando el perfil de Darek por mi cuenta. De esta forma, el contacto es mucho menos directo. Menos doloroso para mí.

—El día que te fuiste subió una historia a Instagram, un chiste misógino y casposo sobre lo bipolares y locas que somos las mujeres —confiesa Elena, y, metiéndose el dedo en la boca, simula que vomita.

—¿Se ha enterado de que estoy aquí? —pregunto asustada.

—No, no sabe nada. La estúpida historia seguro que era por el mensaje que le enviaste antes de irte.

—¿Qué más ha subido? —Porque estoy segura de que no es lo único.

—Un tiktok entrenando en el gimnasio, con un audio de fondo de un hombre probablemente calvo diciendo algo como: «Todos saben que en el ajedrez no importa si pierdes a tu reina —imita Lola burlona con voz grave—, la partida sigue mientras el rey no caiga».

—El rey de los anormales es lo que es —salta Elena.

—¿Algo más? —pregunto, aunque realmente no sé si quiero saberlo.

Por lo que me acaban de contar, sé perfectamente qué careta lleva Darek estos días. Lo conozco y sé que utiliza diferentes caretas con las que actuar frente a los demás. La que lleva puesta es la de un chulo al que no le importa nada. La de un prepotente que supuestamente solo está enfocado en sí mismo y al que jamás le he importado, más allá de ser un complemento irrelevante en su vida. Pero lo conozco, sé cómo es, él solito se delata subiendo las cosas que sube, intentando llamar mi atención.

Me pregunto cómo le sentaría enterarse de que no solo lo he echado de mi vida, sino que la he cambiado por otra bien alejada de él. Me gustaría tanto saber cómo reaccionaría...

—Gala, ni se te ocurra responderle a él con ninguna indirecta. —Elena tiene un semblante serio—. Sabes de sobra que lo hace para llamar tu atención. No caigas en eso.

—No lo voy a hacer, tranquilas.

—Claro que no lo vas a hacer, porque como me entere de que te has vuelto a abrir la cuenta y vea que subes alguna frase de desamor por ahí —Lola se acerca a la cámara de su móvil furiosa—, me presento en Italia para pegarte una paliza y para quitarte al pescador buenorro —hace alusión a Gael.

—El pescador buenorro, todo para ti —me río—. Es solo un amigo, nada más.

—Pues no seas tonta; como dice la reina Rosalía: los amigos que se besan son la mejor compañía.

—Ella dice *las*, las amigas que se besan, en femenino. Gael no es una amiga.

—Gael... Tiene nombre de tener la polla enorme.

—¡Lola! —la riñe Elena—. Qué bruta eres.

—¿Bruta? Cuando nuestra amiga se la vea, verás como confirma mi teoría: Gael, el marinero, la tiene como manguera de bombero.

—¡Lola, por Dios! —solo puedo reírme a carcajadas.

—Gael, el de las lubinas, tiene la polla como barra de cortinas.

—¡Madre mía! —resopla Elena escondiendo carcajadas entre sus manos—. Cómo eres tan marrana...

—Gael, el viril, tiene la polla como mástil.

Mis carcajadas despiertan a la parejita de turistas que tengo cerca

y la chica me dedica una mirada furiosa. Hablan algo entre ellos en francés, que por suerte no entiendo, porque seguro que no es nada bueno. Lola es tan bruta pero tan graciosa que me entra tal ataque de risa que las lágrimas brotan de mis ojos sin yo poder controlarlas.

—Tías —cambio mi expresión fingiendo seriedad—, Gael solo es un amigo, y así va a seguir siendo, ¿vale? Ayer hizo algo con lo que me demostró que jamás podría tener nada con él…

Ambas cambian su semblante y me observan expectantes.

—¿Qué pasó? —pregunta Elena asustada.

—Pues, amigas, no os lo vais a creer… ¡Se pidió un helado de chocolate y menta!

—¡Dios! Un puñetero psicópata —bromea Lola—. ¡Aléjate de ahí!

—¡No me lo puede creer! —nos sigue Elena—. Seguro que es capricornio.

Tras la revitalizante conversación con mis amigas, me acomodo como puedo sobre la roca y observo pensativa cómo la brisa acaricia la marea, cómo las olas rompen con suavidad contra el muelle. Hoy el mar está en calma, mi corazón también lo estaba, pero no puedo ignorar la desazón que me ha causado recibir la mínima información sobre Darek.

Esto del famoso contacto cero es mucho más difícil de lo que parece. La mínima información sobre Darek vuelve a destripar la herida, pero a su vez es como una bocanada de aire. Como la primera bocanada de aire al salir del mar en el que te estás ahogando. Placentera pero necesitada de más, con ella no tienes suficiente para respirar, pero sí lo suficiente para seguir con vida.

Yo misma sé que sueno como una imbécil. Soy una imbécil, una tonta y una desesperada. Todo sería más fácil si no quisiera con la intensidad que lo hago. Si en lo relacionado con Darek supiese actuar más con la cabeza y menos con el corazón. Si entendiese que tengo que guardarme un poquito para mí y no dárselo todo al primero que me lo reclama. Al primero que me hizo sentir bella, me hizo sentir válida, me hizo sentir suficiente.

Él me vio, cuando creí que nunca sería vista.

Por eso se lo di todo sin pensar en nada más que en él.

Le di todo de mí a quien amaba y ahora me he quedado vacía.

Ira

Nombre femenino

1. Sentimiento de enfado muy grande y violento.

Una ira sorda la consumía.

2. Violencia de los elementos de la naturaleza.

La ira del tsunami.

Capítulo 21



Gala

No sabría explicar esta sensación disociada que tengo actualmente conmigo misma. Creo que el enorme agujero que cavó Darek en mi pecho ha fragmentado mi mente, mi corazón y mi cuerpo en dos.

Pero no en dos mitades, más bien en dos capas que pelean por ver cuál sale a la superficie.

Una de ellas es ligera, frágil. Siento que se puede resquebrajar en cualquier momento y por ello es la que prefiero esconder tras la otra. Aunque inevitablemente emerge a la superficie cuando la tristeza, la compasión, la vergüenza y la melancolía toman el control.

La otra es tenaz, fuerte. Es la que ocupa el lugar en la superficie el mayor tiempo. Es con la que quiero ocultar a la otra. La que está llena de rabia, odio, rencor. La que se sobrepone al agujero en el pecho e intenta colmarlo torpemente para fingir que no está ahí. Para no sentirlo. Para fingir que está cerrado, que ha sanado, que todo está bien.

Pero es solo una ilusión momentánea.

Tras esa capa, la brecha sigue abierta.

Sigue sangrando.

Sigue doliendo.

Y siento que cuando menos la dejo respirar.

Más duele cuando desborda.

Llevo unos días mintiéndome a mí misma y aparentando que lo

que me contaron mis amigas no me afecta. Sé que lo que busca es eso, llamar mi atención, hacerme sentir una tonta por lo que hago, lo que siento o lo que digo, hacerme dudar de si verdaderamente le he importado alguna vez.

Volverme loca es su especialidad.

Si me paro a analizar lo que siento verdaderamente, creo que no es tristeza o pena… Miento, pena sí que siento, pero hay un sentimiento que me invade con mucha más fuerza.

Ira.

Ira ante la situación que estoy viviendo, ira por no poder hacerle ver que todo esto ha pasado por su culpa. Siempre haciendo las cosas de mala manera y sin pensar en mí ni una milésima de segundo. También experimento impotencia por saber que él duerme tranquilo por las noches, mientras en mis sueños aparece en forma de pesadilla para no dejarme descansar.

Odio.

Mucho odio.

Lo odio, lo odio, lo odio…

—¡Pero niña! *Che diavolo stai facendo!* —exclama Pasquale mientras se limpia con la manga todas las vísceras que tiene sobre la cara.

De repente me doy cuenta de que en mi ensimismamiento he acuchillado con rabia una de las doradas y sus tripas han estallado hacia Pasquale, pringándolo por completo. Lo primero que miro es su brazo, por un momento me asusta el pensar que algo ha podido colarse entre el guante y los vendajes y haber infectado la herida, pero por suerte ha sido una falsa alarma. Estos últimos días ha venido un compañero de Francesco a ayudarnos mientras Pasquale reposaba. Debería seguir descansando, pero este hombre es lo más cabezón e irresponsable que conozco, ha querido volver al trabajo y ninguno hemos conseguido que cambie de opinión.

Es consciente de que no puede hacer muchos esfuerzos, ni cargar peso ni nada por el estilo, o se le saltarán los puntos. Pero aun así no me fío y llevo toda la mañana estresada, pendiente de qué hace y qué no hace, con el corazón en la garganta imaginándome cómo se abre su herida bajo la manga. Hasta que mi mente ha querido martirizarse pensando en Darek y se me ha ido la olla por completo.

—Perdón, perdón, perdón. —Me acerco nerviosa a él con un

trapo para ayudarlo a limpiarse, pero se aparta indignado—. Perdón, Pasquale, ha sido sin querer…

No dice nada, solo resopla cabreado. Se quita los guantes y coge un puñado de papel de cocina para limpiarse bruscamente la cara con el brazo bueno. Qué vergüenza. No sé qué más decirle, aparte de pedirle disculpas mil veces. Tampoco me atrevo a hablar una palabra más, porque con solo ver su expresión sé que no quiere que abra la boca. Si ya vive enfadado con todo el mundo, herido es todavía más insoportable.

Noto cómo los nervios, la vergüenza y la presión que siento en el pecho de todos estos días quieren escapar de mí. Las lágrimas empiezan a desbordar apresuradamente por mis ojos sin yo poder evitarlo.

«Mierda, mierda, mierda.»

No quiero llorar en el trabajo, mucho menos delante de Pasquale. Va a pensar que lloro porque me ha levantado la voz de más, va a creer que soy una niñata inmadura. Me giro rápidamente para que no me vea lloriquear, fingiendo que me limpio el delantal, cuando me topo con la mirada desconcertada de Gael bajando por la escalera.

Joder, me ha visto.

—Gala, necesito un favor —reacciona raudo—. ¿Puedes subir un momento? Es para que me eches una mano con un par de cosas de contabilidad.

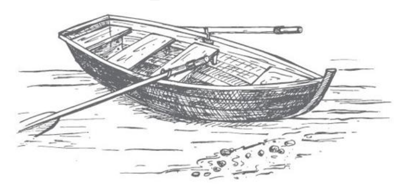
Asiento, porque si hablo un sollozo escapará de mi boca. Con su mirada me lo dice todo. Gael está mintiendo. No necesita mi ayuda, solo quiere sacarme de aquí antes de que termine estallando delante de su tío. Logra que mi pecho se destense un poco en un suspiro.

—¿Te importa que te la robe un momento? —le pregunta en italiano.

No oigo a Pasquale responder, pero por la forma en la que Gael me indica que lo siga, entiendo que ahora mismo no quiere verme ni en pintura.

En cuanto Gael cierra la puerta de su despacho, me derrumbo sin poder evitarlo.

Capítulo 22



Gael

Ahora ya sé de qué huye Gala.

Al principio no quiso contármelo, cosa que entiendo. Somos prácticamente desconocidos y tampoco quería presionarla a hacerlo, pero tras estar unos segundos sentada en silencio frente a mí, sus pensamientos se desbordaron por la boca como si necesitara escupirlos desde lo más profundo. Se me encogió el pecho al oírla hablar con tanta fragilidad; se hizo tan pequeña, tan indefensa...

Me habló de Darek, un gilipollas por el que ha visitado hasta los infiernos con tal de recibir un mínimo cariño por su parte. Me explicó su relación sin indagar mucho en los detalles, le costaba hacerlo sin llorar. Tampoco necesito saberlos para darme cuenta de que es un hijo de puta de los pies a la cabeza.

Me sorprendió ver la vulnerabilidad con la que hablaba. Por lo que he visto de ella, la concebía como una chica tan segura de sí misma... Las pocas veces que nos hemos visto he observado que es tenaz, fuerte. Siempre tomándome el pelo, hablando con seguridad, defendiendo sus opiniones sin cohibirse. Ahora sé que es solo una máscara tras la que se oculta, su manera de afrontar sus inseguridades y proteger su fragilidad, esa fragilidad que alguien ya rompió.

Me descolocó verla así, tan jodidamente rota. No puedo entender que una chica como ella se haya dejado pisotear por un cualquiera como ese tal Darek. No lo conozco, ni ganas tengo de hacerlo. Pero ayer me puso tan furioso saber lo mal que se había portado con Gala que me habría encantado tenerlo delante para pegarle dos hostias.

Bajé a hablar con mi tío y le dije que Gala no se encontraba bien, que la acompañaría a su casa. La acompañé lo suficiente para estar fuera del rango de visión de mi tío si se asomaba, pero luego ella se empeñó en volver el resto del camino sola. No se lo discutí, era obvio que necesitaba su espacio.

Por eso le dije a mi tío que hoy me la llevaba de ayuda al restaurante y a ella la llamé por la tarde para decirle que hoy tenía el día libre. Lo necesita, así que volví a llamar a Luca para sustituirla, el amigo de Francesco que nos ha echado una mano estos días, que, encantado, nos ha hecho el favor hoy también. Sabía que solo con mi tío y su tripulación sería más que suficiente para sacar adelante la comanda de hoy, pero teniendo la herida como la tiene, prefería evitar que hiciera más esfuerzo del necesario. La excusa de llamar a Luca para sustituir a Gala ya me va bien, para que mi tío se esté más quietecito.

Ayer pensé en ir a verla por la tarde, pero no quería agobiarla; al notar que por teléfono me daba largas sobre el tema preferí dejarla tranquila. Tampoco es nada de mi incumbencia, pero no puedo evitar preocuparme. Es una buena chica y no se merece estar pasando por esto.

Este mediodía he terminado antes de lo previsto con el trabajo que tenía que hacer en el restaurante de mis padres, así que he conseguido escaparme antes de que mi madre me adjudicase más tareas que no me tocaba gestionar. Tareas que podría hacer otra persona, si se dignase pagar a algún trabajador cualificado, pero, claro, eso significaría perder una mínima parte de todo el puto dinero que ganan.

Sé que Gala estará en el muelle porque ayer lo mencionó en la llamada y porque más de una vez la he visto allí. Siempre se coloca encima de las mismas rocas, alejada de todo el mundo. No se me hace difícil volver a encontrarla.

—*Buongiorno, principessa* —la saludo, aunque ya casi son las dos del mediodía—. ¿Qué haces todavía aquí? ¿No vas a casa a comer?

Me siento a su lado después de que Gala pegue un respingo del susto; estaba bronceándose boca abajo y no me ha visto llegar. Me mira con los ojos entrecerrados por el sol, arruga su pequeña nariz y no puedo evitar fijarme en las pequeñas pecas que le empiezan a brotar de estos días tomando el sol. Le quedan bien, se ve adorable.

—*Buongiorno*, reina —bromea—. ¿Tú también tienes el día libre?

—Qué va, ahora mismo estoy trabajando, me han mandado aquí a contabilizar la cantidad de peces que nadan cerca de las rocas —bromeo.

—Eres muy tonto —ríe—. ¿Cuántos llevas de momento?

—Pues de momento siete, espera… —Sigo el juego, poniéndome de pie y fingiendo que busco peces. En pose de vigilante de la playa, apoyo mi mano sobre la sien, tapando el sol—. Ocho… Nueve… *Mamma mia!*

—¿Qué pasa?

—¡Lo que acabo de ver!

—¿Qué es? —Se levanta y se asoma sobre la roca—. ¿Qué es, Gael?

Qué dulce suena mi nombre en su boca, no me había fijado antes.

—¡No me lo puedo creer! —Me acerco sigilosamente y la agarro de la cintura—. ¡Es una sirena!

Gala chilla mientras la alzo en el aire y la tiro al agua. Estallo en carcajadas mientras la veo emerger chapoteando revoltosa, hacerme una peineta y acompañar mis carcajadas con las suyas. Me lanzo yo también, provocando otro chillido agudo de ella. Intenta alejarse de mí, pero yo la agarro del tobillo antes de que escape y de un tirón la hundo bajo el agua.

Entramos en una batalla campal por ver quién hunde más veces al otro. No es por ser creído, pero si yo no quisiera, ella no sería capaz de hundirme ni una sola vez. Me dejo ganar alguna que otra, porque me divierte ver cómo se esfuerza en hacerlo, cómo pone todo su peso sobre mis hombros y se eleva sobre el agua intentando que yo me sumerja.

Sus pechos llaman mi atención cada vez que salta del agua.

Está tan metida en la pelea que no se da cuenta de que me pone las tetas en toda la cara.

Intento no mirarlas, pero, joder, me lo pone difícil.

Agotados, nos sentamos en la toalla y Gala abre una pequeña bolsa de patatas. Después de tanto juego se le ha abierto el apetito, y a mí también. Comemos en silencio, un silencio con los que compartes calma.

—¿Qué haces esta noche? —le pregunto sin pensarlo mucho.

—Depende —responde dudosa—. ¿Por qué?

—Tengo un plan para ti.

—¿Qué plan?

—Uno con el que puedes aprovechar el vestido de lentejuelas que te vi en la maleta.

Capítulo 23



Gala

Evidentemente no me he puesto el vestido de lentejuelas.

Podría haberlo hecho, pero no sé qué tipo de antro frecuentan Gael y sus amigos, así que no quiero arriesgarme a ir muy extravagante. Aunque con este minivestido negro escotado no me quedo corta. Me veo guapa, la verdad.

He decidido hacerme una coleta alta porque con la humedad que hay aquí el pelo se encrespa muchísimo, y me he maquillado como una puerta porque me apetecía ir divina. También quiero disimular lo máximo posible mis ojeras de cansancio, aunque he intentado tapar lo mínimo las pequitas que me están saliendo por el sol. El mismo sol que empieza a broncear ligeramente mi piel y que hace que el oscuro vestido me quede mucho más armonioso. Llevo unos taconazos negros de aguja con los que se me ven unas piernas kilométricas. La parte trasera del vestido me queda un poco más holgada que de costumbre, pero no le doy importancia, no creo que se note mucho.

Inconscientemente, pienso en Darek. Si me viese seguro que me diría lo guapa que estoy y me pediría que me pusiera un pintalabios oscuro. Él decía que así me veía más sexy, más mala…

Lo hago.

Pese a que yo me siento más cómoda con un labial más clarito, me perfilo los labios con un marrón chocolate intenso y los relleno con un pintalabios granate en un símbolo de rebeldía. Me gusta pensar que

si me estuviera viendo ahora mismo, se arrepentiría de haberme dejado.

Un gruñido desde la ventana me hace pegar un brinco.

—Una *femme fatale,* sin duda —me saluda Gael con un largo silbido mientras se cuela en la habitación.

—Eso no es italiano —me burlo—. ¿Voy bien?

Me pega un descarado repaso de arriba abajo y veo cómo su mirada se recrea en ciertas partes de mi cuerpo, como las piernas, los pechos, la boca… No me importa, hoy me siento despampanante y me gusta que él también lo piense.

Aprovecho para pegarle un repaso a él. Si la camisa de lino del otro día le quedaba bien, esta le queda increíble. También va arreglado para la ocasión, aunque un poco más informal, con unos vaqueros largos negros y una camisa de lino del mismo color que deja intuir cada uno de sus músculos. Un par de finas cadenas sobre su pecho le dan ese toque de chico malo. Ya me puedo imaginar el furor que debe de causar entre las chicas cuando sale de fiesta.

La verdad es que está para echarle una foto y enmarcarla.

Me acerco a él para darle un par de manotazos a su camisa y alisársela después de haberla arrugado al trepar por mi ventana. Me muerdo el labio al frotar sin querer entre la tela su pecho.

—¿Voy bien o no? —insisto dando un par de pasos atrás, tomando distancia y poniendo los brazos en jarra—. Voy demasiado emperifollada, ¿verdad?

—Vas demasiado buenorra. —Me mira sonriéndome con los ojos —. *Sei una bellezza,* estás increíblemente preciosa, *sirenetta.*

Mis mejillas se tornan color carmín, aparto la mirada porque en un segundo mis pulsaciones se han acelerado. Sé que me veo bien, pero me da vergüenza que Gael me lo exprese tan abiertamente. Por eso me pongo nerviosa, porque me da vergüenza, no porque Gael piense que soy una belleza, claro.

—Gracias —intento disimular—, tú también estás increíblemente preciosa.

—Voy demasiado emperifollada, ¿verdad? —me imita con voz de pito, adoptando la misma postura que he hecho.

—¡Mi voz no suena así!

Río y le doy un suave manotazo en el hombro.

Mientras caminamos hacia la estación, siento que no deja de

mirarme de reojo, haciéndome sentir observada; no sé si me incomoda o me gusta, prefiero pensar que es lo primero. Voy a girarme para meterme con él cuando se me tuerce un tacón y pego un grito al tropezar. Por poco me como el suelo, si no fuese porque Gael estaba preparado y me ha sujetado de milagro.

—Lo sabía —ríe—. ¿Cómo vas con semejantes tacones?

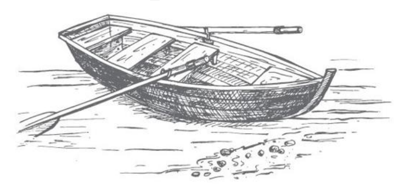
Antes de que me deje responder, con la mano con la que no me tiene cogida me agarra de la cintura por detrás y retomamos el paso. No la aparta, siento su tacto cálido en mi espalda mientras caminamos y no puedo pensar en otra cosa que no sea en sus grandes manos ocupando gran parte de mi lumbar. Me siento tan rara, parecerá una tontería, pero no sé cuándo fue la última vez que dejé que un hombre que no fuese Darek me sostuviera por la cintura durante un período de tiempo tan prolongado.

Intento pensar en otra cosa, dejar de prestarle atención, fingir que este gesto es tan natural para mí como lo es para él. Puede que solo sean los nervios, seguramente me están traicionando. Voy a conocer a su grupo de amigos y hace mucho tiempo que no conozco a gente nueva cercana a mi edad, aparte de Gael. Espero caerles bien, aunque tengo el presentimiento de que a uno de ellos no le va a hacer gracia mi llegada. Gael ya me ha advertido de lo que me voy a encontrar.

Esta noche conoceré a Brina.

Su exnovia.

Capítulo 24



Gael

Cuando Marco me ha llamado para avisarme de que Brina vendría esta noche he pensado en no ir. Siempre hace lo mismo: le sonsaca a Marco si vamos a salir esa noche, finge que casualmente ella también va a salir con su amiga Alessandra, que siempre se presta a todas sus niñatadas, y acaban uniéndose a nuestro grupo con la excusa de que tiene buena relación con mis amigos. Por lo menos con Marco, ellos creen que me chupo el dedo.

Ya he advertido a Gala de que vendrá. Lo que no le he dicho es que posiblemente la tendrá en su punto de mira toda la noche sabiendo que viene conmigo. No quiero añadir más leña al fuego ni darle motivos a Brina para que se ponga celosa de Gala y pille una de sus rabietas. Pero la sirenita me lo ha puesto difícil con ese diminuto vestido.

Solo quiere que seamos amigos, así que solo somos eso, amigos. Pero eso no quita que tenga ojos en la cara. Ojos que no pueden apartar la vista de ella. La hostia, ¡es que va guapísima! Lleva un *look* oscuro, agresivo, creo que le dejaría pisarme los huevos si me lo pidiera. Ojalá me lo ordenara. Todo le queda tan bien: el vestido, los tacones, la coleta, el pintalabios...

Qué putada. Brina se va a enfadar muchísimo.

Lo que más me jode es que se ha montado su propia película en su cabeza. Nuestra relación fue corta y absurda. Empezó a trabajar como camarera en el segundo restaurante de mis padres, el que montaron hace unos años en el pueblo de al lado. Nos conocimos, nos

empezamos a gustar y, bueno, el roce hace el cariño.

Duramos juntos cuatro meses, hasta que me di cuenta de que era inviable tener una relación con ella. Siempre quería discutir, saber qué hacía en todo momento, dónde estaba, con quién. Si tenía un rato libre siempre tenía que estar con ella o si no se enfadaba. Pero cuando digo siempre es siempre. Todo eran reclamos, siempre reclamándome cosas que a mí no me salían, que yo no quería hacer.

También he de admitir que nunca llegué a enamorarme de ella.

Tampoco creo que ella esté enamorada de mí ni nunca lo haya estado. Pero Brina es hija única, una niña muy mimada que no soporta no salirse con la suya, siempre quiere lo que no tiene. Romper con ella le jodió más el orgullo que el corazón.

Después de dejarlo continuamos viéndonos de vez en cuando. Tanto por coincidir en el restaurante como porque aparecía por el pueblo para verme. Cada vez que le recordaba que ya no estábamos juntos, se hacía la loca y se tiraba a mi bragueta para desviar el tema. Y, bueno, yo simplemente me dejaba llevar. Tampoco soy de piedra.

Hace ya unos meses que corté de raíz esa dinámica absurda que teníamos. Se cabreó, pero dejó de insistir en quedar a solas. Ahora tenemos una nueva dinámica de la que no estoy orgulloso. Siempre está pendiente de cuándo salgo de fiesta para ir a buscarme. Se pasa toda la noche pegada a mí, intentando ponérmela dura. Siempre es lo mismo: al principio le doy largas, pero según va subiendo mi contador de cubatas, me pongo tonto, me lía y acabamos follando borrachos en el baño, entre los arbustos, en un coche o donde nos pille.

No quiero que esta noche pase eso, hay algo que me hace sentir incómodo ante la idea. Algo que me advierte de que no debería hacerlo, que me recuerda que no quiero hacerlo. Algo a lo que no puedo dejar de mirar mientras ríe feliz, junto a mis amigos.

—¡Chupito por la española! —grita Valentina en italiano—. ¿Qué es lo que has dicho antes?

—Quien no apoya no folla —recita Gala, frotando el culo del chupito en círculos sobre la mesa para que los demás la imitemos—, y quien no recorre...

—¡No se corre! —gritan todos a la vez para, seguidamente, beberse el chupito de Jäger de un trago.

Estaba un poco inquieto por cómo Gala se iba a sentir. Sé que sabe italiano pero no se desenvuelve del todo, y de aquí solo sabemos

hablar español Idara y yo. Marco, Valentina y Leo lo entienden vagamente, pero intentan hacerse entender con Gala lo mejor posible. Me gusta ver cómo se ha integrado tan fácilmente, la veo cómoda y animada.

—¡Nosotras también queremos uno! —oigo que dice una voz chillona en italiano a mis espaldas, acompañada de una risita.

¿Ya? No puede ser.

Me giro y, efectivamente, no tenía duda de que eran ellas.

Hiena número uno y Hiena número dos.

Brina y Alessandra.

Capítulo 25



Gala

Todo lo guapa que me sentía se ha desvanecido al ver a la tal Brina y a su amiga. Dos rubias despampanantes que llaman la atención de cualquiera con quien se crucen. No me hace falta que nadie me lo diga, con tan solo verlas sé perfectamente quién de las dos es Brina.

Ambas son increíblemente atractivas y sociables, pero una de ellas es la que lleva la voz cantante, la que siempre suelta el último comentario para hacerse notar, la que sabe que su presencia no es bienvenida por la mayoría que están sentados a esta mesa.

Esa es Brina.

La que lleva un vestido negro ajustado parecido al mío, solo que a ella le queda mil veces mejor. Normal. Con esas curvas y esas tetas qué no le quedará bien a la tía.

Ha intentado sentarse al lado de Gael, pero Valentina ha sido rápida y ha arrastrado su silla entre ellos dos para que Brina se viera obligada a poner la silla a su derecha. Gael me ha presentado a Valentina e Idara como «Las Borrachas de La Spezia», y por el momento no se equivoca. En lo que llevamos sentados aquí se han tomado dos copas y tres chupitos. Lo hacen al unísono para no perder el ritmo mutuamente y son divertidísimas de ver. Estaba un poco nerviosa, pero todos son majísimos y me han recibido con los brazos abiertos, cosa que agradezco.

Idara habla español porque estudia Traducción e Interpretación y

el año pasado estuvo de Erasmus en Madrid. Me ha hecho mucha ilusión poder hablar con ella tan fluidamente y me ha ayudado a comunicarme con los demás, aunque he de decir que estoy orgullosa de mí misma, me desenvuelvo yo solita bastante bien.

Después de un par de copas más, nos trasladamos a la fiesta, donde empieza el show. Sin ni siquiera darme cuenta, el grupo se disipa entre la multitud. Valentina me arrastra de la muñeca junto con Idara al centro de la pista, donde bailamos hasta que nos queman los pies. Marco y Leo han dicho que iban a la barra a pedir algo, pero ha pasado media hora y todavía no aparecen, señal de que estarán a su rollo por ahí.

Siento un brusco empujón y aparece Alessandra, que falsamente me pide disculpas y se coloca junto a nosotras. Valentina pone los ojos en blanco e Idara me pega un tirón de muñeca para que nuestros cuerpos bailen pegados. También para alejarnos de Alessandra.

—Por lo que veo, no os cae muy bien —grito en la oreja de Idara. La música está tan alta que es imposible oírnos hablar—. ¿No sois amigas?

—¿Amigas? —grita ella en mi oído—. Ni ella ni la hiena de Brina son nuestras amigas, solo están aquí por Gael.

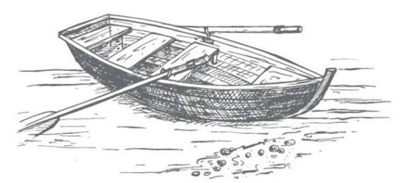
—¿Qué hace Alessandra con nosotras entonces?

—Vigilar que ninguna de las tres nos entrometamos.

Idara me hace un disimulado gesto para que me gire hacia la derecha y entonces lo entiendo todo. A pocos metros de nosotras, entre la multitud, están Gael y Brina bailando.

Más pegados de lo que me esperaba.

Capítulo 26



Gael

Aprovecho que Brina me ha soltado la muñeca dos segundos para acercarse a la barra a pedir un cubata y me escondo entre la multitud en un intento por perderla de vista, pero a los pocos segundos vuelvo a notar un tirón en el brazo que me para en seco. Me giro frustrado, pensando que es ella otra vez, pero no, para mi sorpresa y deleite es Galatea.

—¿Dónde te has dejado a tu novia? —pregunta acercándose.

Su aliento me hace cosquillas en la oreja.

—No es mi novia, es mi secuestradora —bromeo acercándome yo esta vez.

—Pues, para ser un rehén, te he visto bailando con ella bien pegadito...

Habla alargando las palabras. No sé cuántas copas llevará encima, pero contando con que lleva toda la noche con Las Borrachas de La Spezia, me las puedo imaginar. Me mira coqueta, está ebria y tiene ganas de buscarme, así que le sigo el juego.

—¿Estás celosa? —Poso mis manos en su cintura y la acerco a mí al ritmo de la música.

—Más quisieras. —Pone los ojos en blanco, pero me sorprende ver que no se separa.

Me tomo unos segundos para apreciar lo bien que huele. Tiene un olor dulce, como a jazmín y vainilla. Inconscientemente, me inclino hacia su cuello para apreciarlo mejor.

—Como Brina te vea tan cerca, se va a enfadar... —me susurra,

pero sigue sin separarse, como si, más que una advertencia, fuese un reto.

Al compás de la música, mueve sus caderas pegándose todavía más a mí y yo le sigo el ritmo. No sé si es el alcohol, la manera en que se humedece los labios o la forma en la que se le sube el vestido cuando nuestras pelvis chocan al bailar.

Pero me está poniendo cachondo perdido.

Todos mis sentidos están puestos en ella, en su espalda cuando se gira para rozar su culo en mi pantalón, en su escote cuando frente a mí se contonea como una serpiente, hacia delante y hacia atrás, siguiendo el continuo ritmo de la música. En cómo me mira inocente, fingiendo que no sabe lo que está provocando en mí. Pero lo sabe, joder si lo sabe, mordiéndose el labio sonriente al ver la cara de cachondo que debo de tener ahora mismo.

Sin ningún pudor, la aprieto contra mí, estrujándole las caderas con tantas ganas que oigo un gemidito de impresión salir de su boca cuando enrosca sus brazos en mi cuello.

Bueno, que no se diga que yo no he intentado ser solo su amigo. Pero, no me jodas, ahora ya no puedo pensar en eso, ¿cómo voy a hacerlo? Si no me llega la sangre a la cabeza, la tengo toda palpitando contra el pantalón. Noto cómo Gala se pone de puntillas, acercándose a mi boca, y en ese momento no puedo pensar en otra cosa que no sea besarla, morderle el labio, agarrarle el culo con una mano y meterle la otra por debajo del vestido...

—¡AAAH! —grita separándose asustada.

La miro incrédulo. No entiendo lo que pasa hasta que se da la vuelta y veo su vestido por detrás. Está completamente empapado, igual que la punta de su coleta. Detrás de ella están Brina y Alessandra, esta última con su copa totalmente vacía.

—¡Aless! ¡Pero ve con cuidado, tía, pobrecita! —le grita en italiano Brina.

La miro furioso, sé de sobra que lo ha hecho a propósito, lleva toda la noche con Gala en el punto de mira, por eso no me ha soltado ni un momento desde que hemos llegado. Me tiene hasta los cojones con sus celos. Me acerco a Gala para ver cómo está cuando la arpía de Alessandra se interpone entre los dos.

—¡Perdón! —finge disculparse—. Lo siento, guapa, hemos chocado sin querer. Ven, te acompaño al baño a limpiarte.

Voy a entrometerme para que la deje tranquila cuando Gala se gira y con una tosca mirada me indica que me quede quieto. Dudo, pero la dejo estar mientras observo cómo Alessandra se la lleva cogida del brazo. Lo tenían todo planeado para que Brina y yo nos volviéramos a quedar solos, no me sorprende en absoluto.

—¿Qué cojones haces? —Me separo bruscamente cuando intenta pegarse a mí—. ¿Era necesario hacerle eso?

—Yo no he hecho nada, ha sido Alessandra, que es una torpe. —De un tirón me zafo de ella nuevamente, pero vuelve a cogerme—. No quiero quedarme sola, ¿puedes esperar conmigo hasta que vuelva Aless?

No tengo el menor interés en quedarme ni un segundo más con ella, sé que me lo pide solo por estar conmigo. Pero también sé que está sola y borracha, así que decido ceder y quedarme con ella a esperar a que vuelvan.

Bailo guardando las distancias, pero poco a poco Brina se acerca sigilosa y sensual. Sin ni siquiera darme cuenta, me encuentro bailando con ella. Noto cómo presiona mi paquete con su pelvis a conciencia cada vez que chocamos al compás de la música, aprovechando para frotarse levemente y provocando que el calentón que me ha causado Gala no se disipe. Con una mano se sujeta en mi cuello para que no me vaya y con la otra me clava las uñas en el pectoral. Intenta provocarme y, pese a que me esfuerzo vagamente porque no se roce más de lo necesario, no puedo negar que lo consigue.

Pero no como Gala.

Con Brina es lo de siempre, el calentón tonto por el roce y el alcohol. Pero con Gala he sentido que me ardían todas las partes de mi cuerpo. Más que deseo, podría definirlo incluso como una ardiente necesidad por besarla, tocarla, meterme dentro de ella. Ha sido jodidamente intenso, como sumirme en un trance.

Salgo de mi ensimismamiento cuando con el rabillo del ojo vislumbro entre la gente a Gala y Alessandra de vuelta. Quiero separarme de Brina, pero esta se pega aún más a mí, aferrándose con ambas manos a mi cuello para que no me separe. De un fuerte e inesperado tirón me estampa contra su boca.

Me besa, abriéndome la boca casi con los putos dientes. Un beso duro, sucio. Un intento de que mi lengua reciba la suya con el mismo

anhelo. Lo peor es que por un instante lo logra. El calentón me bloquea momentáneamente el pensamiento y alargo el beso unos segundos, entre ellos la imagen de Gala aparece en mi mente, como recordatorio de que no es a ella a quien estoy besando. De un seco tirón, me separo de su agarre.

¡Mierda! ¿Por qué cojones la beso?

Cuando me giro veo a Alessandra sonreír unos metros atrás mientras baila con un desconocido. Ansioso, busco con la mirada a Gala con la esperanza de que no nos haya visto, pero sí lo ha hecho.

Porque ya no está.

Capítulo 27



Gala

Idara me ofrece un trago de su copa, pero con un gesto se lo niego. Ya he bebido suficiente por esta noche, más de lo que debería. Pero no me importa, porque me lo estoy pasando genial. Idara y Valentina son divertidísimas y les encanta bailar tanto como a mí, no hemos parado en toda la noche. Tampoco hemos parado de beber.

No sé en qué momento he pensado que ir en busca de Gael era buena idea. Supongo que quería saber si iba todo bien. Brina no se alejaba de él en ningún momento, solo le ha faltado ponerle una correa. Pero justo lo he visto solo y quería aprovechar. ¿Aprovechar para qué? No lo sé. Habrá sido el alcohol, la música o lo guapísimo que está esta noche. Pero me apetecía verlo, vacilar un rato, bailar con él...

Madre mía, lo cachonda que me ha puesto.

Sé que ha sido porque voy borracha como una cuba. Casi que agradezco que hayan aparecido Brina y compañía, porque poco me ha faltado para besarlo. Menos mal que no lo he hecho, seguro que ha sido el universo mandándome una señal para que no lo haga, para advertirme de que eso no está bien. Bueno, puede que haya sido el universo o puede que haya sido un pelinegro de ojos atigrados que no me perdonaría si descubriese que he besado a otro.

En mi mente enturbiada por las copas de más aparece Darek echándome en cara lo que hace un rato ha sucedido con Gael. La

herida sigue abierta, así que no debería desviarme de mi objetivo, del motivo por el que estoy aquí. He huido para sanar y encontrarme a mí misma, no para besuquearme con un italiano guapísimo y olvidarme de que tengo el corazón roto. Que, dicho así, el plan tampoco suena tan mal... Pero no, no tendría que haber hecho eso, porque yo no soy así. No, yo no soy como él.

Yo no soy como Darek.

Yo no quiero hacerle daño, yo no quiero faltarle al respeto. No he hecho nada con Gael, solo hemos bailado. Pero sí lo he pensado, sí he pensado en tocarlo un poco más, en acercar mis labios un poco más, para descubrir cómo saben los suyos... ¿Qué pensaría Darek de mí si nos hubiera visto? Creería que soy una mentirosa, creería que no lo quiero, que no lo respeto. Me diría que soy mala, que soy cruel, como él, que tampoco somos tan diferentes. Pero no es verdad, ¡no es verdad! Yo no soy mala, no soy cruel, yo solo intento hacer las cosas lo mejor posible, yo solo quiero que todo esté bien, que todos estemos bien...

El retumbar de mis latidos opaca el sonido de la música y los cuerpos bailando. Con la respiración cada vez más acelerada, salgo hacia la terraza del antro torpemente, chocando con alguna que otra persona por el camino. Puede que sí haya bebido demasiado, ya que me cuesta más de lo que debería vislumbrar un sitio donde poder sentarme alejada de todo.

Sentada en una especie de bordillo, en una incómoda y poco elegante postura para que no me asomen las bragas por debajo, intento controlar mis inhalaciones y exhalaciones para evitar un inminente ataque de ansiedad. Todo me da vueltas, tengo la lengua pastosa, los ojos cansados, los pies doloridos. Solo oigo mis latidos, mi respiración raspándome con furia la garganta, secándome la boca. Respiro demasiado rápido, no me entra suficiente oxígeno...

—Galatea, relájate —me susurro a mí misma, presionándome el pecho con una mano—. Estás así porque vas borracha, relájate...

Pero no puedo relajarme.

No puedo hacerlo, no puedo más con esto.

Me come la ansiedad y, cuando me doy cuenta, las lágrimas se derraman por mis mejillas como un río desbordado por la tormenta. No puedo dejar de llorar y ahogarme en mis propios sollozos, no sé muy bien por qué. Cojo el móvil y me arrepiento desde el instante en

que lo hago. Pero ahora mismo no se me ocurre hacer nada más, estoy entrando en bucle y solo puedo pensar en una cosa, solo puedo pensar en una persona. Pongo la contraseña con dificultad, me meto en «Contactos», clico en «Favoritos» y lo llamo.

Lo llamo porque es el único que sabe calmarme, porque es la única voz que podrá aliviarme, porque es quien sí sabe tener el control sobre mí. Lo llamo porque lo odio, porque necesito gritarle entre sollozos todo el daño que me ha hecho y todo el daño que sigue haciéndome aun cuando ya no está presente. Porque me ha roto, me ha vuelto loca y ya no sé quién soy, qué hago o qué digo, qué oigo o qué siento.

Lo llamo porque voy increíblemente borracha y me importa una mierda todo.

Llamo a Darek.

Capítulo 28



Gala

El mínimo movimiento me provoca un dolor de cabeza mortal. Me duele todo el cuerpo, tengo la lengua reseca pegada al paladar, la cara sudada y pegajosa. Intento desenredarme de las sábanas y miro la hora en el móvil. Son las dos y veinte del mediodía. Jolín, ayer realmente me pasé con el alcohol. No volveré a dejarme llevar por Valentina e Idara nunca más.

Bajo el brillo a la pantalla del móvil y entonces las veo. Cinco llamadas perdidas de Darek tras la llamada que le hice ayer. ¡Joder! Soy una idiota, una impulsiva, una imbécil. Me siento demasiado rápido sobre el borde de la cama y he de sujetarme para que la cabeza deje de darme vueltas.

Mierda, quiero vomitar.

Salgo corriendo hacia el baño. Vomito, me lavo la boca, me odio en el espejo, lloro, me ducho, vuelvo a la habitación. ¿Por qué tuve que hacerlo? ¿Por qué tenía que llamarlo? En cuanto oí su voz fui consciente del error que estaba cometiendo y colgué inmediatamente. No le dije nada pese a que me quemaba el pecho de las ganas que tenía de gritarle. Pero no le dije nada, no obtuvo las respuestas a sus preguntas:

«¿Dónde cojones estás?

»¿Adónde te has ido?

»¿Galatea? ¿Hola?».

Si sabe que ya no estoy, que me he ido, es porque me habrá ido a buscar a mi casa… Me alivia saber que ni mi madre ni mi hermano le han dicho dónde estoy. Conociendo a mi madre, le habrá dado largas diciendo que justo me ha pillado fuera de casa en ese preciso momento. Conociendo a mi hermano, le habrá dicho que me deje en paz de una vez y lo habrá mandado a tomar por culo sin miramientos. No se llevan muy bien.

¡Dios! Me odio a mí misma por sentirme feliz por ello. ¡Darek ha ido a buscarme a casa! Es que no puedo evitar sentir felicidad al saber que sigue pendiente de mí y quiere saber adónde he huido. Sonrío mientras me doy secos golpes con la palma de la mano en la sien.

—¡Eres una estúpida! —me insulto, borrando la tonta sonrisa de la cara—. No ha ido a buscarte a ti, ha ido a buscar la atención que le pertenece.

Me ha ido a buscar por orgullo. Por recuperar esa atención que le he brindado durante tanto tiempo y ahora le he arrancado de cuajo. Bueno, hasta ayer, que yo misma se la di en bandeja, porque soy una imbécil. Lo he llamado tan solo unas semanas después de pedirle que no me buscara. ¿Cómo me va a tomar en serio? Si ni yo misma lo hago.

No volveré a hacerlo, lo juro.

Intento compadecerme de mí misma. Sí, lo llamé y no debería haberlo hecho, pero, oye, ¡colgué la llamada! Puede parecer una tontería insignificante, pero el caso es que, ahora que lo pienso, logré calmarme por mí misma, no necesité a Darek para ello.

Acudí a su voz en un momento de desesperación, pero fue oírla y darme cuenta de que no podía pretender buscar la paz en quien me la estaba perturbando. Ya puedo imaginarme la cara de Darek al ver que le colgaba otra vez, seguro que estuvo llamándome loca con sus amigos toda la noche.

Río sola en mi habitación, consciente del pedo que llevaba ayer y de la vergüenza ajena que debí de dar. ¡No bebo más! Puede que sí actuase un poco como una loca, porque no fue muy coherente lo que hice… Pero, en fin, como siempre me recalca Elena, he de quedarme con lo bueno: que rectifiqué, que no fui a lo fácil, a lo que creía seguro. Que, aun sabiendo que estaba ahí, que podría haberme desahogado con él en pocos segundos, me permití darme tiempo, espacio y atención para hacerlo por mí misma.

Lo único que habría desencadenado esa llamada después de la retahíla de insultos que le hubiera propinado habría sido una conversación donde, sin saber cómo, Darek habría dado la vuelta a la situación y yo habría acabado pidiéndole disculpas y suplicando otra oportunidad, aun sin ni siquiera yo quererla.

Porque empiezo a ser cada vez más consciente de que no la quiero. No quiero otra oportunidad con Darek, porque ya no necesito más oportunidades con Darek.

Suspiro medianamente aliviada, porque es eso o martirizarme a mí misma por el error que cometí ayer, así que prefiero lo primero. ¡Todo el mundo hace tonterías borracho! Yo no iba a ser menos. Además, seguro que ayer, en aquella terraza, no fui la única chica que llamó al tóxico de su ex, me apuesto una mano.

De manera inconsciente, mi mente reproduce fragmentos de la noche de ayer y se detiene en el calentón con Gael. Una sonrisilla aparece en mi rostro, pero esta vez acompañada de un rubor en mis mejillas. ¡Qué vergüenza! Fue tan intenso para mí, seguro que él solo estaba jugando conmigo, pero por mi mente pasaban todo tipo de pensamientos tórridos. Me tapo la cara con las manos y río, ¡no puedo ser más tonta! Gael solo me vacilaba, estaba claro que acabaría besuqueándose con Brina.

Pero no me importó, ¿por qué iba a hacerlo? De vuelta a casa, noté cómo Gael intentaba hacerme entender que él no había querido besarla. Era muy tierno ver cómo se justificaba sin parecer que se excusaba, actuando desenfadado. Pero le notaba a leguas las intenciones, como si creyese que me había dolido, tal vez mi maquillaje corrido por la llorera en la terraza le dio señales equivocadas.

Le hice ver que no me importaba lo que tuvieran entre ellos, que eso era algo que él tenía que gestionar con ella, pero no se quedó tranquilo hasta que le juré y le perjuré que no me había molestado. Porque realmente no lo hizo. A ver, tampoco me gustó verlos, he de ser sincera, pero por el simple hecho de saber toda la historia que tienen detrás. Si tan harto está de ella, seguir besuqueándose no creo que sea la solución, pero, bueno, él sabrá.

Lo dicho, todo el mundo hace tonterías borracho.

Me acompañó hasta la puerta de casa y no se marchó hasta que subí a mi habitación. Me asomé por la ventana y le levanté el pulgar

en señal de victoria. Le mandé un beso y él fingió cogerlo en el aire y colocarlo en su mejilla. Le mandé otro, lo cogió y lo dejó caer sobre la otra. Le mandé un último beso, lo cogió y se lo acomodó en el paquete.

Me tapé la boca para no despertar a mis abuelos con mi risotada. Él me lanzó un único beso al aire, lo cogí y, sin pensarlo, lo adherí sobre el corazón.

Sonrió y se fue.

Capítulo 29



Gala

—¡¿Que hiciste qué?! —Por poco se le salen los ojos de las órbitas. Se cruza de brazos y me mira incrédulo—. ¿Por qué? Podrías haberme avisado a mí o a Idara o a Valentina de que te estaba dando un ataque de ansiedad. Pero ¿llamarlo a él?

—Te vi demasiado ocupado con la lengua metida hasta la campanilla de Brina —lo ataco sin razón.

Gael parpadea pasmado ante mi defensiva. Me ha cabreado que me reproche lo que hice, aunque tiene razón y he saltado sin pensar. No me disculpo, porque, pese a que sé que no debería enfadarme con él, una parte de mí no puede evitar hacerlo. Últimamente estoy demasiado susceptible, todo me molesta, todo me irrita.

Ni yo misma me entiendo, al final Darek tendrá razón y estoy loca...

Pero es que ¿cómo no voy a estarlo? ¡Si me ha vuelto loca él!

Tres días he tardado en atreverme a contárselo a Gael, porque sabía que esto iba a pasar, sabía que me iba a reñir como cualquier amigo al que le cuentas que has llamado borracha a tu ex. Pero necesitaba soltarlo, deshacerme de ese pequeño secreto que me carcomía por dentro. En cierto modo, necesitaba que él lo supiera, igual que mis amigas. La reacción de Lola y Elena fue similar, como de costumbre, pero, claro, no es lo mismo que te riñan por teléfono a que lo hagan con tanta claridad en persona, como lo está haciendo Gael.

—No hablé con él —intento bajar dos tonitos a mi mal carácter.

—Pero lo has llamado, le has dado lo que él quería sin ni siquiera esforzarse.

—¡Lo sé! —Vuelvo a subir mi voz—. ¿Qué quieres que haga? Me salió de dentro. No lo pensé, lo hice mal, pero ya está hecho.

—¿De qué te sirvió? ¿Qué consuelo buscabas con esa llamada que no pudieras haber obtenido llamando a tus amigas? ¿Por qué a él?

Me quedo unos segundos callada mientras enjuago la fregona. Gael me mira cruzado de brazos, sentado sobre la mesa para no pisar el suelo. Pese a que sé que no le parece bien lo que he hecho, con toda la razón del mundo, no debería sentirme atacada por él, porque no lo está haciendo. Noto preocupación en su voz, en la forma en la que me observa mientras friego con poca destreza. Pero no puedo evitar sentirme juzgada por todo lo que hago, por todo lo que digo.

—Nada —cuchicheo—. Realmente no lo sé, creo que solo quería saber que seguía ahí si lo necesitaba.

—¿Necesitabas su atención entonces? —pregunta curioso—. Lo mismo hace él contigo. Él busca tu atención para henchir su ego. Pero tú, Gala, ¿por qué lo haces?

Detengo la fregona desconcertada por la pregunta. ¿Por qué necesito la atención de Darek? Sé por qué lo hago, lo sé perfectamente, pero no quiero decirlo en alto, porque materializar las palabras lo hará más real. Porque para enseñárselo primero he de rebuscar en mi pecho, escarbar en la herida. Porque me da vergüenza, en cierto modo, que alguien más lo sepa, aunque sea más que evidente.

—Porque él me ve —gimoteo.

Aprieto los ojos con fuerza, consciente de que el ritmo de mis pulsaciones se acelera por segundos, como si todo el odio y el estrés acumulados de estos últimos días se inflasen en mi interior como un globo. Cada vez más y más grande en mi pecho, presionándome las entrañas, rompiéndome las costillas, impidiendo que el aire entre en mis pulmones. Pese a tener los ojos cerrados, puedo ver la perpleja mirada de Gael sobre mí, perforándome la piel, intentando escarbar donde no quiero que nadie escarbe, ni siquiera yo misma.

No quiero abrir los ojos, los aprieto con fuerza, controlando esta incómoda sensación que se apodera de mi tráquea, mientras como una niña pequeña espero a que todo lo que haya a mi alrededor

desaparezca para poder echarme a llorar.

Pero nada desaparece y, sin poder contenerlo, un ridículo hipo asoma por mi garganta, desencadenando un sollozo que intento silenciar antes de que Gael pueda oírlo, como si mi cara de puchero no me delatase lo suficiente. Me giro para que no me mire, removiendo la fregona con más brusquedad sobre las baldosas, pero oigo cómo de un brinco Gael baja rápidamente de la mesa y se acerca hacia mí en un par de zancadas.

Noto sus brazos rodearme por la espalda en un suave abrazo que se intensifica a medida que lo hacen mis lágrimas. Sin ni siquiera darme cuenta, estoy llorando como un bebé refugiada de espaldas en su pecho, dejando salir todo el dolor de mis entrañas. Gael me mece con ternura y me da besitos en el pelo, que solo hacen que mis muros se derrumben todavía más, dejándole ver mi fragilidad al completo.

—Perdóname si te he hecho sentir mal —susurra en mi oreja.

Intento calmarme antes de hablar. Lentamente, la celeridad de mis pulsaciones disminuye, adaptándose al compás de las pulsaciones de Gael. Me giro para mirarlo de frente, me froto con rapidez las mejillas, tratando de retirar todo atisbo de lágrimas, mientras mis muros vuelven a resurgir, haciéndome sentir una idiota por haberme derrumbado de esta forma tan ridícula frente a él.

—No, tranquilo —murmuro sin mirarlo a los ojos—. Es solo que estoy un poco sensible, no te preocupes.

—¿Estás mejor? —carraspea sin desenredar sus brazos.

—Sí, sí —bajo la mirada—, perdóname por el drama.

—No me pidas perdón por desahogarte, para eso están los amigos, ¿no?

Asiento.

—Y yo soy tu amigo, me atrevería a decir tu mejor amigo incluso, con el que ríes, lloras, bailas...

Nos sonreímos en silencio, alargando los segundos más de lo que deberíamos. Su sonrisa es pícara y me hace entrever lo que está pensando, lo que ha querido decir con ese último comentario. Recuerda con tanta claridad como yo lo que pasó aquella misma noche.

Divertida, le pego un suave empujón en el pecho como respuesta. Se separa de mí sonriente, dejando frías las zonas de mi piel donde se posaban sus cálidos brazos hace tan solo unos segundos.

Niego con la cabeza, intentando esconder la sonrisa de tonta que se forma en mis labios. Él se los muerde, apuesto a que aguantando las ganas de soltar algún comentario subido de tono de los suyos. Me permito el capricho de perderme unos instantes más en el mar que forman sus iris. ¿Sabrá lo bonitos que son sus ojos? Seguro que sí, por eso me mira así.

Cuando me doy cuenta, el ambiente se siente más denso de lo habitual, así que decido apartar mi mirada y devolverla al cubo de la fregona, lleno de un agua tan negra como todas las lágrimas que he derramado hace escasos minutos.

—Yo te leo.

Sorprendida, levanto la vista hacia Gael, que aprieta los labios tenso, como si no quisiese dejar escapar las palabras de su boca.

—¿Qué? —pregunto confusa.

—Dices que él te ve, pero yo te leo.

Antes de que pueda contestarle, se va.

Apatía

Nombre femenino

1. Dejadez, indolencia, falta de vigor o energía.

Cayó en una profunda apatía y apenas salía de sí misma.

2. Disminución o ausencia de expresión de emociones, aparentando indiferencia.

Las lágrimas ya no fluían, solo quedaba un vacío indiferente, un estado de apatía.

Capítulo 30



Gala

Hay algo peor que el odio, y es la indiferencia.

El odio no es tan distinto del amor, pues ambos mantienen a esa persona viva y latente en ti de maneras muy similares. El odio es otra forma más de aferrarte a su idea, de tener motivos por los que pensarla, por los que seguir teniéndola presente de forma activa. La indiferencia, en cambio, le quita todo el poder que ejerce sobre ti. La indiferencia destripa todo atisbo de importancia que le puedes dar a esa persona, todo pensamiento que le puedes dedicar está completamente vacío, carente de emociones. Ni buenas, ni malas, nada.

Así me siento yo con Darek.

Pienso en él, no he dejado de hacerlo y a veces creo que realmente nunca lo haré. Pero la forma en la que su imagen se ha presentado ante mí estos últimos días es distinta. Por primera vez realmente siento que puede haber un después de él.

Un después, sin él.

Sentada sobre una escalera rocosa, jugueteo con la arena y los hierbajos que, junto a mí, observan el acantilado. Hoy he decidido enfundarme mis zapatillas deportivas, prepararme la mochila con una botella de agua y un túper de fruta cortada y echarme a andar. Andar sin rumbo, sin meta, recorrer las calles más altas del pueblo adentrándome en los viñedos, en los bosques e incluso en los

puñeteros matorrales, que me han dejado algún que otro rasguño de regalo en los gemelos.

Tras un largo paseo, he decidido sentarme en esta escalera, al filo del acantilado, donde el mar se extiende en toda su plenitud ante mis ojos. Espanto a un par de moscas de mi túper ya vacío, antes de cerrarlo y guardarlo de nuevo en la mochila.

Que te rompan el corazón es duro, pero sanarlo creo que lo está siendo todavía más. No por sentir esta nueva indiferencia hacia Darek me siento mejor conmigo misma, al contrario.

Puede que ya no llore como antes, puede que ya no duela como antes, pero eso solo son síntomas que me recuerdan que algo en mí ha muerto junto a la vieja imagen de él. Una versión de mí más inocente, más ilusionada, más viva. Una versión de mí que sí creía en el amor de cuento, una versión de mí que no temía al amor, a abrirse al que amaba, a compartir cada trocito de sí misma porque creía que no los iban a romper. Ahora la mera idea de volver a darle permiso a alguien para entrar en mi corazón para que vuelvan a destriparlo me resulta inconcebible.

¿Esto es el amor?

¿Esto es todo lo que tiene para darme?

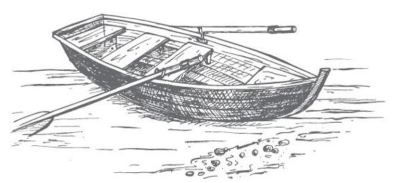
Porque no lo quiero, no vale la pena.

Nunca antes había llegado hasta aquí. Nunca antes me había permitido cerrar la herida lo suficiente como para empezar a no sentirla. Nunca antes me había permitido mirar más allá, pensar en la idea de volver a abrirla en un futuro. Hablo de un futuro muy lejano, un futuro en donde sea capaz de respetar mis límites por encima de los deseos de los demás. Pero ¿cómo podré hacerlo? ¿Cómo voy a volver a abrirme a alguien sabiendo todo lo que conlleva?

No odio a Darek, al menos en estos momentos. Pero si hay algo por lo que jamás lo perdonaré será por haberme destrozado la idea que yo tenía concebida del amor. Mi corazón sanará, tarde o temprano lo hará.

Pero, por su culpa, nunca volverá a ser el mismo.

Capítulo 31



Gael

—¿Algún día podré ir con vosotros a pescar?

La pregunta me sorprende tanto como seguro que le ha sorprendido a mi tío. Salgo del despacho silencioso y me asomo por la escalera. Gala está limpiando la pesca de hoy con mucha más soltura que cuando empezó. Me gusta verla sonriente, intentando aguantar la risa ante la cara de incredulidad de mi tío.

—¿Quieres venir a pescar? —pregunta con un retintín de burla.

—Sí —responde ella segura—, ¿no puedo?

No quiero reírme muy fuerte porque me descubrirán espiando. Es inverosímil el vínculo que ha conseguido crear Gala con mi tío sin ni siquiera saberlo ninguno de los dos. Ella no es consciente, porque mi tío no es una persona muy comunicativa que digamos, pero yo lo conozco y sé que está encantado con que Gala esté aquí.

Los primeros días lo noté reacio con su presencia, al fin y al cabo solo le estaba haciendo un favor a un viejo amigo, realmente no necesitaba que nadie viniera a trabajar con él. Pero cuando Gala se soltó un poco más y empezó a hacerle bromas, intentar sacarle conversación, encararse con él cuando algo no le parecía justo…

Mi tío no lo admitirá, pero sé que la presencia de Gala ha sido un soplo de aire fresco para él. Para todos en realidad.

—Mientras no molestes —responde tosco.

Veo cómo le da la espalda para que no lo vea sonreír divertido.

—¡Oye! —se queja ella cruzándose de brazos—. No te preocupes, no quiero hacerte la competencia.

Pasquale la señala amenazante con un cuchillo desde la lejanía y ella ríe. Mi sonrisa se ensancha al verla reír.

—Con cuidado, *ragazza*, o acabarás como él. —Levanta su brazo y con un meneo le muestra a Gala el atún que acaba de eviscerar.

Gala pone los ojos en blanco y vuelve a su faena, pero veo cómo una sonrisilla trepa por la comisura de sus labios. Sabe que ha conseguido lo que quería, mañana saldrá a pescar.

Capítulo 32

Gala

Si lo sé, no le pido nada. Ha sido una de las mañanas más duras de mi vida; mejor dicho, una de las madrugadas más duras, porque a las cinco Pasquale y su tripulación ya estaban en el puerto esperándome para embarcar, mientras yo todavía intentaba abrir los ojos pegados por las legañas.

Me han enseñado que ellos realizan pesca artesanal en un barco llamado «de bajura», utilizando técnicas como la pesca con redes de arrastre de fondo y redes de cerco. La madre que me parió, ¡cómo pesan!, sobre todo la de arrastre. También me han explicado que si quieren hacer una captura más específica y reducida, utilizan las cañas de pescar. No sé si me lo han dicho en serio o solo lo han hecho para tenerme gran parte del tiempo entretenida con la caña y no molestar. Pero casi que se lo he agradecido.

Lo que ninguno sabe es que he pescado un pez pequeñito, pero me ha dado tanta lástima al sacarlo del agua y verlo ahogarse fuera de esta que deprisa lo he devuelto al mar. A partir de ese momento me he puesto a pescar sin anzuelo. Ninguno de los tres se ha dado cuenta, pero al ver que no pescaba nada, seguro que han pensado que era una inepta con la caña y me han vuelto a pedir ayuda con las redes. No estoy acostumbrada a levantar tanto peso durante tanto rato y ahora me duelen los brazos y la espalda a rabiar.

—A ver, saca bíceps —me vacila Gael, pero lo hago—. *Mamma mia!* Un par de días más con mi tío y te pondrás más fuerte que yo.

—Eres muy tonto. —Lo empujo—. Me duele todo el cuerpo, ha sido como una tortura militar.

—Qué exagerada —ríe—. Si querías ir a pescar con tranquilidad, solo tenías que decírmelo, tenemos un par de barquitas con las que te podría haber llevado a dar una vuelta. No hacía falta que te pusieras modo capitán Pescanova. —Me hace gracia oír esa referencia de su

boca.

—Bueno, todavía podemos hacerlo, ¿no?

—Sí, pero ahora quiero algo a cambio.

—A ver, sorpréndeme. —Lo miro punzante por encima de las gafas de sol.

—Que me eches crema en la espalda con esos brazos tan musculosos que tienes...

Será tonto. No puedo evitar reírme. Después de darle un pequeño golpe en el hombro como respuesta, estiro el brazo para rebuscar el bote de crema solar y me pongo de rodillas frente a él. A diferencia de Gael, no tengo ninguna intención de bañarme, porque, pese a que todavía perdura la calidez veraniega en el ambiente, el agua está demasiado fría para alguien como yo, que con suerte pisa la playa un par de veces en pleno agosto. Pero aun así he decidido ponerme un pequeño bikini naranja chillón de braguita brasileña, que, pese a no ser mi estilo para nada, lo cierto es que me queda bastante bien. Bueno, me queda increíblemente bien, no voy a mentir, por eso me lo he puesto.

—Date la vuelta —le ordeno.

Me pega un repaso de arriba abajo moviendo notoriamente la cabeza adrede, para que me dé cuenta. Se pasa la lengua sobre el labio de forma exagerada y ridícula, simulando que babea.

—¡No me mires así!

Le rocío un chorro de crema y pone las manos en alto en señal de rendición.

—¡Vale, vale! —grita poniéndose boca abajo—. Pero frótame bien...

—Cállate ya.

Dudo unos instantes antes de subirme a horcajadas sobre él y rociarlo por toda la espalda, los hombros y los brazos. Esparzo con suavidad la crema sin dejar ningún trocito de piel desprotegido. Su espalda es dura pero suave, observo cómo se le marcan todos los músculos mientras paso mi mano sobre ellos. Me resulta curioso que no tenga ningún tatuaje, le quedarían tan bien... Subo hacia sus hombros y deslizo las manos hasta sus brazos, para volver a subirlas. Una vez esparcida la crema, admito que me recreo un ratito más manoseándolo, disfrutando del calor de su piel contra la mía.

—Ya está —anuncio dándole un suave pellizco en el hombro.

Sin darme tiempo a reaccionar, se gira levantándome sobre él y se coloca boca arriba bajo mi cuerpo. Lo miro sorprendida ante su destreza para moverme con tanta facilidad.

¿Será así de ágil en otros ámbitos?

No tengo que pensar en eso.

Insolación, seguro que es porque me está dando una insolación.

Me quedo inmóvil, al ser consciente de que estoy sentada sobre su pelvis. Su pelvis y todos los accesorios que conlleva... Elevo mis caderas para no tener un contacto tan directo con su paquete, pese a que mi vagina se siente tentada de sentarse sobre este. Él se endereza para apoyarse sobre los codos antes de hablar.

—Ahora por delante, por favor —lo dice con indiferencia, como si no le ardiera la entrepierna de la manera en la que me empieza a arder a mí.

—Esto cuenta como dos viajes en barca —le recrimino mientras le rocío el pecho y el abdomen, inclinándome sobre él.

Aprieto un poco la barriga para que se vea más dura, y puede que me incline un poco más de lo necesario a propósito para que tenga mejor vista de mi escote.

—Te doy todos los viajes que quieras, nena —se burla.

—Sigue así y te echo la crema en la boca, cerdo.

Intento fingir el mismo desinterés que él, pero la posición en la que nos encontramos, el tacto de mis dedos sobre sus pectorales y sus abdominales no me lo permiten. Lo ha hecho a propósito, estoy segura, está buenísimo y lo sabe. Si mis amigas me vieran ahora mismo, estarían tirándose de los pelos por no ponerse a gritar. Le dije a Lola que Gael era todo para ella, pero después de verlo desde esta perspectiva creo que me arrepiento...

Levanto la vista y siento cómo me observa divertido a través de las gafas de sol.

—¿Te gusta lo que ves? —se mofa.

—No está mal —murmuro—. ¿Y a ti?

—Siéntate y compruébalo.

No ato cabos hasta que recuerdo que mi pelvis se eleva sobre la suya. ¿Acaba de insinuar que se ha empalmado? Por inercia, mi mirada baja hacia su bañador, pero la aparto rápidamente. ¡No quiero mirar! No mires, no mires, no mires.

—¡Gael! —Pego un brinco y me aparto veloz—. ¡No seas guarro!

Estalla en carcajadas y yo lo sigo unos segundos después, no sin golpearlo un par de veces como escarmiento antes de dejarme caer a su lado.

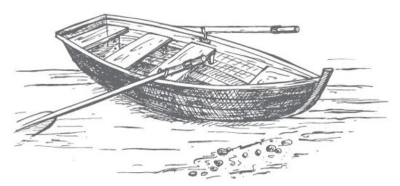
—Espero que sea broma —gruño haciéndome la enfadada.

—Claro que es broma.

Tal vez mi propio subconsciente quiera hacérmelo creer.

Pero me da que no lo era, aunque no voy a bajar la mirada para comprobarlo.

Capítulo 33



Gael

—Te estoy diciendo que es lo más acertado para reducir los costes sin disminuir *grosso modo* la eficiencia. La única manera correcta de hacerlo es invirtiendo una parte proporcional del capital. Mejor no lo podemos hacer. ¡No me pidas un puto milagro! —Lanzo con brusquedad los papeles sobre su escritorio, pero ni se inmuta.

—Tu hermana lo habría solucionado con mejores condiciones —se dirige a mí con despotismo.

Lo hace a propósito. Sabe que no soporto que me comparen con ella, que me hablen como si nunca hiciera las cosas lo suficientemente bien como lo hacía ella. Me tienen hasta los cojones con sus demandas, con sus deseos incongruentes. Solo les importan las putas ganancias. No miran por nada más que no sean los billetes que atiborran sus bolsillos.

—¡Llámala! —grito en italiano—. Que os lo solucione ella y dejadme a mí en paz.

—Esperaba más de ti. —Mi padre ordena unos documentos con indiferencia—. No te importa lo suficiente nuestro negocio familiar porque no pones bastante empeño, sé que puedes hacerlo mejor.

Está rozando el límite de mi paciencia. Cuento hasta diez para no mandarlo a tomar por culo, porque le daría más motivos para tratarme como al crío inmaduro e inexperto que cree que soy, o eso quiere hacerme sentir. Pero sé perfectamente lo mucho que me esfuerzo en mi trabajo, aquí el problema no soy yo.

—No es nuestro negocio, padre —hablo con toda la serenidad

que puedo—. Es vuestro negocio, tuyo y de mamá. Mientras, Chiara, Pasquale y yo nos dedicamos a sacaros las castañas del fuego por vuestra mala gestión. —Mi padre se levanta para protestar, pero me adelanto—. Sí, vuestra mala gestión. Si no fuese por mi tío, seguiríais comprando a los proveedores más chapuceros que encontrasteis por dos duros. Si no fuese por Chiara, no habríais invertido ni un puto céntimo en mejorar la infraestructura del restaurante de Manarola. ¡Sabiendo que no cumplía las condiciones de seguridad! —Sin ser consciente, voy elevando mi tono de voz—. Mi hermana y yo hemos trabajado duramente en el negocio. Hemos apostado por inversiones que han elevado la satisfacción de los clientes y, en consecuencia, vuestro beneficio —recito con retintín—, hemos administrado el personal en ambos restaurantes, gestionamos eficientemente los gastos y las ganancias, las estrategias de promoción, las demandas del mercado...

—Pues no lo haces lo suficientemente bien, porque mira cómo estamos —me corta en seco—. Si tu hermana estuviera aquí...

—Si Chiara no está aquí es porque acabó igual de harta de vosotros que yo.

Sin dejar que responda, porque no tengo ganas de seguir con la misma discusión de siempre, recojo los papeles que no se ha dignado mirar y, de un portazo, salgo de su despacho. Mi madre me ve salir furioso, veo su intención de preguntarme qué ha ocurrido, pero no le doy tiempo. ¿Para qué? Cuando se lo explique pasará lo de siempre. Se pondrá de parte de mi padre, sin escuchar ni siquiera lo que quiero que ambos entiendan.

Salgo escopeteado del restaurante. Necesito que me dé el aire, necesito relajarme. Estas mañanas son las que más odio, prefiero mil veces estar encerrado en mi despacho en casa o haciendo recados en el segundo restaurante, donde con suerte no me los tengo que cruzar. Así al menos salgo del pueblo un rato y no tengo que lidiar con sus absurdas peticiones.

Llego a casa, como y me preparo la mochila para ir al gimnasio. Riomaggiore es muy bonito, pero para hacer vida es algo aislado. Aquí no tenemos gimnasio como tal, así que cojo el tren y en diez minutos llego a La Spezia, donde me encuentro con Leo fumándose un cigarro en la puerta.

—Un piti de preentreno roza la repugnancia. —Me aparto el

humo de la cara de un manotazo—. ¿Dónde está Marco?

—Me ha dicho que hoy no viene, tiene cosas que hacer —responde con retintín.

Haciendo caso omiso, entramos en el vestuario y dejo mi mochila en mi taquilla de siempre, la número 111. No soy una persona supersticiosa, pero sí que me gusta repetir ciertos patrones. Como utilizar siempre la taquilla 111, ducharme siempre que puedo en la misma ducha o beber siempre de la misma fuente, aunque en esa haya alguien bebiendo y la otra esté libre.

—¿Cuándo le dirás a Marco que sabes que se está follando a Brina? —escupe Leo tras acabar una serie.

—No me importa lo que hagan, así que no tengo que decirle nada. —Me coloco en la polea y subo un par de placas el peso—. Si no me ha dicho nada, no creo que sea porque piense que me voy a enfadar con él, es ridículo.

—Entonces ¿por qué no te lo dice? Si supuestamente no te importa, es tontería que se esconda.

—No creo que sea él quien se esconde. —Dejo de hablar para concentrarme en la serie y al soltar la cuerda continúo—: Es Brina la que no quiere que yo lo sepa, creyendo que así no pierde la oportunidad de volver a acostarse conmigo.

—Qué hija de puta —ríe Leo cambiándome el sitio—. Hace con vosotros dos lo que le da la gana.

—Conmigo no, ya estoy cansado de las tonterías que llevamos ambos. No me interesa lo más mínimo Brina.

—Valentina no me contó lo mismo de la última noche.

Me giro sorprendido.

¿Cómo sabe Valentina que me besé con Brina? Fue un beso que duró segundos y no había nadie delante. Solo Alessandra y Gala. Gala...

—Se lo contó tu nueva novia —responde a mis pensamientos—. La vio muy cabreada...

—No se cabreó por el beso. Se cabreó porque la imbécil de Aless le tiró un cubata encima para que me quedara a solas con Brina.

—¡Menudas hienas! —ríe tras soltar de golpe la cuerda y dejar caer las placas ruidosamente—. Entonces ¿con ella nada?

—¿Con quién?

—No te hagas el imbécil. Con la española, con Gala. ¿No pasó

nada? La verdad es que está buenísima. —Me mira de reojo, mientras, callado, estiro los brazos concentrado en focalizar la fuerza en los tríceps—. ¿No te gusta? Ese vestido le quedaba jodidamente bien.

—Sí, le quedaba muy bien —repito—. Es muy guapa, pero es solo una amiga.

Veo de soslayo la risita de Leo y no me gusta un pelo.

—¿Seguro? Porque si es solo una amiga no te importa que intente algo con ella, ¿no?

Río ante la absurdez que acaba de preguntar. Gala no querría nada con Leo. Está demasiado cegada con el gilipollas de su exnovio como para abrirse a alguien que no sea él. No quiere tener nada con nadie, ni sexual ni mucho menos sentimental. Porque si ella lo quisiera, Leo tendría que pasar por encima de mi cadáver para intentarlo antes que yo.

—Quien calla otorga —me sobresalta—. Sí que te gusta.

—No me gusta.

Leo me mira sonriente sabiendo que puede leer en mi cara exactamente lo que pienso. Es mi mejor amigo desde el instituto y conoce cada una de mis expresiones. Con él nunca tengo escapatoria. Esconderle algo es una guerra perdida.

Consigo desviar el tema el resto del entreno, aunque no puedo dejar de darle vueltas en mi cabeza, hasta que decido ser yo mismo quien lo vuelve a sacar, sabiendo que me arrepentiré por ello.

—No lo sé —le confieso saliendo del vestuario recién duchados.

—¿No sabes el qué? —Leo me observa intrigado.

—No sé si me gusta.

—¿Cómo no vas a saber si te gusta? Solo tienes que verla, ¿no te pone?

Me quedo en silencio y desvío la mirada. ¿Me pone Gala? Claro que me pone, a cualquier hombre heterosexual con ojos y buen gusto le pondría Gala. Pero al pensar en ello una pequeña punzada se instala en mi pecho. Una sensación que va más allá de una atracción sexual.

—Creo que me despierta curiosidad —murmuro—. Me gusta estar con ella, más allá de poder enrollarnos, me hace reír mucho, disfruto con su compañía. Pero está bastante jodida después de su última relación, así que no creo que sea el momento para intentar nada, prefiero seguir siendo solo su amigo.

Los ojos de Leo se abren tanto que parece que vayan a salir de sus

órbitas. Su sonrisa se ensancha como la del Joker. A punto de hacer unas declaraciones que prefiero no oír, le pellizco los labios para que cierre la boca.

—Se acabó la conversación. —Sus labios intentan huir sonrientes—. No me preguntes más sobre Gala o empezaré a preguntarte a ti sobre Valentina.

La risita de Leo se esfuma completamente de su cara y se instala en la mía. Él no es el único que conoce a la perfección a su mejor amigo. Solo me ha hecho falta ver cómo la mira estas últimas semanas para saber que pierde el culo por ella.

Al pensar en Valen se me viene a la mente la conversación anterior… Ella sabía que Gala estaba enfadada, pero porque Alessandra y Brina le jodieron el vestido, ¿no? No creo que se enfadase por mi beso con Brina, no pareció importarle cuando intenté explicarle como un bobo lo que había pasado… No, no creo, a Gala no le importo de esa manera. Aunque a una pequeñita parte retorcida de mí le habría encantado que le molestase, al menos un poco. Solo un poquito.

Al salir del gimnasio, decido llamar a Valentina.

—Hola, cerdo —me responde en italiano—. Te has equivocado de número, soy tu examiga Valen, no la perra de Brina.

Ella, tan dulce y simpática como siempre.

—Sé a la perra que estoy llamando. ¿Estás haciendo algo importante?

—Depende de para qué me lo preguntes.

—Necesito a alguien con estilo y elegancia como tú —me mofo.

—Imbécil. ¿Qué quieres?

—Que te vengas conmigo de compras. Necesito ayuda con una cosa.

Capítulo 34



Gala

—¿Quieres pescar sin anzuelo? —se mofa incrédulo—. Gala, no se va a acercar ningún pez.

—Por eso mismo.

—Entonces ¿qué quieres pescar?

—Nada, solo quiero hacer como que pesco.

—¡¿El qué?!

—¡Nada! ¡Nada! Como si fueran peces invisibles, ¿me entiendes?

No me puedo reír más con la cara de perplejidad que pone Gael al mirarme. ¿Tan descabellado es lo que digo? Me gustó la sensación de paz que me provocó sentarme caña en mano observando el agua cuando salí a alta mar con Pasquale. Pero no quiero pescar ningún pez, me sabe mal hacerles daño. Suena a chiste cuando trabajo haciendo eso mismo. Pero no es la misma sensación, yo me encargo de ellos cuando ya han pasado a mejor vida, no quiero ser quien se la arrebate. Por hipócrita que pueda sonar.

Esta mañana, en la hora del desayuno —unas tortitas deliciosas, por cierto—, Gael me ha propuesto salir a pescar como me prometió el otro día a cambio del frote gratuito. Le he pedido que sea después de echarme la siesta porque llevo unos días que me siento superagotada. Se ha ofrecido a echárnosla juntos, oferta que obviamente he declinado.

Me he duchado y me he preparado la mochila con una botella de

agua y una sudadera fina, porque tiene pinta de refrescar. Justo antes de cerrarla, he visto algo blanco sobresalir del bolsillo interior y he tardado unos segundos en reaccionar.

¡La carta! Madre mía, qué desastre.

Por momentos se me olvida que existe, que la traje conmigo. Por poco me la llevo conmigo a pescar, y, con la poca suerte que tengo, no me extrañaría que acabase perdiéndola en el mar. La he sacado de la mochila y la he dejado bien guardada en un cajón del escritorio.

Ojalá pudiera abrirla. Pero sé de sobra que todavía no es el momento. Espero que sea pronto. Sé que será pronto. Porque me esforzaré para que así sea.

—Ten, coge la caña de pescar para no pescar —se cachondea Gael, prestándome una alargada caña de un color azul marino metalizado.

Siguiéndole la broma, cojo la caña y simulo que en la punta del hilo coloco un anzuelo invisible.

—¡Ay! Me he pinchado. —Finjo un mohín y me chupo el dedo.

—No empecemos con los deditos, Gala...

El comentario me pilla desprevenida. Disimulo haciéndole una peineta y volviendo mi atención a la caña. De reojo, veo la sonrisa socarrona de Gael, que se lo pasa en grande poniéndome nerviosa, el capullo. Observo que me imita simulando poner un anzuelo en su caña, pero tampoco pone nada.

—¿No vas a pescar? —pregunto confusa.

—Claro que sí. —Con una elegante sacudida, la lanza al agua—. Peces invisibles, a ver quién coge más.

—Acepto el reto —respondo chulesca, lanzando con más torpeza mi caña.

Ambos observamos la marea a sabiendas de que nada la perturbará.

—¡Ha picado! —grita a los pocos minutos. Recoge el hilo rápidamente y finge agarrar algo que se mueve en la punta—. Mira qué grande, menuda primera captura, ¿eh? —Simula lanzar el pez dentro de un pequeño cubo—. Espabila, *sirenetta*, que voy ganando.

—¡Ay! Acaba de picar uno —miento yo también—. Jolín, cómo tira, seguro que es más grande que el tuyo.

Con menos destreza que Gael, recojo el hilo de la caña e, igual que él, finjo recoger un pez de esta. Pero amplío la distancia entre mis

manos, simulando que tiene mayor tamaño que el que él ha cogido.

—¡Mira! Es gigante —suelto dramáticamente el enorme pez en el cubo—, mucho más que el tuyo, pringado.

—Has empezado una guerra que no vas a ganar. —Lanza de nuevo la caña al agua y yo lo sigo.

Los siguientes minutos se convierten en una absurda pelea por ver quién pesca más peces. Lanzamos las cañas, recogemos, nos enseñamos las supuestas capturas, discutimos sobre qué captura es más significativa…

En todo este rato creo que no he dejado de sonreír.

Me doy cuenta cuando empiezan a dolerme las mejillas. De verdad que quien nos vea va a pensar que estamos para encerrarnos. Parecemos dos niños pequeños, pero no me importa, al contrario. Me hace sentir genial, me hace sentir libre. Hacía mucho que no dejaba que mi lado más infantil tomase el control con tanta comodidad, y después de estos últimos días en los que me he sentido tan apagada y apática estar jugando de esta forma tan absurda es como una medicina para mi alma. Me divierte muchísimo poder compartir absurdeces con Gael. No solo eso, que él las siga, incluso que las supere.

—¡Oh, Dios! —grita dramático mientras se reclina hacia atrás fingiendo oponer resistencia—. ¡Galatea, ayúdame! ¡Está tirando con fuerza! ¡Socorro!

Divertida, aparto mi caña a un lado y me lanzo en su salvación. La barca se tambalea cuando me coloco detrás y lo rodeo por la cintura para poder tirar de él.

—Ya estoy aquí. No sufras más, princesa —anuncio con voz peliculera—. Sujétalo bien para que no se escape.

Bajo mis manos a los abdominales de Gael, que se contraen por las sonoras carcajadas. No soy consciente hasta ese instante de lo pegada que estoy a él. Pienso en retirarme un poco, pero no es lo que quiero. Decido pegar mi pecho contra su espalda un poquito más para tirar mejor, claro. Gael está totalmente sumergido en el juego, así que no se muestra pendiente de nuestra cercanía.

—¡Tira fuerte! —chillo dramática acercándolo hacia mí.

—¡Eso hago! —Me sigue el juego—. ¡Creo que es un tiburón! ¡Cuidado!

Con un tirón totalmente calculado, se reclina bruscamente hacia atrás haciéndome caer. La barca pega un meneo que por poco se da la

vuelta. La marea rompe contra sus costados empapándome entera y, tumbada, cierro los ojos para que no me entre el agua salada, mientras oigo las sonoras carcajadas de Gael cada vez más cerca.

—¡Serás capullo! —grito entre risas—. ¡Casi me matas!

—No he sido yo, ha sido el tiburón. —Su tono de voz es ronco, divertido.

Abro los ojos para encontrarme los suyos a pocos centímetros. Agachado sobre mí, me observa sonriente. Él también se ha mojado con la caída, pero no tanto como yo. Me ofrece una mano para ayudarme. Me incorporo sujetándome a él y al borde de la barca hasta quedarme sentada bajo sus piernas.

—Por poco me abres la cabeza contra el banco —replico frotándome la espalda dolorida.

—Perdóname, no pensaba que te fueras a caer. —Con delicadeza, me aparta los mechones mojados de la sien—. Te notaba tan bien agarrada...

¿Ha ido con segundas ese comentario? Ante la duda, le doy un pequeño puñetazo en el abdomen, con el que aprovecha para dejarse caer hacia atrás y sentarse frente a mí, entrelazando sus piernas con las mías.

Estamos demasiado cerca.

Me pone nerviosa estar tan cerca.

El tacto de sus yemas sobre mis rodillas me provoca un escalofrío por todo el cuerpo. Mi primera reacción es rehuir ese contacto. Pero no quiero hacerlo. Porque me gusta.

Me gusta cómo sus dedos dibujan suaves círculos sobre mis rodillas. Me gusta cómo perdura su sonrisa, cómo observa mis piernas, cómo brillan los reflejos dorados de su pelo a la luz del sol, cómo las gotas saladas se deslizan por sus brazos...

Dejando de jugar con mis rodillas, vuelve a mirarme. Apoya la barbilla en ellas y las rodea con sus brazos, como si llevase toda la vida sabiendo cómo arroparlas. Me observa pensativo. Sus ojos aguamarina se clavan en mí como un puñal. Su barba incipiente me hace cosquillas. Me gusta que siempre la lleve arreglada. Aunque yo no soy de chicos con barba, a Gael le queda perfecta. A Darek le quedaba fatal, por eso siempre iba afeitado. Yo siempre le decía que tenía cara de bebé.

Darek no importa ahora.

No pinta nada aquí.

«Fuera de mi mente.

»Vete, vete, vete.»

—¿Puedo decirte algo? —El ronroneo con el que se dirige a mí me devuelve a la realidad.

Su tono me acelera las pulsaciones.

—¿El qué? —Bajo la voz más de lo que desearía.

Gael se inclina hacia delante y creo que me voy a morir de un ataque al corazón. Inconscientemente, bajo la mirada a sus labios. Al volver a levantarla veo que él está mirando los míos.

«Ay, Dios. Ay, Dios. Ay, Dios.»

¿Me va a besar?

No me muevo. No me inclino hacia él. Tampoco me retiro. Me quedo inmóvil mientras noto mis pulsaciones en el interior de las orejas, en mi cuello, en mi pecho, en mi clítoris, ¡en todas partes! Gael se detiene a escasos centímetros de mi boca. Me coge un empapado mechón y lo acaricia con los dedos, rozando en consecuencia el dorso de su mano sobre mi pecho.

Me quema la piel a su paso.

Me arde todo.

—*Sei molto bella bagnata, mi piace esserne il colpevole* —susurra con voz ronca.

—Prefiero no saber qué significa —miento unos largos segundos después.

«Estás muy guapa mojada, me encanta ser el culpable.»

Trago saliva ante el inminente beso que no sé cómo gestionar. Si tarda mucho más en besarme, me arrepentiré de que lo haga, porque el agobio empieza a apoderarse de mí, haciendo que mil pensamientos intrusivos invadan mi mente. Todos ellos tienen un nombre: Darek.

En cuestión de segundos, el deseo que siento por besarlo es opacado por una fea sensación de congoja. Esta vez no es culpa suya lo que siento, no, es una sensación mucho más fría que hace que mi cuerpo se tense de los pies a la cabeza. Me recuerdo que Gael no es Darek, que puedo besarlo si me apetece, que no tiene por qué desencadenar en nada malo, que darle un beso no significa darle el poder de hacerme daño. Que es solo un beso. ¡Solo es un puto beso!

Pero no soy capaz de ser yo quien se aproxime a él. Aun así, en contra de mi propio instinto por alejarme, no me aparto. Dejo que se

incline lo suficiente hasta que sus labios están tan cerca que confundo su aliento con el mío.

Madre mía, madre mía, madre mía... ¿Me va a besar ya o no?

Cuando creo que va a hacerlo, cierro los ojos y ante mi sorpresa me planta un largo beso sobre la mejilla. Se inclina hacia un lado y coge de detrás de mí la mochila.

¡La madre que lo parió!

La vuelta a la realidad se siente como si me hubieran tirado una jarra de agua fría. Pero me sirve para darme cuenta de que todo este rato he estado tiritando. Es entonces cuando veo a Gael sacar de la mochila mi fina sudadera. Con calma y mimo, me ayuda a ponérmela.

—Estás helada. —Frota mis brazos para que entre en calor—. Te llevaré a casa.

Asiento perpleja pero agradecida. Llegamos a puerto en pocos minutos, ya que con la barca no nos hemos alejado mucho. Gael decide acompañarme hasta casa y ambos andamos en silencio, aunque no se me hace un silencio incómodo porque estoy demasiado perdida en mis pensamientos como para prestarle atención, demasiado drogada de emociones.

¿Por qué no me ha besado? Estaba ahí para él, incluso me habrá visto con los ojos cerrados boqueando como una tonta, esperando a que lo haga, pero no lo ha hecho. Me molesta que no me haya besado, pero más me molesta que me moleste. Porque, ahora que por fin siento que puedo retomar las riendas de mi vida, lo último de lo que me tendría que estar preocupando es de gustarle a nadie.

—Nos vemos mañana, *sirenetta*. —Aprovecha para darme otro delicado beso en la mejilla una vez que llegamos a mi puerta—. Date una ducha de agua caliente, no quiero ser el culpable de que tengas una hipotermia.

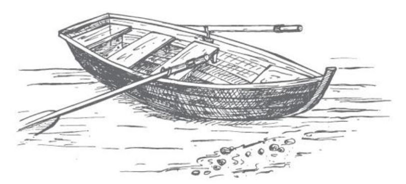
Entornando la puerta, en un arranque de chulería del cual sé que me arrepentiré, me acerco a su oído y le susurro:

—*Sei da biasimare per aver lasciato bagnato.*

«Eres el culpable de dejarme mojada.»

Su cara al cerrarle la puerta es todo un poema.

Capítulo 35



Gael

Me gusta Gala.

No quiero darle muchas vueltas a lo que eso significa porque no quiero pararme a pensar qué siento realmente cuando pienso en ella. Cuando la veo, cuando la oigo reír, cuando la toco. Pero sé que para ella soy un amigo, un apoyo emocional, y por eso no quiero adentrarme en algo que no tiene cabida ahora mismo.

Gala está aquí porque necesita encontrarse a sí misma. Ella misma me lo ha dicho. Quiere descubrirse, conocerse, aceptarse y liberarse de esa absurda necesidad de validación que tiene con los demás. Especialmente con quien tuvo un vínculo romántico. Con el anormal de Derek, Darek, Durik o como se llame ese gilipollas.

Por esa razón no quiero ser para ella ese traspié que la desvíe del camino. No me ha hecho falta mucho tiempo para conocer su lado más frágil. Para entender que es ese lado inseguro y vulnerable el que ansía aferrarse a las migajas de afecto de cualquiera que la haga sentir suficiente.

Por eso no la he besado.

Porque yo no quiero ser el clavo ardiente al que agarrarse. No quiero que mi cariño hacia ella sea ese parche para ocultar la herida. Es un proceso con el que ella ha de lidiar por su propio pie. Quiero ser quien la apoye, no quien la sostenga.

Tampoco voy a dármelas de honrado y compasivo. Gala me pone cardíaco y no hay nada que tenga más ganas de hacer cuando la tengo cerca que no sea besar cada rincón de su cuerpo. Pero quiero intentar

dejarle a ella las riendas de la situación, quiero que de verdad esté interesada en mí de la manera en la que lo estoy yo en ella. No quiero dejarme llevar sin estar seguro de que ella lo hará conmigo, sin estar seguro de que no soy más que ese parche que cubre una herida. Sé que Gala no piensa así de mí, pero tampoco quiero ser imbécil y acabar con el corazón roto. Después de ver lo mal que lo está pasando ella, sé que no pienso pasar por lo mismo. No quiero que nuestra relación se desvíe por un camino que ahora mismo no tiene salida. Pero, como siempre, me lo pone jodidamente difícil.

En cuanto la he dejado en casa y me ha soltado ese «Eres el culpable de dejarme mojada», me ha faltado poco para meterme por su ventana y comérmela entera hasta que gimiera mi nombre. No he podido dejar de pensar en ella, en cómo me miraba, en cómo se reía, en cómo se le pegaba la camiseta mojada a los pechos, en cómo se le endurecían los pezones, en cómo le tiritaban los labios por el frío. ¡Me cago en la puta! Los tenía tan cerca que me sorprendo a mí mismo por no haberme lanzado a ellos, menudo autocontrol.

—¿Cómo has dicho que se llamaba? —me pregunta Chiara al otro lado del teléfono.

—Galatea, pero prefiere que la llamen Gala.

—Vale, lo tendré en cuenta para cuando la traigas a la cena de Navidad.

Resoplo exasperado.

—No empieces, me has pedido que te cuente cómo vamos por aquí y yo te lo estoy explicando. No te montes tus películas.

Mi hermana ríe y oigo que comenta algo con alguien.

—Sara dice que cuando vengas con nosotras podremos hacer cenas de parejitas —se cachondea.

—Que no es mi pareja y no me la voy a llevar con vosotras, que sois dos brujas cotillas.

—Bueno, pero ¿tú vas a venir de una vez o sigues haciéndote caca en los pantalones como un bebé?

—Chiara, sabes por qué no voy… —Me froto la cara exhausto.

Siempre la misma puñetera conversación.

—Sí, porque tu excusa es quedarte toda la vida trabajando en el pueblo bajo la sombra de papá y mamá —resopla exasperada ante mi silencio—. Gael, eres bueno en lo que haces, disfrutas haciéndolo y sé que aspiras a mucho más. Yo soy la primera que entiende tu reticencia

a no irte de allí…

—Chiara… No empecemos, por favor…

—Cállate y escúchame. —La sargento Chiara toma las riendas—. Aprovecha la puñetera oportunidad de venir con nosotras. Sabes que aquí te vamos a dar tu lugar, vas a poder crecer, evolucionar. Deja de truncar tus sueños y tus proyectos por hacer más amena la vida de otros. Sobre todo cuando estos se dedican a complicártela a ti.

—No es solo por ellos. Sabes que nuestro tío también me necesita.

Su sonora risa petardea en mi oído.

—Gael… —Su voz suena agotada—. No conozco a una persona más fuerte y decidida que tu tío. Sabrá apañárselas perfectamente. Seguro que si supiera lo que estás rechazando te destriparía como a una sardina.

Río.

—Bueno, no te insisto más —se despide tras unos silenciosos segundos—. Cuando dejes de poner excusas, llámame. Dales un abrazo de mi parte a los plastas de mamá y papá.

—No prometo nada —bromeo—. Un beso, adiós.

Dejo caer el móvil sobre mi pecho y, tumbado en la cama, observo el techo. Sé que tiene razón, sé que no hago más que poner excusas para evitar afrontar la realidad. No tengo miedo a salir de mi zona de confort y apostar por algo que sé que quiero hacer. Pero hay algo mucho más pesado que me retiene aquí, un sentimiento de culpa y de responsabilidad ante la idea de abandonar el barco.

No quiero decepcionar a mis padres, no quiero hacerles daño.

Por mucho que me lo hagan ellos a mí.

Capítulo 36



Gala

—*Buongiorno, sirenetta* —me recibe Gael como cada mañana—. ¿Qué traes? —Señala confuso la bolsita que llevo en la mano.

—Aaah, sorpresa. —Se me eriza la piel cuando me da un beso en la mejilla antes de entrar—. ¡He traído cruasanes para desayunar!

Sobre la mesa, rasgo la bolsa con cuidado para dejarlos a la vista. Me hace gracia ver que siempre que llego ya tiene la mesa preparada. Los zumos, los cafés, los bocadillos... Alguna que otra vez me ha hecho tortitas, crepes o tostadas, así que he decidido devolverle el detalle comprando unos cruasanes.

—No sabía si te gustaban de crema, así que de esos solo hay un par. He cogido de chocolate en barra, de chocolate fundido... —Haciendo pinza con los dedos, voy separando los cruasanes—. Estos tienen por fuera en las puntas, pero por dentro no. Estos son de mantequilla, estos son normales, no llevan nada pero están también buenos...

Al levantar la vista veo que me observa divertido.

—¿Qué? —pregunto confusa.

—Nada —responde sonriente tras unos segundos.

Se acerca a mí y me da un tierno beso en la frente.

—Gracias —susurra antes de darle un bocado a uno de los cruasanes.

—¿Te gusta?

—Mucho.

Durante el desayuno hablamos muy poco. El silencio con él nunca es incómodo, siempre lo recibo como un momento de calma y tranquilidad. Pero aun así lo noto raro, distante. No conmigo en particular, o al menos eso quiero creer, sino distante de todo lo que lo rodea. Lo veo pensativo, absorto en sí mismo. De primeras no le doy importancia, pero según va pasando la mañana el remordimiento de que realmente le pasa algo hace que no pueda evitar subir un momento a su despacho antes de irme a comer a casa.

—Toc, toc —digo golpeando su puerta—. ¿Puedo pasar?

—Tú no necesitas permiso para hacerlo.

Tengo tan claro que le pasa algo.

Incluso bromeando lo noto en su tono de voz.

—Yo no necesito permiso para hacer nada —respondo chulesca.

Cierro la puerta al entrar y me siento frente a él.

—¿Qué se te ha perdido por aquí? —Apoyado en los codos, se inclina hacia mí.

—Nada, quería saber cómo estabas.

Noto la sorpresa en sus ojos.

—¿Yo? Muy bien. Ahora que estás tú aquí, mejor.

Pongo los ojos en blanco. No me voy a dejar liar, sé que está desviando el tema.

—¿Seguro? Te he notado un poco distante hoy…

—¿Contigo? —pregunta preocupado—. Acortamos distancias en un momento si quieres.

Suspiro cruzándome de brazos.

—Lo digo en serio, deja el cachondeo. ¿Estás bien?

—Sí, claro.

Me mira dubitativo. Se rasca el cuello. Me he fijado en que es un gesto que hace cuando está nervioso. Lo observo silenciosa. Esperando una respuesta sincera.

—Estoy un poco agobiado —confiesa—, pero estoy bien, se me pasará.

—¿Por qué estás agobiado?

—¿Estás preocupada por mí? —pregunta burlón.

—Pues sí, no me gusta verte así. No puedo meterme contigo si te veo triste, me hace sentir mal.

—Estoy bien —suspira—. Es solo que tengo muchas cosas en la

cabeza, a veces el trabajo se me hace un poco cuesta arriba, pero no te preocupes, se me pasará.

La tristeza en su mirada me encoge el corazón. Intuyo que hay alguna razón más compleja por la que está así. Pero no quiero forzarlo a que me la cuente. Solo quiero apoyarlo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —Me inclino hacia él—. Si necesitas que te ayude con algún papeleo, te ordene algo, te saque faena de encima, lo que sea, dímelo.

La picardía con la que me observa hace que mis pulmones dejen de entender cómo se obtiene oxígeno. Tiene unos ojos tan intimidantes, incluso estando tristes.

—¿Quieres que te ayude o no?

Gael se reclina hacia atrás y me analiza de arriba abajo apretando la mandíbula. Antes de que abra la boca ya sé que va a soltar alguna perlita de las suyas, solo con mirar cómo se curva la comisura de sus labios en una burlona sonrisa.

—Por muy triste que estés, no te voy a enseñar una teta, si es lo que estás pensando —bromeo intentando hacerlo reír.

Sonríe en respuesta, pero no sigue el juego, aunque trata de fingir que está metido en él. Empiezo a entender cada vez más la manera en la que actúa Gael para evitar mostrar más de lo que quiere.

—Pues entonces no se me ocurre mejor solución. —Hace un puchero que me hace reír.

Una idea se presenta en mi mente como un destello de luz.

Sobre el escritorio tiene un tarro, de donde cojo un bolígrafo, y seguidamente vislumbro en la estantería un paquete de hojas en blanco. Me levanto, cojo una y se la planto sobre la mesa junto al boli.

—Una carta.

—¿Quieres una carta de amor?

—Más o menos. Quiero que escribas una carta de amor, pero a ti mismo. Una carta para el Gael del futuro.

Enarcando las cejas completamente atónito, se gira para mirarme por encima del hombro. Colocada detrás de él, poso mis manos sobre sus hombros y le doy un pequeño achuchón.

—No me mires con esa cara. Créeme que funciona. Yo me escribí una a mí misma antes de venir aquí —le explico mientras él observa la hoja en blanco—. La psicóloga de mi amiga Elena se lo recomendó como ejercicio de reflexión, autodescubrimiento y motivación. Se me

ocurrió hacerlo a mí también en un momento en el que me encontraba totalmente perdida. Y me fue muy bien.

—Pero ¿qué hago con ella? —pregunta curioso—. ¿La escribo y la leo?

—Puedes leerla si quieres. Yo no lo hice. La escribí y la guardé en un sobre para que mi yo del futuro la lea cuando esté preparada.

Asiente confuso. Tiene la mirada fija en el papel. Sé que, igual que yo, Gael tiene muchas cosas que decirse a sí mismo. Impulsivamente me agacho y le doy un largo beso en la mejilla acompañado de un achuchón, antes de irme hacia la puerta.

—Espera —me frena—. ¿Qué escribo?

—Lo que se te pase por la cabeza. Cómo te sientes, por qué crees que te sientes así, qué esperas de tu futuro, cómo esperas conseguirlo...

—Ahora mismo creo que no puedo, estoy saturado —me confiesa abrumado.

—No hace falta que sea ahora —hablo con calma y dulzura—. Escríbela cuando así lo sientas.

—¿Puedo escribirle a mi yo del futuro la contraseña de la app del banco por si se le olvida? —bromea, intentando quitarle importancia al momento.

—Puedes decirle lo que quieras. —Pongo los ojos en blanco—. Puedes hablarle de mí también.

—Qué egocéntrica, ¿no tienes suficiente con aparecer en mis sueños húmedos que también quieres hacerlo en mis cartas?

—¡Eres un guarro!

Le dedico una efusiva peineta antes de cerrar la puerta. Apoyo mi espalda contra ella, consciente de la sonrisa de tonta que me trepa en los labios, la cual me obligo a deshacer cerrando la boca en una fina línea. Solo está bromeando, como siempre. No creo que sueñe conmigo, y si lo hace, ¿qué más me da? Meneo la cabeza para reordenar mis pensamientos.

Me separo rápidamente de la puerta cuando suena el móvil.

Miro sorprendida al ver quién me llama.

Capítulo 37



Gala

Cuando Idara me ha llamado para invitarme a ir con ella y Valentina al club, me imaginaba algún pub para tomar copas o algo por el estilo. Por eso me he quedado desconcertada cuando nos hemos plantado en la puerta del Navy Petty Officers Club. El exclusivo club para el personal de la Armada.

—Nuestras madres trabajan en la Marina —me explica Idara en español mientras Valentina asiente—. Son compañeras de trabajo desde hace años, Valen y yo todavía no habíamos ni nacido.

—Qué pasada... —Observo a mi alrededor a medida que nos adentramos en las instalaciones—. ¿Lleváis toda la vida juntas?

—Toda la vida —responde Valentina—. Vivo en una película de terror.

Idara le da un fuerte codazo.

—¿Seguro que yo puedo estar aquí?

No entiendo mucho de este tipo de clubes, pero que se llame «club exclusivo» me hace pensar que no todo el mundo puede entrar. Nos acomodamos a una de las mesas del elegante chiringuito cercano a la piscina exterior y, sorprendida, observo la calma que se respira en el ambiente. Pese a haber bastante gente, el sitio es silencioso y tranquilo.

Hasta que llegamos nosotras.

—Yo dejaba que me hiciera todos los hijos que quisiera —suelta

Idara haciendo referencia a un camarero monísimo—. Es que está buenísimo... ¡Tías! Que me está mirando.

Sin disimulo alguno, ambas giramos el cuello como la niña de *El exorcista* para observar que, efectivamente, el morenazo de sonrisa perfecta está mirando hacia aquí.

—No te mira a ti, pringada —ríe Valen—. Me mira a mí.

—Más te gustaría. —Idara se recoloca en la silla, intentando sacar culo y pecho, al mismo tiempo que estira el cuello y aprieta el abdomen—. ¿Sigue mirando?

—Como para no hacerlo —me río—, si parece que te está dando un ictus.

—Chisss, callaos, envidiosas, que viene...

Al ver que está en lo cierto, e intentando no ser partícipe del numerito que se viene a continuación, me pongo las gafas de sol y finjo revisar mi móvil con interés mientras con el rabillo del ojo las observo curiosa.

—Hola, Mattia —lo saludan al unísono en italiano.

Qué vocecilla de pavas que han puesto, tengo que apretar los labios con fuerza para no reírme.

—Hola, chicas. ¿Todo bien? ¿Queréis tomaros algo?

—Sí, por favor, yo un mojito de fresa —responde Valen coqueta.

—Yo un gin-tonic, cariño —continúa Idara.

¿Le acaba de guiñar el ojo? Ay, por favor, que me meo viva.

—Perfecto. ¿Tú quieres algo, bella? —Levanto la cabeza al asociar que se dirige a mí.

—No, gracias —le respondo en italiano—. Bueno, en realidad, sí, una botella de agua, por favor.

—Igual de sana que tus amigas —bromea sonriente—. No eres de aquí, ¿verdad?

—No, ¿tan mala pronunciación tengo?

—Al contrario, el italiano en tu boca suena mucho más bonito.

No puede ser. Noto las miradas de mis amigas clavadas en mí mientras intento fingir que no me acabo de poner roja como un tomate. Pero no de la misma forma que me ocurre con Gael. Ahora mismo solo quiero que me trague la tierra. No me lo puedo creer. No era a Idara a la que miraba.

—Gracias —susurro.

—¿Llevas mucho aquí, en La Spezia?

—Dentro de poco hará un mes.

—¿Cómo habéis tardado tanto en enseñarle el club? —Ahora se dirige a ellas.

Valentina se lo está pasando en grande con la situación, escondiendo una sonrisa entre sus voluminosos labios, pero la cara de Idara es todo un poema tremendamente divertido.

Sonrío por no echarme a reír y el tal Mattia se lo toma como una señal de que estoy receptiva.

—Bueno, un mojito para Valentina, un gin-tonic para Idara y una botella de agua para...

—Gala —respondo.

—Qué nombre tan bonito. Casi tanto como tú. —Me guiña el ojo descaradamente.

Mamma mia, el Mattia...

Ha pasado de hacerme gracia la situación a darme un poquito de vergüenza ajena.

Como si supiese el momento perfecto para escribirme, me llega un mensaje de Gael.

Ya he escrito la carta, tenías razón,
me siento mejor.

Tardo a conciencia unos segundos de más en responder, los suficientes para que Mattia baje la vista curioso y vea en mi pantalla que estoy hablando con él.

Su mensaje me hace sonreír.

Me alegro! Ni se te ocurra abrirla, ¿eh?

¿Cuándo la abro?

Tú no lo harás, lo hará el Gael
del futuro.

Gala, el Gael del futuro soy yo.

¿La carta que has escrito es
para tu yo de ahora?

No.

Pues ábrela para cuando sí lo sea.

Vale, mandona.

Me despisto del móvil unos segundos cuando Mattia vuelve rápidamente con las bebidas. Mientras las deja sobre la mesa no deja de mantener contacto visual conmigo, de una forma bastante incómoda he de decir, pero no dejo de sonreírle por mera educación. Vuelve a guiñarme el ojo antes de retirarse, provocando un bufido de diversión en Valen y una boca extremadamente abierta de sorpresa en Idara.

—Eres una cabrona —gruñe cuando el camarero se aleja—. ¡Llevo semanas intentando enamorarlo!

—Pues te lo he quitado en un día —bromeo sacándole la lengua. Idara, en respuesta, mete sin pudor dos dedos en su gin-tonic y me tira un hielo—. ¡Que es broma, loca! —río—. Todo para ti, no es mi tipo.

—Cómo no va a ser tu tipo un morenazo guapísimo, fuertísimo y altísimo.

—No todo es el físico —declaro antes de volver a coger el móvil —. Además, tiene un carácter que no me va, lo veo un poco simplón para mi gusto, demasiado adulador.

—A ti te gustan más los vacilones, ¿no?

Asiento.

—Te van también más rubitos, ¿verdad?

La miro mordaz y ríe, dirigiéndole una breve mirada de complicidad a Valen.

—¿Qué insinuáis? —Dejo el móvil sobre la mesa y me cruzo de brazos.

—¿Nosotras? —Se vuelven a mirar divertidas—. Nada.

—Gael y yo solo somos amigos.

—¿Quién ha hablado de Gael? —Valen se hace la tonta.

—Nadie ha dicho nada de él —la sigue Idara—, a ver si tu subconsciente te está delatando…

—Mi subconsciente son un par de perras que saben de sobra por qué me preguntan.

Una notificación.

Otro mensaje de Gael.

Antes de que me dé tiempo, Valen se abalanza sobre mi móvil, lo agarra con la agilidad de una puñetera ninja y sale corriendo para que no la pille. La persigo hasta que veo que se aproxima demasiado a la piscina y paro en seco.

—¡Vale, Valen! —Levanto las manos en señal de paz—. No te lo

quito, pero sal de ahí, por favor, que se te va a caer al agua y mi móvil no tiene modo buceo.

Con recochineo, me pasa por al lado y vuelve a sentarse junto a Idara, con la que ahora revisan los mensajes como dos niñas pequeñas.

—¿Qué pone? —Intento fingir indiferencia mientras me acerco.

Veo cómo ambas me miran con la boca abierta y acelero mis pasos.

—¿Qué pasa? —Me están poniendo nerviosas—. ¿Qué ha dicho?

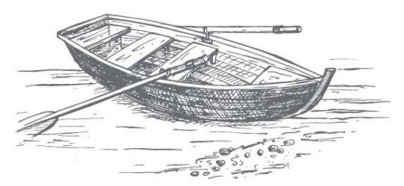
Me asustan al pegar un grito como un par de gaviotas. Antes de que pueda preguntarles de nuevo, Valen gira el móvil y me planta la pantalla a quince centímetros de la cara.

Leo el mensaje.

Ahora entiendo por qué gritan.

No admitiré haber dicho esto.
Pero te echo de menos.
Me apetece mucho verte.

Capítulo 38



Gael

Que le den por culo al conformarse, al ser paciente y a todo lo que me haga fingir que no quiero estar con Gala cada segundo del día. Me siento egoísta por haberle enviado esos mensajes, pero no me arrepiento. Porque quiero verla y apostaría a que ella también quiere verme a mí, aunque tampoco quiera admitirlo.

Me gusta Gala, quiero pasar más tiempo con ella y no me da la gana de ocultar que no lo hago. No pensaba que les fuera a dar mucha importancia a los mensajes, hasta que he visto que no me respondía.

Tampoco me esperaba una declaración de amor, pero sí un «Eres muy tonto» o algo por el estilo, como siempre me dice. Nada. Sé que lo ha visto, no porque salga en el chat, sino porque he estado media hora mirando a ver cuántas veces se ponía en línea. Y se ha puesto alguna que otra. Tengo el impulso de volver a escribirle algo, para quitarle importancia al mensaje anterior, pero tampoco quiero parecer un desesperado.

Justo antes de mirar el chat de nuevo, una mano me roza la espalda con suavidad. No me hace falta girarme para saber quién es. Nadie en este restaurante se tomaría la libertad de rozarse conmigo como lo está haciendo ella, aprovechando que el restaurante no abre hasta dentro de un par de horas y no hay clientes que puedan verla.

—Hola, amor —me susurra en italiano—, no te esperaba por aquí.

Lo que más me repatea es que se haga la loca, como si no supiera que me tiene harto.

—Hola, Brina. —Seco, me separo de ella.

—Quiero hablar contigo.

—Ahora no es momento, estoy trabajando, cosa que deberías estar haciendo tú también.

—Vamos, *baby*, no quiero estar mal contigo.

—Brina… —Me giro para mirarla a los ojos—. No estoy para jueguecitos, quiero acabar mi trabajo e irme a casa.

Sin dejarla replicar, recojo los papeles y me traslado de una de las mesas a la barra para poner distancia entre ambos. Pero, como era de esperar, Brina me sigue y se mete detrás de la barra. Silenciosa, comienza a preparar las cosas para esta noche, secando con un trapo limpio los vasos que han sacado hace poco del lavavajillas.

Lo de silenciosa le dura poco.

Después de unas cuantas miradas punzantes que noto que me dedica, se acerca y se cruza de brazos frente a mí.

—En serio, tenemos que hablar. —Su voz intenta ser firme y contundente—. De la noche a la mañana, tu actitud ha cambiado. ¿Por qué ahora eres tan estúpido conmigo?

—Brina, llevo semanas diciéndote que no quiero seguir con esto, que no estamos juntos ni volveremos a estarlo.

—No me refiero a eso. —Chasquea la lengua ante mi comentario —. Independientemente de que no estemos juntos, siempre nos hemos llevado bien, siempre nos lo hemos pasado bien. Pero ahora me apartas de ti.

—Nos hemos llevado bien hasta que decidiste joderle la noche y el vestido a mi amiga con tal de tenerme todo para ti.

El mero hecho de nombrar a Gala enfurece su semblante.

—Yo no le jodí la noche a tu *amiga* —pronuncia la última palabra con retintín—. Fue un accidente de Aless.

—No me jodas, Bri, no soy imbécil.

No digo más. Vuelvo a levantarme, para esta vez meterme en el despacho donde sé que ella no me seguirá. Mientras subo la escalera, oigo cómo grita a mis espaldas.

—Es por ella, ¿verdad? —Su voz suena temblorosa, pero estoy tan cansado que no lo tengo en cuenta—. Es por la zorra esa.

Se detiene de cuajo mi respiración. Inhalo con profundidad, abriendo completamente mis fosas nasales. Noto cómo el calor me sube hasta la sien.

¿Acaba de llamar zorra a Galatea?

—Ni se te ocurra volver a llamarla así. —Furioso, me giro hacia ella—. Porque no, no es por ella, es porque estoy hasta los cojones de ti.

—No lo parecías en la última fiesta… —Mi furia aumenta al ver su sonrisa socarrona.

—Me besaste tú, después de tenerme toda la puta noche amarrado como a un perro.

—Tú me seguiste, me besaste también, Gael. Seguro que hasta te empalmaste.

—No lo hice. —Puede que sí—. Te seguí porque no era consciente, iba borracho.

—Esa es la excusa que le pusiste a tu noviecita, ¿no?

—Gala no necesita ninguna excusa ni es mi noviecita.

—Solo te la follas como a mí, ¿no? —Sus ojos empiezan a humedecerse.

Bajo la guardia. Me tiene muy cabreado pero tampoco quiero verla llorar. Mi intención no es hacerle daño. Una sensación incómoda se aferra al compás de mi respiración, que cada vez es más calmada, igual que mi voz, en un intento por tranquilizarla.

—Bri, no hables como si no me importara cómo te sientes…

—¡No te importa! ¡No te he importado nunca!

Con un portazo sale de la sala y se adentra en la cocina. Pienso en seguirla, pero no quiero hacerlo. Me siento culpable de hacerla sentir así, pero no sé cómo gestionar todo esto a estas alturas. Estoy exhausto, llevo un día de mierda, solo quiero llegar a mi casa, ducharme y dormir.

Antes de retomar la faena, caigo en que me he dejado el móvil en la barra. Cuando voy a buscarlo me da un vuelco al corazón. Me cago en la puta, nunca había sentido tanta ansia por leer unos mensajes. Cuando abro el chat de Gala, siento que el pecho me va a estallar.

Perdón por no responder antes, estaba con
Idara y Valen
y no quería que cotillearan más.
Yo no admitiré haberte dicho esto,
y si alguien pregunta diré que
ha sido idea tuya.
¿Quieres ir mañana a cenar conmigo?

Capítulo 39



Gala

—Gala tiene una cita, Gala tiene una cita… —canturrea Lola mientras me observa poniéndome los pendientes a través de la pantalla.

—No es una cita, es un plan de amigos.

—Sí, claro, de amigos —resopla Elena—. No has quedado para cenar a solas con un amigo en tu vida.

—Sí lo he hecho.

—Cuando tenías quince años y la cena era ir al Domino's Pizza no cuenta.

—Pero ir a un restaurante sofisticado… —se burla Lola echándose el pelo hacia atrás—, con un buenorro italiano…, vestida de putita…

—¡No voy de putita! —rechisto divertida.

—¿Cómo que no? Pues mal haces. A ver, sepárate de la cámara para que te veamos entera.

Con torpeza, coloco el móvil en la estantería para poder coger distancia y me retiro unos pasos atrás para que mis amigas puedan verme. Voy con un vestido largo lila pastel de cuello *halter* con una abertura en la pierna izquierda. Es ajustado pero sin ser demasiado provocador, lo suficiente para que se aprecie la curva de mis caderas con delicadeza. Para quitarle formalidad lo he conjuntado con unas sandalias crema con un poco de plataforma.

—Por ti me hago lesbiana —dice Elena—. ¡Estás preciosa, tía!

—Estás realmente increíble. Gael, el del cimbrel, se va quedar

boquiabierto.

—Gracias, niñas —río mientras vuelvo a colocar el móvil en el tocador que me he montado sobre el escritorio con un espejo gigante de mi abuela—. ¿Qué tal todo por allí?

—¡Bien! Todo muy bien, ¿y tú? —Noto en la voz de Elena un deje que me hace ponerme alerta.

—¿Qué ha pasado? —Entrecierro un ojo mientras me hago el *eyeliner*.

—Nada, ¿qué va a pasar?

Vale. Sí que pasa algo. Disimula fatal.

—Decídmelo, os lo noto, pasa algo.

Las miradas de ambas se cruzan a través de la pantalla. Veo en Lola el reproche hacia Elena por no haber sido capaz de disimularlo mejor.

—¿Es Darek? —Ninguna lo niega, así que me lo tomo como una afirmación—. ¿Ha hecho algo? —No responden—. Va en serio, decídmelo, no me importa.

Realmente, si me pongo a analizar cuál puede ser la situación que he de afrontar, creo que no habría ninguna que me afectase demasiado. ¿Ha hablado mal de mí? Nada nuevo, más de una vez lo ha hecho después de dejarlo para quedar él de víctima. ¿Se ha acostado ya con otra? Molesto, pero soportable. Hubo una vez que la misma noche que lo dejamos se vio con otra chica con la que había estado hablando por Instagram a mis espaldas, así que que haya tardado casi un mes en hacer algo con otra me parece hasta un milagro. ¿Está arrepentido y me echa de menos? Pues ojalá, un punto a favor para mí y mi orgullo. ¡Que se joda!

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con tu madre? —Que mencione Lola a mi madre me preocupa; suelto el lápiz de ojos de sopetón.

—La llamé anteayer. ¿Por qué?

—Ayer me escribió —declara Elena—. Ha hablado con Darek, ella... No quería decírselo, pero se lo sonsacó...

—¿El qué?

—Darek sabe que estás en Italia.

Se hiela cada parte de mi cuerpo.

—No me jodas. —Bufo tapándome la cara con las manos—. ¡¿Para qué se lo dice?! ¡Le pedí que no se lo contara!

—Gala, apareció llorando en tu casa. Tu madre me explicó que solo le faltó ponerse de rodillas. Le dio tanta pena que se lo confesó. —Antes de que pueda rechistar, me corta—: No la culpes, ella tampoco sabe todo lo que has pasado con Darek, es normal que sintiera lástima por él…

Suelto un bufido exasperado. Me molesta que Darek lo sepa, por algo más emocional que físico. Sé que no puede llegar a mí estando tan alejados. Pero el hecho de que sepa dónde estoy, que sepa dónde encontrarme, cuando era lo que quería evitar a toda costa, me repatea. Porque siento que vuelvo a perder las riendas, que si quisiese podría tomarlas él. Porque, aunque sea algo irreal, ya sabe dónde encontrarme.

—¿Por qué cojones no me lo ha contado a mí? ¿Por qué te escribió mi madre a ti?

Otro silencio. Otro cruce de miradas entre ellas. La noticia todavía no ha terminado.

—Porque quiso dejarte un mensaje —prosigue—. Le pidió a tu madre que te hiciera llegar un mensaje de su parte, pero como tu madre no es tonta y sabe que hay algo más de lo que tú le cuentas, decidió comentármelo a mí primero, para saber si era buena idea hacértelo llegar.

—Y tú le dijiste que no, por eso no me lo ha contado. —Asiente entristecida—. ¿Cuál era el mensaje?

—Gala… —Lola se entromete.

—No me jodáis, no me podéis dejar esto a medias. ¿Qué era?

La impaciencia me reconcome por dentro. No quiero enfadarme con ellas, pero me lo están poniendo muy difícil.

—Sabes que todo lo que dice y hace va con segundas intenciones —me advierte Lola—. Que siempre actúa en su beneficio, no tienes que creerte nada de lo que él quiere hacerte creer…

—Que sí, que lo sé. Es un gilipollas y lo tengo más que superado. ¡Soltadlo ya!

—Quiere pedirte perdón. Perdón por no ser suficiente para ti. —En la cara de Elena no veo ni un atisbo de empatía en lo que dice—. Que espera que estés bien. Que siente mucho todo el daño causado. Que ojalá vuelvas, para poder permitirle arreglar lo que él rompió.

Ni una lágrima.

Ni un sollozo.

Nada.

Siento una total y completa apatía hacia el bombazo que me suelta Elena. No me remueve nada. Tal vez una pequeña punzada en el estómago, pero no la siento ni real. Es más una sensación de alerta. De no caer en los juegos emocionales que trae Darek siempre. No me entristece lo que me dice, tampoco me alegra.

Nada.

No siento nada.

—¿Estás bien? —pregunta Lola al ver que mi cara no emite ninguna expresión—. Sabía que no tenías que decírselo.

—Estoy bien —respondo antes de que salte Elena a la defensiva —. Estoy muy bien. No me importa.

—¿Seguro?

—Seguro. —No me creen—. Lo digo en serio. No siento nada. Un poco de rabia tal vez porque quiera intentar hacerme el lío como siempre. Pero no voy a caer, quedaos tranquilas.

—¡Esa es mi amiga! —grita Lola entusiasmada—. Me alegro mucho, eso significa que estar allí te está sentando bien.

—Sí, la verdad es que sí.

Después de unos minutos me despido de la llamada con un beso. Ambas están nerviosas porque les cuente cómo va la cena con Gael. Pero yo siento todo lo contrario, estoy muy tranquila... A ver, bueno, un poco nerviosa sí que estoy, la verdad. Unas molestas mariposas revolotean en mi estómago al recordar una y otra vez que hoy ceno con él a solas. Porque, por más que me engañe, sé que no es solo una cena, sé que es una cita.

¡Una cita que le he pedido yo!

Me costó mucho enviarle ese mensaje, pero en contra de mi propio instinto por rehuir todo aquello que tenga que ver con el amor, en un arranque de valentía, decidí enviárselo. Pese a que el mero hecho de pensar en rehacer mi vida amorosa me causa verdaderas taquicardias, no puedo pretender con mis veintiún años dejar de vivir. Además, solo es una cena con un amigo, no significa que nos vayamos a casar por compartir una tarta de queso de postre. No he de darle tanta importancia a una cena, seguro que él no se la dará. Somos dos amigos que tienen muy buena complicidad y se atraen, nada más.

Antes de que aparezca por la ventana, porque sé que aparecerá por la ventana, me miro una última vez en el espejo. Hoy no me siento

especialmente guapa, pero me he hecho un buen apaño dentro de lo que cabe. Llevo el pelo suelto, enfatizando mis ondas naturales con la plancha. También llevo un maquillaje suave, donde destaca el *eyeliner* tan afilado que se me da de muerte hacer y el *gloss* color cereza.

Si quiere besarme le molestará el *gloss*... ¿Por qué estoy pensando en eso ya? A lo mejor ni nos besamos, o puede que sí. Solo pensar en el momento en que acerque sus carnosos labios para besarme hace que me cueste tragar saliva. No sé si en el buen o en el mal sentido.

—Cada vez que creo que no puedo verte más preciosa, me cierras el pico. —Su voz se adentra por la ventana—. Quería esperar a llegar al restaurante para decirte guarradas, pero creo que no voy a aguantar.

—Eres todo un caballero —bromeo, aunque no puedo evitar ponerme roja—. ¿No podías esperar a que bajara? Un día te vas a abrir la cabeza.

—Si te espero en la puerta no es tan divertido.

Entra tan ágil como siempre, no entiendo cómo no se le arruga todavía más la ropa, pero el caso es que él consigue hacer que parezca fácil estar tan guapo mientras te cuelas por una ventana como un acosador.

Es en el preciso instante en el que lo veo entrar cuando mi mente deja de dar vueltas, como si acallara las decenas de voces que segundos antes sonaban ininteligibles en mi cabeza. Siento serenidad, siento paz. Los nervios desaparecen como si se hubieran dado cuenta de que no pintaban nada aquí.

No he mentido a mis amigas. Realmente estoy bien. Estos días me siento feliz conmigo misma, me siento llena, y es por eso por lo que me he atrevido a dar un paso más para alejarme del pasado, un paso más para adentrarme en mi nueva vida. Me siento muy orgullosa de mi progreso, porque lo estoy consiguiendo, estoy superando a Darek, así que no voy a dejar que su sombra me arruine la noche.

O eso quiero creer.

Capítulo 40



Gala

No tenía ni idea de los problemas familiares que tenía Gael.

Ahora entiendo por qué estaba tan compungido el otro día. Siempre está tan alegre, haciendo bromas, tomándome el pelo, animándome cuando lo necesito, que no me había parado a pensar en que él podría esconder un problema tan grande como el que tiene con sus padres. Me siento un poco egoísta, él siempre está pendiente de que yo esté bien. Es increíble cómo percibe cualquier pequeño cambio en mi voz, mis gestos o mi mirada y sabe descifrar cuándo estoy en un momento de bajón.

Yo no he estado a su altura.

Hasta que lo ha expresado de forma evidente, no he sido capaz de darme cuenta de que él también tiene su propia batalla. No es porque no le preste atención, me es imposible quitarle los ojos de encima siempre que compartimos espacio, aunque nunca se lo admitiré. Pero estoy tan absorta en los obstáculos que yo he de superar que siempre que observo a Gael lo hago con el objetivo de encontrar paz en él. Sin pararme a pensar en la guerra que puede llevar dentro.

—Todo empeoró cuando mi hermana se fue —prosigue mientras lo observo atenta—. Chiara siempre ha sido más intrépida, tenía muy claro que quería tomar su propio camino sin resignarse a la sombra de nuestros padres. ¿Sabes el segundo restaurante de mis padres, el de Manarola?

—Sí. —Brina aparece inconscientemente en mi mente—. ¿Fue idea suya?

—Lo hizo todo ella. Absolutamente todo, con mi ayuda, evidentemente. —Finge sacudirse polvo del hombro en un gesto de prepotencia, porque incluso en la conversación más seria no puede evitar dejar el humor de lado—. Era suyo, era su proyecto. Pero cometió el error de aceptar el soporte económico de mis padres.

—Es lógico que lo hiciera, si necesitaba invertir y tus padres podían ayudarla…

—Ese fue el problema, que para Chiara no fue una ayuda, fue una deuda que mis padres utilizaron para entrometerse poco a poco en el restaurante. Chiara solo era la dueña de paja, terminaron tomando el control de todo.

—¿No les dijo nada? —pregunto incrédula—. No sé, hablarlo con ellos para que entendieran que ese era su proyecto personal.

Gael ríe entristecido.

—No es tan fácil con mis padres. Lo habló con ellos, claro que lo hizo, pero, como siempre, tomaron posturas con las que hacerla sentir necesitada de ellos.

—¿Como cuáles?

—Solían hacerse los inocentes, sobre todo mi madre. Enmascaraban sus ansias por tomar el control haciéndonos creer que todo lo que hacían era por nuestro bien, para ayudarnos, para enseñarnos. Algo que siguen haciendo conmigo para hacerme sentir insuficiente en mi trabajo y que los necesito a ellos para hacerlo bien, o a Chiara.

—Jolín, Gael, lo siento. —Con la mano que no sujeto el tenedor le aprieto la suya—. Pero si también la tomaban con tu hermana, ¿por qué ahora te comparan con ella?

—Para manipularme. —Su voz se torna oscura, sé que le duele decir esto en voz alta—. Quieren hacerme creer que mi trabajo por mí solo nunca estará completo, que siempre necesitaré a alguien para ser mejor y, bueno, las comparaciones entre hermanos son siempre odiosas. —Sonríe apenado—. Han decidido tirar por ahí como podrían haberlo hecho por cualquier otro lado…

Quiere fingir que no le afecta tanto como lo hace. Que no le importa más de lo necesario. Pero sí que lo hace. Su voz es apagada, por instantes evita mi mirada. Se rasca el cuello con el dedo índice

mientras con la otra mano hace movimientos aleatorios con el tenedor sobre el plato, sin llevarse nada a la boca.

—Se han quedado sin tu hermana en la empresa por su prepotencia y ahora quieren asegurarse de que tú no harás lo mismo. —Gael me mira atento—. Si te hacen creer que siempre necesitarás su validación para terminar de hacer las cosas satisfactoriamente, nunca te irás de su lado. Saben que perderte en la empresa sería una enorme putada para ellos y lo gestionan de la única manera que saben hacerlo, hundiéndote para que no salgas a flote. —Le aprieto la mano con cariño—. Pero no dudes de ti, no permitas que te nublen la vista, porque eres increíble en tu trabajo, Gael, yo misma lo he podido ver.

Me mira sorprendido, logro atisbar en sus pupilas un destello de gratitud. Aprieta la mandíbula nervioso, y está feo que piense esto en estos momentos, pero ¡mira que es guapo el tío! Creo que mi cara debe de delatar mis pensamientos, porque su semblante se relaja, se torna divertido.

—¿Y ahora qué ves? —Sonríe.

—Un tonto muy guapo.

Le doy un pellizco en la palma de la mano antes de soltarla. Como si le hubiera abierto la veda para empezar con los jueguecitos tontos de siempre, baja la mirada lenta y descaradamente a mis pechos. No llevo el escote expuesto, pero no le hace falta, me mira como si no hubiera tela que le impida ver cada rincón de mi cuerpo.

—¿Tú qué ves? —lo imito.

—Lo exquisito que luce mi postre.

Se me llenan los pulmones de aire, pero no logro respirar. Aparto la mirada vergonzosa y me vuelvo a tapar la sonrisa, esta vez con una servilleta. Jamás nadie me había sonrojado con una analogía de un postre. Me arden las mejillas solo de imaginarme la boca de Gael sobre mi piel, saboreando cada parte de mi cuerpo.

Una punzada de impotencia se instala en mi pecho cuando el miedo aparece. No sé si llamarlo miedo, ansiedad o verdadero temor. El caso es que lo siento, siento que he de ir con pies de plomo, que no debería bajar la guardia por mucho que conozca a Gael, por mucho que me guste. No sé si estoy preparada para abrir la veda todavía, para pasar nuestra amistad a un nivel que me da verdadero pavor.

¿Me dolería tanto el corazón si me lo rompiera Gael?

No, es que no quiero ni planteármelo. No quiero volver a darle a

nadie el poder sobre mi cuerpo como se lo di a Darek. Él era el único que me podía erizar la piel solo con palabras, caricias, besos. El único al que le he dejado descubrir cada parte de mi cuerpo, incluso las que yo misma no quería aceptar. Darek conseguía hacerme sentir que era perfecta para él.

Ese fue mi problema, darle absoluto poder sobre mí. Me está costando demasiado extirparme cualquier roce de Darek que siga proclamando mi cuerpo como suyo, así que lo último que quiero es que ocupen su lugar y volver a caer rendida ante la necesidad de afecto de quien quiero.

La idea de meterme a monja no me parece tan descabellada en estos momentos.

—Era broma, *sirenetta*. —Gael me mira tierno, como si pudiera leer mis pensamientos—. Mi postre va a ser una tarta de tres chocolates que te voy a dejar probar, para que flipes de lo buena que está y me des las gracias por haberte traído a este sitio.

—Las gracias te las puedo dar ya, este sitio es precioso.

Realmente lo es. Se llama La Conchiglia y es un restaurante increíble recostado sobre la costa del pueblo. Gael ha pedido que nuestra mesa esté en un lugar estratégico en la terraza para poder ver el mar mientras cenamos. La forma en la que la luz del atardecer se funde con nosotros es mágica. El ambiente está teñido de un naranja que me llena el pecho de una sensación cálida y placentera. Gael me mira sonriente y yo solo puedo observar lo bellas que se ven sus facciones con esta luz, brilla como si fuese un puñetero ángel.

Sin pensarlo dos veces, cojo la cámara analógica, a la que creo que le queda un poco más de medio carrete, y le echo una foto mientras me mira sonriente. Como solo una foto no me es suficiente, saco el móvil del bolso y le echo unas cuantas fotos más.

—Ahora mira así para el lado. —Gael me hace caso y gira el cuello ligeramente para ponerse de perfil—. Dios, así, estás guapísimo, qué mandíbula se te ve. —Le doy la vuelta a la pantalla para que vea las fotos que le he sacado.

—Salgo guapísimo —me imita sonriente—. Ahora ponte tú.

Con suavidad, me arrebata el móvil de las manos y me echa fotos, mientras yo torpemente intento posar. Nunca se me ha dado bien esto, y suelo sentirme bastante incómoda al hacerlo, pero con Gael ha surgido de forma tan natural y espontánea que no me siento

forzada a parecer guapa. Sé que es una foto que me gustará salga como salga, porque en todas no puedo evitar sonreír. Porque estoy feliz y eso es lo único que importa.

Cuando termina de hacerme fotos, me doy cuenta.

¿Lo estaba cogiendo de la mano?

Gael desliza sus dedos sobre mi palma para poder retirar la mano con cariño y enseñarme las imágenes. Una extraña sensación me hiela los huesos al ver que en la mitad de las fotos salgo cogida de su mano. Él no se ve, solo su mano. Pero ya es suficiente para hacerme sentir esa presión en el pecho tan incómoda que he sentido antes. Una alarma resuena en mis oídos como una advertencia de que no baje la guardia, de que no sobrepase la línea.

—¿Te gustan? —me pregunta dulcemente.

—Sí, me encantan.

—He dejado que se vean nuestras manos porque me ha parecido bonito —susurra tímido—, pero puedo hacerte otras si quieres.

—¡No, no! Son preciosas, Gael.

—¿Segura? Que te hago otras sin problema...

—No hace falta, me encantan, de verdad.

Porque realmente lo hacen, pese a esa sensación de desazón que me inunda el pecho, pero que poco a poco se va disipando, me gustan las fotos. Son realmente preciosas, yo salgo monísima, y ¡qué narices!, me encantan las fotos, porque esa mano es de Gael.

Me repito una y mil veces a mí misma que tan solo son unas fotos, que no pasa nada, que seguro que él no le ha dado tanta importancia como le estoy dando yo, que no significa nada.

No.

Significa.

Nada.

Después de devorar los postres —por cierto, Gael tenía razón, la tarta de chocolates estaba buenísima—, nos hemos ido a dar un paseo por la costa, aprovechando los últimos resquicios de luz. No sin antes pelearnos por quién pagaba la cena. Le propuse ir a cenar yo, así que lo justo era que yo invitara, pero ha sido imposible. Solo le ha faltado esposarme a la silla para que no me acercara al datáfono.

Sentados en la playa, escuchamos las olas romper. Estamos prácticamente a oscuras, iluminados por los últimos resquicios del atardecer. Pronto caerá la noche enfriando los cálidos tonos del

ambiente. Gran parte de mí desearía que la luna se retrasara un poquito más en llegar, con tal de poder disfrutar un poco más de esta noche.

—¿Puedo decirte algo? —murmura.

—La última vez que me hiciste esa pregunta me soltaste una guarrada en italiano, así que la respuesta es no —bromeo.

—Esta vez no es una guarrada, te lo juro —ríe.

—¿Te me vas a declarar entonces?

—Más te gustaría —se burla sonriente—. Solo quería decirte que me ha gustado mucho cenar contigo.

—¿Seguro que no te estás declarando? —Intento que mi tono suene bromista, pese a que mi corazón empieza a retumbar bajo mi pecho, inquieto.

—No te preocupes, no lo voy a hacer. —Rehúye mi mirada—. Somos solo amigos, está bien así. —Carraspea—. Pero quería darte las gracias por haber aparecido, has sido un soplo de aire fresco para mí.

Quiero besarlo.

¿Cómo me dice algo tan bonito?

Ojalá me besara, pero sé que no lo hará, igual que yo. ¿Por qué no lo hace? Sé que somos amigos y, pese a que soy consciente de que le encanta el tonteo de broma, pensaba que algo en ello era más real de lo que parecía, pero a lo mejor estaba equivocada. ¿Y si no le gusto? Tal vez Gael no me ve con los ojos de Darek. Tal vez él sí que me ve solo como una amiga. Puede que también sea así de bueno y cariñoso con Idara y Valentina y yo haya sido una imbécil al creer que le gusto. Yo misma he sido la primera en dejar claro que solo somos amigos. No debería molestarme que no quiera nada más conmigo, ¿no? Pero lo hace.

Sabía que no le volvería a gustar a nadie como le gusté a Darek.

Sabía que nadie me iba a querer.

Solo Darek.

—Gracias, Gael —es lo único que consigo responder.

Mi voz suena más tajante de lo que me gustaría.

Pobrecito, con la cosa tan bonita que me acaba de decir…

—Gracias, de verdad. —Dulcifico mi tono—. Tú también has sido un rayito de luz para mí entre toda la tormenta, sin ti estar aquí no sería lo mismo.

Nos miramos unos instantes. Nuestras miradas clavadas la una en

la otra, como si compitieran por ver cuál de ellas cae primero. De golpe baja lentamente la suya a mis labios, pero cuando se da cuenta vuelve a mis ojos. Baja a mis labios otra vez, o eso creo, porque inconscientemente estoy haciendo lo mismo, mirando los suyos, hasta que, sin percatarnos, nos encontramos devorándonos la boca con los ojos el uno al otro.

Espero a que lo haga realidad. Espero a que se acerque y roce sus labios con los míos, a que me bese, me muerda, me lama. Me sujete de la nuca y me atraiga hacia él con fuerza, hundiendo con ansia su lengua en mi boca, mientras la mía la recibe con el mismo anhelo. Gemir en sus labios y que él responda con un gruñido de deseo, mientras nuestras bocas arden necesitadas de más...

Pero no lo hace.

Como si saliese de un hechizo al que lo tenían sometido, parpadea con confusión, cortando la conexión de su mirada con mi boca. Se reclina hacia atrás sutilmente para alejarse unos centímetros de mí y, rompiendo la intimidad del momento, me da un par de palmadas en el muslo.

—¡Deberíamos irnos! —escupe de forma animada, dejándome perpleja—. Se nos va a hacer tarde y no quiero que tus abuelos piensen que te he secuestrado.

Más me gustaría.

Asiento con los labios apretados en una incómoda sonrisa, intentando disimular las ganas que tengo de pegarle un puñetazo. ¿Por qué me da tanta rabia que se comporte como lo que yo misma le he pedido? Tal vez tenga que asumirlo, solo somos eso, amigos. No debería estar preocupándome por esto cuando todavía tengo el corazón roto, cuando todavía he de saber cómo curar mis heridas yo solita. Casi que me hace un favor no besándome, él sabe tan bien como yo que no deberíamos hacerlo, solo confundiría las cosas, solo me confundiría a mí. Sé que tengo que cerrar las grietas de mi corazón antes de permitirle a alguien más romperlo de nuevo...

Pero no quiero que la noche termine así.

Porque quiero hacerlo, quiero darle un beso porque me nace de dentro, ¡porque deseo hacerlo! Siento que si vuelvo a ceder ante mis miedos, si vuelvo a esperar a que actúen los demás por mí, la sombra de Darek volverá a ganar la batalla.

Nos paramos frente a la puerta de mi casa, donde la luz del

televisor brota desde la ventana del comedor. Mis abuelos, repanchingados sobre el sofá, están viendo un capítulo de una de los cientos de telenovelas turcas que ven. Gael me da un tierno abrazo de despedida y yo se lo devuelvo, alargándolo de más.

—Buenas noches, *sirenetta* —murmura en un susurro al separarse, para que mis abuelos no lo oigan.

—Buenas noches —susurro casi en un suspiro—, me lo he pasado muy bien.

—Tendremos que repetir entonces. —Sonríe.

—Sí —asiento secamente.

El corazón me late tan fuerte que creo que va a atravesarme el pecho para escapar.

Tras unos silenciosos segundos, más largos de lo que resulta cómodo, carraspea antes de dar dos pasos hacia atrás.

—Bueno, nos vemos mañana en el desayuno. —Me guiña un ojo antes de dar media vuelta e irse.

—¡Espera!

Pego un grito, sin ni siquiera ser consciente de ello, que hace que mi abuelo se revuelva en el sofá sorprendido y se gire hacia la ventana. Me agacho velozmente bajo esta, para quedar fuera de su visión.

—¿Qué pasa? —Gael ríe a unos metros de mí, al verme a ras de suelo.

—Chissss —le chisto, posando el dedo en la boca—, que te van a oír.

—No he sido yo el que ha gritado, perdona que te diga —se burla.

—Cállate y ven.

Divertido y sorprendido a partes iguales, veo cómo Gael se acerca y se agacha bajo la ventana junto a mí, como dos estúpidos adolescentes que están haciendo travesuras. La verdad es que no sé ni por qué me escondo, pero me resulta divertido y parece que a él también.

—¿Qué pasa? —susurra expectante.

—Que se te olvida el postre.

No le doy tiempo a responder, no me doy tiempo a pensarlo más; antes de que frunza el ceño confundido lo beso.

Un beso suave, tímido, pero un beso.

Un beso con el que nuestras respiraciones se paran, con el que nuestros labios se rozan, provocando una descarga eléctrica por toda mi espina dorsal. Entreabro la boca con timidez, pero Gael me la quita de golpe. Agarrándome con ímpetu del cuello, me acerca más a él y suelta un gruñido que me pone los pelos de punta, cuando con decisión abre mi boca con la suya para acariciarla por dentro con la lengua. Sujetándome a su camisa para no caerme sobre las macetas, lo beso con más intensidad de la que admitiré, cuando un par de ridículos gemidos se escapan de mi boca.

—Amarantha, creo que hay una rata en las macetas —oigo farfullar a mi abuelo.

Nos separamos de sopetón, ambos mirándonos con unos ojos como platos, mientras oímos cómo mi abuelo se levanta del sofá y se acerca lentamente a la puerta. Gael se tapa la boca para no estallar en carcajadas y yo lo golpeo con suavidad una y otra vez en el pecho, muerta de la vergüenza, pero aguantándome la risa.

—Vete, vete, vete —vocalizo nerviosa sin emitir sonido alguno.

Gael me mira unos segundos más largos de los que debería.

—Veteeee —le vocalizo sonriendo como una tonta.

—Espera, el último.

Con ambas manos me recoge el rostro y me besa con una ternura que hace que quiera cogerlo de la muñeca, meterlo en casa y encerrarlo para siempre conmigo en mi habitación. Sale disparado justo antes de que mi abuelo abra la puerta y me encuentre agachada en el suelo, frente a él.

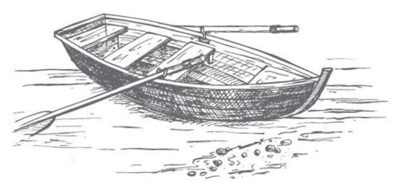
—¿Galatea? ¿Qué haces ahí? —pregunta preocupado.

—Ah, nada, *nonno* —me pongo de pie torpemente—, que se me ha torcido un tobillo.

—Pensaba que eras una rata comiéndose las flores.

Río para mis adentros antes de entrar en casa.

Capítulo 41



Gael

La voz de mi madre suena como un eco en mi cabeza; la observo silencioso y asiento a sus declaraciones cuando me mira en busca de mi atención. A diferencia de mi padre, cuando ella quiere pedirme algo o echarme en cara cualquier cosa lo hace de una forma más pasivo-agresiva. Intenta ocultarlo con sus frasecitas célebres de madre que se preocupa por su hijo, su tono de voz suave para esconder los dardos envenenados que me suelta.

Esta vez me está culpando de los descuidos y negligencias que está habiendo últimamente en el segundo restaurante. No son muchos, pero sí los suficientes como para que nos hayan dejado un par de malas reseñas en internet, cosa que a mis padres les repatea muchísimo. He sido yo mismo quien se lo ha enseñado, igual que les he comentado que ciertas normativas sanitarias no se están llevando de la forma correcta y que si viene algún inspector se les cae el pelo. Pero eso no les ha importado tanto. Les importa la fachada, la cara al público.

—¿Cómo puede ser eso, cariño? No es normal, tendrías que pasarte más a menudo por allí para supervisar.

—¿Quieres que haga de gerente del restaurante? —pregunto incrédulo.

—Bueno, cariño, necesitamos a alguien que supervise allí; tú puedes hacerlo, así también mejoras ciertos aspectos que has de pulir.

Respiro hondo.

—Mamá, comprende que yo no puedo pasarme todo el día

metido allí —intento sonar calmado—, ese no es mi trabajo, tengo muchas cosas que hacer.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Dejamos que el restaurante siga funcionando así? Cariño, es un pequeño esfuerzo, sé que estás capacitado para hacerlo.

—Madre —mi tono se vuelve serio—, no puedo hacerlo. Os dije que prescindir del gerente que contrató Chiara iba a ser perjudicial a largo plazo. He conseguido que se mantenga eficiente como he podido, pero evidentemente todo ha caído por su propio peso. Como os dije que iba a pasar. Necesitáis a alguien cualificado que se encargue de ello. No podéis acudir a mí con esto.

Mi madre me mira hostil. Toda la pasividad con la que estaba intentando manipularme se esfuma de sus pulmones en forma de bufido cuando ve que no va a conseguirlo.

—No te preocupes, ya nos buscaremos la vida tu padre y yo. Pensaba que estarías capacitado para hacerlo, pero veo que te he sobrevalorado.

Podría mandarla a la mierda. Podría salir dando un portazo. Pero no lo hago. Me mantengo sereno, impasible. Lo que me dijo Gala me hizo abrir un poco más los ojos. Es algo a lo que yo ya le daba vueltas, pero oírlo en voz alta de alguien externo al problema me hizo darme cuenta de que no estaba equivocado.

—Si me disculpas, he de irme, espero que encontréis una solución.

Con calma, salgo del despacho de mi padre, dejando la puerta entreabierta. No es mi problema, no es mi responsabilidad. Yo sí soy capaz de hacer mi trabajo, pero no tengo por qué hacer el de otros por las negligencias de los demás. Por cumplir con sus expectativas. Por no sentirme culpable. Por sentirme suficiente.

La mirada de Gala me recibe al entrar por la puerta. Junto a mi tío, está ocupada almacenando la pesca fresca de hoy. A diferencia de otros días, pese a que me mira con preocupación, solo me saluda con un leve gesto del mentón y una tímida sonrisa.

Lleva un par de días distante conmigo, desde que tuvimos esa cita, o como quiera llamarlo ella. No me busca tanto, responde a mis bromas con una cordial sonrisa sin seguirme el juego y evita encontrarse conmigo a solas. A la mañana siguiente de nuestro maravilloso beso, ante mi sorpresa, apareció en mi puerta tan tensa

como un cable a punto de romperse. Actuaba como si no nos hubiéramos devorado como dos animales hambrientos la noche anterior, como si entre nosotros no hubiera pasado nada, como si hubiera sido todo un sueño.

No sé si lo hace a propósito o le sale de forma impulsiva, pero el caso es que de la noche a la mañana ha construido un jodido muro mucho más grueso que el que le costó tanto derribar.

Jamás me había quemado tanto un beso. Me sentí como un adolescente al que se la tocan por encima de los calzoncillos por primera vez. El éxtasis y el deseo que sentía por los labios de Gala, por cada pedacito de ella, era irreal. Creí que ella había sentido lo mismo, o al menos eso me hizo entender con esos gemiditos agudos. Recordar su cara de terror al oír cómo se acercaba su abuelo hace que no pueda evitar sonreír.

¡Me besó! ¡Me besó ella!

Es que llegué jodidamente eufórico a casa recordando cada detalle de la increíble noche que habíamos pasado. No solo por el beso, el cual me obligó a hacerme un trabajo manual pensando en ella antes de dormir, no voy a mentir, sino porque me lo pasé genial. Con Gala es como si se parase el tiempo, como si todos mis problemas desapareciesen mientras ella está conmigo. Me da paz, aun cuando le da locas vueltas a mi vida, como la de ahora.

Me molesta que actúe como si no hubiera pasado nada, porque no soy imbécil y no creo que esta situación sea plato de buen gusto para nadie. Pero ahora mismo tengo tantas cosas en la cabeza con mis padres que no puedo permitirme el lujo de preocuparme por ello más de lo necesario. Tal vez para ella fue simplemente un beso de calentón y no debería darle tantas vueltas, al fin y al cabo ella no quiere nada con nadie y me lo ha dejado claro muchas veces. Pero luego me mira de la forma en que lo hace, me dedica esas sonrisas que derriten, me gime mientras la beso...

Sí, mejor que tome distancia conmigo si no quiere nada más, porque si no me voy a volver loco.

—Tu madre me acaba de llamar, me ha dicho que mañana te lleves a la *ragazza* a Manarola —dice mi tío a mis espaldas mientras subo la escalera—. Necesitan ayuda.

—¿Al restaurante? —Me giro incrédulo.

—¿A mí? —pregunta Gala sorprendida.

Mi tío asiente.

—Estás de puta coña.

Mi madre se ha pasado por el arco del triunfo todo lo que acabamos de hablar. Con tal de no pagar un duro, quiere sacarse las castañas del fuego como sea. Esta vez le ha tocado sacarle las castañas a Gala.

—Tiene un morro que se lo pisa —gruño en italiano impotente mientras continúo subiendo la escalera—. Si te vuelve a llamar, ya le puedes decir que solo va a ser mañana. Ni un día más. Que se busquen la vida por sí solos de una puta vez.

Enfadado y con pocas ganas de hablar, cierro de un portazo la puerta del despacho.

Estoy harto.

Estoy jodidamente harto.

Capítulo 42



Gala

No he trabajado de camarera en mi puñetera vida, pero aquí estoy, intentando comunicarme con unos guiris alemanes que me chapurrean un inglés ininteligible. Según me ha contado Daniela, otra camarera del restaurante, me necesitaban porque han cogido a uno de los camareros para hacer de gerente, quien nos supervisa, gestiona los problemas y yo qué sé más. Solo puedo pensar en no tirarle la bandeja sin querer a nadie de camino a la cocina y en evitar acercarme a Brina lo máximo posible.

Cuando me pidieron que viniera a echar una mano a este restaurante, no pensé en ningún momento en la presencia de Brina, estaba demasiada obnubilada en mis propios nudos mentales, hasta que me topé de bruces con ella en el vestuario. Por suerte, Daniela notó la tensión en el ambiente e intentó sacarme conversación como pudo, hablándome torpemente en español sobre no sé qué de un perchero que hay en el vestuario, sobre que no he de dejar nada colgado en este porque cojea, que se me puede caer encima y bla, bla, bla.

Por un momento, morir bajo el golpe metálico de un perchero me pareció mucho más agradable que compartir aire con Brina. Ahora entiendo por qué Gael ha decidido venir también y me ha recalcado tantas veces que si tenía algún problema estaría trabajando en el despacho de arriba, dos puertas a la derecha del vestuario. Porque

sabía el espectáculo que se podría montar entre nosotras.

No nos hemos dirigido la palabra. Yo lo he intentado al llegar, saludándola como he hecho con todos. Pero ella se ha limitado a mirarme como quien acaba de oler una mierda y girarme la cara. A partir de ahí, todo lo que he recibido de ella han sido miraditas de reojo y empujones cuando coincidimos en la cocina. Incluso ha servido algún que otro plato de mi zona, supongo que en un intento por hacerme ver que ella es mejor camarera que yo, pero la verdad es que me importa un pepino; si así me ayuda a quitarme faena de encima, ¡que sirva todas las mesas que quiera!

Su cara de alcachofa mustia ha cambiado completamente cuando ha visto bajar por la escalera a Gael, que se acerca con semblante serio mientras conversa con un hombre de camisa negra. Deduzco que es el pobre camarero que se ha convertido en gerente de un día para el otro y Gael estará dando indicaciones y ayudándolo lo mejor posible. Se colocan al lado de la barra, a un par de pasos de la entrada de la cocina.

—¿Todo bien? —Gael me detiene de camino a la cocina, sujetándome con suavidad el codo.

En otro momento me pondría cardíaca solo con ese mínimo roce, pero ahora mismo voy tan estresada que no puedo prestarle atención.

—Bueno, me las apaño como puedo —respondo ansiosa—. Me preocupa más que la rubia de ahí atrás me intente sacar un ojo con la cucharilla de postres —bromeo haciendo referencia a Brina.

Gael sonríe tenso, no sé si incómodo por la situación con Brina o por la nuestra. No es tonto, me nota más distante, por mucho que yo intente actuar como siempre, pero es que no puedo.

Antes de que pueda responderme, me adentro en la cocina en busca de los postres que he de llevar a la mesa catorce.

—¿Qué haces tú aquí? —me increpa una voz chillona en italiano.

—Trabajar —respondo al girarme y encontrarme con los ojos de Brina.

—Hace lo mismo con todas, no te creas especial.

—¿Perdón?

—Lo que oyes, no eres nada más que el nuevo juguete de Gael, no creas que lo que hace contigo no lo ha hecho antes conmigo.

Suelta con rabia una bandeja llena de vasos y platos vacíos sobre una mesa y se va sin dejarme responder. ¡Se ha quedado a gusto la tía!

Salgo de la cocina un poco perpleja ante lo que acaba de ocurrir. Mi mirada vuelve a encontrarse con la de Gael, pero decido pasar de largo y no contarle nada. Me mira preocupado, creo que ha visto salir a Brina con cara de pocos amigos segundos antes de salir yo. Podría explicarle que estoy bien para que se tranquilice, pero no quiero preocuparle más de lo necesario, o, peor, contárselo y que, enfadado, vaya a pedirle explicaciones a Brina. Lo último que me apetece es que esta me odie más de lo que ya lo hace.

Mientras sirvo los postres y recojo la mesa de al lado, las palabras que me ha escupido Brina se repiten una y otra vez en mi cabeza. ¿La creo? Podría hacerlo perfectamente, porque ella conoce mucho más a Gael que yo, porque ella ha estado con él mucho más tiempo que yo, porque ella ha estado antes donde ahora estoy yo.

Todas mis alarmas impuestas por cada una de las malas experiencias que arrastro con Darek resuenan como sirenas de ambulancia en mis oídos, advirtiéndome de que todo es posible. Recordándome que la misma persona que puede quererte también puede destruirte.

Las venenosas palabras de Brina no hacen más que sumar piedras a la cargante mochila que llevo a mis espaldas. Una mochila llena de miedos e incertidumbre, que se llenó de sopetón después de lo que pasó, después de aquel beso.

Porque fue un beso que quemó, un beso que me hizo entender la gravedad de la situación. Porque para mí no solo fue un beso, por mucho que intenté tratarlo como tal. Para mí fue un destello de luz, ¡qué coño un destello!, una bola de fuego ardiente que quemó todo resquicio de apatía que había sentido estos últimos días. Que me hizo recordar lo que es sentir, lo que es vivir, lo que es desear.

Lo que podría ser volver a amar.

Y creo que no hay nada que me aterrorice más ahora mismo.

Pero en contra de mis miedos, hay algo más en mí. Una vocecita más tenue y dulce que todas las demás, una vocecita que me susurra que no todo tiene por qué ser como antes, que la historia no tiene por qué repetirse. Que Gael no es Darek, y que si de verdad Gael no es tan bueno como aparenta, ya lo descubriré yo por mí misma.

Porque para eso es mi vida, para decidir sobre qué quiero o no quiero hacer con ella y con quién quiero o no quiero compartirla.

Esa vocecita esperanzadora me recuerda que Brina también está

pasando por un proceso de ruptura, en cierto modo. Me recuerda que también tiene el corazón roto, lleno de rabia y de celos, anhelando lo que sea que cree que tenemos Gael y yo.

Sé que porque tenga el corazón roto no tiene por qué ser mala persona conmigo, no tiene por qué dirigirse a mí de una forma tan despectiva, pero no puedo evitar empatizar con ella, porque la entiendo.

Entiendo esa sensación de sentirse un juguete usado, de tener que ver cómo alguien ocupa tu lugar en la vida de la otra persona con tanta facilidad. O al menos eso cree ella que he hecho, claro.

Esa inseguridad que aflora cuando no sientes que haces lo suficiente para esa persona, cuando hagas lo que hagas nunca ocuparás ese lugar, cuando ves que la otra persona ha pasado página cuando tú eres incapaz.

Cuando te sientes reemplazable.

Encima creer que tu exnovio te ha metido en el trabajo a ese reemplazo... Es que es normal que me tenga tirria la chica. Me sabe muy mal por ella. Yo he estado en su lugar y es una de las sensaciones más horribles y crueles que he sentido. Que me hizo sentir Darek.

Pero ya no lo siento. Ya no padezco esa inseguridad tan atroz de ser reemplazable, de que alguien me quite mi puesto.

Porque he entendido que nadie es reemplazable.

Ni siquiera yo.

No importan las mujeres que pasen por la vida de Darek después de mí, yo amoldé a mí el espacio que me ofreció en su vida y he sido yo misma la que ha decidido dejar ese espacio libre. Porque, sinceramente, era un espacio tan pequeñito que no sé cómo aguanté allí encerrada tanto tiempo.

Darek tampoco es reemplazable, ni pretendo que lo sea. Él también tuvo su lugar en mi vida, un lugar que le quedó demasiado grande y en el que ya no le permitiré volver a estar.

Cada persona ocupa su propio espacio en la vida de los demás. Solo yo encajo en el espacio que yo amoldo, igual que solo Brina encaja en el suyo. Dejé mi espacio libre en la vida de Darek, y aunque vuelva a ofrecérselo a otra persona, esta nunca será un reemplazo, porque ese espacio se amoldará a su forma, no a la mía.

Mi espacio es mío.

El espacio de Brina es de Brina.

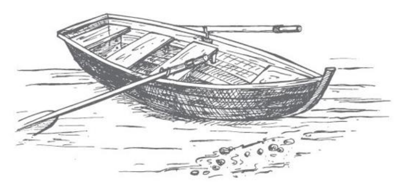
El espacio de Gael es de Gael.

El espacio de Darek es de Darek.

Podría acercarme a Brina e intentar explicarle el delirio filosófico que se me acaba de pasar por la cabeza mientras termino de limpiar las últimas mesas, pero puede que solo sirva para cabrearla todavía más y para hacerle creer que le estoy tomando el pelo.

Mi espacio es mío y mis delirios de persona exhausta que no sabe lo que dice, también.

Capítulo 43



Gael

Nunca pensé que un silencio con Gala sería incómodo.

Bueno, incómodo tampoco es, aunque es un silencio raro, diferente. Diferente en el sentido de que no me gusta. No me gusta nada.

Sí, puede que sí sea un poco incómodo.

Al finalizar el último turno, iba a pedirle que esperase a que cerrara el restaurante para acompañarla a la estación de tren, no me agradaba la idea de que Gala volviese sola de noche. Pero cuando he bajado del despacho para decírselo la he visto completamente sola en la sala, apoyada en una de las mesas, esperando.

—Está lloviendo. ¿Has traído paraguas?

—No —murmuro—. ¿Ya se han ido todos?

—No, algunos están fumando en la parte de atrás. —Cambia su peso de una pierna a la otra—. Yo tengo paraguas, ¿vienes?

Pensaba que lo de compartir paraguas era una excusa para hablar las cosas, hablar de lo nuestro, pero no ha sacado el tema en todo el trayecto a la estación. Nunca me ha gustado la lluvia, porque siempre significaba problemas para mi tío a la hora de pescar. Pero por primera vez le he encontrado el lado bueno: tener la excusa de poder pegar mi cuerpo al de Gala para refugiarnos de ella.

Tampoco ha sacado el tema en el tren una vez despegados, para mi desgracia. Simplemente hemos estado intentado llenar el absurdo silencio con conversaciones estúpidas sobre cómo nos ha ido el día o cómo cambia el tiempo.

Refugiados bajo el diminuto porche sobre la puerta de su casa, suelto el paraguas antes de irme, pero los dedos de Gala me sujetan la mano sobre este.

—Llévatelo —me ordena— o te vas a empapar.

—No importa, quédatelo, es tuyo. —Se lo tiendo de nuevo.

—Es solo un paraguas —rebufa, apretando mi mano contra el mango—, no seas cabezón.

—¿Y si mañana por la mañana sigue lloviendo? Llegarás empapada tú.

—Bueno, no me importa, me gusta la lluvia.

Con un pequeño empujoncito, me aparta de ella, sacándome del porche, para que no repiense más el devolverle el paraguas.

—¿Por qué te gusta la lluvia? —pregunto curioso.

—Me parece romántica.

Cierra la puerta tras de sí al despedirse, dejándome una extraña sensación en el pecho.

Y una nueva forma de ver la lluvia.

Capítulo 44



Gala

He sido una niñata con Gael, y me siento fatal.

Sentí que la manera más lógica de frenar esa conexión tan íntima que habíamos creado era comportándome de una forma más distante. Pero ha sido una estupidez, porque está provocando en mí todo lo contrario. Es como cuando a un niño pequeño le dices que no puede hacer algo o a un gato le pides que deje de dar manotazos a una figurita que está a escasos centímetros del borde de la mesa. El niño acaba haciendo su travesura, el gato acaba tirando la figurita y yo acabo deseando a Gael más y más, hasta el punto de que mi mente no puede dejar de pensar en él, incluso estando dormida.

Sí, he soñado con Gael. Podría decir que ha sido un sueño bonito, donde nos besábamos con ternura y nos decíamos palabras dulces al oído, pero estaría mintiendo. Achacaré la culpa de ese sueño sucio a que llevo unos meses sin tener sexo, porque las últimas semanas con Darek, como sabía por lo que volvería a pasar, era reacia a hacerlo.

Será por eso por lo que mi mente me está jugando una mala pasada, aunque, la verdad, prefiero estos sueños antes que las pesadillas. Las sigo teniendo, pero no tan a menudo como antes ni tan intensas. Suelen ser más breves, más tontas. A veces Darek simplemente está, pero no sucede nada, ni bueno ni malo.

Simplemente sigue ahí, como en mí.

Dejando de lado lo que haya sucedido entre nosotros, Gael es mi

amigo, me cuida, me mima y me hace reír. No se merece que me comporte de esta manera tan tonta con él, cuando ni yo misma quiero hacerlo. Soy consciente de que no ha sido más que una barrera defensiva que he intentado ponerme entre él y yo, una barrera para enfriar lo que sea que pueda haber entre nosotros. Una barrera que para lo único que me ha servido ha sido para darme cuenta de que sigo siendo la misma niñata miedosa e insegura de siempre, incapaz de mirar en su interior y afrontar lo que realmente sucede en él.

—Buenos días, *sirenetta* —me susurra tímido al abrirme la puerta.

Me recibe con el pelo revuelto, los labios hinchados y los ojos entrecerrados.

Qué guapo está recién despierto.

—Buenos días, dormilón.

Como casi cada mañana seguimos el ritual del desayuno: sentarnos a la mesa, decirle la buena pinta que tiene todo y desayunar contándonos cualquier cosa que se nos pase por la cabeza. Estos últimos días casi no hemos conversado durante este rato, por mi estúpida necesidad de poner distancia. Por eso esta vez Gael ni lo intenta. Se come su sándwich en silencio mientras desliza vídeos en TikTok.

—Te debo una disculpa —salto avergonzada—, he estado un poco distante estos últimos días. —Gael me mira interesado, así que prosigo—: No quiero que pienses que es por algo que tenga que ver contigo, ha sido una estupidez mía, no sé ni por qué lo he hecho, yo solo…

—No pasa nada, está todo bien. —Su voz suena comprensiva y afable.

—¿No estás enfadado conmigo? Tienes todo el derecho.

—Claro que no, no has hecho nada malo.

—Pero me he alejado de ti justo después de tener una cita y haberte besado, y no quiero que pienses que ha sido por culpa tuya, ha sido muy irresponsable emocionalmente por mi parte hacerte eso.

—Si te soy sincero, sí que estaba un poco intranquilo, no sabía si había hecho o dicho algo que te incomodase. —Ladea la cabeza pícaro —. Por un momento casi me haces creer que mis besos son tan horribles como para espantarte.

Río, poniendo los ojos en blanco.

—Sabes que no ha sido por eso.

Nos miramos sonrientes.

—No esperes que comente nada al respecto. —Enarco las cejas divertida.

—Al menos dime que no son tan malos, me lo merezco como disculpa.

Evito su mirada nerviosa y me cruzo de brazos.

—No son tan malos —enarca las cejas expectante—, son buenos, muy buenos, ¿contento?

—No sabes cuánto. —Se reclina en la silla apoyando una mano en el borde de la mesa—. Entonces... ¿lo pasaste bien en nuestra cita?

Una sonrisa socarrona se posa en sus labios al decir la última palabra.

«Cita.» Le he dicho que hemos tenido una «cita».

Vuelvo a poner los ojos en blanco y ahora soy yo quien se reclina en la silla.

—Eres muy tonto —su sonrisa se ensancha—, ha sido un lapsus verbal.

—Entonces no fue una cita, ¿no?

—Fue una cita de amigos —recalco divertida—. De amigos, lo que tú y yo somos, ¿no?

—¿Me lo preguntas a mí? ¿Tienes dudas? —Sus ojos por fin vuelven a brillar de la manera en la que siempre lo hacen.

—No, ninguna —miento—. Somos superamigos, mejores amigos diría.

Gael ríe y yo lo sigo.

Me muerdo el labio dubitativa de si realmente es buena idea, pero decido hacerlo.

—Te he traído un obsequio —abro mi mochila y lo dejo sobre la mesa—, en son de paz.

Sus ojos se abren sorprendidos.

—¿Un regalo?

—Un obsequio —repito—, en son de paz.

—Vale, abuela.

Ríe al ver mi dedo corazón levantado, mientras con cuidado desgarra el papel que envuelve la pequeña caja.

Sentía que solo disculparme no era suficiente, quería compensarlo de alguna manera estos días. Ayer aproveché que la lluvia aminoró para ir a la ciudad y dar una vuelta sola, visitar tiendas

y calles y merendar en alguna cafetería que llamase mi atención. Pensé en avisar a Idara y Valen, ya que ellas viven allí, pero decidí que esa tarde iba a ser para mí, para hablar conmigo misma y para disfrutar de mi propia compañía, que, oye, cada vez me gusta más.

Las veces que he subido al despacho de Gael he podido observar que en uno de los estantes tiene tres relojes antiguos, perfectamente cuidados y expuestos, como una pequeña colección. Así que decidí buscar una tienda de antigüedades o algo por el estilo, a ver si con suerte encontraba algún reloj que pudiera gustarle. No voy a mentir, me puse de los nervios intentando escoger cuál de ellos creía que le gustaría más.

—Galatea, muchas gracias —murmura boquiabierto—. ¿Cómo sabes lo de los relojes?

—Porque tengo ojos —bromeo—, no es nada.

—¿Y la cámara?

Jamás admitiré en voz alta que el día que fui a comprarle el mando del televisor a mis abuelos decidí comprar dos cámaras analógicas en lugar de una, porque desde el primer momento quise regalarle una a Gael. Creo que si no se la había dado antes era porque ni a mí misma me lo quería admitir. Pero, bueno, tampoco es que tuviese gran importancia, simplemente pensé que tal vez a él también le gustaría tener una, por eso lo hice, sin más.

—Para que dejes de tener envidia de la mía —bromeo.

—No me esperaba esto —se rasca el cuello al carraspear—, ahora lo mío no va a ser tan memorable.

—¿Lo tuyo?

Veo en su semblante que quiere decirme algo, pero lo está pensando mucho.

—¿Qué pasa? —insisto curiosa.

—Yo también tengo una cosa para ti —confiesa.

—Espero que no sea una de tus jugadas para que te meta la mano en el pantalón.

Gael niega con la cabeza divertido y se levanta de la silla para subir a la planta de arriba. Oigo cómo abre una puerta y *Dunita* le llama la atención con sus agudos ladridos. Por un momento tengo el impulso de subir otra vez a saludarla, pero me contengo al oír a Gael bajar. Lleva las manos escondidas tras la espalda para que no lo vea. Sin poder evitarlo, yo también me pongo de pie, dispuesta a lanzarme

a por lo que sea que esconde.

—¿Qué es? —pregunto animada—. ¡Dime, dime!

Gael me sonríe con la boca y con los ojos.

Doy palmadas como una niña pequeña cuando me lo pone delante.

—He hecho lo que he podido —hace referencia a la desastrosa forma en que está envuelto el regalo; no puedo evitar sonreír de lo divertido y tierno que me parece—. ¡Ábrelo! Que me da vergüenza.

Lo abro.

No puede ser.

—Pero, Gael, ¡qué bonito! —Deshago el vestido de la curiosa forma en la que estaba doblado—. ¿Por qué?

Es un vestido negro precioso, la tela es suave, de satén. Tiene una caída elegante y una pequeña abertura en la pierna izquierda. Como a mí me gusta. El escote es tremendamente pronunciado. Tonto no es el tío.

—Por lo de la última fiesta —responde rojo como un tomate—. Sentí que debía compensarte y, como no me dejas hacerlo de forma carnal, esta era mi segunda opción.

—Jo, Gael, ¡gracias! —Emocionada, me abalanzo a sus brazos y entonces oigo caer algo que estaba atrapado entre los papeles rotos—. ¿Y esto?

Me agacho para recogerlo. Es una pequeña nota, en la que está enganchada una piruleta en forma de corazón: Para mi *sirenetta*.

> Si te manchan este vestido por verte de nuevo pegadita a mí, habrá valido la pena comprarlo.

Estallo en carcajadas ante la nota. Vuelvo a abrazarlo, pero esta vez me acerco más, me fundo más en sus brazos, apoyando la cabeza sobre su pecho. Gael esconde su nariz en mi cuello y me eriza la piel al notar cómo me acaricia con la punta.

—Quise dártelo al día siguiente de nuestra…, bueno, nuestra cita. Pero al ver cómo estabas supe que no era el momento. —Una punzada de culpabilidad me pincha el corazón—. Ahora es buen momento, ¿no? ¿Te gusta?

—¡Me encanta! Es chulísimo. ¡Gracias, gracias, gracias!

Con ganas de caldear un poco el ambiente, y aprovechando el abrazo, recorro con los dedos su espalda, paseándome por sus

hombros y sus bíceps. Me separo un poquito, lo justo para que nuestras caras queden a pocos centímetros. Le doy un tierno beso en la mejilla, más cerca de la comisura de sus labios de lo que me gustaría admitir, pero estoy tan contenta en estos momentos que por un segundo me olvido de lo que está bien y lo que no.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —le susurro juguetona.

—Dime. —Sus palabras salen como un suspiro.

—No quiero que te hagas ilusiones...

—Pero... —prosigue.

—Pero adivina qué vestido me voy a poner esta noche.

Capítulo 45



Gala

Idara y Valentina me han nombrado tercera integrante de Las Borrachas de La Spezia. Me han dado el amuleto sagrado con el que por fin puedo formar parte de su culto a las copas de balón: un mechero de *animal print*, estampado de leopardo rosa con purpurina en alguna que otra manchita. Yo no fumo, pero tengo claro que guardaré este mechero como si fuese oro.

—Es un honor para mí —recito en italiano, levantando el mechero como si fuese una antorcha— formar parte de esta asociación predilecta, no os decepcionaré.

La mitad de la gente que está en la terraza nos miran incrédulos ante el espectáculo de tres chicas —monísimas por cierto— levantando un mechero rosa chillón al aire y recitando cánticos cuando menos peculiares.

—¿Sabéis qué toca ahora? —Valen nos agarra de la muñeca a cada una—. ¡Chupitos!

Levanta nuestras manos victoriosas e Idara chilla en respuesta. Yo me limito a reír, feliz de poder contar con amigas como ellas, pero temerosa al mismo tiempo. No puedo llevarles el ritmo con las copas y tampoco quiero: deseo divertirme sin terminar en una ambulancia.

Al acercarnos a la barra Valentina le pide tres chupitos de Jäger al simpático camarero y, tras hacer el sagrado ritual de «Quien no apoya no folla», nos los bebemos de un trago. Mientras espero a que a

ellas dos les sirvan un cubata que yo evito, doy un repaso panorámico al local. Desde donde estoy puedo ver a lo lejos a Brina y Alessandra bailando junto a dos chicos desconocidos. Cómo no, han vuelto a acoplarse con nosotros cuando no estaban incluidas en el plan. A unos metros de distancia veo a Marco, hablando con un chico que tampoco reconozco pero deduzco que es un amigo suyo. Marco no lo mira mientras conversan, mira por encima de su hombro, en dirección a Brina.

Recuerdo lo que me contó Gael: es evidente que Marco ve en Brina algo más que solo una amiga con la que tener sexo. Entiendo cómo debe de sentirse Marco.

Así me sentí yo con Darek en su momento. Para él estar con una chica compartiendo un vínculo sexoafectivo sin ningún tipo de formalidad entre ambos no era nada nuevo. Pero para mí fueron unos meses muy duros. Empezó todo como unos amigos con derechos, pero fui incapaz de no enamorarme perdidamente de él. Él no quería ir más allá en un principio, así que decidí tragarme mis emociones y fingir que no me dolía todo lo que hacía con otras chicas con tal de poder seguir a su lado.

Qué estúpida, ¿verdad? Poniendo por delante mi necesidad de estar con él, dejando que me pisoteara de todas las formas posibles. Él me decía que me quería, pero que no estaba preparado. Ahora sé que para él esa humillante excusa era un comodín para no sentirse responsable sobre el dolor que me causaba. Porque si no teníamos la etiqueta de novios tenía vía libre para ser un cabronazo sin hacerse responsable de sus actos.

—¡Vamos a *periar*! —grita Valen.

—¡Se dice perrear, friki! —la corrige Idara.

Nos adentramos en la pista y nos colocamos en una zona lo suficientemente alejada de Brina. Pienso en Gael, hace un rato que no lo veo... Estará por ahí con Leo, supongo. Me tranquiliza saber que no está con Brina. Al menos por el momento.

Al ritmo de reguetón, nos movemos ágiles y sensuales, repiqueteando los tacones sobre la pista, o al menos así nos sentimos nosotras. Quien nos vea desde fuera puede pensar que lo de bailar no es lo nuestro. Pero nos da igual. Disfrutamos con los temazos que suenan, mientras hacemos la pista nuestra. Para mí no hay nadie más, solo nosotras tres, vibrando con la música y con el amor que les he

cogido en tan poco tiempo.

Una mano me cubre la cintura suavemente. Me giro sorprendida para encontrarme con unos ojos castaños rasgados y una sonrisa perfecta.

Mattia, el camarero que nos sirvió en el club, se encuentra a pocos centímetros de mí, con una camisa exageradamente abierta y un perfume que podría ser agradable si no se hubiera excedido con él.

—Hola, bella —me saluda en italiano, pegándose de más a mi oído—. Qué suerte veros por aquí.

Saluda a las demás con una rápida sonrisa y un gesto con el mentón. Tiene intenciones de volver a centrar su atención en mí, pero por suerte Idara no pierde la oportunidad de abordarlo y quitármelo de encima.

—¡Qué guapo estás! —le grita efusiva al tiempo que se acerca—. Vente, vamos a bailar.

Idara le tira de la muñeca para arrimarlo a ella y yo aprovecho para darme la vuelta y continuar bailando junto a Valen. Ambas nos vamos lanzando miraditas cómplices mientras observamos cómo Idara juega sus cartas para seducir a Mattia. Él, por su lado, baila y se divierte con ella, aunque noto que me va lanzando miraditas de vez en cuando en busca de mi atención.

Aprovecho que Marco se une a bailar con nosotras para decirle a Valen que me voy un segundo al baño sin dejarla sola. Quiero poner distancia para que Mattia deje de estar pendiente de mí, me está poniendo de los nervios.

Lo que me encuentro en la cola del baño es mucho peor que las miradas furtivas de Mattia.

—Mira quién entra —la informa Alessandra, como si yo no pudiera oírlas a dos metros de distancia.

Me hago la loca, intentando no establecer contacto visual y escondiéndome tras la chica que va delante de mí en la cola. Noto cómo Brina me busca con la mirada por encima del hombro.

—Qué tía más pesada —le responde en italiano—, está obsesionada conmigo.

¿Perdón? ¿En qué realidad paralela vive?

Decido ignorarla, paso de más movidas con estas dos hienas.

—Si supiera lo que pasó anoche entre Gael y yo, no estaría aquí —declara unos segundos después.

Alessandra no responde, solo se ríe junto a ella mientras noto sus miradas clavadas como flechas. Finjo que no las estoy escuchando, mientras miro mi galería de fotos en el móvil, porque es lo único que puedo fingir mirar. No tengo mis putas redes sociales, debería volver a instalarlas para estas ocasiones.

—Da pena —escupe Alessandra.

—Es una pringada —le ríe Brina.

—Se cree que es especial.

—A ver lo especial que se cree cuando vuelva a ver a Gael comiéndome la boca esta noche.

Empiezo a notar mis pulsaciones en los tímpanos. Me están poniendo nerviosa, me están incomodando mucho, muchísimo. No porque diga nada de Gael, sino porque van a por mí y es algo que no sé gestionar. Ojalá fuera como Elena y pudiera enfrentarme sin miramientos a cualquiera que ose faltarme al respeto. Pero yo soy incapaz de hacerlo, me hago más y más pequeña bajo sus insultos. De golpe me siento la persona más ridícula del mundo, parpadeo con velocidad para espantar las lágrimas antes de que puedan caer, me niego a que me vean sucumbir a su odio.

Por suerte, un baño no tarda en quedar libre y ambas se meten dentro entre risas. Aprovecho para irme de allí, no quería hacerlo con ellas delante, quería aguantar, ser fuerte, que viesen que no me iba a amedrentar con ellas. Aunque estaba llorando como una niña en mi interior y por poco en mi exterior.

Taquicárdica, me dirijo a la barra más alejada del baño, para no cruzármelas cuando salga, y me pido un cubata. ¿Había dicho que no iba a seguirles el ritmo a Idara y Valen? Pues puede que me haya equivocado.

—¿Dónde te habías metido? —La mano de Mattia vuelve a invadir mi espalda de sopetón.

—He ido al baño —respondo tensa mientras doy golpecitos con la tarjeta sobre la mesa—. Sí que tardan en servir —disimulo para evitar su mirada.

—Déjame decirte que vas guapísima, te queda genial ese vestido. —Descarado, sus ojos se posan en mi escote más de los segundos necesarios.

—Gracias, me lo ha regalado un amigo —suelto con esperanzas de que pille la indirecta.

—Vaya, un amigo. —Sonriente, se arrima más a mí—. ¿A tu novio no le molesta que tus amigos te regalen cosas tan provocativas?

Menudo gilipollas. Si ese es su intento por descubrir si tengo novio de una forma atractiva, lo está haciendo de pena.

—No tengo novio —respondo seca. Podría haberle mentido, pero no me apetece esconderme bajo la protección de la mención de un hombre—. Pero si lo tuviera, no sería alguien que se enfadase por un vestido provocativo, como tú dices.

Mi ataque se lo toma como un juego, cree que estoy receptiva a sus intentos de cortejo. Qué situación más incómoda.

—Si yo fuese tu novio —recorre mi hombro con su dedo, provocándome un escalofrío de repulsión—, me volvería loco si te viera así vestida, rodeada de tantos hombres...

¿Este tío se está oyendo? Por su voz y el ardor de su aliento sé que va pasado de copas, pero, aun así, ¿cómo me suelta semejantes tonterías creyendo que me las voy a tomar como algo bueno? Con disimulo, me rasco el hombro para quitarme sus dedos de encima.

—Mattia, deberías volver con tus amigos. —No quiero ni mandarlo de vuelta con Idara, no quiero que se acerque más a mi amiga.

—No te preocupes, yo te hago compañía mientras esperas. —«Este tío es tonto»—. He de confesarte que tus amigas son monas —se acerca todavía más a mí—, pero tú eres superior, eres increíblemente guapa.

Ahora me compara con mis amigas, una técnica infalible.

Técnica infalible si quiere que acabe soltándole un guantazo.

—Son tan guapísimas como yo. —Le empujo suavemente el abdomen para alejarlo de mí—. Mattia, que no te sepa mal, pero prefiero estar sola ahora mismo.

«Prefiero que te pires, pesado.»

—¿Segura? —Vuelve a acercarse—. Puedo ser muy buena compañía si quieres...

Sus manos me rodean la cintura e intentan girarme para ponerme completamente de cara a él. Vuelvo a darle un empujoncito para zafarme. Justo llega el camarero con la copa y el datáfono. ¡Salvada por la campana!

—¡Mira, ya estoy! —Me giro de nuevo hacia la barra—. Ve tirando, ahora iré yo.

No oigo respuesta alguna, así que deduzco que por fin ha captado mis indirectas, muy directas. Copa en mano, me giro para dirigirme hacia la pista, cuando me encuentro que está a pocos centímetros detrás de mí. Al girarme choco contra él, dándole la excusa perfecta para arrimarse todavía más y cogerme de los brazos para que no se me caiga la copa encima, aunque algunas gotas se derraman sobre mi escote. ¡Joder! Que el vestido es nuevo. Avanza un par de pasos acorralándome entre él y la barra.

—Cuidado, pequeña, casi te caes. —Su aliento a ron me roza las mejillas; aparto la cara hacia un lado para alejar nuestras bocas lo máximo posible.

—Mattia, estoy bien —intento zafarme pero no me suelta, me roza con ímpetu mientras noto cómo acerca su pelvis a la mía—. Mattia, no estoy cómoda.

—¿Por qué no? Solo estamos hablando.

—No quiero hablar más contigo, suéltame. —Pego un tirón para desprenderme de su agarre y a regañadientes me suelta, pero presiona todavía más su pelvis contra la mía para no dejarme ir—. Te he dicho que estoy incómoda. —Mi voz es un tenue hilo, me estoy agobiando mucho.

—Cariño, creo que es porque has bebido demasiado, vamos fuera a que te dé el aire.

—No. —No he bebido demasiado. Sé perfectamente lo que hago. Sé perfectamente lo que hace—. Suéltame, Mattia.

—¿Y si no quiero? —pregunta socarrón. ¿Él sigue creyendo que esto es un juego?

—Suéltala o te parto la puta cara, imbécil —la grave voz de Gael resuena por encima de la música.

—¿Tú quién coño eres? —pregunta chulesco.

Aprovecho que ha aflojado su agarre para pegarle un brusco empujón y separarme de él.

—¡Es alguien que sí sabe tratar a una mujer! —grito rabiosa acercándome a él para empujarlo de nuevo—. Si te digo que me sueltes, ¡me sueltas!

—No seas exagerada —resopla—, estábamos jugando.

Noto a mi izquierda que Gael se dispone a abalanzarse sobre él, pero lo paro suavemente con el brazo. Con los ojos le pido que se pare, que no se entrometa.

—En ningún momento he tenido el más mínimo interés en jugar contigo, gilipollas —le escupo presionándole el pecho con el dedo índice—. Aprende a respetar el no de una mujer y a no ser un puto acosador, baboso de mierda. Porque eso es lo que eres. No te vuelvas a acercar a mí, ni mucho menos a mis amigas. Asqueroso.

—Puta loca.

Paf. De un tirón y sin pensarlo, le tiro la copa en la cara de gilipollas que tiene, dejándolo completamente empapado. Ni un sorbo he podido darle antes de lanzarla, pero esos doce euros han valido la pena.

Mattia intenta mirarme furioso, con los ojos entreabiertos que se seca con la camisa. Le veo intención de volver a insultarme, pero no lo hace, no responde. Mira a Gael, vuelve a mirarme a mí y se va.

—¿Estás bien? —Gael se acerca a mí con las manos levantadas, pero evita tocarme.

—Sí, estoy bien —respiro entrecortadamente por la efusividad del momento.

—Gala, menudo par de cojones le has echado —ríe incrédulo.

Yo lo miro sin ser muy consciente de lo que acaba de suceder, porque la adrenalina me nubla la mente. Pero tiene razón. Joder, tiene razón. ¿Qué acaba de pasar? ¿De dónde ha salido esa Gala tan valiente? Sonrío divertida y orgullosa. Observo que Gael sigue sin tocarme, por miedo a hacerme sentir incómoda después de lo ocurrido, tal vez. Decido quitarle la duda y enrollo mis brazos en su cuello en un suave abrazo.

—Gracias por ayudarme.

—¿Me estás dando las gracias? Si no he hecho nada, no me has dado tiempo a quitarle los dientes de un puñetazo. Por un momento pensaba que lo ibas a hacer tú.

—Por favor, qué hombre —río divertida—, hueles a testosterona desde aquí.

Gael ríe y, cogiéndome con suavidad de la muñeca, me adentra en la pista. Veo que se dirige hacia donde están Idara, Marco, Valentina y Leo, pero decido pararme antes de llegar a ellos.

—¿Qué pasa? —me pregunta confuso—. ¿Quieres ir a otro lado?

—Quiero quedarme aquí un ratito.

—¿No quieres ir con ellos?

—¿No quieres quedarte a solas conmigo?

El semblante de Gael cambia ante mi pregunta.

No hace falta que le diga nada más. Se acerca cómico hacia mí y, en un absurdo gesto de galantería, me besa la mano, como si de fondo estuviese sonando una balada de la época victoriana y no una canción de Rauw Alejandro. Divertida, me doy una vuelta sujeta por su mano y termino bien pegadita a él.

—¡El hechizo secreto en el vestido ha funcionado! —bromea sujetándome la cintura con las dos manos—. Porque es el vestido, ¿no? No eres tú, que quieres tenerme cerquita.

—Ha sido el vestido, que está maldito. —Le sigo el juego—. ¡Oh, no! Creo que está tomando control sobre mi cuerpo.

Provocadora, me giro dándole la espalda, moviendo mis caderas con movimientos circulares. Mi culo roza su paquete cuando lo muevo hacia atrás, apoyando las manos sobre las rodillas. Noto una mano de Gael estrujándome la cadera mientras la otra recorre mi espalda descubierta en un movimiento descendente, provocando que me curve todavía más.

—Las gracias te las tengo que dar yo a ti —oigo levemente por debajo de la música.

—¿Por qué?

—Por dejarme disfrutar de las mejores vistas que he tenido en mi vida. —Ahora son ambas manos las que sujetan mis caderas, para pegarme más a su entrepierna—. No sabes la locura que es verte desde aquí, Galatea, eres una diosa.

Mi nombre en su boca suena tan erótico, tan sensual, que me obligo a separarme un poco de él porque me arde cada parte de mi cuerpo.

Algunas más que otras.

Bailamos siguiendo el ritmo de la música, chocando nuestras pelvis cuando la canción lo requiere, y cuando no también, aprovechando cada momento para tocarnos un poco más, para apretarnos un poco más, para calentarnos un poco más. Rozando nuestras piernas, nuestro abdomen. Gael me acaricia la espalda y yo hago lo mismo con su pecho, haciendo zigzag mientras bajo hasta el suelo de forma sensual, agachándome frente a él sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿Qué te parecen estas vistas? —le pregunto divertida al incorporarme.

—Que el próximo que va a bajar hasta el suelo voy a ser yo, pero para arrodillarme ante ti y rezarte.

Que me quema todo, me arden hasta las entrañas. Quiero besar a Gael, quiero fundirme en él, derretirme entre sus brazos, sus manos, sus labios. Levanto el mentón y me acerco a su boca deseosa cuando por encima de su hombro veo algo que me saca del trance erótico en el que estaba metida.

Brina nos está mirando. Pero sus ojos son distintos esta vez. No solo veo odio, rabia y celos. Veo anhelo, veo tristeza.

Está llorando.

Brina está llorando por mi culpa.

Me despego de Gael bruscamente, lo que lo deja confuso. Antes de que pueda dirigirme a ella, Brina sale corriendo hacia la terraza. Debato conmigo misma si ir tras ella es lo correcto. ¿Qué cojones hago? Verme a mí creo que es lo último que quiere. Pero estaba sola. Yo he vivido en mis propias carnes la vomitiva sensación de llorar sola y borracha en una fiesta. No puedo dejarla así, y mucho menos con la culpa que siento ahora mismo.

—¿Pasa algo? —me pregunta Gael en la oreja.

—Brina nos estaba mirando, ha salido llorando a la terraza. —Gael se gira perplejo—. Vete a ver cómo está.

—¿Yo?

—Sí, está llorando por nosotros dos, y no creo que ir yo mejore las cosas. Mucho menos si vamos juntos. —Gael resopla—. Yo buscaré a Alessandra, no la he visto salir con ella, así que estará por aquí. Tú no la dejes sola.

—No tardes, ¿vale?

Gael me coge la cara con ambas manos y me da un tierno beso en la frente antes de salir hacia la terraza. Me tomo el lujo de observarlo mientras se aleja. Tiene una espalda tan ancha, un caminar que rezuma sensualidad a cada paso. A regañadientes, aparto la vista y me dispongo a buscar a la hiena número dos, Alessandra. Pánico me da pensar en su reacción cuando se lo cuente, solo espero que el vestido de hoy no salga perjudicado.

Porque al único que le voy a permitir que haga lo que quiera con él esta noche es a Gael.

Capítulo 46



Gala

Hay noches verdaderamente surrealistas. Tal vez los astros se alinean para que suceda en pocas horas lo que debería suceder en días, no lo sé. Lo que sé es que la noche de hoy está siendo un cúmulo de sucesos que no dejan de alterar mi estado emocional. Me siento en una montaña rusa, una montaña rusa que es engullida por un huracán cuando recibo un mensaje por el grupo de «Las Niñas»: Elena: Si te llama, no se lo cojas.

Yo: ¿De qué hablas?

Lola: Darek te va a llamar, va muy borracho y muy desesperado,
no se lo cojas.

Yo: No entiendo nada. ¿Desesperado por qué? ¿Cómo lo sabéis?

Lola: Porque estamos de fiesta y él también.
Elena: Se ha acercado a hablar con nosotras.

Yo: ¿Qué os ha dicho?

Lola: Ya te lo puedes imaginar.
Elena: Nos ha preguntado por ti, quería saber cuándo volvías, cómo estabas.
También nos ha pedido que hablemos contigo, para convencerte de que lo perdones.

Lola: Es que menudo imbécil… Ha intentado hacernos el lío a nosotras.
Elena: Se ha puesto a llorar y todo, tía…

Yo: ¿A llorar? Estoy flipando…

No es la primera vez que Darek llora como táctica de persuasión para que lo perdone. Pero me sorprende que lo haya hecho delante de ellas. Siempre ha sido algo íntimo, de cara a los demás se muestra inquebrantable en todo momento.

Yo: ¿Cómo está ahora?

Visto. No responden.

Yo: No le voy a coger ninguna llamada, pero quiero saber cómo está.
Por favor .

Elena: Mal, está aquí en la terraza, con un amigo suyo, ahora no está llorando.
Pero está mal, no deja de mirarnos con cara de pena.
Lola: Porque sabe que lo estamos vigilando para que no te llame.
Pero en cualquier momento lo hará.

Bloqueo el móvil ansiosa. Lo pongo en modo silencioso, pero decido volver a ponerle el sonido a los pocos segundos. No dejo de pensar que ahora mismo Darek está pasándolo fatal por mí. No estar allí para él me reconcome por dentro. Porque, a pesar de todo, me sigue importando como persona, como alguien a quien he querido muchísimo.

Como alguien a quien quiero, aunque sea de diferente forma.

Alessandra no ha tardado ni dos segundos en salir escopeteada hacia la terraza cuando le he dicho que Brina estaba llorando fuera. No me ha dado tiempo a avisarla de que seguramente Gael estaría con ella, así que no sé cómo estarán las cosas allí fuera. No pienso asomarme, no es mi guerra ni quiero formar parte de ella. Suficiente tengo con los dolores de cabeza que me provoca Darek.

Como si de una invocación se tratara, recibo una llamada.

Temblorosa, saco el móvil del bolso lo suficiente como para ver

que es Darek. Su nombre, nada más. Ya no hay rastro de ese emoticono de un corazón blanco, porque hace pocos días lo quité. Solo Darek, nada más. No cuelgo la llamada, pero tampoco la cojo. La dejo sonar.

Otra llamada.

Saco el móvil; es Darek; guardo el móvil dejándolo sonar.

No puedo prestar atención a nada de mi alrededor. Idara me dice algo pero no logro entenderla. No puedo. Solo puedo sentir los latidos de mi corazón y la congoja en mi pecho al imaginarme a Darek llorando al otro lado de la llamada. No debo hacerlo, no debo coger la llamada. Pero me siento tan mal, tan culpable, tan responsable de su dolor...

Otra llamada.

Saco nuevamente el móvil del bolso e impulsivamente me dirijo hacia la terraza mientras observo cómo su nombre se ilumina en la pantalla. «Si llego a la terraza y todavía no ha colgado, se lo cojo. Si la llamada se corta durante el camino, no lo haré», pienso para mí misma como una estúpida dinámica para sentir que tengo el control de una situación en la que Darek está involucrado.

Llego a la terraza, la pantalla del móvil sigue gritando su nombre.

Antes de que este se desvanezca, me dirijo a la zona más alejada de Brina y Gael y me pongo de espaldas a ellos. Sé que Gael me ha visto, igual que Alessandra, que los observa junto a Marco a pocos metros. Pero por suerte Brina no lo ha hecho, al menos por el momento.

Siento que todas las entrañas de mi cuerpo van a escapar por mi boca cuando descuelgo el teléfono. No digo nada.

—¿Gala? Gracias a Dios, por fin... —Su voz suena tan rota, el nudo de mi garganta no me deja responder—. Bebé, te echo tanto de menos, no sabes la falta que me haces.

—Vas borracho, Darek. —Me arde la tráquea aguantando las ganas de romper a llorar.

—Te diría lo mismo si no lo estuviera, te quiero, Gala. ¡Te amo, joder! Por favor, no sé qué hacer sin ti, me estoy volviendo loco.

Lágrimas calientes se deslizan por mis mejillas. Intento mantenerme todo lo entera que puedo. Me niego a que me oiga llorar, me niego a que note un mínimo de debilidad por él.

—¿Qué quieres, Darek?

—A ti, Gala. A ti. No sabes cómo lo estoy pasando. Necesito verte, olerte, tocarte…

—No puedo ayudarte con eso.

—Bebé… Por favor… ¿Cuándo vas a volver?

—No voy a volver, olvídate de mí, Darek, por favor.

—Gala, mi vida sin ti es una mierda. Todo es oscuridad, tú eras la única luz que me mantenía vivo. Soy un gilipollas por no haberte valorado como te merecías. Porque tú te lo mereces todo, Gala, te lo mereces todo.

Silencio. No puedo responderle o un sollozo brotará de mi boca. Tengo un cúmulo de sentimientos atiborrándome el pecho, unos sobre otros, que no sé qué decir, no sé qué hacer. Una parte de mí sabe que si algo se le da bien a Darek es la palabrería, sabe qué decir en cada momento para hacerme sentir de la forma en la que él desea hacerlo. Por eso no tendría por qué creer en sus palabras. Realmente no lo hago. Pero otra parte de mí se alegra tanto de oírlas… Necesitaba oírlas. Me hacen sentir bien, me hacen sentir querida en cierta manera. Me hacen sentir llena.

—Gala, ¿podemos hablar mañana? Quiero hablar contigo bien, sin ir borracho ni llorando. —Un triste suspiro se escapa de su boca—. Te necesito.

—No va a haber más conversaciones, Darek. Esta no tendría ni que estar pasando.

—Entonces ¿por qué me has cogido el teléfono?

—Estaba preocupada por ti.

—Uno no se preocupa de quien no le importa. —Voy a replicar cuando, tras una anhelante risita, prosigue—: Bueno, tú sí. Tú siempre te preocupas por todo el mundo, eres tan buena siempre, bebé. Nadie te merece, ni siquiera yo. Por eso quiero cambiar, quiero ser lo suficientemente bueno para ti.

—Es demasiado tarde, Darek. Lo nuestro está muerto. —Es indescriptible el dolor que siento en el pecho al decir eso.

—No me digas eso, por favor; me estás matando, Gala. —Oigo un sollozo—. Solo te pido una última conversación en condiciones, sin ir los dos borrachos, por favor. Quiero hablar bien contigo.

—¿Los dos? —pregunto sorprendida.

—¿Crees que no oigo la música de donde sea que estés? —Su tono cambia, se vuelve más hosco—. No quiero arruinarte la noche,

solo necesitaba oír tu voz. Eres la única que sabe calmarme. Por favor, Gala, hablemos mañana. Solo te pido eso, nada más.

No debería ceder. No debería hacerlo. Pero la congoja, la culpa y la ansiedad de dejar que esta sea la última conversación entre nosotros me rompen el corazón. No quiero que esto se acabe así. Por una llamada borrachos. Me gustaría tener esa última conversación donde poder hablar como adultos. Donde expresarle lo que siento para sentir que puedo desprenderme de él de una vez por todas, de forma sana y cordial. Me haría muy feliz que, a pesar de todo, nuestro final fuese honesto y sano.

—Solo será una última conversación. —Me arrepiento nada más escupir las palabras por la boca—. No es un paso para darte otra oportunidad, no quiero que me la pidas.

—No te pediré nada más. —No me hace falta verlo para saber que está sonriendo, ha conseguido lo que quería—. Solo una conversación.

—Una despedida.

Tarda unos segundos en contestar.

—Una despedida.

—Adiós, Darek.

—¿Me lo prometes? ¿Me prometes que mañana hablaremos?

Esta vez el silencio es más largo.

—Te lo prometo —cedo finalmente.

—Gracias, gracias, mi vida.

—Adiós, Darek.

—Hasta mañana, bebé, te quiero.

Cuelgo.

Mis manos son incapaces de abrir la cremallera del bolso de lo mucho que tiemblan. Me siento ebria de emociones, tanto buenas como malas. Pero sobre todo siento un atisbo de felicidad. Por saber que aún le importo, por ese «Te quiero» final. Saber que puedo cerrar este ciclo tan importante en mi vida de una mejor manera me hace sentir bien, en paz. Me siento orgullosa, he sido fuerte.

Esto lo hago por mí, no por lo que sienta por él, lo hago por mí.

No creo que tener una última conversación con él sea nada malo.

O eso intento hacerme creer, otra vez.

Capítulo 47



Gala

Definitivamente, los astros se han alineado esta noche para que yo, Galatea Bianchi, me vuelva total y completamente desquiciada. Cuando pensaba que la noche no podía sorprenderme más, me encuentro subida a caballito sobre Gael, cubierta por una ridícula manta de topos rojos, camino de la playa.

Hemos vuelto de la fiesta, pero todavía no teníamos ganas de que la nuestra terminara, así que le he propuesto irnos a la playa a ver el amanecer. Hemos pasado por su casa para coger un par de bolsas de patatas, una botella de agua y una manta con la que arroparnos. Debería haberme puesto unas deportivas y dejar estos tacones infernales, pero los zapatos de Gael me iban demasiado grandes como para poder caminar con ellos, así que me los he quitado y me ha subido a su espalda.

Me suelto de su cuello con cuidado y me siento sobre las diminutas rocas. Madre mía, ¡cómo me queman las plantas de los pies! No vuelvo a salir con tacones en mi vida. Gael se sienta a mi lado y yo levanto el brazo para invitarlo a que se acurruque bajo la manta.

—Me sorprende que tengas una manta de topitos como una abuela —lo chincho mientras se mete debajo.

—Más te sorprenderá saber que es de mi tío.

—No me lo puedo creer. —Río divertida.

—No le digas que te lo he dicho, me gustaría mantener mis

testículos intactos.

Las mejillas me duelen de tanto sonreír mientras observo cómo Gael intenta abrir torpemente una bolsa de patatas fritas que tienen una extraña forma en espiral. Creo que no las he probado nunca, pero me da igual, con el hambre que tengo ahora mismo me parecen lo más apetecible de este mundo.

Después de Gael.

—He visto en la terraza que estabas en una llamada, te he visto tensa. ¿Todo bien? —Intento no pegar un respingo al oírlo.

«Mierda.»

—Sí, todo bien. —Me llevo una patata a la boca.

—¿Quién era? —pregunta por curiosidad, tirando levemente de la manta para taparse mejor.

Mi muslo queda destapado, así que doy un saltito para acercarme y volver a meterlo bajo esta.

—Mi amiga Elena —miento.

—¿Está bien? —Una punzada en el corazón me advierte de que no debería estar mintiendo.

—Sí, está bien… —«Claro que está bien, no era Elena, era Darek»—. A veces le dan ataques de ansiedad cuando está de fiesta, se agobia con tanta gente y me ha llamado a mí para que la ayude a calmarse.

«Mentirosa, puta mentirosa.»

—Eres adorable. —Me mira risueño.

«No, por favor, no.»

¿Por qué le he mentido? ¿Por qué no le digo lo que realmente ha sucedido? No ha pasado nada, no tengo por qué mentirle. No debería haberlo hecho.

Gael hace el gesto de acurrucarse bajo la manta y tira de ella de nuevo, para cubrir todavía más su cuerpo. Me acerco más a él, pegando mi cuerpo al suyo.

—¿Tanto frío tienes? —pregunto frotándole el brazo para darle calor.

—Ni una pizca.

—Si me estás quitando la manta todo el rato, mentiroso. —Enarco las cejas escéptica.

—¿Segura? —Sus ojos se oscurecen al posarse un segundo sobre mis labios—. ¿Crees que lo que quiero es la manta?

Trago saliva al darme cuenta de la cercanía de nuestros cuerpos, de cómo me he ido aproximando poco a poco a él cada vez que tiraba de la manta, quedando completamente pegados el uno al otro.

—Serás tramposo —río, aunque mi tono de voz es más tembloroso de lo que me gustaría admitir—. ¿Has conseguido lo que querías?

—No, todavía no. —La forma en la que susurra sobre mi oído me eriza la piel—. ¿Puedo?

Asiento a su petición sin ni siquiera saber qué es lo que me pide, porque, sea lo que sea, puede hacerlo. Estamos prácticamente a oscuras, acogidos por la tenue luz que muy lentamente emergerá pronto del horizonte, pero es suficiente para poder observar cada detalle de él. Es suficiente para poder apreciar cómo su mandíbula se tensa, cómo sus pupilas se dilatan, cómo desliza sus manos sobre mi cintura como una caricia, provocando una descarga eléctrica en mi vientre, mientras me acerca a él.

No deja de mirarme a los ojos ni por un segundo. Yo tampoco lo hago mientras, a horcajadas, me siento sobre él. La tela del vestido se estira provocando que mis muslos y mis caderas queden al descubierto rozando la suave tela de la manta, pero tampoco es que me importe, con el ardor que siento ahora mismo por todo mi cuerpo es imposible apreciar el frío de la madrugada.

No le miro los labios, pese a que estoy deseando recordar a qué saben. No puedo hacerlo, no puedo dejar de ver a través de sus pupilas, como si romper el contacto visual significara volver a levantar el muro que tanto me ha costado derribar.

—¿Así mejor? —murmuro acurrucándome contra su pecho.

—Mucho mejor.

Un cálido escalofrío se desliza por mi columna vertebral, haciéndome temblar sobre su regazo. Noto cómo desliza la manta sobre mis hombros en respuesta, envolviéndonos a los dos completamente.

—¿Tanto frío tienes?

—¿Crees que lo que quiero es la manta? —lo imito.

Su mandíbula se tensa ante mi declaración, ante la caricia de mi aliento contra su cuello. Sus manos se deslizan por mis caderas con delicadeza, dedicándome suaves caricias que solo provocan que el ardor que inunda mi vientre se intensifique más y más. Noto cómo la

respiración de Gael se profundiza cada vez que rozo mis labios por su cuello y dejo suaves besos sobre él. Casi se me escapa un gimoteo al notar cómo en una de sus caricias estruja mis caderas con necesidad, incapaz de aguantar más esta lenta tortura que, personalmente, estoy disfrutando.

—Ya has conseguido lo que querías, ¿no? —ronroneo en su oído.

—Joder —es lo único que consigue verbalizar.

Río para mí al notar cómo vuelve a agarrarme las caderas con fuerza, apretándome contra su entrepierna. Me separo de su pecho para volver a quedar cara a cara, para volver a mirarlo a los ojos. No puedo evitar fijarme en lo mucho que destellan a pesar de estar prácticamente a oscuras, como si estos tuvieran una luz propia que los hiciera brillar.

—Eres preciosa. —Sus palabras son prácticamente un suspiro.

Algo se retuerce en mi entrepierna, obligándome a frotarla levemente contra él para aliviar el dolor. Gael responde con un gruñido ante mi roce, su boca se acerca a la mía y por un segundo creo que esta vez va a ser él quien rompa la poca distancia que queda entre nosotros, pero sus labios solo rozan los míos con un susurro:

—Pídemelo y lo haré.

Ahora soy yo la que no consigue verbalizar ninguna palabra y en su lugar suelto un ridículo gimoteo contra sus labios mientras me aprieto contra él, frotándome hacia delante y hacia atrás en un inútil intento por aliviarme, pero no es suficiente, necesito más.

—Quiero follarte, Galatea, necesito follarte, solo tienes que pedírmelo —sus palabras son casi una súplica contra mis labios—, pídemelo.

—Fóllame, por favor.

En un instante, sus labios se encuentran en un beso intenso y anhelante con los míos, que tampoco han esperado a que se acerquen, elevándose en su búsqueda. Un estallido me inunda el pecho cuando nuestras lenguas se entrelazan. Me sujeto con ambas manos de su cuello para atraerlo todavía más hacia mí, pegando mi pecho contra el suyo y provocando un gemido en su boca. Él me agarra con fuerza, clavando las yemas de sus dedos en mi espalda y bajándolas por debajo de la manta hasta llegar a mi culo, que amasa como si pudiese crear una figura de cerámica con este.

El anhelo y el deseo con el que nos devoramos son atroces. No

era realmente consciente de la necesidad que tenía del roce de Gael hasta este preciso instante, donde no quiero ni respirar con tal de que su boca ocupe la mía eternamente. La necesito sobre mis labios, sobre mi cuello, sobre mis pechos, sobre mi sexo. Necesito que Gael me toque por todas partes. Me arde cada milímetro de la piel donde se posan sus manos. Gael baja hasta mi cuello, lo muerde, lo lame, lo besa, mientras, agarrando mis caderas, me mueve hacia delante y hacia atrás, frotando nuestros sexos a través de la ropa, que ojalá ninguno de los dos lleváramos puesta. Gimo en su boca al notar cómo me invade la oleada de placer que provoca el roce de mi clítoris con su pelvis.

—Hostia puta, ¿pero cómo gimes así? —gruñe en mi boca, lo que me hace gemir todavía más.

La intensidad de sus movimientos no opaca la dulzura que hay en ellos. No solo es una atracción carnal, Gael me sujeta con mimo, me besa con devoción. Se separa de mi boca para volver a mi cuello mientras me frota con más fuerza sobre él, como si con nuestro roce intentara borrar cada capa de tela que nos separa.

—Me vuelves loco —jadea entrecortadamente—. Me vuelves jodidamente loco.

—Gael... —gimo en su boca.

—No sabes las ganas que tenía de ti.

Sus palabras solo provocan que mi entrepierna arda todavía más. Lo necesito en todos lados. Quiero que se adueñe de cada trocito de mi cuerpo. Aprovechando el cobijo que nos proporciona la manta, Gael se desabrocha el pantalón que tanto le aprieta la erección y yo deslizo las mangas de mi vestido hacia abajo, dejando expuestos mis pechos, que se erizan ante la fría brisa.

—Dios, gracias.

—¿Gracias? —Río sorprendida.

Pero mis carcajadas se cortan de sopetón transformándose en un profundo gemido cuando la boca de Gael rodea uno de mis pezones y empieza a lamerlo, mientras con la otra mano masajea el otro pecho.

Me muerdo el labio disfrutando de cada movimiento de Gael mientras me balanceo hacia delante y hacia atrás sin cesar, presionándome contra él. Muerde y lame mis pezones con mimo y necesidad, alternando su boca entre ambos como si no pudiera escoger en cuál centrarse. Cuando creo que nunca se va a saciar de ellos, sus

labios vuelven a subir por mi cuello en busca de los míos, aunque su mano izquierda no abandona el pecho que me aprieta tan fuertemente, haciéndome gemir en su boca.

Los besos carnales se transforman en suaves caricias entre nuestros labios, en pequeños mordiscos llenos de ternura. Los besos suaves vuelven a tornarse intensos, duros, animales.

Mi cuerpo está completamente en llamas, anhelo su cuerpo dentro del mío. No sé cuánto rato llevamos así, intentando acabar con el aliento del otro de las maneras más dulces y violentas posibles, pero mi entrepierna empieza a doler demasiado, sintiendo celos de mi boca, deseosa de ser también atendida. Me aprieto contra su erecto pene una vez más, notando cómo lograría meterlo en mí, sería tan fácil y placentero...

—Quítatelo —gimoteo tirando de su pantalón.

—*Sirenetta*, espera... —gime en mi boca—. Deberíamos parar...

—¿Por qué? —lloriqueo mordiendo su labio inferior.

—Gala, joder... —gruñe cogiéndome la cara con ambas manos—. Tenemos que parar... —Tras apretar sus labios contra los míos en un último beso, los separa de mí.

—¿Qué pasa? —pregunto confusa, flotando en una nube de emociones—. ¿Ya no quieres?

—No dudes que tengo tantas ganas como tú. —Me coge una mano y la aprieta contra la dureza de su miembro para confirmar sus palabras. Me escondo entre mis hombros divertida—. Pero llevamos mucho rato aquí, se nos está haciendo tarde, mejor dicho, pronto.

—Todavía tenemos tiempo... —Aprisiono su boca con la mía de nuevo.

—Créeme que no tenemos suficiente tiempo para todo lo que quiero hacerte. —Feroz, vuelve a apretar mi cuerpo contra el suyo—. No me lo pongas más difícil...

—¿No quieres que te dé más besitos? —ronroneo jugando con su cuello.

—Cariño, lo que no quiero es que me pillen con la cabeza entre tus tetas.

Me quedo tiesa ante su declaración. Dejo de besarlo y me retiro unos centímetros de su boca para volver en mí.

¿Cuánto tiempo llevamos besándonos? Miro a mi alrededor sujetando la manta con fuerza, para asegurarme de que no se me ve

nada, cuando descubro que no somos las únicas personas que han venido a recibir al amanecer.

A pocos metros, en el muelle, un par de barcos pesqueros se preparan para salir a alta mar a trabajar. También, a lo lejos, observo cómo una pareja de turistas se acerca hacia aquí. Pero lo peor de todo es que, al mirar hacia mi izquierda, descubro que un grupito de personas ya están sentados en la orilla como nosotros, esperando al amanecer, o disfrutando del espectáculo que les acabamos de dar. No están tan cerca como para haber oído mis gemidos, pero sí lo suficiente como para ver cómo me frotaba desesperada contra Gael bajo la manta.

—¡Tápame, corre! —gimoteo nerviosa mientras suelto la manta para subirme las mangas del vestido—. ¡No te rías, capullo! —Le doy un suave puñetazo en el pectoral—. ¡¿Por qué no me has avisado antes?!

—¿Crees que yo puedo estar pendiente de lo que sucede a mi alrededor teniéndote a ti encima semidesnuda? —Ríe divertido.

Sus ojos brillan al mirarme, o tal vez solo sea la luz del amanecer, cada vez más cercana. Tras volver a recoger mi cara entre sus manos, me da un suave y tierno beso. Sin prisa, sin ansia, sin carnalidad. Un beso dulce que termina acariciándome las mejillas con las yemas de sus pulgares.

Una vez vestida, me aparto del regazo de Gael y vuelvo a sentarme a su lado. Mi cuerpo se siente helado ante la pérdida de su contacto, así que me acurruco bajo la adorable manta de topitos haciendo un mohín que le hace sonreír enternecido mientras pasa un brazo por encima de mis hombros y me arropa en un cálido abrazo.

Con el otro, me recoge una mano con suavidad y empieza a dibujar suaves círculos sobre esta. Dejo caer mi cabeza sobre su hombro y sonrío al notar cómo me da un breve y tierno beso en la cabeza, como si hubiera intentado hacerlo de la forma más delicada posible, para que no me dé cuenta. Sentados en la orilla, entrelazamos nuestros dedos como si llevásemos toda la vida haciéndolo, mientras admiramos juntos cómo surge el precioso amanecer.

Capítulo 48



Gala

Me despierto con cuatro llamadas perdidas de Darek. Dos a las nueve de la mañana, otra a las diez y veinte y otra a las doce del mediodía. Son las tres de la tarde, pero a duras penas puedo mantener los párpados abiertos, estoy totalmente agotada, aunque por suerte el dolor de cabeza esta vez es mucho más tenue y soportable. Mi resaca es más emocional que alcohólica.

Pese a que las llamadas de Darek encienden una voz de alarma en mi interior, no me reconcomen tanto como esperaba. Mi mente, nublada por un nubarrón denso de emociones y recuerdos de la noche anterior, todavía no procesa con claridad lo ocurrido.

Volví a besar a Gael.

Besé a Gael con un hambre feroz, era incapaz de pensar en otra cosa que no fuese su tacto sobre mi piel. Si él no hubiera arrojado un poco de cordura a la situación, lo habría dejado adentrarse en cualquier parte de mi cuerpo. En cualquiera, literalmente.

Siento una pesada culpa en mi pecho que hacía muchos días que no se había dejado ver, pero que ha vuelto a aferrarse a mis costillas con fuerza por culpa de sus malditas llamadas. Si se supone que todavía estoy rota por no poder estar con Darek, ¿cómo estoy ya pensando en otro hombre? ¿Cómo he estado a punto de acostarme con otro que no sea él? Él me había llamado escasas horas antes, desesperado.

¿Seguiría llorando mientras yo me dejaba llevar con Gael?

¿Puedo ser la persona más horrible del planeta?

Siento que mi dolor hacia Darek pierde valor con mis acciones y me repatea. Quiero dejar de querer a Darek, pero de una forma correcta. Siempre he sentido que en cada ruptura con él necesitaba un tiempo para volver a rehacer mi vida, una especie de luto, para guardarle un respeto emocional en cierto modo, guardármelo a mí misma también. Un luto que jamás había roto, hasta ahora.

Meneo la cabeza intentando deshacerme de esos pensamientos. ¿Un luto? No sé por qué pretendo creer que la forma correcta es guardarle respeto a una persona que nunca lo ha tenido conmigo, ni siquiera dentro de nuestra relación. No hay una forma correcta de pasar una ruptura, no hay una fórmula que me diga cuántas horas, minutos y segundos he de esperar para volver a rehacer mi vida.

Entonces ¿por qué me siento tan culpable?

¿Acaso yo no me he pasado noches llorando desconsolada mientras él estaba haciendo a saber qué por ahí?

Aturdida, me levanto de la cama y me meto en el baño a darme una ducha. Una vez más relajada, limpita y consciente de mí misma, bajo al comedor, donde me encuentro con mis abuelos.

—*Buongiorno, bella addormentata* —me saluda mi abuelo—. ¿Quieres comer con nosotros?

—Te he guardado estofado. ¿Quieres un poquito? —me ofrece mi abuela.

—Pese a que tiene una pinta buenísima —inhalo el olor que el manjar de mi abuela ha dejado por el comedor—, tengo el estómago cerrado, comeré luego.

Me siento en el sofá mientras ellos terminan de comer. Me resulta extraño que estén comiendo tan tarde, pero, conociéndolos, seguro que han estado esperando a que me despierte, hasta que sus tripas han sucumbido. Me preguntan sobre la noche de ayer y yo les cuento sin entrar en detalles, evitando explicarles cómo hice llorar sin querer a otra mujer, cómo volví a hablar con mi ex, cómo Mattia el baboso casi me agrede sexualmente y cómo el sobrino de Pasquale me metió la lengua hasta la campanilla.

—Llegaste muy tarde, ¿no?

—Sí, nos quedamos un rato en la playa viendo el amanecer.

—¿Vosotras solas? —pregunta mi abuela, dando por hecho que

estoy hablando de Valen e Idara—. ¿Volviste sola? ¿No te acompañó el *ragazzo* de Pasquale?

—Sí, sí. —Carraspeo—. Él vino con nosotras, me acompañó hasta la puerta, nunca deja que vuelva sola.

—Es un muchacho muy lindo. —Me hace reír la forma en que mi abuela pronuncia la palabra «muchacho»—. Es muy bueno, muy educado, muy trabajador y muy guapo, ¿no te parece?

Giro divertida el cuello para mirarla de frente.

—Sí, es muy bueno… —Entrecierro los ojos—. ¿Estás intentando venderme al sobrino de Pasquale?

—*Non credo di doverlo vendere, l'hai già comprato…*

«No creo que me haga falta vendértelo, ya te lo has comprado.»

Mi abuelo ríe antes de meterse una pequeña cucharada de estofado en la boca. Aprieto los labios divertida mientras noto cómo mis mejillas se enrojecen.

—¿Qué insinúas? —la increpo.

—Nada, nada… —Su mirada la delata al buscar los ojos cómplices de mi abuelo.

—¿Qué os traéis entre manos vosotros dos?

—Nada, nada —repite mi abuela—. Solo que os han visto alguna que otra vez por el pueblo juntos.

—Claro, trabajamos juntos… —Me miran sospechosos—. Somos amigos, nada más.

Ambos ríen y vuelven a sus platos.

—¡Es solo mi amigo!

—Vale, vale… —rechista mi abuela—. Nos habremos confundido.

—Sí, os habéis confundido. —Intento esconder mi sonrisa para fingir indignación.

Tras levantarme del sofá, cojo mi lectura actual de la mesita del comedor y me dirijo al balcón. Antes de cerrar la puerta para que no les entre frío, mi abuela sube el tono de voz para que la oiga y, sin mirarme, me suelta:

—Dile a tu amigo que la próxima vez que venga a verte puede entrar por la puerta.

Mi abuelo, sorprendido, escupe lo que tenía en la boca y estalla en carcajadas junto con mi abuela. Yo me pongo roja como un tomate pero no puedo evitar reírme. Me tapo la cara de la vergüenza que me está dando y cierro de sopetón el balcón, que opaca ligeramente las

sonoras carcajadas de mis abuelos.

Me siento en la vieja hamaca y dejo el libro sobre la pequeña mesa. Cojo una fina manta que siempre tiene mi abuela aquí fuera y me tapo hasta las rodillas. Sonrío al recordar la manta de topos rojos de Pasquale. Pienso en lo sucedido esta madrugada, pienso en la fresca brisa marina que el cálido roce de Gael me hizo olvidar.

Pienso en Darek.

Le prometí que hablaríamos. No sé por qué narices se lo tuve que prometer, pero lo hice y, a diferencia de él, yo cumplo mis promesas. Se me pasa por la cabeza el no hacerlo, no voy a mentir. No ha vuelto a llamar, puede que haya desistido, o puede que llame dentro de un rato otra vez.

Desbloqueo mi móvil y entro en nuestro chat. Noto mi corazón crujir al ver nuestra última conversación. El último mensaje que le envié. Todavía no he sido capaz de borrar todas nuestras conversaciones ni los mensajes bonitos de Darek guardados en «Favoritos», pero decido no mirarlos. No abrir la herida que tan bien estaba logrando cicatrizar.

Lo desbloqueo.

Dije que volveríamos a hablar, pero no puedo oír su voz. No quiero oírla. Con el corazón en la garganta, le escribo un mensaje.

Hola, me acabo de despertar.

Quince segundos después recibo su llamada.

No la cojo.

Prefiero hablar por aquí.

Gala, por favor, me gustaría hablar las cosas bien.

Podemos hablar bien por aquí, no estoy cómoda con una llamada.

Me gustaría oír tu voz una última vez, por favor.

En dos segundos le doy mil vueltas a la opción.

¿Qué quieres de mí, Darek? Creo que entre nosotros no hay nada

más que hablar.
Nos podemos despedir bien por aquí.

No lo puedes decir en serio.
¿Así quieres que sea nuestra despedida después de tanto tiempo?

No quiero que se compliquen las cosas, oír tu voz no creo que me convenga.

Pues yo necesito oír la tuya, no puedo dejarte ir así, me niego.
Por todo lo que hemos pasado, por todo lo que hemos sido, por favor, llámame.
No tenemos quince años, podemos hablar como adultos, yo no tengo ningún problema.

No consigo llorar, pero me es imposible respirar con esta sensación de congoja abrasándome la tráquea. ¿Qué hago? Tiene razón, puede que me esté comportando como una cría. ¿No soy lo suficientemente madura? Tal vez ese sea uno de los problemas que le impiden hacer las cosas bien conmigo.

Con una condición.

Claro, dime.

Que no me pidas volver a estar juntos.

¿Esa es tu preocupación? Estate tranquila, no quiero volver.
Sé que ayer pude sonar desesperado, porque estaba borracho y, sí, te echo de menos.
Pero yo también he tenido tiempo para pensar, para sanar mis heridas.
Quiero hablar contigo para terminar las cosas bien, porque has sido demasiado importante para mí, no quiero que te vayas de mi vida de esta manera.
Solo quiero hablar contigo, nada más.

Lo vuelve a hacer. En un segundo me hace sentir que he perdido totalmente el control sobre la situación. Lo tiene él. Lo tiene él porque es quien tiene las cosas claras, quien está actuando con cabeza, pensando en él pero también en mí. Le importo demasiado como para

terminar bien, pero no lo suficiente como para empezarlo de nuevo. ¿Ya no quiere volver conmigo? ¿Qué he hecho yo para que no quiera estar conmigo? Soy yo la que ha de sanar sus heridas, no él.

Yo soy la víctima, no él.

> No quiero presionarte, si no estás preparada esperaré.
>
> Llámame.

Capítulo 49



Gala

—Hola.

—Hola. —Mi respuesta es casi un susurro.

—¿Has dormido bien?

—Sí, ¿tú?

—Bueno, he tenido mejores noches.

Silencio. Casi puedo notar el cálido aliento de Darek contra el teléfono.

—¿De qué querías hablar? —Trato en todo momento de tener un tono fuerte, de parecer segura, aunque sé que es en vano. Darek me conoce tan bien que solo con mi forma de respirar sabe si estoy nerviosa o no.

—De nosotros, me duele que esto termine así. Cuando recibí tu mensaje… Se me cayó el mundo encima, Gala. Haber pasado tantos días sin saber dónde estabas, creyendo que no volvería a verte, creí que me moría.

—Bueno, ahora sabes dónde estoy —respondo tras unos segundos indescriptiblemente densos—. Suelta lo que quieras decirme, Darek.

—Solo quiero pedirte perdón, quiero que sepas que eres lo mejor que me ha pasado en la vida y que estoy muy arrepentido de no haber sabido quererte de la forma que mereces. —Las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas—. No quiero rogarte más oportunidades, aunque me encantaría hacerlo, porque estoy tan seguro de mí mismo y de lo

que siento por ti que lucharía una y mil veces más por estar contigo, Gala. Eso quiero que lo entiendas, que no lo dudes.

Una risa húmeda brota sin control de mi garganta. ¿Que no lo dude? ¿Que no dude de que quiere estar conmigo? Tal vez hace unos meses me habría tragado las mentiras con gusto, pero ahora solo provocan en mí un ardor de rabia e impotencia que decido no escupirle. No quiero discutir, no quiero volver a lo de siempre.

—Pero me he dado cuenta de que para estar contigo he de cambiar tantas cosas de mí —prosigue— que no voy a forzarte a quedarte a mi lado mientras lo hago. Quiero cambiar, quiero ofrecerte mi mejor versión, el novio que realmente te mereces. No te llamo para pedirte otra oportunidad, porque no la merezco, no quiero volver a hacerte daño. Por eso quiero cambiar, quiero ser lo suficientemente bueno para ti. No te pediré que me esperes, pero deseo poder encontrarte una vez lo consiga. Siempre estaré aquí para ti, Gala, porque te amo y nunca dejaré de hacerlo.

Así es como Darek consigue todo lo que quiere.

Todo suena tan bonito y tan fácil desde sus labios...

Siempre consigue hacerme sentir especial, lo más valioso con lo que se ha encontrado.

Siempre consigue hacerme creer que de verdad está arrepentido, que de verdad hay una puerta abierta por donde poder volver algún día, por donde poder ser feliz con él algún día.

—Siempre que me necesites, estaré para ti —suelto en un susurro frágil—. Pero no podemos volver a estar juntos, lo hemos intentado muchas veces. Hace tiempo que dejé de luchar por lo nuestro, me rindo, Darek.

—Lo sé, lo sé, te entiendo. Por eso no quiero pedirte nada, ya has hecho más de lo que me merecía. Por eso esta vez seré yo quien luche por los dos, no te pediré otra oportunidad, pero créeme que cuando cambie para ser mejor persona para ti haré todo lo que esté en mi mano para volver a enamorarte. Eres un tesoro en la vida que nunca volveré a encontrar, un tesoro que me niego a perder.

«Ya me has perdido», pienso.

Pero no lo verbalizo, porque en cierto modo me consuelan sus palabras. Viniendo de él no sé distinguir cuántas de ellas son verdad y cuántas son mentira para regalarme los oídos. Pero decido aceptarlas por un rato, disfrutar de sus halagos.

—Nunca se sabe lo que nos deparará la vida —respondo intentando evadir un poco el foco de la conversación—. Pero el futuro no es mi prioridad ahora mismo, lo es el presente; quiero sanar, estar bien y superar lo nuestro.

—Por supuesto, no quería hacerte cambiar de opinión. —Suspira contra el teléfono—. Lo estás consiguiendo, lo estás haciendo muy bien, me alegro por ti.

—¿El qué?

—Superar lo nuestro. Lo noto en tu voz, en la forma en que has evitado durante semanas esta llamada, en que me has evitado a mí. Aunque a mí me parte el alma, sé que es lo mejor para ti, lo estás haciendo genial, estoy orgulloso de ti.

Sí, lo estoy haciendo.

Me resulta confuso que sea él mismo quien lo verbalice antes que yo, pero tiene razón. Lo estoy superando, lo quiero y lo echo de menos, pero no siento esa extrema necesidad de verlo, de tocarlo, de estar con él.

—Gracias, eso estoy intentando —decido bromear para descargar el ambiente.

Darek ríe.

—¿Qué tal por Italia? Pude sonsacarle a Elena que tenías un trabajo, pero no me dijo más y me amenazó con pisarme los huevos si intentaba preguntarte. Así que, por favor, no se lo digas.

—Muy bien —respondo risueña—. No te vas a creer de qué trabajo…

—Sorpréndeme.

—¡Pescadora! Bueno, yo no pesco, yo los limpio, los destripo, los ordeno…

—¡¿Qué?! ¿Mi princesita destripando pescado? ¡No me lo puedo creer!

Río intentando ignorar el vuelco que me da el pecho al oír cómo me ha llamado.

—¿Lo llevas bien? Espero que los compañeros te traten como te mereces.

—Sí, me cuidan mucho. —«Uno de ellos en especial»—. Quitando el hecho de que tengo que destripar peces, se me pasa rápido, me lo paso bien con ellos.

Tarda unos segundos en responder.

—No estoy para esas cosas, si es lo que estás pensando —intento excusarme, siento que he de darle explicaciones antes de que saque sus propias conclusiones.

—Ah, no, no te iba a decir nada, tú estás soltera, puedes hacer lo que quieras. —Trata de ocultarlo, pero en su tono noto un retintín de celos.

—Tú también puedes hacerlo.

—Tranquila, que lo sé.

Claro que lo sabe, porque seguro que lo lleva haciendo desde el primer día. Pero me molesta que lo quiera dejar vislumbrar; mientras yo intento hacerle ver que no se preocupe, aunque sea mintiendo, él necesita hacerme ver que yo también lo he perdido a él.

—¿Todo bien entonces? —Quiero acabar ya con esta conversación.

—Todo bien, espero que decidas volver pronto. —Su voz suena tan amigable—. Cuando estés preparada te invito a un café, que no podamos estar juntos como pareja no significa que tengamos que desaparecer de la vida del otro, ¿no?

—No creo que pueda ser tu amiga, Darek —nunca seré amiga de alguien que me ha hecho tanto daño—, es mejor respetar las distancias.

—Vale, lo entiendo, no te preocupes. Todo bien. Tampoco es lo que pretendo, no puedo ser amigo de alguien de quien estoy enamorado. —Ahí está la puntilla que le faltaba a su discurso—. Pero no creo que nos hagamos mal manteniendo un contacto cordial, ¿no?

—No... —respondo insegura.

—Me quedaría mucho más tranquilo sabiendo que si necesitas ayuda puedes contar conmigo, que si necesitas algo, lo que sea, puedes comentarlo sin problemas. Por mi parte, la puerta está abierta, solo quiero que lo sepas.

—Por la mía también.

—Gracias por esta conversación, la necesitaba de verdad. No quiero molestarte más, puedes colgarme.

—No molestas —suelto sin pensar—. Pero sí, deberíamos colgar.

—Gracias por esta despedida, espero verte pronto, que vaya todo genial, Galatea.

—Lo mismo digo.

—Adiós.

—Adiós.

Cuelgo la llamada veloz, como si apagarla a tiempo hiciese desaparecer la conversación. Pese a sentirme confusa con todo lo hablado, estoy satisfecha de haber podido cerrar las cosas de esta manera. Me alegra saber que hemos podido hablar como adultos. Me da pena que lo nuestro no pueda ser, pero me hace feliz ver que, pese a todo lo malo, ambos hemos sabido perdonarnos y quedar bien el uno con el otro. No seremos amigos, pero saber que podemos tener un trato cordial me hace sentir mejor.

Me tranquiliza ver que no ha desaparecido de mi vida del todo.

Haciéndome un ovillo, dejo el móvil sobre la mesa y lo sustituyo por la novela que tengo a medias. Siento el corazón calentito y tranquilo por haber conseguido esa última conversación que realmente necesitaba con él.

El problema es que no ha sido la última.

Ha sido la que ha abierto la veda de nuevo.

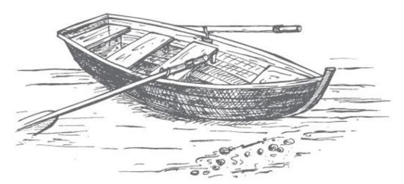
Nostalgia

Nombre femenino

1. Sentimiento de pena por la lejanía, la ausencia, la privación o la pérdida de alguien o algo queridos.

La nostalgia me invadió al recordar los momentos felices con él.

Capítulo 50



Gael

No escribo a Gala en todo el día porque no quiero agobiarla. Después de lo de ayer, no sé cómo se sentirá si le envío un mensaje, aunque me encantaría hablar con ella. Estaba empezando a sentirme un poco inquieto al ver que ella tampoco me enviaba nada. ¿Se arrepentirá de lo de anoche? Sus besos, sus caricias, sus mordiscos... Solo de pensar en ella se me pone dura. No creo que se arrepienta, aunque, conociéndola, no me sorprendería nada. No por mí, sino por sus idas y venidas mentales. La batalla que tiene consigo misma por no dejarse llevar, por seguir forzándose a no salir de la jaula donde un día la metieron.

Quería aguantar, quería que fuese ella la que diese el paso, pero no puede. Aunque, pensándolo bien, sí que lo hizo ella, porque me lo pidió. Me lo pidió por favor, joder, ¿cómo no iba a besarla?, si me iba a estallar la bragueta. No sé ni cómo fui capaz de despegarme de ella, habría pagado el sueldo de todos los puñeteros pescadores del pueblo con tal de que no salieran a trabajar ese día y haber podido devorar a Gala de la forma en que deseaba hacerlo.

Las ganas de recibir su mensaje me han obligado a poner el móvil con sonido antes de irme a dormir. Tenía el presentimiento, y la esperanza, de que me escribiría aunque fuese un mensaje de buenas noches. No me equivocaba. Tras cuarenta minutos intentando conciliar el sueño, oigo el ruidito que le he puesto a sus notificaciones. Solo a las suyas.

¿Estás despierto?

Ahora sí, ¿qué necesitas?

Saber por qué no me has hablado
en todo el día ☹️.

Una manta de paz se extiende sobre mi pecho.
Ella también quería hablarme.
«Sí, sí, sí.»

No quería agobiarte, no sabía cómo ibas a estar.

¿Agobiarme por qué?

Por las cosas de *no* amigos que me hiciste ayer.

¿Que *yo* te hice? No me hagas hablar...

Habla, por favor, compénsame todo este día de sufrimiento y dolor sin tus mensajes.

Eres muy tonto.
¿Tanto has echado de menos
mis mensajes?

Créeme que lo que más he echado de menos de ti no han sido los mensajes.

¿Qué es entonces?

Por eso me has escrito a estas horas...
¿Quieres hacer *sexting*? ¿Quieres que te diga guarradas, *sirenetta*?

¿Siempre estás pensando en lo mismo?

Solo si es contigo.

Qué romántico eres, ¡no entiendo cómo no se te tiran las mujeres encima!

Yo sé de una que sí lo ha hecho.

La única que estaba deseando que lo hiciera.
Noto cómo me tiran las mejillas.
No dejo de sonreír leyendo sus mensajes.

¿Te molesta que te escriba a estas horas?

Es que no puedo dormir.

Puedes escribirme las veinticuatro horas del día.
¿Estás bien?

Sí, sí. Es solo insomnio.
Y ganas de meterme un poco contigo.

Creo que descolgué la llamada incluso un segundo antes de que sonara.

Porque las ganas de hablar con ella no me dejaban ni respirar, disfruté de su dulce voz hasta que esta se convirtió en un susurro a medida que iban pasando los minutos. Hablamos de todo, de nada a la vez. Una conversación banal como excusa para poder pasar un rato juntos. Cada vez que oía la tenue risita de Gala a través del teléfono sentía un estallido gustoso en mi pecho.

Su risa son fuegos artificiales para mí.

Estuvimos hablando hasta que nuestras voces comenzaron a ser más lentas, más pausadas, más cansadas. Después de darnos las buenas noches, me acurruqué bajo las sábanas y me dormí pensando en mi sirenita.

Capítulo 51



Gala

Un día ha tardado Darek en volver a escribirme.

La brisa marina arrastra pequeñas gotas de agua sobre mis pies descalzos, mientras sentada sobre las rocas leo una novela. Me pongo la capucha de la sudadera, las tardes empiezan a ser cada vez más frías. Es como si el sol nos hubiera estado esperando, a Gael y a mí, a nuestros besos, para poder descansar y dejar que el frío del invierno se aproxime raudo. Esta es la cuarta novela que estoy a punto de terminar; como no tengo redes sociales con las que perder el tiempo, o leo o me vuelvo loca del aburrimiento. Hacía mucho que no devoraba los libros de la forma en que lo estoy haciendo aquí y me gusta, me gusta sentir que he recuperado esa parte lectora de mí que tanto echaba de menos. Aunque haya sido a la fuerza.

No sé por qué me sorprendo al oír la notificación. Sabía que esto podía pasar tarde o temprano, pero tenía la pequeña esperanza de que esta vez no lo haría. Siento palpitar mi corazón como un tambor mientras saco el móvil del bolso de lana. Efectivamente, ese tono de notificación solo se lo puse a una persona y esa persona es Darek.

> Hola, perdón por molestarte, es solo una pregunta. ¿Cómo se llama la hamburguesa que siempre te pedías cuando cenábamos en el sitio aquel cerca de casa de tu padre?

La pregunta me deja un poco desconcertada.

¿Qué cojones me viene a preguntar ahora sobre una hamburguesa?

La hamburguesa trufada. ¿Por?

Vale, gracias 😃.

No vuelve a escribirme. No responde a mi pregunta y hace que me plantee si me ha preguntado porque ha quedado con otra chica. ¿Por qué lo hace, si no? A ese restaurante solo iba conmigo, así que si va a ir hoy es con otra persona. ¿Tendrá los huevos de preguntarle a su exnovia qué hamburguesa recomendarle a la nueva?

¿Por qué preguntas?

Insisto intrigada.

Ah, nada, porque estoy aquí, en casa de Raúl, y los he convencido para pedir a domicilio, hace tanto tiempo que tú y yo no vamos que tenía mono.
Eric no sabe qué pedirse y le he dicho que tú te pedías una buenísima, así que me ha pedido que te preguntara cuál.

No me ha escrito porque él ha querido, ha sido por petición de su amigo Eric. Vale. En mi interior se debaten dos sensaciones contradictorias. Por un lado alivio, por saber que sus intenciones no eran buscarme. Por otra parte... ¿Rabia? No, creo que es más tristeza. Decepción tal vez. Sí, decepción conmigo misma, porque una parte de mí se había alegrado de que me estuviera buscando de nuevo solo para aliviar mi ego. Pero no, no me estaba buscando.

O eso he preferido creer.

Cuando ha empezado a refrescar más de lo que mi cuerpo quería tolerar me he ido a casa, me he dado una ducha calentita y me he escondido bajo un pijama nuevo que me ha comprado mi abuela porque por las noches paso frío y no me traje ninguno de manga larga. Es blanco con topitos rosas, y tanto el final de las mangas como el de los pantalones están bordados del mismo color.

Tras cenar junto con mis abuelos y ver un poco la tele, he decidido subirme a la habitación. Aprovecho para ordenarla porque está hecha un espanto y cualquiera de estos días vuelve a presentarse

Gael. No le he dicho que mi abuela sabe lo de sus apariciones ninja por la ventana, porque en cierto modo no quiero que deje de hacerlo. Lo echo de menos, y eso que, como siempre, nos hemos visto esta mañana a la hora del desayuno, pero se ha pasado el resto del día encerrado en el restaurante, el de aquí, no el de Manarola.

Suena una notificación.

No hace falta que me asome para saber de quién es.

Darek.

Se me cierra la garganta al ver que es un audio. ¿Ahora qué quiere? Me da cierto pánico escucharlo, pero es imposible no hacerlo, me mata la curiosidad. Le doy a reproducir:

«Galateaaa, eres una puta máquina...».

La voz no es de Darek, es del tonto de Eric.

«La mejor hamburguesa de todas, ¡estaba de locos! Las de los tontos estos estaban bien, pero nada que ver con la tuya, brutaaaal.»

Va fumadísimo. Me pregunto qué harán inflándose a porros un día entre semana a las nueve de la noche. Son un puñetero desastre.

«¿Cuándo volverás, tíaaa? Que me tienes aquí al calzonazos de Darek llorando por las esquinas...

»Chisss, cállate, imbécil.»

Esa voz sí es de Darek. No suena tan drogado como Eric, pero sí lo suficiente para reírle las gracietas. Lo suficiente para enviarme este absurdo audio, después de todo lo que hablamos ayer.

«No le hagas caso, va fumadísimo y me ha pedido que te envíe un audio, espero que no te moleste, si te incomoda que te hable dímelo y dejaré de hacerlo, buenas noches, Gala.»

No respondo. Me limito a darle un «Me gusta» al audio por no dejarlo en visto y que lo tome como una excusa para volver a escribirme. Tampoco ha hecho nada malo, ¿no? No debería hablarme, pero, bueno, ha sido algo puntual y nada intenso como para pensar en nuestra relación y nuestra ruptura. Tal vez sí podamos tener un trato cordial, tal vez sí podamos hablar como dos personas adultas sin involucrarnos románticamente. Tal vez sí podamos ser amigos, ¿por qué no? No me ha afectado recibir ese audio tanto como pensaba. Un mensaje de coña, sin más.

Una pequeña llama de nostalgia se instala en mi corazón. Una pequeña esperanza de que, pese a todo, pese a no poder estar juntos, pese a nunca ser suficiente para él como novia, acabe quedándose

conmigo. Quedándose en mi vida, aunque sea en pequeña medida. Quién sabe si en un futuro realmente cambiará, tal vez sí lo haga. Tal vez cambie y podamos empezar de nuevo, aunque sea solo como amigos. Nunca se sabe, tampoco quiero aferrarme a esa idea.

Saber que no lo he perdido por completo es suficiente.

Capítulo 52



Gala

—¿Se supone que esos disfraces tienen que dar miedo?

—Uy, sí, porque tu disfraz de caniche es aterrador —lo chincha.

—Soy un hombre lobo, así que ten cuidado, gatita, que hoy hay luna —le advierte Leo guiñándole un ojo.

—Oh, por favor. —Valen pone los ojos en blanco, pero veo cómo las comisuras de sus labios intentan disimular una sonrisa.

Idara y yo nos lanzamos un par de miradas cómplices, pero no decimos nada al respecto, hemos decidido no intervenir esta noche, y parece ser que la estrategia está funcionando.

—¡Leo, haznos una foto! —le pido siseando ridículamente por los colmillos de plástico.

Con torpeza, saco la cámara analógica del bolso y se la tiendo a Leo, que tarda unos segundos en cogerla, porque está demasiado ocupado babeando con el disfraz de gatita de Valentina. Bueno, según ella, disfraz de gatita terrorífica, pero lo único terrorífico que hay aquí son los precios a los que esta noche están las copas por ser la noche de Halloween.

Me coloco entre mis dos amigas y posamos para la foto. Valentina, a mi izquierda, posa coqueta, fingiendo sacar las garras a cámara. Yo, a su lado, abro la boca feroz, fingiendo estar a punto de morder el cuello a Idara, como buena vampira que soy, y ella finge estar defendiéndose, clavándome el tridente en el estómago, mientras

sus demoníacos cuernos parpadean de forma grotesca.

Después de guardar la cámara, nos hacemos unas cuantas fotos más con el móvil, fotos a las que Leo también se une, luciendo su peculiar disfraz de hombre lobo. No sé cómo lo han dejado entrar, porque va prácticamente semidesnudo. Marco se coloca junto a él y ambos posan como si estuvieran intentando matarse el uno al otro.

—Somos como Edward y Jacob —bromea.

—Sí, igualitos. —Río.

Marco también va de vampiro, pero evidentemente su disfraz no tiene nada que ver con el mío. Él lleva pantalones de traje negros, junto a una camisa blanca empapada de lo que simula ser sangre. Se ha puesto también un reguero de tinta que surge de la comisura de sus labios, unos colmillos igual de cutres que los míos y unas lentillas rojas.

Idara ha intentado ponerme unas a mí, pero ha sido imposible, he empezado a llorar y por poco se me corre todo el maravilloso maquillaje que me he hecho. Un ahumado negro en los párpados, unas cejas afiladas, un colorete magenta sobre una pálida base y unos labios negros que me quedan mejor de lo que esperaba.

Llevo el pelo alborotado, como recién salida de echarme una siesta en el ataúd, un corsé que no me deja respirar, pero que me sube las tetas hasta el mentón, una falda igual de corta que la del disfraz de diabla de Idara y unas botas de látex que me llegan casi a las rodillas. Todo eso empapado en supuesta sangre. Miedo no daré, pero con este disfraz podría levantar hasta a los muertos.

Aunque ya le he enviado a Gael una foto disfrazada cuando nos hemos terminado de arreglar en casa de Idara, le envío un par de fotos más, una en la que salimos nosotras tres y otra en la que salimos todos.

Dios, eres la vampira más sexy del planeta.
Ah, espera, ¿hay más gente en la foto?
No me había dado cuenta, no podía apartar la vista de esos colmillos.

¿De los colmillos? Yo que quería que me miraras las tetas.

Bueno, estaba fingiendo ser caballeroso, pero si quieres te digo lo que te haría con esas botas puestas.

¡Pervertido!

¡Has empezado tú!
¿Cómo van las apuestas?

Si no se besan en los próximos quince minutos, yo ya habré perdido.
Idara dice que amplía su apuesta a que no lo hacen hasta subirnos al tren de vuelta, pero le he dicho que eso es hacer trampa.

Gael, Idara, Marco y yo hemos apostado a que esta noche Leo y Valen acabarán liándose. Llevan mucho tiempo buscándose el uno al otro y es imposible que sigan aguantando las ganas que se tienen, mucho menos esta noche, en la que ambos van guapísimos con esos disfraces que dejan poco a la imaginación.

Ojalá hubiera podido disfrutar esta noche con Gael, ojalá pudiera haber venido, seguro que se habría disfrazado de algo como un pirata, un pirata sexy, con una banda en el pelo y cicatrices por el pecho, porque iría sin camiseta también, como Leo. Pero hoy no ha podido salir, mañana es festivo, así que es un día muy ajetreado en los restaurantes y no puede permitirse el lujo de trasnochar hasta el amanecer. Ante mi sorpresa, Pasquale ha mantenido mi día libre, pese a ser festivo, cosa que le agradezco.

¡Me encanta Halloween!

Tras pasar un buen rato bailando en la pista, la cual está abarrotada de gente con disfraces de todo tipo, volvemos a salir a la terraza para que nos dé el aire y para que Idara se fume un cigarro. Valentina no fuma tabaco, aunque no ha soltado en toda la noche un váper de sabor a mango. Le he dado un par de caladas, pero, pese a que está bueno, no es algo que me haga especial gracia.

Aprovecho para sacar el móvil del bolso y encontrarme con varios mensajes. Mis niñas, Elena y Lola, también han salido de fiesta, y no puedo evitar ponerme sentimental al ver la foto que me han mandado. Van disfrazadas de dos muñecas diabólicas; río al pensar que el disfraz les queda que ni pintado. Les envío una foto del mío, junto a un mensaje más cursi de lo normal, porque las echo mucho de menos.

También me encuentro con un mensaje de Gael de hace unos cuarenta minutos:

Me voy a dormir, *sirenetta*, pásatelo genial esta noche. Si necesitas cualquier cosa, llámame.
Buenas noches ❤️❤️❤️.

Le respondo con un mensaje de buenas noches, pese a que sé que ya estará dormido, y me adentro en el siguiente chat, donde tengo un par de mensajes pendientes:

Seguro que te has disfrazado.
¡Quiero ver lo guapa que vas!

Dudo si hacerlo, dudo si mandarle una foto porque sé que no tendría que hacerlo, sé que si estuvieran mis niñas aquí me cogerían el móvil y lo lanzarían por los aires para que no pudiese contestar a Darek. Pero como no están y Valen e Idara no están pendientes, lo hago, le envío una foto. Es solo una foto, no pasa nada.

Veo cómo escribe y reescribe su mensaje, pero tarda más minutos de la cuenta en enviarlo.

Qué guapa.

Le respondo con un par de corazones, pero antes de que vuelva a guardar el móvil en el bolso, veo otro mensaje.

¿No tienes frío?

Bueno, un poco.

Normal.

Enarco las cejas intrigada y me muerdo la mejilla debatiéndome entre hacerme la tonta, fingiendo que no lo conozco, o mandarlo a la mierda.

¿Pasa algo?

No, no, si vas muy guapa.
Tendrás a un montón de tíos detrás
esta noche, seguro.

Aunque suene como una afirmación, sé que es una pregunta.

No estoy pendiente de eso.

Ya.

No respondió, no respondió en toda la noche. Al día siguiente, cuando desperté, revisé la foto que le envié un par de veces para intentar verla con sus ojos, ver qué le había molestado tanto. Pero, sinceramente, no encontré nada malo en ella. Salgo guapa, sexy y feliz, el disfraz me quedaba increíblemente bien.

Pero la sonrisa que brillaba en mis labios, todavía más.

Tal vez fue eso lo que más le molestó.

Capítulo 53



Gala

Una inquietud extraña se ha instalado en mi pecho desde que vuelvo a tener contacto con Darek. No puedo decir que sea una sensación de ansiedad, pero sí que es algo incómoda. Aun así, decido esconderla bajo la tranquilidad que vuelvo a sentir gracias a sus mensajes, a su presencia en mi vida. Ahora que lo pienso, es un poco raro, ¿no? Encontrar en el veneno el propio antídoto.

Tengo ese desasosiego que no deja de zumbarme en los oídos, como una mosca cojonera. Algo que me recuerda que me mantenga alerta, que Darek y yo no somos amigos, que no debería estar hablando con él como si así lo fuéramos, pero aun así continúo haciéndolo.

—Monterroso es el pueblo más grande —me explica Gael mientras avanzamos—. Pensé en traerte a estas playas cuando todavía hacía buen tiempo, pero es que siempre están a petar de turistas. El año que viene, cuando se acerque el calorcito, podemos venir antes de que se masifique.

«El año que viene.»

¿Estaré aquí el año que viene? No me disgusta la idea. Pese a no llevar el estilo de vida que yo me habría imaginado, estoy bien, estoy feliz, estoy en calma. Queda poco más de un mes para que se acerque la Navidad, eso significa volver a casa. Tengo muchas ganas de ver a mi familia, a mis amigas. Volver a dormir en mi cama. Aunque sienta

el cuarto de casa de mis abuelos como propio, anhelo dormir en mi habitación de siempre, en mi cama de toda la vida.

De mi vida.

La idea de volver aquí una vez terminen las fiestas sigue rondando mi mente más de lo que a mi madre le gustaría. Estas semanas han sido tan fugaces para mí, siento que necesito más tiempo aquí, más tiempo para mí, más tiempo con Gael. La simple idea de pensar en irme y no volver a verlo, no desayunar todas las mañanas con él, no verlo aparecer por sorpresa en mi ventana, me rompe el corazón. Gael se ha convertido en una persona tan importante para mí que dejar de tenerlo en mi día a día me partiría el alma.

—Oye, ¿estás bien? —Sus manos recogen mis hombros mientras me mira preocupado—. ¿Te encuentras mal? Podemos parar y sentarnos en algún lado.

—Sí, estoy bien —las tirantes comisuras de mis labios me advierten de que estaba haciendo un puchero—, solo me he mareado un poco.

—Tenemos que mejorar ese cardio, ¿eh? —bromea, acompañándome con el brazo a un banco cercano—, todavía me queda por enseñarte Vernazza y Corniglia. ¿Estás ya cansada, cielo?

«Cielo.»

La suavidad y el cariño con los que pronuncia esa palabra hacen que la reciba como un cálido abrazo al corazón. Aprovecho el numerito del falso mareo para apoyarme sobre su hombro y abrazarme a él. Gael recoge mis piernas y las pasa por encima de las suyas. Vuelve a mi mente la idea de perderlo, de perder esto. Vine aquí para estar conmigo misma, lo que nunca imaginé es que el destino tuviera guardado para mí a alguien como él. Lo que nunca imaginé es que el destino querría jugármela de esta manera tan cruel. Sin duda en mi antigua vida he tenido que ser una persona horrible, porque parece que el karma ha decidido devolvérmelo de golpe en esta.

—Podemos volver a casa si quieres... Ya visitaremos los pueblos otro día, no quiero que enfermes por mi culpa.

—Si enfermo por tu culpa, tendrás que cuidarme —bromeo buscándolo.

—Pues ahora que lo dices, te noto más caliente. —Con mofa, me toca la frente—. Creo que tienes fiebre. ¡Seré tonto! Me tocará

cuidarte, qué remedio…

—Eres muy tonto. —Río y, siguiéndole el juego, finjo un par de estornudos—. Pues vas a tener razón, estoy superenferma por tu culpa.

—¿Estornudos? ¿No estabas mareada?

—También, también. Mareos, estornudos, fiebre… Esta excursión tuya me está destrozando.

—¿Quieres volver a casa? —Su voz se torna profunda, sus ojos pasan de los míos a mi boca reiteradamente—. Llegamos, nos duchamos, te hago un almuerzo bien rico, vemos un par de capítulos de *Crónicas vampíricas*…

La última proposición me hace reír. Conseguí que Gael viera conmigo los primeros capítulos de la serie y ahora está totalmente enganchado. Tenemos terminantemente prohibido verla por separado; aunque yo ya la había visto hace un tiempo, verla de nuevo con él me hace sentir los capítulos de otra manera mucho más especial.

—Suena bastante tentador… —Ahora son mis ojos los que no pueden evitar bajar a su boca.

—Puedo hacerlo todavía más tentador. —Su mano sube suave sobre mi muslo.

—¿Cómo? —lo provoco.

—Mi tío hoy no está en casa. Podemos ducharnos juntos. —Se inclina hacia mí—. Como estás tan mala, te ayudaría a enjabonarte. Bajaría por tu espalda, tu escote, tu abdomen, tus muslos… —Su mano sube hasta mi cadera, para volver a bajar trazando un delicado camino por el interior de mi muslo.

—¿Qué más? —respondo casi en un jadeo.

—Te dije que solo tienes que pedírmelo —ronronea—, y sin duda te lo debo —susurra acariciándome la oreja con su respiración—. ¿Dónde más quieres que te toque?

Trago saliva nerviosa. Me arde la entrepierna, las mejillas, los labios y todo mi ser solo de pensar en volver a tener las manos de Gael sobre cada rincón de mi cuerpo.

—¿Dónde más quieres que te toque, *sirenetta*? —repite con su boca cada vez más cerca—. Pídemelo.

No puedo responder. No puedo pensar. Con necesidad, me lanzo a su boca. Gael me recibe con deseo, con mimo. Nos besamos lento, disfrutando de cada roce, de cada caricia entre nuestras lenguas, de cada besito tierno entre los intensos.

—Joder, no me hagas esto... —jadea entre mis labios.

—¿El qué? —pregunto ralentizando la velocidad de los besos.

—Esto. —Me coge la mano y la aprieta contra su duro paquete—. Mira cómo me tienes, no puedes hacerme más esto.

Río sorprendida y divertida.

—¿Te hace gracia? —Sonríe.

—Puede que un poco.

—No te hará tanta cuando acabe metiéndotela sin importarme quién nos vea.

Si no estuviéramos en mitad de la calle, creo que no habría dudado ni medio segundo en subirme a horcajadas sobre él y hacer su deseo realidad. Pero, pese a que por suerte la calle no está muy concurrida, por el momento guardo un poco de cordura y sensatez.

—¡Ni te me acerques! —bromeo empujándole el pecho.

Él ríe en respuesta antes de volver a darme otro beso, pero uno de los tiernos, de los bonitos, como si lo que esconde en los pantalones no hubiera duplicado su tamaño.

Para enfriar un poco el ambiente, Gael se ha ido un momento a comprar un par de botellitas de agua antes de retomar el camino. Hemos decidido continuar la excursión. Pese a que la idea de irme a su casa y que me magree entera es lo que más deseo en estos momentos, también quiero hacer esto con él, se ha preparado una ruta para enseñarme todos los rinconcitos más importantes de los pueblos de Cinque Terre y pasar el día juntos visitándolos. Es tan mono y tan tierno, quiero aprovechar el día con él, hacer cosas diferentes.

Darek y yo nunca hacíamos nada, nunca quería ir a la montaña, a la playa o ni siquiera a descubrir nuevos lugares de nuestra ciudad. Siempre íbamos a los mismos sitios, los mismos bares, los mismos parques.

Me parece una broma que con veintiún años que tengo uno de los planes más recurrentes que tenía con él era ir al parque y sentarnos en un banco a comer pipas mientras él y sus amigos se inflaban a porros. En dos años de relación solo hicimos un viaje, a Estocolmo, y porque se lo regalé yo para su cumpleaños.

Su cumpleaños.

En un par de mensajes de estos días me ha dejado caer la ilusión que le haría poder volver a verme por su cumpleaños. No es algo que ni siquiera me plantee, quedan pocas semanas para eso y ni loca

vuelvo a España para ser el regalo de cumpleaños de quien provocó mi huida de allí. Sería una gilipollas si así lo hiciera, tengo claro que eso no va a ocurrir por mucho que me lo deje caer como quien no quiere la cosa.

Pero me angustia pensar en el día en que llegue. Su primer cumpleaños en el que no estoy desde que nos conocemos, porque aunque uno de los anteriores nos pilló en medio de una de nuestras rupturas, lo celebramos juntos.

Bueno, me presenté en su casa a las doce de la noche con una tarta y unas velas de sorpresa, no podía no estar con él en un día tan importante como su cumpleaños. Él siempre me decía que no le gustaban esas fechas, pero que desde que estaba conmigo había vuelto a ilusionarle celebrarlo.

Todavía recuerdo la cara de idiota que se me quedó cuando descubrí que se había ido de fiesta a celebrarlo con el grupo de amigas de una chica nueva con la que había empezado a enrollarse, pocos días después de romper conmigo. Estampé la tarta en el capó de su coche; iba a hacerlo en su puñetera puerta, pero sus padres no tenían ninguna culpa. Vi su coche al final de la calle, le estampé entre sollozos la tarta y le coloqué las dos velas encima.

Qué poco amor propio tuve, que al día siguiente solo le hizo falta rogarme un poco para que lo perdonara. Lo peor de todo es que no sé cómo lo hizo, pero fui yo la que terminó suplicándole perdón a él, por lo del coche. Sí, acabamos celebrándolo juntos, si se le puede llamar así a quedarnos encerrados en su habitación teniendo sexo entre capítulo y capítulo de una serie que a mí ni siquiera me gustaba pero la veía por él.

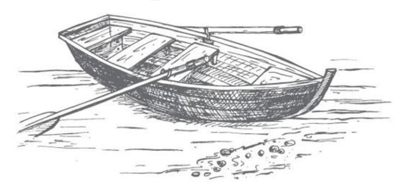
Me da rabia recordar estas cosas. Pero casi que lo agradezco. Porque recordarlo me hace ver la realidad de todo lo que viví, la verdadera naturaleza de nuestra relación.

Una relación que jamás volveré a repetir.

Un trato que jamás volveré a permitir.

Ni por parte de Darek ni de nadie.

Capítulo 54



Gael

Hemos comido como reyes en Vernazza y, pese a que seguimos con el estómago lleno, no podíamos no cogernos una crepe de chocolate al llegar a Corniglia. En realidad ha sido a Gala a quien le ha entrado el antojo al pasar por delante de un puestecito, y no he podido resistirme a sus pucheros cuando me ha pedido que parásemos para comernos una a medias.

Me gusta ver cómo disfruta de la comida, tal vez ella no se haya dado cuenta, pero yo sí que lo he hecho. Cuando la conocí estaba más delgada, las mejillas se le hundían y los ojos no le brillaban tanto como lo hacen ahora. No comía bien, prácticamente no comía. Ahora ha pasado de dejarse casi todo el desayuno por las mañanas a comérselo enterito. Sé que no es cosa mía, pero me siento orgulloso de ella. Por eso compartiré las crepes, los helados y los gofres que sean necesarios con tal de que coma. Aunque mi estómago esté gritando auxilio y mis músculos reprochen que eso no es bueno para ellos.

—Gael, todo es muy bonito. —Jadea entrecortadamente—. Pero me va a dar algo. ¿Cuántas escaleras más hay que subir?

—Ya llegamos. —Gala resopla pero no baja el ritmo—. Te juro que vale la pena.

Corniglia es el pueblo más pequeñito pero más agotador de las Cinque Terre. Todo él está desbaratado sobre el acantilado de una forma tan inclinada que se transforma en un pequeño laberinto de cuestas y escaleras. Pero subir hasta el punto más alto del acantilado sobre la costa vale la pena, es demasiado bonito como para dejar que

Gala se lo pierda.

—Gracias por obligarme a subir todas esas escaleras —susurra atónita una vez que llegamos—. Es increíble... Me encanta, ¡se ven los otros pueblos desde aquí!

—Sí, es una pasada.

La observo mientras saca veinte mil fotos iguales del paisaje.

—Ven, ponte, ponte aquí —me ordena sacando de la mochila su cámara analógica—. Vamos a intentar sacarnos un selfi, a ver cómo sale el invento.

Sonrientes, posamos sin saber muy bien hacia dónde está enfocando Gala, pero eso lo hace más divertido. Satisfecho, la observo al ver que le está gustando el día de hoy, me pone contento saber que en cierta manera formaré parte de este recuerdo.

—¿Cuál es tu pueblo favorito? —me pregunta, mientras, apoyada sobre el muro, observa las vistas.

—Pues, si te soy sincero, creo que Vernazza, o Manarola. Aunque Manarola lo tengo un poco quemado por el restaurante, igual que Riomaggiore.

—¿En serio? —pregunta sorprendida—. Creo que nunca podría cansarme de ninguno de ellos.

—¿Cuál es tu favorito?

—Pues tendría que descubrirlos más a fondo para decidir, porque son todos preciosos, no sé con cuál me quedaría...

—Va, mójate, si tuvieses que escoger uno, ¿cuál sería?

Gala sonríe y mira hacia otro lado.

—¿Qué pasa? —Apoyado sobre el muro, le doy un suave empujón con el hombro—. Va, dímelo.

—Riomaggiore, evidentemente.

—Lo dices porque ese lo conoces mucho más y le has pillado cariño.

—Lo digo porque estás tú en él.

Tardo unos segundos en mirarla, perplejo. El corazón me arde, me quema, pero en un buen sentido, si eso es posible. Gala no me mira a los ojos, se muerde los labios risueña mientras finge mirarse las uñas con desgana, roja como un tomate. Creo que mis labios van a salir de mi cara de lo mucho que estoy sonriendo ahora mismo.

—Eso no me lo esperaba. —Desvío la mirada hacia el mar, porque ahora soy yo quien se pone nervioso—. Al final resultará que

me has cogido cariño y todo.

—Tienes suerte, me has pillado sensiblona —bromea—, pero no te acostumbres a que te diga cosas así de bonitas.

—Si no fuéramos solo amigos, yo también te diría cosas bonitas.

—¿Como qué? —susurra tímida.

Mi corazón se salta un latido.

—¿De verdad quieres saberlo? —Trago saliva.

—¿Me va a asustar lo que me digas?

—Depende de lo que estés dispuesta a oír.

Sonríe nerviosa y desvía la mirada al frente, donde el mar se disipa en el horizonte. Pasan solo un par de segundos antes de que vuelva a posar sus ojos en mí, pero para mí ha sido como si el tiempo se parase durante horas.

—¿Qué cosas bonitas me dirías? —Carraspea.

—Que tengo verdadera devoción por ti, por ejemplo. —Me giro para encontrarme con su mirada, que, pese a ser nerviosa, no se aparta de la mía—. ¿Te parece lo suficientemente bonito?

—No está nada mal. —Su voz es casi un murmullo.

—Que eres la persona más divertida que he conocido nunca.

—Vas mejorando —bromea.

—Que me encanta verte reír, verte leer, verte comer, verte dormir, verte bailar e incluso verte enfadada, porque arrugas la nariz de una forma adorable.

La risa de Gala es casi un susurro.

—Que me gustas mucho, muchísimo —trago saliva—, no solo de la forma en que crees que lo hago.

Su sonrisa se disipa a medida que enarca las cejas, sorprendida. No creo que le haya confesado nada que ella no sepa, ¿no? ¿Realmente no se da cuenta de que estoy loco por ella?

—Gael, yo… —Temblorosa, baja su mirada al suelo—. Ahora mismo estoy viviendo una situación complicada, mis emociones están un poco difusas… Lo último que querría sería hacerte daño…

—Dejaría que me rompieras el corazón con tal de que me dieses la oportunidad de poder dártelo.

Lo escupo sin pensar. Sin ni siquiera ser consciente de que las palabras se deslizan por mi lengua como antídoto al malestar que llevaba aguantando conmigo todos estos días. Aunque parece ser que para Gala ha sido más un veneno, porque me mira tensa, casi sin

parpadear, esperando tal vez a que le diga que es otra de mis bromas, que es una cámara oculta o que simplemente lo está soñando. Traga saliva una y otra vez, o al menos eso me muestra la nuez de su garganta, aunque no creo que le quede ni un ápice de saliva en la boca. Tal vez por eso no me responde, porque no le queda saliva para hablar.

Suspiro decepcionado, no con ella, sino conmigo mismo por haber creído que era buena idea soltarlo de esta forma. Sin anestesia ni vaselina, directo. Le acabo de abrir mi corazón en canal a una persona que tiene el suyo custodiado tras un muro de granito. Bueno, ahora seguro que habrá sumado dos muros más, por si acaso. Y guardias de seguridad en la puerta, y un río con cocodrilos, y un dragón.

—Perdóname —murmuro mirándome la punta de los zapatos—. No sé ni por qué he dicho eso, ha sido una tontería.

Vuelve a tragar saliva y empiezo a creer que a lo mejor ha olvidado cómo respirar.

—No me hagas caso, perdóname.

Un tic nervioso se apodera de mi pierna, haciéndola brincar levemente una y otra vez, como quien espera con impaciencia a que llegue el tren. Solo que mi tren está parado frente a mí, mirándome perplejo con las cejas enarcadas, y creo que si no dice algo ya, aunque sea un insulto, el corazón va a escaparse por mi boca.

—Al final sí que te he asustado —intento bromear, aunque las palabras suenan ridículamente agudas.

—No me has asustado, solo estoy esperando a que dejes de pedir perdón.

—¿Qué?

Los jugosos labios de Gala me callan posándose sobre los míos y siento que mi pecho se le queda pequeño a mi corazón. Este ya no va a escapar por la boca, va a explotar en mi interior. La sujeto con suavidad de las caderas cuando acerca su cuerpo a mí. Entrelaza sus dedos con mi pelo unos instantes antes de volver a separar sus labios, dejando a los míos helados sin su contacto. Sonriente, juguetea con el mechón que se deja caer sobre mi frente, evitando mi mirada a toda costa.

—Bueno, puede que sí que me asuste un poco —declara temblorosa—. Pero tú también me gustas, me gustas mucho. Me jode

que lo hagas, pero no puedo fingir que no es verdad.

—¡¿Que te jode?! —pregunto divertido—. ¿Esa es tu declaración de amor después de todas las cosas que te he dicho?

—¡No es una declaración de amor! —Me pega un empujón risueña—. Es una declaración de que también me gustas, también me encanta estar contigo y también quería decírtelo.

Esta vez soy yo quien la besa aliviado, mis manos entrelazadas en su lumbar la aprietan contra mí, como si tuviera miedo de que escapara.

—Estás muy guapa cuando expresas lo que sientes —suelto sin pensar.

—Si esta es tu forma de intentar llevarme a la cama, te está saliendo de puta madre.

—¿Siempre estás pensando en lo mismo? —Río divertido.

—Solo si es contigo.

—Esa declaración de amor me gusta más.

Gala vuelve a besarme tímida, como si nunca antes nos hubiéramos rozado, como si fuésemos dos adolescentes a punto de darse su primer beso. La arropo entre mis brazos y ella cuelga los suyos sobre mi cuello. Nos besamos lentamente, con cariño, con devoción. Me siento en una nube, estoy flotando, estoy en un sueño del que no quiero que me despierten.

Noto vibrar algo en mi pierna. De primeras creo que es mi móvil, pero Gala se separa rápidamente para sacar el suyo del bolso, que vibra imperiosamente. Solo pasan dos segundos en los que veo los ojos de Gala oscurecerse antes de colgar rápidamente la llamada y volver a guardar el móvil en el bolso. Esta vez en silencio.

—¿Todo bien? —pregunto curioso cuando vuelve a refugiarse entre mis brazos.

—Sí, no era nada.

Sonríe y me da un tierno beso que me pone el mundo del revés.

Capítulo 55



Gala

En cuanto me despido de Gael desbloqueo el móvil para encontrarme con mensajes eliminados de Darek. Casi se me sale el corazón por la boca cuando me ha llamado. Toda la culpabilidad se me ha caído encima como un jarro de agua fría.

Pero no por él, esta vez no es él quien me provoca remordimientos. Es Gael. Porque lo he hecho mal, he sido una egoísta, no he sido del todo sincera con él. Quería hacer las cosas bien, quería contarle lo de Darek antes de que todo explotara, antes de que se mostrase tan vulnerable frente a mí esperando mi respuesta, fuera la que fuese. Le he correspondido, porque así lo siento, porque, pese a que he sentido cómo mi corazón quería refugiarse en sí mismo y evitar más problemas, más heridas, no puedo fingir que no tengo sentimientos hacia él que van mucho más allá de una mera amistad.

Pero no he podido decírselo, no he sido capaz de contarle lo de Darek. ¿Cómo iba a hacerlo, después de todo lo sucedido?

«Oye, Gael, sí, me gustas mucho, pero quiero que sepas que he vuelto a hablarme con mi ex... Nada, hablamos muy de vez en cuando en plan amigos, nada raro, pero aun así te lo he estado escondiendo por miedo a que creas que vuelvo a tener algo con él, que sí, es un poco raro, porque no somos amigos, pero tampoco vamos a volver, pero no te preocupes, me gustas tú...»

Cansada de mí misma, me dejo caer sobre la cama, abro el chat

de Darek de forma automática y le envío un mensaje: ¿Por qué me has llamado esta tarde?

Pensé que podíamos hablar un rato sin más.

Sin más, dice.

Perdón si te ha molestado.

No me ha molestado, pero no creo que debamos sobrepasar el límite.

Vale, tranquila.
¿Qué tal ha ido tu día?

Muy bien.

Sonrío al pensar en Gael.

He visto que has subido una foto muy chula.
¿Eso es desde un mirador?

Como volvemos a hablarnos, aunque sea de diferente forma, he vuelto a utilizar mis redes sociales. No sabía que tenía tanta adicción a las redes hasta que he pasado estas semanas totalmente aislada. Creía que gran parte de mi ansiedad era por echar de menos a Darek, pero después de volver a darles uso a mis cuentas, he sido consciente de que mi ansia también partía de una adicción al móvil que tengo que revisar.

Esta tarde, después de comerme a besos y mimos con Gael, he subido una foto del horizonte de Corniglia.

Sí, de un pueblo cercano.

¿Con quién has ido?

El mensaje tarda unos minutos en llegar, dejándome ver que lo ha pensado antes de enviarlo.

Con unas amigas.

Miento, porque sí, porque no quiero hacerle daño, porque tampoco quiero que me monte un pollo y porque me da la gana. No tendría ni por qué estar dando explicaciones, no tendría ni por qué

estar hablando con él.

Qué bien, ojalá puedas llevarme
a mí algún día.

Se me revuelve el estómago al imaginarlo. Eso nunca pasará, porque sé que jamás lo haré. Jamás lo traeré aquí, jamás conocerá el pueblo, a mis abuelos, a Gael. No dejaré que su fantasma envenene la paz y la armonía que me ha traído este lugar.

Capítulo 56



Gala

—¿Lo han despedido? —pregunto perpleja girando el cuello bruscamente.

—No te muevas, tía, que me saldrá la trenza torcida. —Idara me pega un tirón para que vuelva a mirar al frente.

Sentada sobre la hierba, Idara me hace dos trenzas mientras Valentina está echando tremenda siesta recostada en una de las hamacas. La terraza del club náutico está prácticamente vacía, el sol es cada vez menos cálido y la gente deja de venir a la zona de la piscina, aunque aún queda algún que otro rezagado como nosotras, que venimos a pasar el rato, aunque no nos acerquemos al agua helada por nada del mundo.

—Una de las socias lo ha denunciado por acoso sexual —murmura—. Al enterarse el resto de la gente, han empezado a salir a la luz más casos de chicas del club que han tenido experiencias bastante desagradables con Mattia.

—Qué asco —gruño—. Me quedé con ganas de partirle la cara a ese desgraciado.

—Ojalá lo hubieras hecho —ríe.

Idara me da un pequeño tirón al atarme una de las trenzas y después empieza a enredar la otra. Una suave brisa hace que me estremezca y recoja mis rodillas bajo la ancha sudadera que llevo puesta.

—¿Hasta cuándo tienes pensado quedarte? —me pregunta jugando con mis mechones.

—Sé que tendré que volver a Madrid para Navidades.

—¿Luego volverás aquí? —una pregunta sencilla, cargada de importancia para mí.

—No lo sé —suspiro confusa—. Realmente no lo sé… Me gustaría quedarme más tiempo aquí, con vosotras —noto cómo sonríe—, pero también echo de menos mi vida, mis amigas, mi familia, mi trabajo.

—¿Tu trabajo?

—Sí, bueno, mis prácticas de la carrera, que básicamente es mi trabajo, solo que no me pagan y me explotan el doble que a alguien con contrato —bromeo—. Lo echo de menos, me gustaba mucho lo que hacía, me lo pasaba bien. Trabajar entre merluzas y lubinas está bien, pero no es mi vocación.

—Bueno, ¿quién necesita vocación trabajando con un tiarrón como Gael? —Me río al pensar que Lola habría dicho lo mismo—. ¿No has pensado también en eso?

—¿En qué?

—En que si te vas, Gael y tú, bueno… —Lo piensa un par de segundos antes de continuar—. No sé lo que tenéis, pero sé que algo tenéis, no me lo puedes negar.

—No te lo niego.

Idara pega un grito de gaviota emocionada que despierta a Valentina de sopetón.

—¡¿Qué pasa?! —grita asustada en italiano—. ¡¿Por qué chillas?!

—¡Porque Gala y Gael son supernovios!

—¡¿Qué?! —Ahora es Valentina la gaviota.

—¡No, yo no he dicho eso! —Río divertida—. No somos novios, lo último que quiero yo ahora es un novio, vamos.

—Pero lo vais a ser, vais a ser novios —canturrea Idara emocionada.

—¡Dejadme en paz, ¿eh?! —Me giro hacia ellas ofuscada—. No me aturulléis más de lo que estoy.

—¿«Aturulléis»? —pregunta confusa Valentina.

—Significa que no le comamos la cabeza, que suficiente se la come ella solita.

Idara termina de atarme la trenza, me da un besito en la cabeza y me abraza por detrás antes de que me dé tiempo a girarme. Nos

pasamos la tarde hablando y jugando a las cartas bajo un par de gruesas mantas que nos deja la recepcionista del club para aplacar el frío cuando el anochecer se nos echa encima. Me acompañan hasta la estación de tren y me despido de ellas con un fuerte achuchón.

Las quiero un montón. Pienso en la idea de irme para no volver y me pongo triste al pensar que también las dejaré a ellas atrás. ¿Cómo no voy a querer quedarme aquí? Soy tan feliz, vivo tan tranquila, tan en paz, tan...

Me llega un mensaje.

Borraré esto en cuanto te llegue, pero necesito decírtelo, te echo de menos. Me está matando por dentro esto, joder, te necesito.

Observo la pantalla hasta que después de unos minutos, más largos de los que debería, se borra el mensaje. Lo ha hecho a propósito, estoy totalmente segura de que ha esperado unos minutos más con la esperanza de que lo vea.

Lo he visto.

Perdón.

Tranquilo, no pasa nada.

Una sensación desagradable se pasea por mi pecho. Como un pequeño roedor intentando escarbar hacia dentro. Antes de guardar el móvil, le envío otro mensaje.

Tal vez deberíamos dejar de hablar.
Esto no ha sido buena idea.

¿Por qué? ¿Tú estás bien?

Sí, supongo.
Pero no creo que esto sea bueno para ninguno de los dos.

Olvídalo, no volveré a enviarte otro mensaje como el anterior.

¿No crees que esto es peor? Mantener este contacto...

No, a mí me gusta así, estamos bien.

Olvida lo que te he dicho, no lo tomes como excusa.
No te vayas.

Lo que más rabia me da es que siento pena por él. Siento lástima por encontrarnos en esta situación. Me pone triste pensar que por mi culpa lo está pasando mal. Pero luego pienso en mí. ¿Cuántas veces me lo ha hecho pasar él mal a mí? ¿Cuántas veces se ha preocupado por mí de la manera en que lo hago yo con él? La respuesta es tan triste que no quiero ni pensarla. Pero aun así aquí sigo, consolando a quien a mí me ha hecho llorar tantas veces.

Está bien, sigo aquí.
Pero no me digas más esas cosas, porque no nos hacen bien y me hacen pensar que es mejor que no hablemos.

Lo sé, lo sé.
¿Puedo decirte una última cosa que no tendría que decirte?
Solo una, te la digo, la borro y hacemos como que no ha pasado nada.

Sé que le tendría que decir que no. Pero la propuesta me tienta, la curiosidad me come.

Tú mismo, no responderé a ese mensaje.

«Escribiendo...»

Mi mejor regalo de cumpleaños sería poder volver a comértelo, necesito oírte gemir mi nombre.

Que me da un paro cardíaco...

Pero ¿se puede saber a qué viene eso?

Contra todo pronóstico, lo único que me causa ese mensaje es un inmenso rechazo ante la idea de Darek volviendo a tocarme. Porque no quiero que lo haga, ya no, no quiero que esas manos vuelvan a posarse en mí, porque ya no las quiero, porque ya no las necesito. Atónita, miro la pantalla. Esperando a que borre el mensaje como ha dicho que haría, pero no lo hace. Me da rabia, porque sigue sin tomarme en serio, porque sigue creyendo que me tiene ahí para él.

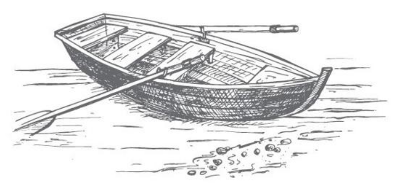
¿No lo ibas a borrar?

¿No decías que no me ibas a responder?

Ahora sí que no respondo.

Buenas noches, Galatea, dulces sueños.

Capítulo 57



Gael

El día de la marmota, el cuento de nunca acabar. Siempre igual. Siempre.

—¿Podrías pasarte mañana entonces? —gimotea por el teléfono —. Cuanto antes tengamos nuevo gerente, antes podrás dedicarte a lo tuyo, así también miramos lo de...

—Sí, mamá —la corto antes de que siga—. Mañana atenderé las entrevistas.

—Gracias, cielo, eres un sol.

Dejo caer con poco cuidado el móvil sobre la mesa y la cabeza sobre mis manos. Me masajeo las sienes con las yemas de los dedos intentando sentir un poco de alivio ante la mierda de siempre.

Me reclino hacia atrás lo suficiente como para que mi mirada se encuentre con la carta que escribí y que dejé sobre el estante. Pienso en lo que escupí en ella, en la forma en que me desahogué. Podría abrirla, pero sé que todavía no es el momento, porque lo que puedo leer en ese papel es prácticamente lo mismo que sigo sintiendo. Nada ha cambiado, nada ha mejorado en mi vida.

Solo Gala.

Gala ha sido el rayo de luz entre la tormenta que me mantiene vivo, me mantiene feliz. Lo que me hace sentir Gala no me lo ha hecho sentir nunca nadie. Gala es mi mar en calma, mi faro en la noche, mi flor en febrero, mi sol en el cielo...

Madre mía, pero ¿qué cojones estoy diciendo?

Si Leo pudiera oír mis pensamientos, se estaría burlando de mí el

resto de su vida.

En la cocina, decido recalentarme un arroz meloso que me llevé hace un par de días del restaurante para comer. Mientras este se calienta en el microondas, me apoyo en el marco de la puerta para distraerme con el móvil, cuando oigo un quejido en la planta de abajo.

Mi tío no debería estar aquí todavía.

Al bajar la escalera me encuentro con la grata sorpresa de que ella está aquí.

Capítulo 58



Gala

—¿Tú qué haces todavía aquí? —me sobresalta una voz a mis espaldas.

Me giro de un respingo y sonrío inconscientemente al ver a Gael bajar por la escalera.

Hasta con una camiseta gris básica y unos shorts igual de simples está guapísimo.

—Menuda ilusión de verme —bromeo—. A tu tío se le ha antojado que hoy haga una limpieza profunda de los contenedores y en eso estoy.

Me vuelvo a girar concentrada en la faena y, bayeta en mano, introduzco medio cuerpo en el contenedor para intentar limpiar lo mejor posible el fondo, del que, pese a que lo he frotado como cinco veces, no deja de salir suciedad de las rendijas. Me pregunto cuánto tiempo hará realmente que Pasquale no limpia esto como es debido.

—¿Por qué no me has avisado? —lo oigo ronronear tras de mí.

—¿De qué?

—De que estabas aquí abajo, solita. —Su voz cada vez es más cercana, y sonrío aprovechando que no me ve.

—Porque estoy trabajando. —Me reclino un poquito más hacia delante, quedándome en una postura mucho más provocativa—. No me gusta que me molesten mientras trabajo.

—Con ese culo en pompa me lo pones muy difícil —gruñe.

Pego un respingo mientras oigo cómo se acerca cada vez más.

—Qué descarado, ¿no? —lo busco—. Le tendré que contar a mi jefe lo que me dice su sobrino cuando él no está.

—¿Sí? Cuéntale esto también.

Noto cómo con brusquedad me pega una cachetada en el culo y presiona su cuerpo contra el mío, agarrándome de las caderas para acercarme más a él. Me arden las mejillas al notar contra mis nalgas lo duro que está.

—¡Gael! —Río sorprendida saliendo de un respingo del contenedor y girando hacia él.

Aprovecha para pegarme a él con un suave tirón, bajar de un manotazo la tapa del alargado contenedor y, sujetándome de la cintura, me sienta sobre este con la facilidad de quien coloca un ligero jarrón sobre una mesa.

—¿Qué haces? —jadeo.

—Molestarte. —Su boca se desliza de mi cuello hasta el lóbulo de mi oreja, donde me muerde con suavidad—. ¿Puedo?

Con dominación, me abre las piernas para meterse entre ellas, nuestras pelvis se rozan, pero parece que para él no es suficiente, ni para mí tampoco, así que, estrujándome el culo con ambas manos, me arrastra hacia él borrando cualquier espacio entre ambos.

Su aliento se mezcla con el mío al acercarse a mi boca. Me besa despacio, con una intensidad que hace que mis labios ardan. Pasea los suyos por mi mandíbula con suavidad, bajando con provocación por el cuello. Gimo inconscientemente, deslizando mis dedos entre su pelo y tirando de los mechones con vehemencia. Una de sus manos se desliza con delicadeza por mi vientre, colándose poco a poco por debajo de las mallas, por encima del tanga…

—Si te molesto mucho puedo parar —susurra contra mis labios —. Pero si vuelves a gemir así, lo tomaré como una invitación para hacerte todo lo que me dé la gana.

Gimo. Gimo y gimo y vuelvo a gemir, por si acaso no se ha dado cuenta de que lo estoy deseando. Gael sonríe erótico antes de devorar con ansia mi boca y yo lo recibo con las mismas ganas de encontrar su lengua con la mía. Siento cómo sus dedos masajean mi clítoris por encima de la tela mientras observa cómo en mi rostro aparece un mohín de placer a cada uno de sus movimientos. En algunos más, en otros menos, Gael analiza mi reacción para encontrar lo que más

disfruto.

—Aquí te encanta —susurra dibujando pequeños círculos con el dedo en *ese* punto perfecto.

Asiento, pese a que no es una pregunta, pero ahora mismo en lo único que puedo pensar es en la ardiente sensación que se diluye por mi columna vertebral. Rodeándole el cuello con ambas manos, intento atraerlo más hacia mí, como si eso fuera posible, y aprieto mi sexo contra su mano en un intento porque su dedo atraviese la maldita tela del tanga.

—¿Lo quieres dentro?

—Gael...

Espero que le sirva ese húmedo suspiro como respuesta, porque no soy capaz de formar una frase de más de dos palabras en la que una de ellas no sea un gemido.

Me estremezco cuando por fin desliza un dedo por debajo de la tela; sus ojos, más cristalinos y húmedos que nunca, se abren sorprendidos.

—Cielo, estás mojadísima.

—Te pediría perdón —sonrío—, pero es culpa tuya.

Tras ladear una divertida sonrisa como respuesta, introduce un dedo en mi interior sin previo aviso, seguido de otro pocos segundos después. Con la mano con la que no me está masturbando me agarra con fuerza el cuello manteniéndome a su merced, controlando cada beso, cada mordisco, cada lametón. Acelera el ritmo de sus dedos, frotando a su vez su ancha palma contra todo mi sexo, abarcando con precisión mi clítoris.

—Gael... —vuelvo a gemir.

—Podría correrme solo oyéndote gemir mi nombre.

Sus palabras me ponen todavía más, sintiendo un ardor líquido deslizarse por todo mi vientre. No puedo pensar, no puedo hablar. Solo puedo gemir y dejarme llevar por la nube de placer y deseo que siento ahora mismo.

Con ayuda de la diminuta parte de mi mente que sigue funcionando, recuerdo que yo también debería estar haciéndole algo. Debería devolverle el placer, hacerle disfrutar, así que con torpeza decido bajar las manos hacia su bragueta. Con menos destreza de la que podría tener, le desabrocho el botón. Gael deja de besarme unos instantes para mirar hacia donde se dirige mi mano, divertido.

—¿Qué buscas? —Vacila, volviendo su atención a mis labios—. Ahora no, *amore*, primero déjame a mí.

Con la mano con la que me sujeta el cuello me inclina hacia atrás lo suficiente para poner distancia entre mi mano y sus pantalones. Me resisto e intento volver a acercarme, pero Gael gruñe en respuesta y vuelve a empujar mi cuerpo hacia atrás, esta vez dejándome completamente tumbada sobre el contenedor y expuesta para él. Su dominancia provoca que me estremezca, que mi cuerpo se retuerza.

No puedo más, no voy a aguantar mucho más.

—Ojalá pudieras entender lo preciosa que te ves desde aquí.

Gael me observa desde arriba. La mandíbula tensa, los labios rojos e hinchados de habernos devorado mutuamente, la boca entreabierta, las pupilas dilatadas, los ojos brillantes, la respiración acelerada, las venas de sus brazos palpitantes. Gael emana sexo por todos los poros y yo solo puedo sujetarme al contenedor con miedo a perder el poco atisbo que me queda de conciencia y derretirme sobre este.

Sus dedos mantienen un ritmo firme y constante, mientras su palma se frota contra toda mi humedad con velocidad. Noto cómo todo el ardor acumulado en mis mejillas se expande con lentitud por todo mi cuerpo, queriendo derretirse alrededor de los dedos de Gael.

—Me voy a… —gimoteo casi en un susurro.

—Hazlo, por favor —acelera con precisión haciéndome gritar.

Estallo.

Una maravillosa ola de placer me envuelve en cuanto pronuncia la palabra. Un gemido sonoro brota de mi garganta sin poder controlarlo. Todo mi cuerpo se deshace en una cálida sensación indescriptible, dejándome completamente exhausta.

Pasados unos segundos, Gael saca con cuidado su mano de mi ropa interior y, sujetándome de los brazos con mimo, me ayuda a reincorporarme, volviendo a quedar sentada frente a él.

Ay, por favor, noto cómo tiene la mano empapada sobre mi brazo.

—¡Qué asco, está mojadísima! —Pego un respingo hacia el lado opuesto—. ¡No me toques con eso!

—¿Con la mano que hace dos segundos tenía metida en tu coño? —Ríe divertido—. Te pediría perdón, pero es culpa tuya.

Dejándome completamente atónita, Gael se lleva la mano a la

boca y se relame los dedos mientras me mira.

—¡No! —grito mientras me tapo la cara—. Qué vergüenza, no hagas eso, ¡qué angustia!

Entre mis dedos veo cómo Gael ríe a carcajadas. De un solo paso se pega a mí de nuevo y, con delicadeza, me retira las manos del rostro. Me da un tierno beso sobre la punta de la nariz sin dejar de sonreír. Sus ojos todavía siguen húmedos y brillantes, *muy* brillantes.

—No vuelvas a hacer eso, es asqueroso —le ordeno intentando esconder mi sonrisa.

—No te preocupes, la próxima vez lo lameré de un sitio mucho más apetecible.

Un puñetazo sobre su pecho acompañado de nuestra risa apacigua el ambiente. Gael me vuelve a dar un beso en los labios, esta vez mucho más dulce, más tierno y cuidadoso. Mi respiración se calma poco a poco, inhalo relajada y satisfecha.

Es entonces cuando un hedor se introduce en mis fosas nasales, es entonces cuando nos percatamos de que *Duna* está ladrando.

—Gael…, ¿no huele a quemado?

—¿Quemado? —Gael inhala sorprendido—. ¡Me cago en la puta! ¡El arroz meloso!

Capítulo 59



Gala

—¿Vendrás a dormir a casa?

—Claro, abuela, ¿dónde voy a dormir si no? —Veo su risita de reojo—. Solo cenaremos, luego me acompañará a casa. ¿Crees que pretendo dormir bajo el mismo techo que Pasquale?

—Pasquale es de los que ladran pero no muerden —chista haciendo un ademán con la mano—. Seguro que no le importará si te quedas.

Me giro sorprendida, analizando el semblante de mi abuela mientras corta unas verduras para la cena de hoy. Cena en la que no estaré, porque Gael me ha invitado a cenar en su casa.

—*Nonna*, si no fueses mi abuela pensaría que estás intentando convencerme para que duerma allí —la increpo divertida, mientras reviso si llevo todo lo necesario en el bolso.

—Tú llévate el cepillo de dientes por si acaso. —Me señala con el mentón el bolso.

—¡Que no voy a quedarme a dormir! —«Aunque me encantaría».

—Bueno, si cambias de idea, avísame, que no me preocupe. —Me da un sonoro beso en la mejilla—. *E usa la protezione…*

—*Nonna!*

—*Amarantha, per favore!* No necesito saber esas cosas de mi nieta —rechista mi abuelo desde el sofá, donde estaba completando un sudoku. Me está enseñando cómo hacerlos.

Ambas reímos divertidas ante el sofoco de mi abuelo, quien termina dedicándome una sonrisa y un pícaro guiño antes de cerrar la puerta.

Dos calles antes de llegar a casa de Gael, recibo un mensaje.

Darek.

Una foto.

Abro el chat sin mucho interés para ver con qué excusa me habla esta vez. Es una foto suya en el espejo del baño, con los pantalones del pijama puestos. El torso desnudo. En su cara se dibuja un mohín. Bajo la foto, un par de mensajes:

> Que sepas que hoy no salgo de fiesta, me quedo en casa como un niño bueno.
> Aquí tienes la foto como comprobante, para que veas que lo de cambiar iba en serio.

Pongo los ojos en blanco y bloqueo el móvil sin contestarle. ¿Para qué? Me siento patética sabiendo que ese numerito de la foto habría funcionado hace unos meses. Sé de sobra que se ha quitado la camiseta solo para hacérsela. También apostaría un brazo a que no soy la única mujer que hoy ha recibido esa foto. También sé que si no sale de fiesta será porque no le apetece, no por estar cambiando. No por mí.

¡Ni que yo le hubiera dicho nunca que no me gustaba que saliera de fiesta! Lo que no me gustaba es que aprovechara esas fiestas para hacer cosas a mis espaldas.

Pero ahora qué más da, que haga lo que quiera.

Me recojo la chaqueta apretándola contra mí. Hace más frío de lo que pensaba, por suerte mi abuela me ha obligado a llevar esta chaquetilla de lana. Y el cepillo de dientes.

No voy muy arreglada que digamos, pero es que me sentía bien así. Me he puesto una blusita mona que llevo bajo la chaqueta, unos vaqueros anchos y unas deportivas blancas básicas que están un poco sucias, pero son mis favoritas y con las que me siento más cómoda.

Un poco de rímel, dos pegotes de colorete y arreando. Hoy no me apetecía emperifollarme mucho, y me sienta bien no tener que hacerlo por obligación, por inseguridad. Por creer que Gael me verá menos atractiva así. Yo me veo estupenda, por lo que sé que él también lo hará.

Lo confirman sus ojos al abrirme la puerta.

—Qué guapa eres, cojones. —Me saluda con un beso.

—Tú más, bombón. —Río—. *¡DUNITAAA!*

Subo corriendo la escalera en busca de la perra más preciosa de este mundo, que ladra a la puerta del pasillo. Una vez le doy sus reglamentarios mimos, vuelvo a poner mi atención en Gael, que nos mira embobado.

—¿Qué me vas a hacer de cenar? —pregunto mientras dejo la chaqueta y el bolso sobre la mesa del comedor.

—He pensado en hacer pizzas caseras, tengo ya las masas hechas, ¿te apetece?

—Un montón. —Me acerco tímida y le planto un beso.

Luego otro, luego otro, luego otro…

—Esto es increíble —oigo una voz grave a mi espalda.

Pasquale.

Asomado desde el pasillo, nos mira disgustado, negando con la cabeza.

De un empujón separo a Gael de mí, que sonríe divertido alternando su mirada conmigo y su tío.

—Como oiga un mínimo ruido desagradable, os echo a los dos de casa. —Se señala sus propios ojos y luego los de Gael—. A los dos, ¿me oyes? Para siempre.

Antes de que pueda responder, Pasquale coge a la perra, la acuna como a un bebé y desaparece por el pasillo. Oigo cómo cierra la puerta de su habitación de un portazo.

Incrédula, miro a Gael, que me sonríe divertido.

—¿Ya está? ¿No se extraña de esto? —Nos señalo a ambos—. Me esperaba algo más dramático, una amenaza de muerte o un lanzamiento de cuchillo.

Gael estalla en carcajadas y yo le tapo la boca para que no haga ruido.

No quiero que mis suposiciones se hagan realidad.

—No es tonto, algo se olería —susurra rodeándome la cintura—. Era bastante evidente que estabas coladita por mí.

—¿Yo por ti? Si eras tú quien no podía quitarme los ojos de encima.

—Ahora ni las manos puedo quitarte de encima.

Con mimo, me atrae hacia él, me besa y yo me dejo querer,

sumida en una nube de paz y ternura.

—He pensado en hacer un juego para la cena —susurra tímido.

—¿Un juego?

Cogida de su mano, me dirige hasta la cocina. Hago un puchero al ver cómo ha preparado la mesita para la cena. Todo está delicadamente colocado, con una botellita de vino dentro de una cubitera y un par de gruesas velas encendidas en el centro. Una hilera de pequeñas lucecitas colgadas sobre la pared y una tenue música.

—Me muero de amor —suelto enternecida—. ¡Qué cosa más mona!

Gael sonríe, veo cómo el rubor sube a sus mejillas.

—¿Te gusta? No quería pasarme... —Se rasca el cuello—. ¿Es demasiado?

—No, por supuesto que no. Es perfecto.

—Bueno, espérate y ahora me dices si es demasiado.

Sobre la encimera están las masas de las pizzas escondidas bajo papel Albal. Gael me mira nervioso antes de retirar el papel y mostrarme lo que hay debajo. Las masas de las pizzas caseras. Solo que no tienen forma de pizza convencional.

¿Ha hecho pizzas en forma de corazón?

Creo que voy a llorar.

—Gael, estás dejando las expectativas muy altas para nuestras próximas citas —susurro sorprendida acercándome a la encimera para observarlas mejor—. Creo que es la cosa más adorable que me han hecho en la vida.

Risueño, me observa. Los ojos le brillan al mirarme.

—¿Cuál era el juego? —pregunto intrigada—. ¿Has montado todo esto para intentar convencerme de hacer un juego sexual con comida?

—Qué mal pensada eres. —Ríe más relajado—. He pensado que, para hacerlo más divertido, podríamos prepararnos las pizzas el uno al otro.

—¿Quieres decir que yo le echo los ingredientes a tu pizza y tú a la mía?

—Sí, no vale mirar la pizza del otro hasta que esté hecha. Solo podemos decirnos qué ingredientes está prohibido poner. A partir de ahí, total libertad.

—¡Me parece genial!

—En mi pizza quedan prohibidos la piña, los champiñones, las

anchoas y las olivas negras.

—Dios, tienes el paladar de un niño pequeño. —Río sorprendida—. En mi pizza quedan prohibidos cualquier ingrediente picante, tomate en rodajas y queso azul.

—Luego soy yo el que tiene paladar de niño pequeño.

Disfruto de una de las mejores noches desde hace mucho tiempo. Nos reímos, nos picamos, nos besamos. Hago un poco de trampa y me asomo por encima del hombro para ver qué ingredientes está poniendo Gael, pero no me da tiempo a ver nada, porque me estampa una cuchara llena de tomate contra el moflete.

—¡No mires, tramposa!

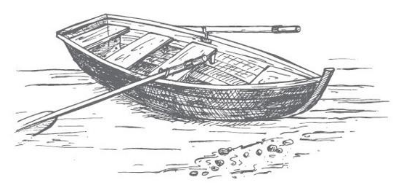
Mientras las pizzas se hornean, hablamos de todo. De cómo me siento desde que estoy aquí, de cómo llevo estar alejada de mi familia, de mis amigas, de mi vida. Ninguno saca el tema de mi vuelta a Madrid. Realmente es algo que todavía ni yo tengo decidido, así que prefiero evitar el tema por el momento y no convertirlo en otro problema más. En su lugar hablamos de él, de cómo está su relación con sus padres, de cómo se siente, de su carta a su yo futuro. Hablamos de la mía también, de cómo siento que estoy avanzando, mejorando, superando. Evito hablar de Darek. Gael me pregunta sobre el tema, pero yo me limito a decirle que estoy bien porque no soy capaz de serle sincera, a algo en mi interior le aterra pensar en cómo se lo puede tomar si se lo cuento.

Porque realmente lo estoy, estoy bien.

Debería dejar de hablar con Darek. Ya no solo porque mientras Gael me da su cien por cien yo estoy ocultándole cosas, sino por mí misma. Porque hablar con Darek no lleva nunca a nada bueno. No debería seguir dándole bola. No debería seguir ocultándoselo a Gael.

No debería seguir mintiéndome a mí misma.

Capítulo 60



Gael

—He de admitir que has ganado —dice terminándose el último trozo de pizza.

—La tuya no está nada mal tampoco. —Doy un sorbo a la copa y me reclino en la silla—. ¿Cuál es mi premio?

—¿Premio?

—Por haber ganado el juego, ¿no tengo premio?

—Bueno... —Sus ojos se posan en el techo mientras sopesa la respuesta—. Puede que tenga uno que te pueda gustar.

Expectante, observo cómo se levanta, sale de la cocina silenciosa para no despertar a mi tío y vuelve pocos minutos después con su bolso. Se sienta, lo abre y sobre la mesa deja un cepillo de dientes.

—¿Un cepillo de dientes? —pregunto incrédulo—. ¿Es algún tipo de indirecta sobre mi higiene bucal?

—No, tonto. —Ríe—. Es mi cepillo de dientes. Por si, bueno, si te apetece, puedo quedarme a dormir.

Pronuncia las palabras en un murmullo, intentando evitar mi mirada. Pero la veo sonreír, la veo divertida, decidida, y me encanta. Que lo que quiera sea dormir conmigo me encanta todavía más.

—Has traído tu cepillo de dientes para quedarte a dormir... ¿El premio es para mí o es para ti?

—Que lo vuelvo a meter en el bolso si no quieres.

—Claro que quiero, es el mejor premio que me podías dar.

Me inclino por encima de la mesa y beso sus labios, carnosos y salados por la pizza.

—Solo dormir, tenlo claro —bromea al separarse.

—Por supuesto, no has ganado, así que te quedas sin tu premio.

Ríe y sus carcajadas retumban en mi pecho.

Una vez terminamos con la cena y la botella de vino, recogemos por encima la cocina y nos trasladamos con cautela al comedor. Me sabe mal molestar a mi tío, no quiero despertarlo, aunque dudo que no lo haya hecho más de una vez la risa de Gala.

—Ni se te ocurra. —Me quita el mando al ver cómo deslizo la flecha sobre la sección de películas de terror.

—Vale, vale. —Río divertido—. ¿Qué te apetece ver? ¿Comedia?

—No, con un payaso sentado a mi lado tengo suficiente.

Chilla divertida cuando le doy un pellizco.

—Tú chilla otra vez así, que la película de terror la vamos a vivir nosotros como se despierte Pasquale.

—No me asustes. —Se tapa la boca—. ¿No crees que se enfadará si se entera de que me he quedado a dormir?

—No, no te preocupes por eso —la tranquilizo atrayéndola del hombro hacia mí—. Además, aunque mañana no trabaje madrugará igualmente; para cuando nosotros nos levantemos seguro que se habrá ido. Ni cuenta se dará de que te has quedado a dormir.

—¿Seguro?

—Seguro, tú solo tienes que intentar no gemir.

—¡Gael! —Con un empujón me aparta, dejándome caer tumbado sobre el sofá.

Río a carcajadas mientras ella, a horcajadas, se sube sobre mí y me golpea el pecho sin emplear mucha fuerza. Es entonces cuando oímos dos fuertes golpes, dos puñetazos contra la pared y un ladrido, que provienen de la habitación de mi tío.

Intento acallar nuestras risas, tapando mi boca y la de Gala, que, divertida, se deja caer sobre mí y se sujeta a mi camiseta con fuerza, como si creyese que mi tío fuese a aparecer de un momento a otro para darnos una paliza.

A medida que noto que nuestras risas se calman, retiro ambas manos de nuestras bocas. Gala sigue sonriendo radiante, divertida. Apoya su mentón sobre mi pecho.

—Te he dicho que no chilles —susurro.

—Tenías razón, tendré que gemir flojito.

Su voz felina me altera en una milésima de segundo. La sonrisa

abandona mi cara, igual que la suya. Mi mandíbula se tensa, nuestras bocas se entreabren y, antes de que pueda atraerla hacia mí, Gala se lanza a mi boca.

Un gruñido escapa de mi garganta mientras nos besamos. Un gruñido de anhelo, de deseo, de necesidad. Necesito los besos de Gala como un jodido desesperado. Con una mano le recojo la cara con mimo, mientras la otra la meto entre sus piernas y la elevo hacia arriba para atraerla más a mí.

Gime contra mis labios al notar cómo con mi mano presiono entre sus piernas, abarcando todo lo que desearía tener metido en la boca ahora mismo.

—No gimas —gruño.

—Perdón.

Pero aprieto mi mano todavía más, frotándole por encima del pantalón, provocándola. Gala responde a mi tacto abriendo sus piernas para mí y presionando su coño contra mi mano con necesidad mientras vuelve a gimotear contra mi boca.

—Cariño, si ya me gimes así, ¿cómo lo harás cuando la tengas dentro?

—Por favor, Gael.

Mis palabras tienen el efecto que buscaba y Gala presiona más fuerte contra mi mano, retorciéndose sobre mí deseosa de más y provocando que escape un breve y varonil sonido de mi boca. Para nada un suplicante gemido como los suyos.

—No gimas —ríe.

—Vamos a mi habitación —murmuro mordiéndole el labio.

Gala enreda sus dedos en mi pelo antes de volver a acariciarme con su cálida lengua el interior de la boca, profundizando el beso de una forma tan caliente y sensual que creo que va a hacer que me explote alguna vena de la polla.

Deslizo ambas manos a sus caderas para agarrarlas con fuerza y llevármela a la habitación.

—Espera, espera... —Se separa de mí sofocada, justo antes de levantarla—. Tengo que avisar a mi abuela de que me quedo a dormir.

—¿Se enfadará? —pregunto preocupado.

—Ella fue quien me dijo que me trajera el cepillo —me sonríe pícara.

Gala estira el brazo por encima de mí para alcanzar el móvil

sobre la mesa. Lo desbloquea y es entonces cuando lo veo.

Una conversación extraña.

Una foto de un tío sin camiseta.

No quería leerlo, pero su nombre se ha cruzado con mi mirada.

Y siento cómo mi corazón deja de latir.

Capítulo 61



Gala

Mi corazón deja de latir al darme cuenta de que me había dejado la conversación con Darek abierta. Conversación que acabo de abrir en la cara de Gael. Me arden las mejillas de la vergüenza y la culpa que empiezan a crecer en mi interior. Noto la bilis en la garganta, quiero vomitar.

Salgo del chat sin parecer totalmente desesperada porque no vea lo que sé que ya ha visto. Gael no pronuncia palabra, pero sé que lo ha visto, sé que lo sabe, porque he notado cómo su pecho dejaba de moverse bajo mi torso. Cómo el agarre de sus manos sobre mis caderas se ha aflojado por completo.

Me incorporo torpemente y me siento en el filo del sofá, volviendo a dejar el móvil sobre la mesa. Gael hace lo mismo unos segundos después, sentándose alejado de mí unos centímetros, que para mí se sienten como kilómetros ahora mismo. Con las pulsaciones a mil, me giro para mirarlo. Me encuentro con unos ojos desconcertados que me observan sin saber qué decir. Mi corazón se estremece solo de pensar en el daño que le puede haber causado ver lo que ha visto.

—Gael, esto tiene una explicación —tartamudeo nerviosa—. Yo... Te juro que no hay nada, ni siquiera le he respondido a esos últimos mensajes, yo...

Apoyando los codos sobre las rodillas, esconde la cabeza entre

sus manos entrelazándolas entre sí. Lo oigo respirar exasperado, nervioso. No sabe qué decirme, yo tampoco sé qué hacer.

—Perdón —gimoteo desesperada—. Perdón, no quiero que estés mal por mi culpa. Esto no significa nada, te lo juro. Ya no hay nada entre él y yo. Perdón. Lo siento.

Con los ojos irritados, me mira apenado unos segundos para volver a desviar la mirada al suelo.

—No me tienes que pedir perdón —susurra; su voz es tan apagada que me encoge el corazón.

—No quiero que pienses que estoy jugando contigo. —Mis ojos comienzan a empañarse—. Perdóname, por favor.

—Gala, no tienes que pedirme perdón. —Su semblante es confuso —. No voy a fingir que no me duele eso que he visto, pero no tienes que pedirme perdón.

—Sí tengo que hacerlo. Te he hecho daño, cuando es lo último que pretendía hacer, no quiero que estés mal por mi culpa, no te mereces esto.

—Gala —pese a sonar rota, su voz intenta calmarme—, esto no va de mí.

Gael se levanta del sofá, puede que para poner distancia entre los dos. Cada centímetro que se aleja me deja más y más fría. Sin decirme nada, se va hacia la cocina nervioso. Dudo si seguirlo, pero finalmente lo hago. Lo encuentro cabizbajo, apoyado sobre la encimera. Sus nudillos están blancos mientras aprieta el borde de esta.

—Gael… —susurro temerosa.

—No sé cómo decírtelo sin que parezca que quiero convencerte de nada que tú no quieras decidir por tu cuenta. —Su mirada se encuentra con la mía, triste, frustrada—. No quiero que dejes de hacer nada por mí, no quiero que tomes tus decisiones en base a si me harán daño o no. Eres libre de hacer lo que quieras y hablar con quien tú quieras. Pero quiero serte sincero, no voy a fingir que no me ha sorprendido y no voy a ocultarte que me ha dolido, mucho. —Suspira frustrado—. Pero lo peor es que por lo que más me duele es por ti.

—Lo siento. —Mis lágrimas se derraman sin cautela sobre mi rostro—. De verdad que no quería hacerte daño.

Gael se gira desorientado, me mira confuso.

—Gala, no me estás entendiendo.

—Te juro que no hablo con él de la forma en la que te imaginas.

Con cautela, me acerco a él porque, pese a estar a pocos metros, no soporto sentir este abismo que se ha formado entre los dos, por *mi culpa*. Apoyo mis manos sobre su pecho, intentando expresarme entre sollozos. No se aleja, pero noto cómo su cuerpo se tensa bajo mi contacto, incómodo, aunque intenta no expresarlo.

—Te juro que es solo hablar por hablar, no sé ni por qué lo hago.

—Gala —sus manos recogen mis muñecas con firmeza—, no tienes que darme explicaciones, no tienes que intentar convencerme a mí de nada.

—No quiero que pienses que estoy jugando contigo.

—No pienso eso. —Sonríe entristecido—. Pero sí pienso que no soy yo la persona a la que estás intentando convencer de lo que dices.

Escondo mi cabeza en su pecho. Gael me abraza, apoyando su mentón sobre ella, mientras me acuna intentando tranquilizar mi patético llanto. Pero conozco los abrazos de Gael y este no es como los demás. Sus brazos me rodean rígidos, incómodos ante nuestro contacto, pese a que intenta disimularlo lo mejor que puede. Luchando en contra de mis ganas de seguir acunada bajo sus brazos, decido retirarme, porque lo último que quiero es hacerle sentir peor de lo que ya le estaré haciendo sentir.

Si los ojos pudiesen hablar, los suyos estarían gritándome mil preguntas ahora mismo, pero no lo hace. Me observa impasible, su nuez sube y baja temblorosa, como si no dejase de tragar saliva, o como si las palabras intentaran escapar de su boca.

—Estoy bien —escupe en un agudo murmullo—. No te preocupes por mí.

Me dedica una leve sonrisa antes de posar sus cálidas manos sobre mis hombros y acariciarlos con suavidad, consiguiendo calmar mis ridículos gimoteos.

Pero por mucho empeño que ponga en intentar fingir que está bien, sé que no es verdad. Lo veo, lo noto, lo siento. Gael está triste, está dolido por lo que le he hecho pero no quiere mostrármelo. Porque no quiere que base mis decisiones en él, porque no quiere que sobreponga sus necesidades por encima de las mías, porque no quiere que mi valía dependa de la opinión que tiene él sobre mí.

Porque él no es Darek.

A medida que mis gimoteos van disminuyendo, noto cómo la rigidez del cuerpo de Gael vuelve a aumentar. Como si hubiese estado

esperando a que el ambiente se destensara para poder hacerlo él, construyendo un muro entre los dos. Una enorme grieta en el suelo, un abismo que nos impide volver a tocarnos, no solo físicamente.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. —Hipo—. ¿Tú estás bien?

—Sí. —Baja la mirada al suelo, como si él también pudiese ver la enorme grieta en las baldosas—. No quiero sonar como un imbécil, pero creo que deberías ir a dormir a tu casa.

Mi corazón se quiebra en cientos de pedacitos con esas palabras, pero tiene razón. No quiero que nuestra primera noche durmiendo juntos sea así. Tristes, incómodos, preocupados el uno del otro. Tampoco quiero dormir acompañada después de esto, no creo que Gael quiera hacerlo tampoco, mucho menos conmigo.

—Sí, es mejor que me vaya.

Oigo sus pasos tras de mí mientras me enfundo la chaqueta y recojo el bolso. Veo cómo Gael también se pone su abrigo.

—No hace falta que me acompañes —murmuro incómoda.

—Nunca he dejado que te vayas sola a casa a estas horas, ¿por qué crees que lo voy a hacer ahora?

Me limito a asentir ante su respuesta.

El camino se me hace tediosamente largo, tenso. Ninguno de los dos hablamos, aunque veo cómo Gael me mira de vez en cuando de reojo e intenta fingir una sonrisa cuando nuestros ojos se encuentran.

—Buenas noches, descansa —se despide dándome un seco beso en la mejilla.

—Buenas noches, descansa tú también —le respondo tensa.

Tras cerrar la puerta con cuidado, giro y me deslizo contra ella, hasta quedar sentada en el suelo. Me doy un par de cabezazos contra la puerta como castigo a mí misma por ser tan sumamente estúpida, tonta y mala.

Entonces suena mi móvil.

> Sé que has visto la foto.
> Era en plan coña, no te lo tomes a mal.
> Sigo en casa, pero no puedo dormir ☹☹.
> ¿Estás despierta?

De un trompazo, lanzo el móvil contra la pared, sin importarme una mierda si se rompe, si despierto a alguien o si no vuelvo a recibir

ningún mensaje suyo nunca más.

Sin darme cuenta, o sin querer hacerlo, he vuelto a adentrarme en la misma mierda de siempre. En el mismo círculo vicioso, en la misma necesidad de atención, la misma falsa seguridad al mantenerlo en mi vida, la misma falta de valor para enfrentarme sola a mi propia falta de amor.

Porque, pese a todo, Darek me hace sentir válida, y con él en mi vida no tengo que preocuparme de enfrentarme a mi verdadero enemigo. A la persona que ha provocado todo esto, la persona que no es capaz de sentirse válida sin la atención de los demás. La persona que se quiere tan poco que cree que nadie la querrá siendo ella misma. La persona que acepta migajas de amor porque siente que ya son más de las que nadie le podrá dar. La persona que no quiere soltar lo que tanto daño le hace por miedo a aceptar la realidad. La misma persona que no se atreve a apostar por lo que siente realmente por miedo a ser juzgada.

Gael tiene razón, no estaba intentando convencerlo a él.

Estaba intentando convencerme a mí misma.

Capítulo 62



Gala

Los días pasaron y desde aquella noche ninguno de los dos volvió a sacar el tema. Gael no me rehuía, no me ponía mala cara, no me hacía sentir incómoda ni culpable. Pero no volvió a aparecer por mi ventana, tampoco bajaba del despacho a verme tan a menudo, y si lo hacía, sentía que era por compromiso, por no preocuparme.

Yo no quise forzar las cosas, no quise preguntarle, no quise presionarlo. Tampoco quise presionarme a mí misma. Porque, sí, tenía razón, sabía que estaba haciendo las cosas mal, por mí, por él. Por todo lo que está bien en mi vida. Pero también sabía que las cosas no iban a ser tan fáciles como me gustarían, porque, pese a saber que no debería hacerlo, seguía hablando con Darek. Conversaciones estúpidas, banales, pero seguíamos, y seguimos, manteniendo el contacto.

Sé que pretender volver a lo de antes con Gael, por mucho que quiera, es egoísta e irreal. Por mucho que me disculpe mil veces, no puedo hacerlo, no puedo pretender mantenerlo a mi lado mientras continúo haciéndole daño, porque no se lo merece.

Pero lo que tampoco se merece, ni tampoco me merezco yo, es que nuestra relación se vea transformada en la de dos vecinos que se encuentran en un ascensor. Una relación distante, fría, pero que intenta ser cordial y falsamente agradable mientras subimos planta por planta, hasta que, por fin, el ascensor abre sus puertas, uno de los

dos se baja y el otro puede respirar tranquilo y volver a su burbuja.

No pretendo volver a lo de antes, no pretendo ignorar lo ocurrido y fingir que volvemos a estar bien. Pero esta situación me incomoda más que el hecho de que estuviese enfadado conmigo, porque al menos así sabría lo que realmente siente, al menos así podría recibir las verdaderas consecuencias de mis actos, no esta absurda fachada de cordialidad y tranquilidad que intenta venderme con tal de hacerme sentir bien.

Los primeros días la agradecí, me sentía demasiado culpable como para poder soportar que los ojos de Gael me miraran con odio o decepción. Pero ahora me parece la manera más absurda e infantil de afrontar el problema. Ignorando el elefante en la habitación.

El gruñido de Pasquale me saca de mis pensamientos. Lo oigo en la puerta, balbuceando en un italiano ininteligible para mí. Le dice algo a una mujer que también habla de forma brusca. Oigo algo de unas demandas, de unos impagos y de no sé qué más. Cuando oigo cómo la mujer se retira, Pasquale abre furioso la puerta y vuelve a cerrarla de un portazo al entrar.

—¿Todo bien? —pregunto mientras limpio con esmero la pesca fresca de hoy.

—Sí, sí… —responde desinteresado—. ¿Está Gael arriba?

—No lo sé, si está no ha bajado por aquí en toda la mañana.

—Ven, suelta eso —dice señalando la dorada entre mis manos— y súbele estos papeles. Dile que los ha traído su madre, que quiere que arregle lo que sea que tenga que arreglar.

—¿Por qué no ha pasado ella a dárselos?

—Porque tanto mi hermana como mi cuñado son un incordio, no los quiero en mi casa si no es necesario.

Su respuesta me deja atónita, aunque un poco divertida al mismo tiempo. ¿Ni el propio Pasquale soporta a los padres de Gael? Aunque, bueno, pensándolo bien, Pasquale no soporta prácticamente a nadie. No creo ni que me soporte a mí.

—Vamos —me apremia—, lávate las manos y súbelos —los estampa sobre la mesa—, que quieren que los tenga para mañana.

Su voz suena quemada, rabiosa. Con un retintín de incredulidad ante las peticiones de su hermana.

—Ahora los subo.

El corazón bombea furioso bajo mi pecho. No voy a fingir que no

me pone nerviosa ver a Gael. Tampoco voy a fingir que no estoy deseando hacerlo.

—Toc, toc —digo llamando a la puerta—. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro —responde amable—. ¿Qué necesitas?

—Te traigo unos documentos que ha traído tu madre. Pasquale no la ha dejado pasar.

—Por suerte. —Sonríe—. Déjamelos en ese estante, por favor.

—Lo quieren para mañana —comento posando los papeles sobre el estante que me ha indicado—. Si necesitas que te ayude en algo, para aligerar la faena o lo que sea, dímelo.

—Tranquila, no te preocupes. —Su mirada vuelve al ordenador—. Si necesito cualquier cosa, te aviso.

—Perfecto, pues me voy.

La formalidad con la que se dirige a mí me pone furiosa. Sé que lo hace para que esté bien, para que no me preocupe por él. Pero su falsa amabilidad causa el efecto contrario. Necesito que se enfade, que me grite, que se desahogue como sea pero que me hable desde el corazón, no desde esa fachada absurda desde la que quiere esconderse.

—No me gusta esto. —Me giro hacia él, apoyándome en el marco de la puerta—. No me gusta nada.

—¿El qué?

—Esto. —Nos señalo a ambos—. Fingir que no pasa nada entre nosotros. Fingir que todo está bien, que tú estás bien.

Gael tarda unos segundos en contestar.

—¿Qué te molesta que haga? —No es una pregunta a la defensiva, realmente quiere saberlo—. Creía que estaba todo hablado, que estaba todo bien.

—Sabes que no es verdad. No has vuelto a buscarme de la manera en la que siempre lo has hecho. Me evitas, cosa que entiendo, pero luego actúas como si nada hubiera pasado y todo estuviese bien entre nosotros.

Veo cómo se ensanchan sus fosas nasales al inhalar profundamente. Me mira atónito, con la mandíbula tensa, las manos entrelazadas, haciendo fuerza entre sí.

—¿Qué quieres que haga, Gala? Intento llevar todo esto lo mejor posible. Tu bienestar es mi prioridad, pero tampoco puedo fingir que no me ha afectado en absoluto lo que vi.

—¡Pues dímelo! —escupo nerviosa—. Explícame cómo te sientes

para poder solucionarlo, para poder hacerte sentir mejor.

—Sabes que no te voy a pedir que hagas nada que no salga de ti.

Su voz suena quebrada, rota.

—Entonces ¿ya está? —Frustrada, dejo caer mis brazos—. ¿Esto se acaba así? ¿Tú eres quien me dice que no debo priorizar las emociones de los demás por encima de las mías, pero luego no eres capaz de expresarme lo que sientes por no hacerme daño a mí?

—Galatea, por favor, vete, no tengo nada que decirte.

Un ardor sube por mis mejillas.

—No me da la gana. —Me cruzo de brazos—. ¡Háblame! ¡Chíllame si quieres! Dime por qué estás así conmigo, por qué no me expresas lo que sientes. ¡Quiero saberlo! —Me acerco hacia él y apoyo ambas manos sobre el escritorio obligándolo a apartar la mirada de la pantalla y ponerla en mí—. Deja de fingir que todo está bien, deja de fingir que tú estás bien. ¡Deja de anteponer mis emociones a las tuyas! ¡Deja de priorizarme a mí!

—¡No puedo no priorizarte cuando estoy enamorado de ti!

Su mirada atraviesa la mía. Noto cómo mis piernas tiemblan. Me sujeto a la mesa para no caer. Los ojos de Gael escrutan mi rostro en busca de algún atisbo de emoción. De algo. Pero, totalmente conmocionada, solo puedo observarlo con la boca entreabierta. Me doy cuenta de que llevo varios segundos sin pestañear cuando mis ojos se resecan.

—Ahora, por favor, vete —escupe en un susurro prácticamente mudo—. Por favor.

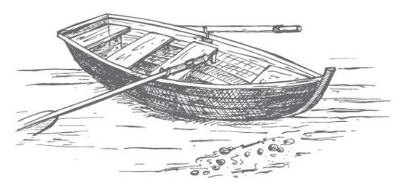
El temblor de sus palabras se suma al mar de emociones que siento ahora mismo. Miedo, ansiedad, amor, tristeza, ternura, frustración, anhelo, deseo.

—Por favor.

Hay tantas cosas que querría decirle y, sin embargo, ninguna de ellas brota de mi boca. Mis labios se sellan en una fina línea y asiento. No quiero irme, no quiero dejarlo solo, no quiero que crea que sus palabras no son importantes para mí. Pero estoy completamente en *shock*, no puedo actuar. No sé cómo actuar.

Así que, me doy la vuelta en contra de mi propia voluntad y salgo del despacho.

Capítulo 63



Gael

Por primera vez desde que Gala trabaja aquí, no hemos desayunado juntos.

Le he abierto la puerta porque no me quedaba otra, hemos cruzado un par de palabras cordiales y me he subido a mi despacho con la excusa de que tenía que terminar con el papeleo de ayer. Ha sido tan raro, pero creo que ha sido lo mejor. Ayer estallé, se lo confesé. Le confesé que estoy enamorado de ella, no de la manera que a mí me habría gustado, pero escapó de mi alma, no pude evitarlo. No recibí respuesta, tampoco quería oírla. Me entró el pánico, el miedo, solo quería desaparecer, huir de mis propias emociones, que brotaban sin control.

No me arrepiento de haberlo hecho.

Tenía razón. Algo en sus palabras me hizo clic, me hizo explotar. Tenía razón. No puedo seguir ocultando mis emociones, mis necesidades, por no afectar a las suyas, por no perturbarla, por no hacerle sentir la congoja que yo siento dejando mi bienestar a un lado, por preservar el suyo.

Tenía razón.

Pero que me haya atrevido a dar ese paso no significa que no me sigan comiendo los nervios cada vez que la veo. Ahora que sabe realmente todo lo que siento por ella, todo lo que sé que no es recíproco, la inquietud me consume cada vez que estamos cerca. Porque, sí, me gustaba lo que teníamos entre nosotros, pero para mí ya no sería suficiente. Necesito más, necesito más de Gala, pero sé que

no me lo puede dar.

A ratos me planteo el hecho de que, si volviera a mí, sería capaz de dejar mis necesidades a un lado y estar con ella de la forma que ella quisiera, con tal de poder seguir a su lado. ¿Es esto lo que ella sentía con Darek? ¿Es este sentimiento de necesidad lo que le impide despegarse de él?

Pero Gala no es Darek, ni yo soy Gala. Ella ha sido la que me ha enseñado lo mal que se puede pasar por un amor que no es recíproco, un amor que no te da lo que necesitas. Ella misma es la que me ha mostrado que no he de aferrarme solo al amor para sostener un vínculo. El amor no lo es todo. El amor se sostiene de cuidados, correspondencia, respeto, comunicación, admiración y amistad.

Si cualquiera de esos puntos flaquea, el amor no se sostiene, el amor no es suficiente. Al menos no debería serlo, aunque a veces nos conformemos con ello cuando sentimos que es lo mejor que nos pueden dar.

Gala se merece vivir el amor con todos sus matices.

Yo también me merezco vivir el amor con todos sus matices.

—¿Gael? No sabía que hoy estarías aquí —oigo una voz femenina a mis espaldas—, y menos tan pronto…

—Tengo un par de asuntos que he de mirar —respondo fatigado —. Buenos días, Brina.

Mentira. No tenía pensado venir hoy, pero no quería quedarme en casa, en el despacho, donde Gala podía volver a aparecer. Por nada del mundo iba a ir al restaurante del pueblo, con mis padres comiéndome la oreja durante toda la mañana. Así que he recogido cuatro papeles que podría haber hecho en mi despacho y me los he traído al despacho del restaurante de Manarola para alejarme lo máximo posible de todo con lo que no quiero lidiar.

Bueno, todo menos Brina.

—¿No es demasiado pronto? —pregunto curioso—. ¿Qué haces aquí?

Brina me mira extrañamente nerviosa.

—¿Pasa algo? —Rodeo el escritorio para acercarme a ella—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, todo bien —miente.

Sus ojos van de un lado a otro, como un ratón en busca de un hueco por donde escapar. La miro confuso. ¿Qué le pasa? Se muerde

el labio nerviosa. Tiene los labios un poco inflamados ahora que me fijo. También lleva el pelo un poco revuelto para ser ella, he de admitir. Cruza los brazos por encima del pecho, haciendo que me fije en ellos.

Porque tiene el uniforme del revés.

—¿Brina? —pregunto cada vez más intrigado—. ¿Estabas aquí sola?

—¡Buenos días, jefe! —aparece de sopetón una voz grave por el pasillo—. Qué alegría tenerte por aquí de nuevo.

Apoyándose en el marco de la puerta aparece Tomasso. El nuevo gerente, al que casualmente se le sale la camisa por la parte trasera del pantalón.

—Buenos días, Tom. —Enarco las cejas—. Tú también has venido muy pronto hoy, ¿no?

—Sí, bueno, como llevo poco tiempo aquí, me gusta organizarme con calma —se rasca la nuca inquieto—, espero que no sea un problema.

—No, no... —Me muerdo la mejilla intentando guardar la compostura—. Pero ¿necesitabas a Brina para algo? No es muy común que los camareros vengan con tanta antelación.

Ambos se miran, casi puedo ver cómo una gota de sudor recorre la sien de Tom.

—Yo he venido antes para limpiar la sala —salta ella nerviosa—. Debía un par de horas de trabajo... Por un día que pedí vacaciones, hace ya mucho, así que he venido antes.

No sé si reír o cabrearme porque hayan estado follando en mi puto restaurante.

—Tom, ¿puedes quedarte un segundo? —Respiro tenso.

—Sí, por supuesto.

—Tú puedes seguir limpiando, Brina —me mofo al ver que no se va—. Por cierto —se gira para mirarme—, llevas el uniforme al revés.

Con la cara casi tan roja como la de Tomasso, baja la mirada y sale disparada del despacho, cerrando la puerta tras ella.

—Que sea la última vez —gruño antes de dejarlo hablar—. Esto es la empresa de mi familia —«De mis padres, mejor dicho»—, es un restaurante al que le ponemos mucho empeño y cariño, es vuestro lugar de trabajo, no es un motel. ¿Se puede saber qué se os pasa por la cabeza?

—Perdón. —Retuerce sus manos nervioso—. Lo siento, ha sido una enorme falta de respeto.

—Por favor, Tomasso, pareces ser un buen trabajador, estaba muy contento con tu llegada al restaurante, no lo estropees de esta manera tan grosera. Haced lo que queráis, pero, por favor, fuera de mi restaurante.

—Sí, se lo juro. —«Qué raro se me hace cuando me hablan de usted»—. No volverá a pasar, se lo juro. Mis más sinceras disculpas.

Con un ademán le indico que puede irse tranquilo.

—Avisa a Brina, dile que cuando pueda venga a mi despacho.

Y así lo hace. Pocos minutos después aparece Brina con mucha menos vergüenza que Tomasso, cruzada de brazos y con una mirada de desdén. Como si fuese yo quien tuviera que pedirle disculpas a ella.

—¿Te parece normal? —la increpo—. ¿No tienes nada que decirme?

—No me mires con esa cara —salta a la defensiva—. No te parecía tan horrible cuando con quien me colaba en el restaurante eras tú.

—Porque es mi puto restaurante, Brina. —Me levanto sobre la mesa apoyando las yemas de los dedos—. No puedes tomarte las confianzas de hacer aquí lo que te dé la gana, mucho menos echármelo en cara.

—¿Estás celoso?

—¿Estás de coña? —Suspiro al borde del colapso—. ¿Eres consciente de las gilipolleces que haces para intentar llamar mi atención día sí, día también? ¿Te estás oyendo?

—¿Alguna vez me oyes tú a mí? —escupe furiosa—. ¿Alguna vez te has parado a pensar en por qué lo hago? ¿Alguna vez te has dignado escucharme?

—No te entiendo, de verdad que…

—No, no te importo, no te importo lo suficiente como para intentar entenderme.

Antes de que pueda responder se va dejando la puerta entreabierta.

Lo suficiente para oírla llorar.

Capítulo 64



Gala

Llevo varios días dándole vueltas a esto y creo que no nos lleva a ningún lado. Ni a ti ni a mí. Mantener este contacto absurdo es una forma más de aferrarme a la idea de algo que nunca pudo ser, de una versión de ti que nunca fue real. No te culpo, ahora eso ya no importa. No tiene sentido seguir hablando, ambos sabemos por qué lo hacemos, ambos sabemos que acabará igual que siempre. Por favor, respeta mi decisión de alejarme, de sanar por mí sola, sin ti. Te deseo lo mejor, que seas muy feliz.

—¿Qué os parece? ¿Se lo envío?

—A mí me parece que falta un «Cabronazo, déjame vivir en paz de una puta vez, eres un trozo de mierda seca», pero por lo demás, todo bien —sisea Lola.

—Estoy de acuerdo, pero da igual, ya está bien así —rechista Elena—. No le des más vueltas, envíaselo ya.

Eso hago. Con el corazón en un puño, copio el mensaje que les he enviado a mis amigas para que me den el visto bueno y lo pego en el chat de Darek. Le doy a «Enviar». Salgo corriendo de la conversación para volver a la videollamada.

—Joder, estoy temblando —balbuceo nerviosa.

—Avísanos cuando responda.

—¿Lo vas a bloquear?

—Seguramente —respondo convencida—. No quiero dejarle otra grieta por donde colarse para llegar hasta mí.

—Esa es mi amiga, joder.

—Estamos orgullosas de ti, tú puedes.

Un mensaje.

—Tías, tías —aleteo nerviosa—, ya ha respondido.

—¡Léelo!

—¡No! Espérate un par de minutos para que no piense que estás ahí superpendiente de él.

—Cómo no va a estar pendiente de él, si lo está dejando.

Sus voces retumban en una parte trasera de mi cerebro que no oigo. Solo pienso en el mensaje. En Darek.

Se te va la pinza.
¿Qué te pasa ahora? Explícamelo, podemos solucionarlo, no entiendo
este cambio de sopetón.

Leo en voz alta.

—De sopetón, dice el tontopolla —gruñe Lola—. Como si no te hubieras mudado a otro país para alejarte de él.

—Qué pesado, no le des bola.

Darek, sabes que esto no está bien, que quiero superarte, superar lo nuestro. Hablar contigo no tiene ningún sentido, solo nos hacemos daño el uno al otro. Por favor.

—¡Pero no seas tan buena con él! —chilla Elena por el móvil—. Tía, te pasas de buena, no te dejará en paz así.

Gala, de verdad que si es lo que tú necesitas lo respetaré, yo solo quiero
que estés bien, pero creo que te estás equivocando, no estás pensando
con claridad.
Te llamo y lo hablamos.

No, no quiero que me llames, quiero que me entiendas y me respetes.
Si me has querido tanto como dices, me dejarás tomar mis

propias decisiones sobre lo que quiero en mi vida.
Darek, esto tuvo un punto final hace mucho tiempo, solo que ninguno de los dos lo quisimos ver, estamos alargando lo inevitable.
Ya está, se acabó.

—Ole tu coño, amiga —sisea Lola.

Está bien, no pienso suplicarle a alguien que no me quiere en su vida aunque yo me esté esforzando porque siga en la mía.
Respetaré tu decisión, aunque sepa que te estás equivocando, pero no pasa nada, yo me he equivocado muchas veces contigo, no te lo voy a echar en cara.
Me parece un poco lamentable que actúes así conmigo, creo que estaba haciendo las cosas bien esta vez, pero allá tú y tus idas de olla.

—¿Lo veis normal? —pregunto a mis amigas asombrada tras leerles el último mensaje—. ¿Se está haciendo la víctima?

—Se está haciendo el gilipollas, que es lo que es —rebufa Lola—. Por Dios, tía, no lo soporto, bloquéalo ya.

Como te he dicho antes, te deseo lo mejor.
Espero que entiendas que por mi salud mental tengo que volver a bloquearte, no te lo tomes como que estoy enfadada contigo, es por mi propio bienestar. Por mí, todo bien. Adiós, Darek.

No te preocupes, ya lo hago yo por ti.

«Bloqueada.»

—¿Me ha bloqueado?

—Ni caso, tía, creo que me he puesto cachonda de ver cómo has controlado la situación tan bien.

—Jolín, creo que se me va a salir el corazón por la boca. —Me aprieto el pecho controlando la respiración—. Amigas, ya está, está hecho, no más Darek —declaro ahogada, más para mí que para ellas.

—¡Eres la mejor! —me anima Elena de forma adorable—. Eres superfuerte y supervaliente, lo has hecho genial.

—¿Tú estás bien? —pregunta Lola calmada—. ¿Cómo te sientes?

Sopeso mi respuesta mientras lleno mis pulmones del aire fresco

que me acompaña desde el balcón. Arropada por una manta y el amor de mis amigas, me tomo unos minutos para escucharme a mí misma, mis pensamientos, mis emociones.

—Creo que estoy bien —murmuro convencida—. Un poco triste, porque me da pena terminar con una persona que ha significado tanto para mí. Aunque sea un capullo. —Miro a Lola divertida, que estaba poniendo los ojos en blanco—. Pero estoy bien. Creo que lo peor ya lo he pasado, ahora solo necesito tiempo para lamerme mis propias heridas.

—También puedes pedirle ayuda a un italiano que está deseando lamerte lo que le pidas —cuchichea Elena haciendo alusión a Gael.

Río apenada.

—¿No habéis vuelto a hablar del tema?

—No hemos vuelto a hablar de nada —suspiro—. Hace días que lo único que nos decimos son los buenos días al llegar a su casa y porque me tiene que abrir la puerta cada mañana; si no, creo que ni esos segundos compartiríamos.

—Pero ¿no os habláis por ti o por él?

—Por ambos, creo. —Agacho la cabeza buscando refugio bajo la sudadera—. Él me evita, pero yo también lo evito a él. No sé por qué lo hago, necesitaba tiempo para mí misma, supongo, para reorganizar mis emociones antes de volver a cagarla.

—¿Y lo has conseguido? —susurra Elena.

—Acabo de cortar definitivamente con quien hace tan solo tres meses creía que era el amor de mi vida. ¿Tú qué crees?

Las tres reímos.

Tras un chillido de mi abuela avisando de que la cena ya está lista, me despido de mis amigas dándole un tremendo beso a la pantalla que la deja totalmente sucia y borrosa.

Estoy feliz, triste pero feliz.

Yo creo que cerrar cualquier tipo de etapa, no solo la romántica, te hace sentir triste en cierto modo. Dejar atrás amistades, costumbres, estudios, vivencias. No creo que jamás pueda despegarme de algo que formó una parte importante de mi vida sin sentirme nostálgica.

Pero no he de dejar que la intensidad de ese sentimiento me domine, domine mis pensamientos, mis actos, mis emociones. Porque hay algo mucho más poderoso que a veces pasamos de largo.

La paz.

La paz, la serenidad, la calma. Saber que he aceptado la realidad de mi vínculo con Darek, que he aceptado lo que realmente había entre nosotros, que acepto y entiendo que esto es lo mejor para mí y eso quiero, lo mejor para mí, me trae paz. Es algo tan valioso y tan invisible a los ojos…

Pero así lo siento, estoy feliz por ello, feliz por mí.

Por fin empiezo a sentir paz.

Aceptación

Nombre femenino

1. Acción de aceptar.

Después de muchos intentos por evitarlo, ha terminado aceptando la realidad de los hechos.

2. Consideración generalizada de que algo es bueno o válido.

Sus palabras han tenido una gran aceptación.

Capítulo 65



Gala

Lo más duro de una ruptura no es perder a la otra persona, es perder esa parte de ti que existía solo cuando estabas con ella. Por eso creo que muchas veces las personas vuelven a aferrarse a una nueva relación poco después de una ruptura, por el afán de revivir esos cachitos de sí mismas que por sí solas no saben encontrar.

Cada vez soy más consciente de la importancia de quererse a uno mismo, del amor propio. No es cierto eso que dicen de que si tú no te quieres nadie te va a querer. Claro que puedes ser querida sin amarte a ti misma, claro que los demás pueden ver en ti lo que tú no eres capaz de ver. Puedes ser amada sin amarte a ti misma. No recae en tu percepción la responsabilidad de ser apreciada, querida, amada.

Puedes ser amada aunque tú misma no sepas hacerlo.

Pero ahora entiendo el matiz que esconde esa expresión. Porque no, no es cierto eso que dicen de que si tú no te quieres nadie te va a querer, pero sí que es cierto que si tú no te quieres, no sabrás reconocer cuándo te quieren bien. Y cuándo no.

Porque cuando no te quieres, todo el mínimo afecto externo que recibes lo magnificas. Porque cuando no te quieres, crees que lo poco que te amen es más de lo que te mereces. Porque cuando no te quieres, te conformas con las migajas de quien dice amarte, porque son más de lo que tú te puedes dar a ti misma.

Porque cuando no te quieres, te minimizas, te amoldas, te

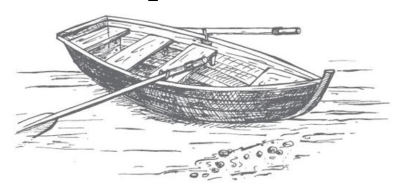
resignas.

Te pierdes.

Después de eso, el camino para volver a encontrarte es mucho más difícil. Pero hay salida en ese túnel, sí que la hay, porque la veo, la he encontrado.

Me he encontrado.

Capítulo 66



Gael

—No sé qué más decirle, me sabe fatal verla mal por mi culpa, pero es que no quiere aceptarlo.

—Pero ¿tú le has dejado claro que no quieres nada con ella?

—Claro, se lo he dicho mil veces.

—También te digo, si le dices que no quieres nada con ella pero luego seguís teniendo relaciones cuando los dos os calentáis... —Leo recoge con agilidad un disco de veinte kilos que seguidamente incrusta en la barra—. Llámame loco, pero puede que eso la confunda.

—Lo sé, lo sé. —Resoplo—. Sé que tendría que haber cortado las cosas de raíz mucho antes, sé que no tendría que haber seguido ese juego estúpido, pero hace mucho que dejé de hacerlo.

—Bueno, desde que apareció Gala —murmura con mofa.

Le dedico una mirada tirante antes de colocarme con precaución bajo la barra de metal, apoyarla sobre mis hombros con precisión y desencajar los seguros para ejecutar el ejercicio.

Gala. Gala. Gala.

Me duele pensar en cómo están las cosas entre nosotros, en cómo han terminado. Intento evitar cualquier contacto innecesario porque sé que estar con ella sin poder besarla, sin poder tocarla, sin poder hacerla reír, hacerla enfadar, me mata. Me mata por dentro no poder hacerlo. Pero las cosas se han dado así y es lo que hay, he de aceptarlo.

Aceptarlo no significa que no duela como un puto tiro en el pecho.

Pero no voy a perderme a mí mismo por tratar de encontrarla.

—¿Me vas a negar que ella no ha sido el motivo de tu distanciamiento con Brina? —insiste antes de colocarse él bajo la barra.

—No, no te lo niego —respondo indiferente, pasándome la pequeña toalla sobre los hombros—. Pero ahora eso da igual, Gala ya no importa, no quiero volver a tener nada con Brina porque no quiero que siga pasándolo mal por mí.

—¿Gala ya no importa? —Ríe incrédulo, empujando el barrón de metal hacia arriba—. Eres un mentiroso pésimo.

—Sí, da igual —intento autoconvencerme—. No es que me dé igual ella en sí, como persona la aprecio mucho, pero lo nuestro no tiene cabida, puede que algún día podamos volver a ser amigos.

—Venga, hombre, ¿a quién intentas tomarle el pelo? —Ríe—. Calla esa boca, que solo falta que te tatúes su nombre en el pecho de lo pillado que estás de ella.

Río.

Río porque Leo es gilipollas.

Río porque tiene razón.

—Déjame en paz. —Le golpeo el brazo—. Me han roto el corazón, ¿vale? Tienes que consolarme, cabrón, no echar más leña al fuego.

—Tienes razón, además tampoco es tan guapa, tío, ni tiene un culo tan perfecto. —Enarco las cejas irónico—. A ver, me has pedido que te consuele, pues tendré que mentir.

—Es que es perfecto, ¿eh?

—Es jodidamente perfecto —se burla poniendo su mano en la sien—. Como el de Valentina.

Su declaración me pilla por sorpresa. Me planto frente a él emocionado, con unos ojos como platos y los brazos levantados acompañando mi expresión de confusión y euforia.

—¿Qué? —pregunta haciéndose el loco—. Va, espabila, vamos a hacer el siguiente ejercicio, que se nos hace tarde.

—Cómeme los huevos. —Lo empujo con cuidado para que no se escape—. ¿Se lo has dicho ya?

—¿El qué?

—Que estás enamorado de ella.

—No estoy enamorado de ella —miente—, simplemente me

atrae, tengo ojos en la cara y puedo apreciar su belleza…

—Mentiroso.

—Ya somos dos.

—¿Fue diferente besarla a ella? ¿Qué sentiste?

—No pienso responder a esa mierda. —Pone los ojos en blanco y yo enarco las cejas expectante. Suspira derrotado—. Sentí fuegos artificiales, como si sus besos me hicieran entender lo que realmente es respirar.

—Vaya puto cursi, no me puedo creer que eso haya salido de ti.

—¡Cállate! —Aparta la vista furioso, rojo como un tomate—. Déjame en paz.

—¿Por qué no se lo dices? Díselo.

—¿Estás tonto? Ni muerto se lo digo.

—¿Por qué no? Valentina te cuida un montón, está siempre pendiente de ti, te ríe todos los chistes, incluso los que son malísimos —bromeo sujetándolo por los hombros—, yo lo he visto. Os he visto. Cuando estáis juntos desaparece todo a vuestro alrededor, literalmente no nos hacéis puñetero caso a los demás. —Ríe—. La forma de miraros, de reíros, de tocaros. Es distinta, es especial. Eres especial para ella, igual que ella lo es para ti.

—Joder, luego soy yo el cursi, estar enamorado te está pasando factura.

—Imbécil —lo meneo—, hablo en serio.

—Lo sé, ¡lo sé! —resopla separándose de mí—. Pero no es tan fácil. ¿Y si me rechaza?

—Si te rechaza, entonces el próximo entreno nos tendremos que consolar el uno al otro —bromeo.

—¿No te arrepientes de habérselo confesado tú a Gala? —susurra dubitativo—. ¿No te agobia pensar en que si no te hubieras declarado ahora seguiríais siendo amigos?

Sopeso la idea de no haberme abierto con ella. Pese a que una parte de mí habría seguido feliz con lo poco que pudiese recibir de Gala, sé que este momento habría llegado tarde o temprano. Porque yo no iba a dejar de quererla por callarlo, no iba a dejar de amarla por ocultarlo, no iba a dejar de desearla por evitarlo. Tenía que decírselo, necesitaba decírselo. No tenerla a mi lado me provoca un dolor indescriptible, casi físico, como si alguien me estrujara el corazón y las entrañas desde dentro.

Pero la paz que sentí al soltarlo…

La paz que sentí al escupirle lo que sentía por ella…

Lo necesitaba.

—No, no me arrepiento.

—Pues a mí me parece una putada lo que os ha pasado, solo de pensar que puede pasarme lo mismo con Valentina me quiero pegar un tiro en los testículos.

—Joder, eres un paño de lágrimas pésimo.

Capítulo 67



Gala

«Soy fuerte.

»Soy guapa.

»Soy lista.

»Soy independiente.

»Soy graciosa.

»Soy maravillosa.

»Estar conmigo es un privilegio.

»No necesito a nadie para sentirme completa.»

Elena me ha pasado un tiktok donde una chica explica que para provocar que las cosas sucedan tengo que manifestarlas, tengo que creerlas yo misma para poder evocarlas al universo o algo así. Pese a que dudo de la veracidad de esta pseudociencia que tanto aclama mi amiga, he decidido probarlo. Porque ¿por qué no? Mejor darme la turra a mí misma con un mantra positivo e irreal que echarme a llorar por las esquinas.

No, irreal no.

Tengo que creerlo, porque lo soy.

«Soy fuerte.

»Soy guapa.

»Soy lista.

»Soy independiente.

»Soy graciosa.

»Soy maravillosa.

»Estar conmigo es un privilegio.

»No necesito a nadie para sentirme completa.»

Observo mi reflejo sobre el ventanal del vagón. Todavía no sé si me arrepiento de haberme puesto un labial rojo tan potente. Me queda bien, creo.

Creo no, me queda bien, me queda fantástico.

«Porque soy fuerte.

»Soy guapa.

»Soy lista.»

Hoy quería emperifollarme como si en lugar de ir a trabajar de camarera al restaurante fuera a una boda. Qué coño, como si fuese la propia novia en esa boda. ¿Por qué? No lo sé, no quería hundirme, no quería dejarme de lado. Desde que estoy aquí siento que cada vez necesito menos el maquillaje para sentirme bien, pero que no lo necesite no significa que no me guste utilizarlo.

Así que hoy me he levantado con ganas de comerme el mundo. Porque ¡voy a comerme el mundo! Porque soy guapa, soy fuerte, soy independiente y soy todas esas cosas tan maravillosas.

No puedo evitar pensar en Gael, en si hoy estará allí, en si sabrá que hoy voy a cubrir el puesto de Daniela porque ha cogido la baja por conjuntivitis. Puede que si se entera de que voy yo se vaya, y aunque me molestase ese gesto por su parte, lo entendería, entendería que me evitara de esa manera.

Aunque Gael no es mi mayor preocupación de mi jornada laboral de hoy, lo es la rubia de metro setenta que está deseando enviarme de vuelta a España de una patada en el culo.

—¡Hola, preciosa! —me recibe Tomasso amablemente—. Qué pronto llegas. Los vestuarios están arriba a la derecha. ¿Necesitas que te indique?

—No, tranquilo, los conozco —respondo observando la sala—. ¿Estás tú solo?

—No, qué va, los cocineros ya están en la cocina preparándolo todo. Hugo —otro camarero— ha subido al vestuario hace un segundo, y el jefe está en el despacho.

—¿El jefe? —Me da un vuelco el corazón.

—Sí, Gael, lleva ya unos días rondando por aquí. No te preocupes —susurra sonriendo al leer mi cara—, es un buen tipo y no suele salir

mucho del despacho, no muerde.

«Sí, sí muerde.

»Muerde que da gusto.»

—Guay —respondo atontada antes de subir disparada hacia el vestuario.

No sé si tengo prisa por encerrarme en el vestuario hasta que sea la hora para no cruzarme con Gael o por cambiarme y salir del vestuario antes de que llegue Brina y me encierre en una de las taquillas. Subiendo la escalera, veo la puerta del despacho entreabierta.

«Mierda.»

Intento llegar sigilosamente hasta el vestuario femenino sin perturbar el silencio, pero Hugo se interpone en mi camino.

—¡Hey! ¿Otra vez tú por aquí? —me saluda efusivo.

Por poco le chisto impulsivamente.

—Sí, sí —respondo en un susurro casi imperceptible—. Subo para el vestuario, que tengo prisa.

—¿Estás bien?

—Sí, sí... —Miro de reojo la puerta del despacho—. Solo que... Tampón, la regla. Me acaba de bajar la regla —miento.

—Oh, vale —intenta no hacer una mueca de desagrado.

Hugo es un crío en un cuerpo de un niño de diecinueve años que luce como uno de dieciséis. El primer día, y el único, que vine aquí me sorprendió descubrir que tenía la mayoría de edad. Me habría sorprendido menos que los padres de Gael tuvieran a un adolescente de quince años trabajando ilegalmente. No le tendré en cuenta la cara de asco que me ha dedicado, tampoco tengo tiempo para eso en estos momentos.

Al entrar en el vestuario decido dejar la puerta entornada para poder oír a Brina llegar y poder salir disparada antes de coincidir ambas aquí y provocar un momento incómodo. Suficiente tengo con lo que me espera hoy.

Desparramo la chaqueta y la mochila sobre el banco. Saco de esta una camisa blanca básica, que me traje de milagro en la maleta, y unos pantalones de pinzas negros, para simular que llevo el uniforme que no tengo. Con sumo cuidado, los dejo sobre el banco, intentando no arrugarlos más de lo que se han arrugado en la mochila. Mi abuela me lo había dejado todo tan bonito, tan limpio, tan planchadito.

Oigo un par de ruidos que provienen de la planta de abajo y que me provocan treinta taquicardias, pero ninguno de ellos son Brina. Me quito los vaqueros, la sudadera y la camiseta. Los dejo hechos un moñigo sobre el banco, el cual parece ya un mercadillo de tantas cosas desperdigadas.

Cojo la camisa con mimo, la desdoblo y me la pongo. Me miro al espejo mientras me aliso las mangas y entonces lo veo.

Tengo el pintalabios corrido.

Bajo la mirada.

He manchado la puñetera camisa.

«No. No. No. ¡No!»

Estresada perdida, me la quito, intentando que no vuelva a rozar mis labios. ¡Mira que he tenido cuidado! Puto pintalabios, ¿para qué me pongo nada? Improvisando una bayeta, cojo la camiseta que llevaba puesta al llegar y mojo un trocito de esta con agua tibia. También echo unas gotas de jabón de manos, rezando porque el invento funcione.

De un puñado cojo la ropa que he desperdigado por el banco, la meto en la mochila y la cuelgo en el perchero para poder estirar la camisa. Con mucha precaución, como un cirujano realizando una operación a corazón abierto, froto la mancha de la camisa, que, pese a ser relativamente pequeña, es tremendamente llamativa.

¿Por qué hoy se me ha antojado el puñetero labial rojo?

No había otro día, no.

Vuelvo a humedecer la camiseta-bayeta, vuelvo a frotar poquito a poco la mancha. ¿Se va? Bueno, creo que un poco. Se disimula bastante. Puede que sirva... Vuelvo a acercarme a la pila para humedecer y echarle un poquito más de jabón. Nada, muy poco.

Un estrepitoso ruido a mis espaldas me hace pegar un agudo grito del susto y doy un salto de la impresión. Me giro para ver que el maldito perchero se ha caído al suelo, reventando por poco un zócalo. Joder, no me acordaba de que está cojo.

—¿Qué ha sido eso? ¿Todo bien? —Una voz se acerca por el pasillo.

«No. No. No.

»No puede ser.»

—¿Daniela? ¿Brina? ¿Estáis bien?

Gael se detiene en la puerta, que por suerte no abre. Suelto de

sopetón la bayeta, tumbando torpemente el dispensador de jabón con el brazo y haciéndolo caer al suelo con un seco golpe.

«¡Joder!

»¿Algo más?»

—Bri, sé que estás enfadada, pero solo dime si estás bien. ¿Qué ha sido eso? —No contesto—. Voy a abrir, ¿vale?

—Estoy bien —escupo nerviosa.

El silencio reina unos segundos.

—¿Galatea?

No contesto de nuevo.

Entreabre la puerta.

—¡No abras, estoy desnuda! —chillo, consciente de que voy en ropa interior.

—Pues respóndeme —gruñe—. ¿Estás bien? ¿Qué ha sido eso?

—Se me ha caído el perchero.

—¿Necesitas ayuda para levantarlo?

—¿Esa es tu excusa para meterte aquí conmigo?

El comentario me sale solo. Sin pensarlo. Aprieto los labios consciente de que hace muchos días que no lo hago. Que no lo busco, que no lo reto. No debería haberlo hecho, pero se me ha escapado completamente, lo juro. Lo echaba de menos, no podía aguantarme más.

Frunzo el ceño mientras miro a la puerta nerviosa, esperando una respuesta que no llega, una respuesta que no creo que llegue nunca.

—No necesito excusas para meterme ahí contigo —murmura—. Pero no te preocupes, que no lo voy a hacer.

«¿Qué pasa si quiero que lo hagas?»

Las palabras quieren escaparse nuevamente de la punta de mi lengua.

Pero las encierro en mi boca.

—En realidad, sí que necesito ayuda con el perchero. —No responde—. ¿Puedes llamar a Tom o a Hugo para que me ayuden?

Abre la puerta con tal ímpetu que por poco hace un agujero en la pared con el pomo.

Aprieto mis labios intentando no reírme. Lo he hecho a propósito, claro que lo he hecho a propósito, sabiendo que le iba a molestar. Sabiendo que así entraría aquí, conmigo, casi desnuda; soy culpable, lo confieso.

Pero para mi sorpresa no me mira, no posa sus ojos sobre mi cuerpo en ningún momento. Con un semblante imperturbable, se remanga la camisa, se agacha y recoge el perchero con total facilidad sin ni siquiera esperar a mi ayuda.

—No cuelgues nada más. —Lo incrusta en la esquina para evitar que vuelva a caerse—. Esta tarde lo desmontaré y pediré otro porque si no un día de estos alguna se abrirá la cabeza.

«Que le den por culo al perchero.»

Su mirada se posa de reojo sobre la camisa, manchada de un tono rojizo.

—¿Eso es sangre? ¿Te has hecho daño?

Es entonces cuando me mira.

Me mira de arriba abajo, buscando un corte, un morado, una herida. Obviamente no encuentra nada. Nada que me haya hecho el perchero, claro.

—No, estoy bien —susurro—, es pintalabios, estaba intentando limpiarlo. —Su mirada se posa en un tenue morado que tengo en la cadera—. Eso no es del perchero, es tuyo.

—¿Mío?

—De cuando me agarrabas el culo como un animal.

Puede que esté exagerando un poquito.

—Lo siento. —Carraspea.

—No era una queja —murmuro.

—Debes de tener la piel demasiado sensible si todavía te dura.

—Puede que tú tuvieras demasiadas ganas de hacerlo.

Su mirada vuelve a mis ojos, consciente de que estoy intentando hacerle reaccionar. Ladea la cabeza unos instantes pensativo, debatiendo consigo mismo si debería ceder ante mis claros intentos de buscarlo.

—¿Qué intentas, Galatea?

—¿Yo? —pregunto ofendida, haciéndome la loca—. Nada, ¿qué voy a intentar?

Tensa la mandíbula tratando de no sonreír. Noto cómo evita bajar su mirada a mis pechos, recogidos en un precioso sujetador de encaje. Me lo he puesto esta mañana para sentirme sexy para mí misma, pero parece ser que le he sacado más partido del que pensaba.

—Has intentado ponerme celoso.

—Yo creo que lo he conseguido —pestañeo coqueta.

Con la lengua relame su labio inferior antes de morderlo dubitativo y de una inesperada zancada se pega a mí, haciendo que me tambalee hacia atrás.

—No vuelvas a hacerlo.

Toda mi piel responde ante su cálido aliento rozándome los labios, pero no todo lo cerca que desearía. Mi respiración se acelera al sentir cómo me observa y tardo unos segundos de más en responder.

—¿Qué pasa si lo vuelvo a hacer? —Lo reto con la mirada, aunque mi voz es prácticamente un murmullo—. Qué impropio de ti ponerte tan posesivo.

—Ahora finge que no era esa tu intención.

Acerca cada vez más su rostro, mientras sus ojos suben y bajan de los míos a mi boca reiteradamente, de una forma tan intensa que por poco me provoca un gemido.

—Te estás comportando como una niña consentida, ¿lo sabías?

Parpadeo confundida ante su comentario. Creía que me estaba siguiendo el juego, pero tal vez realmente está enfadado, tal vez ya no quiere saber nada de mí y yo estoy aquí montándole un ridículo numerito de los nuestros para que me haga caso. Puede que a él ya no le diviertan estas tonterías, nuestras tonterías.

—Puede que sí sea una consentida —murmuro cada segundo más avergonzada—, perdóname.

Doy un par de pasos hacia atrás, poniendo distancia entre ambos, pero antes de que pueda dar un tercero, Gael rodea mi cintura con ambas manos y me atrae hacia sí de un tirón, haciendo desaparecer cualquier espacio entre nuestros cuerpos.

—Estás de suerte —murmura ronco sobre mis labios—, porque a mí me encanta consentirte.

Solo me da tiempo a disfrutar del ligero roce de sus labios sobre los míos un par de segundos, un par de intensos y anhelantes segundos, antes de que un sonoro golpe contra la puerta nos sobresalte.

—¡Eres un hijo de puta! —gruñe una voz en italiano—. ¡Y tú, una zorra!

Brina.

—¿Esto es por lo del otro día? ¿Es eso? ¿Estabas celoso y ahora quieres devolvérmela? ¡Eres un cerdo!

Gael se gira confuso para encontrarse con la furiosa mirada de

Brina, que comienza a empañarse por las lágrimas.

—No estábamos haciendo nada —intento excusarme—, solo me estaba ayudando a...

—Cállate, zorra mentirosa.

—Brina —protesta firme Gael—. Cuidado con cómo le hablas.

—Eso es, defiende a tu nuevo juguete. —El rímel se desliza sobre sus rosadas mejillas—. Tenías que volver a traerla aquí para que yo la viera, ¿verdad? Para que te pillara a punto de follártela, ¿no?

—Estás sacando las cosas de contexto. —El tono de Gael es firme, aunque noto cómo esconde preocupación en él—. No estábamos haciendo nada ni íbamos a hacer nada. —«Bueno, esa es su opinión»—. No soy tan cínico como para hacerte eso.

Veo cómo pasan multitud de pensamientos por la mirada de Brina. Pero se los guarda para sí y, pegando un último grito de desconsuelo, sale disparada por la escalera. Antes de que Gael pueda alcanzarla oigo que la puerta del restaurante se cierra de golpe.

—Deberías hablar con ella —murmuro cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse—. Deberías solucionar esto de una vez.

—Ya he hablado muchas veces con ella. —Se frota la sien angustiado—. No sé qué más decirle.

—¿Le has pedido alguna vez perdón?

—¿Cómo?

—A Brina. —Trago saliva—. ¿Le has pedido alguna vez perdón por hacerle daño?

—Pues... No, creo que no, no lo sé. —Me mira confuso—. Yo nunca he querido hacerle daño.

—Pero se lo has hecho, a la vista está. —Señalo la puerta por la que Brina ha desaparecido hace pocos segundos—. Creo que deberías escuchar lo que tiene que decirte y pedirle perdón por el daño causado, aunque haya sido inconsciente.

Aunque hayas querido mirar hacia otro lado mientras lo hacías.

Como yo he hecho contigo.

Como yo te debo un perdón.

Gael me observa nervioso, vulnerable. Casi creo que va a acercarse cuando, dando dos pasos hacia atrás, hace todo lo contrario. Vuelve a poner distancia, como si algo que ha aparecido fugaz por la habitación le hubiera recordado que entre nosotros dos ya no hay nada. Que entre nosotros dos no tendría que haber nada.

—Tienes razón —murmura—. Hablaré con ella.

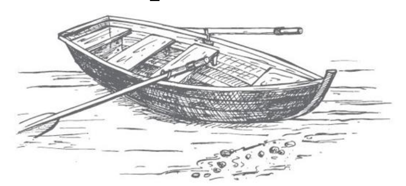
Antes de que pueda responderle, me corta.

—Creo que Laura, una de las cocineras, suele tener una camisa de repuesto —señala la taquilla de la susodicha—, ahora bajo a pedirle que te la preste.

—Vale, gracias —contesto casi en un susurro.

Antes de salir por la puerta, se gira para mirarme.

Capítulo 68



Gael

Sabía que Brina no iba a aparecer en todo el día tanto por no encontrarse conmigo como por no encontrarse con Gala. He decidido quedarme hoy también en el turno de noche con la esperanza de que sí se presente, creyendo tal vez que ninguno de los dos estaremos. Pero no lo ha hecho. Me planteo enviarle un mensaje para pedirle que nos veamos, pero no quiero que ese gesto por mi parte se lo tome como algo que no es.

¿Qué cojones hago en esta situación?

Gala me ha hecho darme cuenta de lo egoísta que he sido con Brina. Porque, sí, nunca le he pedido perdón, nunca he dejado que nuestras conversaciones fuesen más allá de una advertencia sobre mis sentimientos hacia ella. Pero nunca, nunca la he escuchado. Nunca he querido hacerlo. Nunca les he dado a sus sentimientos la importancia que merecían, porque a mí no me afectaban, o no lo suficiente como para tenerlos en cuenta.

Suena horrible y cruel, así me siento. Llevo tiempo creyendo que hacía las cosas bien por dejar claro mi punto en esa absurda relación, pero no tenía en cuenta el punto de Brina, el nivel en que a ella le podía afectar. Lo único que hacía dejando claro mis límites era lavarme las manos y ser un egoísta de mierda. Porque Brina estaba sobrepasando los suyos con tal de poder tener mi mínimo afecto. Aunque solo fuese sexual.

Me siento mal, sucio, egoísta. He bajado veinte veces a la sala para ver si Brina se había dignado aparecer durante el turno, pero

obviamente no ha sido así. Cada vez que bajaba aprovechaba para fijarme en Gala, está tan preciosa hoy, y no lo digo porque vaya más arreglada de lo normal. Está preciosa porque la veo diferente, la veo más segura, más inquieta, más feliz. Casi me cuesta reconocer a la chica escuchimizada y triste que se presentó aporreando mi puerta.

La echo tanto de menos que quiero llorar como un bebé.

Si no hubiera aparecido la pobre de Brina este mediodía en el vestuario, no habría aguantado mucho más sin empotrarla contra las taquillas. Cuando ha intentado buscarme, cuando ha intentado ponerme celoso… No sé por qué lo ha hecho, pero he disfrutado sabiendo que todavía no se ha olvidado de mí. Que todavía siente algo.

Las voces del personal se elevan sonoras por la escalera. El turno ha terminado, la última mesa ya se ha ido. Oigo cómo algunos se despiden y unos pocos refunfuñan porque hoy les toca quedarse a barrer. Hablan entre ellos en la puerta mientras se echan un cigarrillo. Oigo cómo la dulce vocecita de Gala también se despide de ellos.

Un raudo impulso me hace recoger el despacho con rapidez e irme en su búsqueda. Cuando llego abajo, Gala ya no está. Me despido con viveza de todos, avisando a Tomasso de que me voy y tendrá que cerrar él el restaurante.

No corro. Pero ando rápido, muy rápido. Ojalá Gala todavía no haya cogido el tren, ojalá siga en el andén. Quiero acompañarla hasta casa, no quiero que vaya sola en la oscuridad. También quiero permitirme el lujo de estar con ella un rato, poder hablar.

Respiro aliviado cuando la veo sentada contra la pared, esperando a que pase el tren. Luce tan agotada, aunque sigue estando guapísima. Lleva la oscura melena en una rápida coleta que se ha hecho en mitad de la noche. No se ha quitado la camisa de Laura, seguramente se la lleve a casa para lavarla.

Como si notase mi presencia, levanta la vista del móvil para encontrarse con mis ojos. Me dedica una tímida sonrisa que me invita a acercarme.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunto al tiempo que me siento a su lado.

—Bueno, duro, aunque no tanto como aguantar los berridos de Pasquale —bromea—. ¿Tú qué tal?

—Bueno, bien. —Apoyo la cabeza en la pared—. Lo mismo de

siempre.

—Estás mucho por aquí últimamente, por Manarola.

—Sí —respondo a pesar de no ser una pregunta—, porque he de gestionar unos asuntos.

«Porque no puedo estar cerca de ti.»

El tren llega y en silencio nos subimos. Sentados el uno frente al otro, evitamos nuestras miradas. Gala coge su móvil, yo desbloqueo el mío. Pero no estoy mirando nada, divago por la pantalla sin sentido alguno mientras sigo pendiente de ella.

—¿Has hablado con Brina? —rompe el silencio minutos después.

—No, no la he visto todavía. He pensado en mandarle un mensaje, pero no creo que sea buena idea, ¿no?

—¿Por qué no?

—No quiero que confunda mis intenciones. —De golpe, ríe divertida—. ¿Qué te hace tanta gracia? —pregunto extrañado.

—Tú. —Suspira—. Los hombres. ¿Tan irresistible te crees que por enviarle un mensaje va a volver a lanzarse a tu bragueta? Brina no es tonta; si se lo dices bien, sin divagar —me advierte—, no tiene nada de malo. Va, escríbele.

Poniendo los ojos en blanco, abro el chat de Brina y, a conciencia, escribo un mensaje que le enseño a Gala antes de enviar:

Hola, Brina, quería hablar contigo hoy en el restaurante, pero no has venido. Me gustaría poder hablar contigo en persona sobre lo nuestro, para que me expliques cómo te sientes, te debo una disculpa.
Un beso.

—¿Qué te parece? —le pregunto expectante—. Bien, ¿no?

—El beso sobra —murmura gruñona—, lo demás está perfecto.

—Es para no sonar borde. —La observo divertido—. ¿Te molesta que le mande un beso?

—No, qué va. —Finge una mueca de indiferencia—. Lo digo por ti, para que no se confundan las cosas.

—¿Por despedirme con un beso? ¿Estás celosa? ¿Tan irresistible me crees que por enviarle un beso va a volver a lanzarse a mi bragueta?

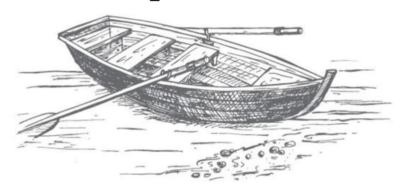
Gala se muerde el labio gruñona, intentando esconder la misma

sonrisa que a mí me brota de los labios. Por un momento siento en el ambiente esa conexión tan especial entre nosotros, tan nuestra. Esa conexión que echaba tanto de menos.

Envío el mensaje a Brina.

Sustituyendo el beso por un abrazo.

Capítulo 69



Gael

La situación se me hace extraña, me atrevería a decir que incómoda. Puede que por ese motivo lo haya estado evitando, por la incomodidad que supone enfrentarte a algo que no sabes cómo gestionar. Lo incómodo que es saber que has cometido un error, que has hecho daño a alguien, que has sido mala persona en cierto modo.

Es jodidamente incómodo, podría salir corriendo ahora mismo y sentiría menos vergüenza de mí mismo que quedándome aquí esperando a que Brina me escupa serpientes y leones por la boca. Pero no lo voy a hacer, no me voy a ir, voy a afrontar lo que debería haber afrontado hace mucho tiempo.

Cuando la veo llegar me entran quince taquicardias en medio segundo. No me da miedo enfrentarme a Brina, me da miedo enfrentarme a mi versión más irresponsable y egoísta. La versión con la que ella ha tenido que lidiar. Bueno, enfrentarme a Brina también me da un poco de miedo.

—Hola.

—Hola. —No me mira al sentarse frente a mí—. Dime lo que me tengas que decir.

«Empezamos fuerte.»

—¿Quieres pedirte algo? —Intento encontrar su mirada, que se esconde bajo la mesa—. Voy a pedir dos cafés, ¿te parece bien?

Asiente. Pero no me mira.

—¿Qué quieres? —escupe—. Si me has traído aquí para decirme lo de siempre puedes ahorrártelo, sé cómo son las cosas, me ha

quedado claro.

—No, no es por eso. —Trago saliva—. Te debo una disculpa, Brina, una disculpa sincera. —Por fin sus ojos se posan en mí—. Quiero que me cuentes lo que sientes, que me digas lo que llevas tanto tiempo queriendo decirme, para poder saber todo el daño que te he hecho y disculparme.

—¿Para qué? —intenta sonar firme—. No te ha importado nunca lo que yo sentía, por qué te iba a importar ahora.

—Tienes razón. He sido un capullo contigo, por eso quiero remediarlo. No pretendo que me perdones, pero quiero que una parte de ti se quede tranquila sabiendo que esto no ha sido responsabilidad tuya, sino mía.

—Bueno, de los dos.

Intento que mi cara no exprese lo sorprendido que me quedo ante su respuesta. Veo cómo su cuerpo se destensa, su voz suena más calmada, menos voraz. Aunque no baja la guardia.

—Cuéntamelo —le pido—. Explícamelo.

—Te quiero —traga saliva—, estoy enamorada de ti. No me mires como si no fuese evidente —rechista ofuscada—. Te quiero, pero también te odio por fingir que no sabías lo que hacías siguiéndome el juego, haciéndome caso cuando a ti te apetecía para ignorarme cuando se te pasaba el calentón. Has sido un puto cerdo conmigo, Gael, un cerdo.

—Tienes razón. —Es lo único que puedo decirle, tiene razón—. Mi intención no era hacerte daño, no pensé que lo nuestro fuese tan importante para ti.

—Pues sí, lo fue. —Se limpia las lágrimas y respira unos segundos antes de continuar—. Sé que no lo hiciste con maldad, sé que no eres malo, Gael, por eso sigo enamorada de ti. Pero en ningún momento pensaste en lo que a mí me podía afectar, no le diste importancia, no me diste importancia.

—Lo siento, lo siento muchísimo, de verdad.

Aparta la mirada.

—Me he excusado todo este tiempo en que yo te dejaba las cosas claras para hacer lo que me apeteciera en el momento sin sentirme responsable de lo que mis actos podrían provocar en ti. —Con cautela, le sujeto la mano, no la aparta—. He sido un egoísta, tendría que haber puesto límites acordes con mis palabras, te mandé señales

confusas, lo siento mucho.

—Está bien —suspira aliviada, como si acabase de deshacerse de una carga inmensa que llevaba sobre los hombros—. Está bien, acepto tus disculpas.

—¿Quieres contarme algo más? —pregunto cauteloso—. Puedes chillarme si quieres, pégame, me lo merezco.

Bri ríe, y ahora soy yo quien suspira aliviado.

—Sí, yo también quiero pedirte perdón. —Se recoloca en el asiento—. Tampoco he sido justa contigo. Me has pedido muchas veces que me aleje de ti, pero no lo he hecho. No podía dejar de buscarte, dejar de llamar tu atención, dejar de intentar que volviésemos a tener algo, aunque solo fuese un beso. A mí ya me valía. He sido una estúpida, una pesada, una arrastrada…

—Está bien, no pasa nada. —Intento calmarla acariciándole el dorso de la mano—. Es normal que actuases de esa forma si yo no te paraba los pies muchas veces, hacía todo lo contrario. No debería haberte hecho sentir así. No eres una estúpida, eres una chica muy buena, Bri, de verdad, te mereces a alguien que te dedique la misma atención que tú…

Inclinándose sobre la mesa, me corta con un beso.

Sorprendido, me reclino bruscamente hacia atrás, cayendo de espaldas contra el suelo. Los ocupantes de las mesas de alrededor de la cafetería se giran asustados. Incluso un hombre de la mesa de al lado se levanta para ayudarme, pero antes de que llegue ya me he puesto de pie. Le doy las gracias con una sonrisa y un gesto de la mano. Me giro para encontrarme con Brina de pie frente a mí, tapándose la boca del susto por mi caída. Ambos cafés están completamente derramados sobre la mesa, un camarero se acerca para limpiar el estropicio.

Miro a Brina confuso.

—¿Estás bien? —pregunta preocupada, no me vuelvo a acercar.

—¿Qué haces? —Intento no subir la voz demasiado—. ¿Por qué cojones me besas?

—Lo siento, perdón. Nos he visto tan bien a los dos juntos…

—Bri, estábamos hablando, solo hablando —especifico con ímpetu—. Precisamente de lo que acabas de hacer.

—Tienes razón, tienes razón. —Se alisa la falda nerviosa, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Se me ha ido la cabeza, estabas tan cerca que pensaba… No sé, olvídalo.

—No he hecho las cosas bien contigo y te pido perdón por ello. Pero tú también tienes que respetar mis límites, tienes que respetar un no, Brina, no puedes comportarte de esta manera, no vuelvas a hacerlo.

—Ya te he pedido perdón —responde a la defensiva—. Ya está, no volverá a pasar.

—No volverá a pasar, se acabó el juego, ¿vale? —Intento que mi voz suene calmada, aunque creo que no lo consigo—. Te respeto a ti, respeto lo que sientes hacia mí y por eso no voy a hacerte más daño, no va a haber nada más entre tú y yo, solo una relación cordial y laboral. —Respiro hondo—. Pero, por favor, respétame tú a mí también, se acabó.

—Vale.

Irritada, se agacha para recoger el bolso, que se le había caído al suelo al levantarse, y, sin despedirse, se va.

Capítulo 70



Gala

Después de casi dos semanas evitándome, Gael se ha quedado trabajando en su despacho. El despacho que tengo a escasos metros. Estoy segura de que lo ha hecho para evitar a Brina esta vez. Sé que ayer quedó con ella para hablar, porque yo estaba delante cuando le respondió al mensaje. Quise escribirle por la noche para preguntarle cómo había ido, pero no me atreví. No quiero hacer daño a Gael, lo echo de menos, muchísimo. Se me hace muy difícil no buscar cualquier excusa para hablarle, para vacilarle, para tocarlo. Pero quiero hacer las cosas bien, no quiero herirle.

El otro día en el vestuario estaba deseando con todas mis fuerzas que me besara, que me tocara, que me empotrara contra la pared de una puñetera vez y dejásemos todos nuestros problemas a un lado. Echo mucho de menos a Gael, pero ahora mismo solo puedo pensar en mí, en mi sanación, en mi autodescubrimiento.

Porque estoy descubriendo muchas cosas de mí que antes no sabía, a las que antes no les prestaba atención. Como mi sorprendente capacidad para resolver sudokus con mi abuelo, la forma adorable en que se me arruga la nariz cuando sonrío, lo buena que soy escuchando a mis amigas, lo bonitas que son mis revoltosas pestañas. He descubierto que realmente no me gustan las películas de acción, solo las veía por complacer a Darek. Lo que sí me gusta son los pasatiempos manuales, he descubierto que me relaja mucho dibujar,

hacer pulseras, que mi abuela me enseñe a coser… Cada día me conozco un poquito más, me acepto un poquito más y me quiero un poquito más. Es como si el ruido de mi cabeza se estuviera transformando en una melodía, mi melodía.

El ruido de unos pasos bajando la escalera me arranca de mis pensamientos.

Mis pulsaciones se disparan cuando Gael pasa por delante, absorto en lo que sea que esté pasando por su cabeza. Parece cabreado, pero, conociéndolo, sé que esa mueca es por agotamiento, no por enfado.

—¿Adónde vas?

—Al restaurante, a hablar con unos proveedores que me están esperando, mis padres están demasiado ocupados contando billetes como para encargarse ellos mismos —escupe apático—. ¿Necesitáis algo?

—*Sei un ragazzo molto stupido* —le escupe Pasquale—. ¿No eran ellos quienes tenían que atender la reunión?

Gael no responde.

—¿Necesitas ayuda? —suelto sin pensar—. ¿Te acompaño?

—Tú quédate quieta —farfulla Pasquale—, que te necesito aquí.

Antes de que pueda rechistar, Gael me responde.

—No te preocupes, iré solo, será un momento.

Cierra la puerta cabizbajo y se va.

—Pobrecito —murmuro en voz alta.

Hace unas semanas que nos quedamos Pasquale y yo solos limpiando la pesca. La afluencia de turistas en Cinque Terre ha bajado notablemente a medida que el invierno se acerca. La demanda de pescado fresco no es tan grande como lo era cuando llegué, así que Pasquale y yo muchos días nos las apañamos para hacerlo todo en la casa, mientras Andrea y Francesco se dedican a hacer otras cosas, como limpiar el barco, coser las redes que se abren o llevar a la lonja del pueblo el pescado fresco que sobra para venderlo, ya que a veces pescan más de lo que los restaurantes demandan.

—Más tonto es él —me responde Pasquale en italiano—, no sé por qué sigue dejándose ningunear por ellos. Debería irse de aquí, buscar un trabajo mejor, no sé qué hace que no se va con su hermana.

—¿No te pondría triste que se fuese? —pregunto inocente—. Ya no viviría aquí contigo.

—Claro que me pondría triste. —Creo que es la primera vez que veo a Pasquale hablar con un sentimiento que no sea la ira—. Pero más triste me pone ver cómo se deja la vida por los demás. Mi sobrino es un chico muy listo, podría estar haciendo grandes cosas.

—Las hace, pero no para él mismo.

Veo con el rabillo del ojo cómo Pasquale asiente para sí mismo.

—Creo que si no toma la decisión de irse es porque tiene miedo de decepcionaros. —Con precisión, retiro las escamas del pez—. Tiene miedo de irse y no estar para sus padres, o para ti, si lo necesitáis. Tiene miedo de que las cosas vayan mal por su culpa.

—Por mí no tiene que preocuparse, yo sé apañármelas solo. —El ruido del grifo me dificulta oír su voz—. Sus padres no van a afrontar sus negligencias hasta que Gael deje de hacerlo por ellos. Si las cosas van mal, será por culpa de ellos, no de Gael. Él está haciendo todo lo que puede y más.

—Gael es un buen chico.

—Sí, lo es. Ha salido a su tío —bromea.

Yo enarco las cejas, río divertida. Pasquale, en respuesta, da un manotazo al chorro de agua salpicándome entera. Pego un chillido agudo del frío que le hace reír a carcajadas. Ahora soy yo la que abre el grifo de mi derecha y, sin miedo alguno, aprieto la palma de la mano en el chorro para desviarlo hacia él y empaparlo completamente. Su grito es más un gruñido acompañado de una risa seca.

—¡Vale ya! —ríe intentando volver a la compostura—, se acabó. Va, ponte a trabajar.

Sin dejar de sonreír, vuelvo a mi tarea.

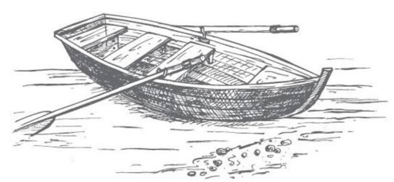
—Pasquale —murmuro unos minutos después—. Si me fuese yo, ¿también te pondrías triste?

Me mira sorprendido, su expresión es afable.

Por primera vez creo que puedo ver a través de su tosca fachada.

—Sí, *ragazza*, mucho.

Capítulo 71



Gael

Me sorprende seguir encontrándome a Gala en el muelle por las tardes, a pesar del frío y las nubes que la acompañan. Incluso enfundada en esa enorme sudadera negra y esos anchos vaqueros sabría reconocerla a kilómetros de distancia. Es como si un brillo siempre la rodease, un brillo inconfundible a mis ojos. Veo que esta vez no está leyendo, está haciendo algo con las manos.

Me gustaría acercarme, pero primero decido tantear el terreno. Le envío un mensaje: Hola, compañera de trabajo/amiga/nadamás. ¿Qué haces?

En sus ojos veo la sorpresa al recibir mi mensaje, hace mucho que no nos enviamos ninguno y eso me rompe el corazón. Aunque el dolor se me pasa cuando la veo sonreír. Sonríe por mi mensaje.

Hola, no-jefe/amigo. Estoy en la playa, ¿y tú?

Me siento un pringado al emocionarme porque ella no me haya llamado «nadamás». ¿Puedo ser más lamentable?

«Admirar mis vistas favoritas...»

No, no puedo escribirle eso.

Dando un paseo. ¿Qué haces
en la playa con este frío?

Estoy haciendo pulseritas 😃.

Qué envidia. ¿Me haces una?

Se me cae la baba al verla sonreír a la pantalla.

¿De qué color la quieres?

Veo cómo coloca con esmero lo que creo que son las bolitas de colores para hacer las pulseras y les hace una foto que me llega instantáneamente.

Elige los colores que quieras.

Quiero el azul, el rosa y el turquesa.

Veo sorpresa en sus ojos.

Son los mismos colores que he escogido para la mía.

Lo sé.

Es entonces cuando, confundida, levanta la cabeza y me ve. Si la sonrisa que les dedicaba a mis mensajes era bonita, la que le nace en el rostro mientras me acerco es un puto beso directo a mi corazón.

—¿Me estabas espiando?

—Qué creída, ¿no? —bromeo mientras me siento a su lado al ver que me hace un hueco sobre el pareo—. ¿Tan obsesionado me crees para estar espiándote?

—Te cuelas por mi ventana cada dos por tres, perdóname que me lo plantee.

Intento no hacer una mueca al pensar en cuántos días hace que no voy a verla a su casa.

Gala aparta la vista al pensar lo mismo que yo.

—Bueno —rompe el silencio—, me tienes que contar cómo te fue con Brina, porque viendo que has vuelto a encerrarte en tu despacho —su vista está concentrada en meter las bolitas de plástico por el hilo de la pulsera—, me hace pensar que no fue muy bien.

—En realidad, fue bien. —Cojo un par de bolitas de colores y juego con ellas sobre la palma de mi mano—. Por mi parte creo que lo hice lo mejor que pude, le hablé con sinceridad, la escuché con respeto y le pedí perdón como me dijiste. —Gala me sonríe orgullosa —. Pero ella, bueno, lo entendió, aunque creo que no del todo.

—¿A qué te refieres? —Enarca las cejas expectante—. ¿Se

enfadó?

—Más o menos. —Aparto la vista nervioso. Me besó.

—¡¿Te besó?! —Su mandíbula cae sorprendida—. ¿La besaste tú también?

—No, no, no, claro que no.

—¿Qué hiciste cuando te besó? —Se pasa la mano ofuscada por la sien—. Madre mía, qué necesidad tenía, ¿esta tía no entiende las cosas o qué?

—Yo… —La observo divertido—. ¿Te molesta que me besara?

—¿De verdad necesitas que te lo diga? —Me mira irritada, pero yo solo puedo sonreír—. ¡No te rías! ¡No es gracioso! ¿La besaste de vuelta?

—No, me tiré al suelo.

Sus ojos se abren perplejos.

—¿Que te tiraste al suelo?

—Estaba sentado, se me abalanzó por encima de la mesa y lo que se me ocurrió fue tirarme hacia atrás —decirlo en alto suena aún más ridículo que vivirlo—, me tiré de espaldas al suelo.

Gala aprieta los labios con fuerza antes de estallar en carcajadas.

—No te rías, no es gracioso —la imito.

—Perdón, perdón. —Suspira risueña apoyando una mano en mi hombro—. Es que no me lo puedo creer, eres increíble.

Tras unos segundos mirándonos en los que solo puedo pensar en lo bella que es y en las ganas que tengo de besarla, nos ponemos a hacer pulseras. La última vez que hice una pulsera de colores tendría unos siete años, todavía vivía con mis padres y con Chiara. Era siempre ella, mi hermana mayor, mi segunda madre, la que me organizaba actividades y juegos mientras mis padres estaban ocupados con sus asuntos. Debería haber guardado alguna de esas pulseras, a saber dónde estarán después de tantos años, seguramente mis padres las hayan tirado.

—¿Te gusta? —pregunta acariciando la pulsera en mi muñeca—. Pega con tus ojos, ¿eh?

—Un montón —río—, me encanta que pegue con mis ojos.

—También pega con la mía. —Pone su muñeca junto a la mía—. No la puedes perder o se perderá nuestra conexión.

—Es imposible perderla.

Tengo claro que esta pulsera me la guardaré como mi mayor

tesoro.

No me doy cuenta de la profundidad con la que han calado mis palabras en Gala hasta que observo cómo me mira.

—Te echo de menos —susurra casi arrepintiéndose mientras lo dice.

—No sabes lo que te echo de menos yo a ti.

—¿Cómo estás? ¿Cómo has estado estos días?

—¿Te miento o te digo la verdad?

—La verdad.

—Roto, pero bien, estoy bien. —Veo cómo me observa apenada, haciendo un mohín—. Habrías preferido la mentira, ¿eh? —bromeo.

Gala ríe, una risa húmeda que esconde las lágrimas que evitan salir.

—¿Cómo has estado tú?

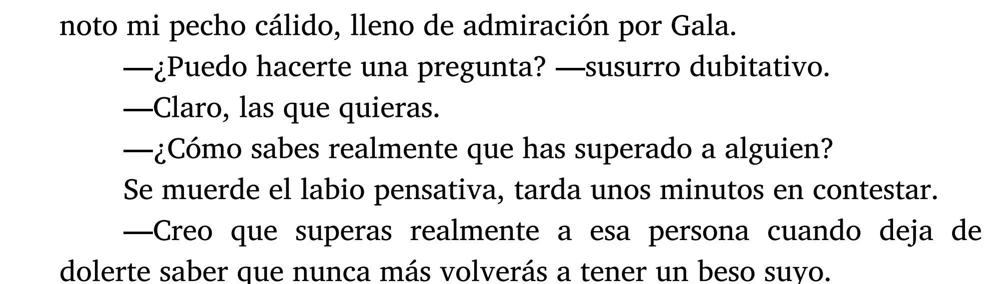
—Bueno —suspira—, mis emociones están un poco confusas, creo que no sabría decirte. —Me mira dudosa—. Estoy empezando a encontrarme, ¿sabes?, y eso me pone contenta, siento paz. —Sonrío—. Pero también tengo algo aquí —se tapa el pecho—, no sé, sé que esta incómoda sensación es algo con lo que tengo que lidiar, pero creo que todavía tengo miedo de hacerlo.

—Bueno, todo a su tiempo. —Se me rompe un poco el corazón al no oír nada sobre mí—. No quiero sonar cotilla, no me respondas si no quieres, pero con Darek... ¿qué?

—Darek no forma parte de mi vida desde hace unas semanas. —Me mira tierna—. No he vuelto a tener contacto con él, tengo muy claro que no quiero volver a tenerlo, tenías razón. —Se recoge las rodillas con los brazos para evitar el frío—. No estaba haciendo las cosas bien, pero lo entendí, entendí que lo único que estaba haciendo era aferrarme a la sensación de seguridad que me daba saber que lo seguía teniendo ahí, para esos momentos en los que necesitaba ese apego para sentirme válida. Pero ya no lo necesito, ni lo quiero. —Apoya la cabeza sobre las rodillas, su mirada me atraviesa el puto pecho—. Estoy aprendiendo a valorarme a mí misma, no necesito a nadie para hacerlo.

—Estoy muy feliz por ti —murmuro sonriendo como un tonto.

Gala sonríe también y aparta la mirada para observar el mar. Yo hago lo mismo. Las olas están cada vez más bravas, la marea más alta y la brisa marina más helada. Pero, pese al frío que siento en mi piel,



noto mi pecho cálido, lleno de admiración por Gala.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —susurro dubitativo.

—Claro, las que quieras.

—¿Cómo sabes realmente que has superado a alguien?

Se muerde el labio pensativa, tarda unos minutos en contestar.

—Creo que superas realmente a esa persona cuando deja de dolerte saber que nunca más volverás a tener un beso suyo.

Asiento pensativo.

—Gael… —murmura nerviosa unos instantes después—. No quiero que pienses que yo no siento nada por ti.

La miro con el corazón en la boca de la impresión.

Pequeñas gotas de lluvia empiezan a deslizarse sobre nosotros.

—¿A qué te refieres? —Trago saliva.

—No quiero que pienses que yo a ti no… —Baja la vista al suelo —. Que tú a mí no…

—Si esta es tu forma de rechazarme de nuevo, estás siendo muy cruel —bromeo.

—Eres muy tonto. —Ríe—. Nunca te he rechazado, ni te rechazaría.

—Si esta es tu forma de declararte, también estás siendo muy cruel.

—¡Vale ya! —Ríe golpeándome el pecho—. ¿No puedes ponerte serio ni un momento?

Me mira sonriente.

No sé qué estará pensando mientras me observa de una forma tan profunda, yo solo puedo fijarme en lo bonita que es, en cómo la lluvia empieza a pegarle los mechones a la cara. Le aparto uno para verla mejor. Ella me imita, apartándome un mechón mojado de la sien.

—La tormenta está apretando mucho —murmuro con el corazón encogido—. Deberíamos irnos.

—Sabes que a mí me encanta la lluvia —susurra.

—Lo sé, te parece muy romántica.

—Sería una excusa perfecta.

—¿Para qué?

Antes de que pueda procesar sus palabras, los labios de Gala se adelantan buscando los míos con mimo. No le doy tiempo a mi cerebro a que dude de si esto es lo correcto, porque mi corazón late desbocado contra mi pecho y lo único en lo que puedo pensar es en el

suave y cálido tacto de Gala, mientras mi boca se abre para recibirla o, más bien, para devorarla. Nuestras lenguas bailan entre ellas con ternura, como si no tuvieran prisa por volver a separarse. Gala se acerca más a mí y yo aprovecho para agarrarla de las caderas y sentarla a horcajadas sobre mí.

Joder, cómo echaba de menos esto.

Cómo la echaba de menos a ella.

Nuestros besos son pausados y dulces, pese al sabor salado de la lluvia sobre sus labios. Y pese a que tengo una necesidad brutal de besarla con ansia hasta que me escueza la boca.

Gala me mordisquea el labio con amor, yo le respondo dándole suaves besos sobre los labios, el mentón, la mejilla, mientras suspiro alterado sobre su piel, que se eriza ante mi aliento. Sus labios vuelven a buscar los míos de una forma que me hace estremecer. Son besos de echarnos de menos, de querernos de más. Son besos de *amor*, me da igual que no sea capaz de decírmelo.

Entre besos, la tormenta empieza a ser más brusca, más bizarra, hasta que se vuelve tremendamente incómoda.

—¿Sabes el resfriado que vamos a coger después de esto? —Sonrío contra sus labios.

—Sí —ríe en respuesta—, pero habrá valido la pena.

Y, sí, joder si ha valido la pena.

Capítulo 72



Gala

Me gusta observar las manitas de mi abuela mientras amasa con maña sobre la encimera. Pese a que me explica la forma más eficiente de hacerlo, en mi caso no tengo tanta destreza como ella, pero salgo del apuro mientras me divierto haciéndolo. Esta tarde me ha propuesto hacer galletas y yo he aceptado encantada, ya que, igual que ayer, la tormenta se ha apoderado de los cielos. Pensar en los tiernos besos que me di con Gael bajo la lluvia me hace sentir mariposas en el estómago. Por suerte, no he enfermado, al menos por el momento.

—Echa más harina en la superficie —coge un pequeño puñado—, para que puedas amasarlo sin que se pegue.

—Gracias, *nonna* —amaso concentrada intentando imitarla—. ¿Cuántas galletas saldrán más o menos?

—Bueno, depende del tamaño que les demos. —Con una espátula, comienza a hacer cortes a la bola de masa, creando bolitas más pequeñas—. Si las hacemos así, saldrán unas treinta aproximadamente.

—¿Treinta? —pregunto sorprendida—. Son un montón.

—Bueno —sonríe pillina—, así puedes llevarte unas cuantas al trabajo.

—¿Al trabajo? —Enarco las cejas—. O al sobrino de quien yo me sé.

Mi abuela ríe.

La idea de llevarle galletas a Gael no me incomoda, al contrario. Decido dividir la masa en pequeñas bolitas similares a las que ha hecho mi abuela y las reparto en dos grupos. Las galletas que le llevaré a Pasquale y las que le llevaré a Gael. Comienzo a darles forma a las galletas para Gael, me apetece hacerlas en forma de corazón.

—¿Crees que será demasiado? —Le enseño a mi abuela el primer corazón de galleta.

—¿Demasiado por qué? —Sonríe—. ¿No es lo que quieres darle?

—Sí, pero no quiero darle señales confusas.

—¿Señales confusas? —Mi abuela frunce el ceño dejando de prestar atención a las galletas que ella está formando—. ¿Qué señales confusas pueden dar unas galletas?

—Abuela, si le llevo galletas en forma de corazón es como, no sé, romántico. —Suspiro confusa—. Él y yo no tenemos nada, yo estoy en un momento complicado, he roto una relación hace poco y, no sé, he de hacer las cosas bien.

—*Il mio piccolo fiore*... —Niega con la cabeza—. ¿A ti te gusta ese chico?

—Sí —sonrío—, mucho.

—Te apetece regalarle unas galletas en forma de corazón, ¿no?

—Sí, pero no quiero que eso pueda hacerle daño.

—¿Por qué iban a hacerle daño? —Se enjuaga las manos bajo el grifo—. Es un gesto de afecto muy bonito, seguro que lo pondrá contento.

—Le encantará, seguro. —Suspiro, deshaciendo la forma de corazón y transformando la galleta en un círculo simplón—. Por eso mismo, él me quiere mucho, *nonna*, muchísimo. —Cojo otra galleta, la hago circular, nada de corazones—. Yo ahora no puedo enfrentarme a la idea de volver a amar a otra persona, no me veo capaz.

—Pero ya lo estás haciendo.

Me cuesta tragar las palabras de mi abuela, decido no darles vueltas.

—Primero he de estar preparada, solucionar mis problemas.

—*Non essere stupida* —chista irritada—. Te estás exigiendo absurdeces a ti misma para evitar enfrentarte a lo que sientes. ¡Nadie está preparado para el amor! —Sus manos se mueven de forma exagerada—. El amor llega, tú decides si abrirle la puerta o ignorar que está ahí, hasta que se vaya.

—Abrirle la ventana, mejor dicho —bromeo en un mohín.

—No te presiones —me da un par de palmadas en la espalda—, pero tampoco te cohíbas.

Sonrío como respuesta, porque no sé qué decir.

Mi abuela vuelve a ensuciarse las manos formando nuevas galletas. Ahora mismo mi cabeza es una maraña de emociones y pensamientos que no sé escuchar. Es como si mil voces quisieran hablarme a la vez, pero ninguna me dice nada. Estoy completamente bloqueada, aislada de mi propia mente, de mi propio corazón.

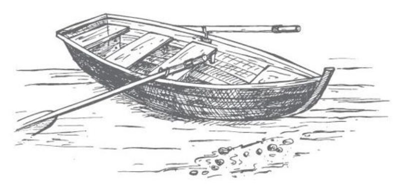
Decido respirar hondo, apartar esa sensación abrumadora que me invade y disfrutar del momento, disfrutar del tacto de la masa, de la compañía de mi abuela, de la voz de mi abuelo mientras se pelea con los concursantes de un programa de televisión desde el salón, del ruido de la tormenta, del frescor que entra por la rendija de la ventana, de la suavidad de la harina sobre mis dedos, de cómo la espátula divide los trozos de masa.

Cuando quiero darme cuenta, hemos terminado todas las galletas que colocamos armoniosamente sobre dos bandejas de horno. En una de ellas las galletas que ha hecho mi abuela. En la otra, las que he hecho yo, mucho menos impecables que las de mi abuela, pero seguro que igual de buenas.

Dos filas de galletas circulares para Pasquale.

Tres filas de galletas para Gael, en forma de corazón.

Capítulo 73



Gael

Mi tío es la única persona a la que le permito verme llorar.

Bueno, la única desde que Chiara ya no está aquí. Ellos dos han sido mis dos pilares fundamentales desde mi infancia. Pese al poco aprecio que ha tenido siempre Pasquale por los niños, desde muy pequeño ha sido como una figura paterna para mí. Por eso me permito ser vulnerable a sus ojos, aunque no sea algo de lo que disfrute, pero esta vez no podía más, mi frustración me ha superado.

—Lo que está claro es que no puedes seguir así. —Da un seco golpe sobre la mesa—. No quiero que sigas así y no me importa tener que buscar problemas con mi hermana si es para que te dejen respirar.

—No, no busques problemas, suficientes tengo ya. —Me froto la sien con brusquedad apoyado en ambas manos.

—Mírate, chico —baja el tono al tiempo que me frota la espalda—. Mira cómo te tienen tus padres, no puedes seguir tirando del barco tú solo mientras ellos no mueven un dedo más de lo necesario. ¿Por qué no renuncias de una puta vez?

—¡Porque son mis padres! —sollozo—. Porque son mis puñeteros padres. ¿Qué hago? ¿Los dejo tirados? No sabrían qué hacer sin mí; conociéndolos, lo llevarán todo a la puta quiebra, son un jodido desastre.

—Tus padres tienen dinero de sobra para poder pagar a gente que haga todo el trabajo que te encomiendan a ti —gruñe ofuscado—. Tienen dos opciones: o pagar un sueldo digno a alguien cualificado o contratar a un mindundi que no sepa lo que hace con tal de ahorrarse

unos billetes.

—Harán lo segundo.

—¡Pues que lo hagan! —Vuelve a golpear la mesa—. ¡Que lo hagan! Que se jodan si hunden ellos mismos toda la puta empresa. ¡Que lo hagan! Van por ese camino, y si aún no ha sucedido es por ti.

—No quiero dejarlos tirados —me arranco las lágrimas de un manotazo—, no quiero que les vaya mal por mi culpa, no quiero que se enfaden conmigo y... —sorbo por la nariz—, y perderlos.

—Gael, tus padres serán tus padres siempre; si buscarte la vida por otro lado que no sea su sombra es un motivo para enfadarse contigo, no pierdes unos padres, ellos pierden un hijo.

Lloro. Lloro como un puñetero niño pequeño y por momentos siento que estoy en mi antigua habitación, sobre el regazo de Chiara. Sollozando entre mohínes mientras mi hermana me acariciaba la cabeza consolándome. Consolándome porque mis padres no se presentaban a ninguno de mis partidos de fútbol. Consolándome porque a mamá nunca le parecían suficientes mis notas. Consolándome porque papá me llamaba estúpido o retrasado cada vez que hacía mal un ejercicio de matemáticas. Consolándome porque sentía que era un estorbo para ellos. Consolándome porque nunca se comportaron como Chiara o como Pasquale.

Consolándome porque nunca fueron buenos padres.

—Tampoco quiero que te perjudique a ti —murmuro unos segundos después—. Tú trabajas para ellos, para el restaurante de aquí y el de Manarola. Si se hunde la empresa, ¿tú qué harás?

—Anda, niño, ¿me ves cara de tonto o qué? —responde en italiano—. Pues encontrar otros restaurantes a los que proveer el pescado, será que no hay. O venderlo todo en las lonjas y así no tengo que aguantar a más anormales como tus padres.

Río antes de volver a secarme las lágrimas.

—Me gustaría probar a irme con Chiara —confieso en un murmuro—. Trabajar con ella y su novia allí, en su restaurante. Les va muy bien y están planeando abrir uno nuevo en un futuro cercano. Mi hermana me llamó para comentármelo, porque pensó en mí para...

La colleja que me da mi tío me resuena en los tímpanos.

—¡¿Qué haces todavía aquí?! —Efusivo, se levanta de la silla—. ¡Ve con ella! ¡Vete!

—No es tan fácil. —Me froto la nuca dolorido—. Es cambiar mi

vida completamente, no sé si me siento preparado o si estaré a la altura. No es solo cambiar de trabajo. ¡Es dejarlo todo atrás! Desprenderme de toda mi vida, de Gala, de mi casa, mis amigos, mis padres, de *Duna*, de ti.

—¿Has puesto a tu noviecita la primera de la lista y a mí después de la perra? —Otra colleja menos agresiva—. Fuera de mi casa.

—Hablo en serio. —Río apagado—. Sé que es una muy buena oportunidad, pero creo que tengo miedo.

Y es la primera vez que verbalizo esas palabras, que las hago reales.

Tengo miedo, me aterra hacer las cosas mal, cometer un error.

—No pasa nada. —Esta vez su mano me roza para frotarme suavemente la espalda—. No has de tener miedo, pero te entiendo. —Me da un par de suaves golpes—. Sube a tu habitación un rato y descansa, piensa en lo bueno que sería para ti y para todos los que estamos contigo. Prefiero saber que estás lejos siendo feliz que en el cuarto de al lado amargado. Va, sube a tu habitación —murmura empujándome hacia la escalera—, ya recogeré todo esto yo.

«Todo esto» se refiere al puñado de papeles que he lanzado furioso sobre la mesa al entrar en casa antes de estallar en un sollozo y encogerme en el suelo como un bebé. Otro día le habría insistido en quedarme para ayudarlo, pero me siento tan agotado, tan triste, que decido subir a mi habitación a acostarme un rato.

Me sorprendo al ver a *Duna* sentada en la puerta expectante.

—¿Qué pasa, *Dunita*? —La acaricio mientras ladra efusiva—. ¿Pasquale te ha cerrado la puerta? Qué malo es...

Un olor extrañamente dulce me invade las fosas nasales al aproximarme a mi habitación. Al entrar veo una caja rosa sobre mi cama, con la tapa medio abierta. El olor dulce sale de ella. Confuso, me acerco para abrirla.

Una sonrisa tonta me invade el rostro al ver que son unas adorables galletas en forma de corazón. ¡En forma de corazón! Y una nota de la persona que más necesito en este momento:

> Espero que te gusten. Con mucho amor, tu sirenita ❤️.
> P. D. 1: Mi ventana te echa de menos, puede que yo también.
> P. D. 2: Literalmente hablo de una ventana, no es un doble sentido guarro de los tuyos.
> P. D. 3: ¡*Duna*, no te comas las galletas, por favor!

Capítulo 74



Gala

—Mamá, por Dios, aún quedan semanas hasta Navidad, no me agobies —resoplo ofuscada.

—No quedan tantas, ve haciéndote a la idea.

—¡Que sí! —No quiero ni mirarla en la pantalla ahora mismo—. Que sí, jolín, que estaré allí para Navidades, pero no me hagas sentir como si esto fuese una cuenta atrás.

—Vale, vale. —Su tono disminuye—. Tienes razón, es que estoy muy nerviosa, hija, hace mucho que no te veo y me siento rara.

—Rara no —exclama una voz detrás de mi madre—, dile lo pesada que estás estos días —es mi hermano—. Vuelve ya, tata, que yo esta batalla no puedo lidiarla solo.

—Enzo, calla —le chista mi madre—, no presiones a tu hermana.

—¡Tendrás morro! —Río.

Entiendo a mi madre. Da igual que hagamos cada dos por tres videollamadas, que nos enviemos fotos, mensajes o que le haga señales de humo desde la punta del acantilado. Nunca he estado tanto tiempo fuera de casa, mucho menos de una forma tan abrupta e inesperada. Entiendo que esté con los sentimientos a flor de piel a medida que se acerca mi vuelta, compadezco a mi hermano.

Sigo dándole vueltas a la idea de volver a Riomaggiore una vez que pasen las fiestas, pero también sopeso la idea de volver definitivamente a mi vida, retomar mis estudios, mis prácticas, lo que

realmente me apasiona hacer. Pero no lo sé, porque aquí me siento tan segura, tan en paz... Es complicado.

—¿Has hablado con tu padre?

—Claro, mamá —no tanto como con ella—, también me ha recordado lo poco que falta para volver... —Pongo los ojos en blanco.

—También te echa de menos, cariño, somos tus padres, es lo que te toca aguantar.

—¡Lo que me toca aguantar a mí! —Vuelve a gritar Enzo—. ¡Me voy a ir allí contigo!

—Ni se te ocurra —río—, que estoy muy tranquilita aquí sola, me niego a compartir baño contigo.

—¿Todo bien entonces? ¿No echas de menos tu casita?

—Claro, mamá —río—, os echo mucho de menos.

—Qué asco.

—¡Cállate, Enzo!

—Pero sí, todo muy bien por aquí —prosigo—, tomé la decisión correcta al venir, cada día lo tengo más claro.

—Bueno, cariño, si te está sirviendo, yo me alegro también.

Veo que va a decir algo cuando en una milésima de segundo su cara se transforma en una mueca de temor.

—¡¡¡GALATEA!!!

—¡¿Qué, qué, qué?!

—¡UN HOMBRE ESTÁ TREPANDO POR TU VENTANA!

Me giro sobresaltada para encontrarme con los ojos de Gael, asustados por el grito de mi madre. Estallo en carcajadas, que me provocan pinchazos en la tripa.

—Mamá —intento vocalizar entre risas—, no pasa nada, es Gael.

—¿Gael? ¿El chico del que me hablaste que...?

—Sí, sí —la corto avergonzada—. Sí, mamá, ese.

—Vale, vale. —Sonríe aguantándose la risa.

—Tengo que colgar, ¿vale? Besos, mamá. ¡Besos, Enzo!

—¡Qué asco!

—Besos, cariño.

Me giro rápidamente para encontrarme a Gael alisándose la camiseta y los pantalones después de haberse quedado colgando más de lo normal al ver que estaba hablando con mi madre.

—Qué susto me ha pegado tu madre. —Ríe.

—El susto se lo has pegado tú a ella.

—Menuda manera de presentarme a la suegra —ronronea divertido—. Aunque, bueno, por lo que he oído, ya me conoce, ¿no?

—Sabe quién eres porque trabajamos juntos —pongo los ojos en blanco intentando ocultar que me muero de la vergüenza—, nada más.

—Ah, ¿sí? —Sus pasos son sigilosos a medida que se acerca—. Seguro que no le has hablado de lo apuesto que soy…

—¿Por qué iba a mentirle? —Elevo las cejas divertida.

Cada vez más cerca, sus brazos comienzan a rodearme con suavidad.

—Tampoco le has hablado de lo mucho que te gusto…

—Esa es tu opinión.

—Tampoco le has contado lo mucho que te gusta que te toque aquí —sus manos aprietan mis caderas—, que te bese aquí —me besa el cuello—, que te bese aquí —me besa detrás de la oreja—, que te bese aquí —me besa la comisura del labio—, o aquí.

Sus labios abarcan los míos mientras sus brazos me envuelven con firmeza, pegándome más a él. Besar a Gael es como entrar en un hogar cálido la noche más gélida de invierno. No quiero que nunca deje de hacerlo.

—Bueno, me tomaré esto como que te han gustado mis galletas —bromeo volviendo a darle un breve beso—. ¿Qué te trae por aquí?

—Tu ventana me echaba de menos —acerca su boca a mi oído—, yo sí lo digo con doble sentido.

Lo empujo divertida y él ríe.

—Sé que es un poco tarde, pero no podía pasarme antes, tenía asuntos que resolver. —Se rasca el cuello nervioso—. Solo quería venir para darte un beso.

Vuelve a acercarse a mí y, recogiendo mi cara entre sus toscas manos, me vuelve a besar con dulzura.

—Bueno, puede que unos cuantos. —Vuelve a besarme, esta vez de una forma más profunda—. Bueno, unos cuantos más si tú quieres…

—Sí quiero… —gimo entre sus labios, su lengua me acaricia por dentro haciéndome estremecer—. Gael…

—No, no, no. —Se separa de mí con las pupilas dilatadas—. No empieces.

—¿Que no empiece? —Sonrío sabiendo perfectamente a qué se refiere.

—No empieces a gemir mi nombre porque no podré parar.

—Solo nos estamos besando —me burlo acariciándole la entrepierna—. ¿Qué te pasa?

—¿Me lo preguntas a mí o a ella? —«Ella» palpita dura bajo mi mano—. Estás jugando a un juego muy peligroso, *sirenetta*... —La forma en la que pronuncia ese mote me arde entre las piernas.

—¿Y qué, si quiero jugar?

Agachándome frente a él sin dejar el contacto visual, me coloco de rodillas frente a su entrepierna y, con soltura, le desabrocho el pantalón. Gael no deja de mirarme atónito mientras aprieta la mandíbula y se acelera su respiración.

No estoy nerviosa, pensaba que sí iba a estarlo cuando llegase el momento, pero no lo estoy. Porque tengo ganas de hacerlo, tengo ganas de darle placer a Gael igual que él me lo ha dado a mí. Me excita hacérselo a él, me siento cómoda, me siento segura.

Bajo sus calzoncillos para revelar su enorme miembro. Madre mía, intento aguantarme la risa al pensar en las rimas que hizo Lola sobre su pene.

—¿Te hace gracia mi polla? —Enarca las cejas confuso.

—No precisamente, Gael el marinero.

—¿Perdón?

Niego con la cabeza divertida mientras me acerco felina. Mi plan inicial era empezar dándole suaves besos, tiernos lametones y calentar el momento hasta que no aguantara más y me pidiera por favor que me la metiera en la boca. Pero después de un par de besos en la punta y unos jugosos lametones soy yo la que no aguanta más la tentación de comérmela, así que lo hago.

—Joder —gime sorprendido.

Desliza sus dedos con mimo sobre mi sien para apartarme el pelo de la cara. Muevo mi boca hacia delante y hacia atrás, mientras mi lengua rodea su miembro una y otra vez. Con una mano me agarro a su muslo clavando las uñas, mientras que con la otra rodeo la base de su erección, apretándola con fuerza y moviendo la mano al compás de mi boca.

Pese a que me cuesta hacerlo, levanto la vista para encontrarme con sus ojos, porque sé que mirarlo desde esta posición lo pone todavía más cachondo y eso me gusta, me gusta mucho.

—Eres una diosa —gruñe sin dejar de mirarme—. Me la está

chupando una jodida diosa.

Sonrío sorprendida y me la saco de la boca unos segundos, dejando un reguero de baba poco elegante por mi barbilla.

—Baja la voz, exagerado —río—, que te van a oír.

—Me da igual, que sepan lo bien que la chupas.

Divertida, le doy un manotazo en el muslo como reprimenda antes de volver a metérmela en la boca. Gael desliza sus dedos entre mis mechones y los sujeta con dominación para tomar el control de mis movimientos, y yo lo dejo. Porque me apetece que lo haga, porque yo también lo estoy disfrutando, porque cada parte de mí anhela más y más de él.

Mi sexo envidia a mi boca ahora mismo.

Mientras me embiste una y otra vez acelerando el ritmo, al notar cómo Gael se hunde en mí cada vez más, un gimoteo escapa de mi boca sin poder retenerlo.

—No te cabe entera, pobrecita —ronronea burlón—. No pasa nada, ya encontraremos otro hueco donde meterla, ¿a que sí?

Sonrío como puedo, acariciándolo con un suave gemido que lo hace palpitar en mi interior. Agarrándome de sus muslos, me aparto un poco porque empiezo a no poder respirar lo suficiente. Gael entiende cada milímetro de mis movimientos y en ese mismo instante afloja la fuerza de sus embestidas, suaviza el agarre sobre mi pelo y vuelve a dejarme las riendas de la situación.

—¿Estás bien?

Asiento.

Vuelvo a ser yo la que controla el ritmo, la succión, los lametones. Me gusta ver cómo Gael lo disfruta igual, pese a que mis movimientos no son tan rítmicos y son mucho más lentos.

—¡Galatea, la cena ya está lista!

El grito de mi abuela me llega como un guantazo que me hace separarme rápidamente de Gael. Él, con unos ojos como platos, intenta subirse los calzoncillos tan rápido como puede, seguidos del pantalón, que por suerte no es muy apretado.

—Ya..., ¡ya voy! —grito pálida como un muerto—. ¡Ya bajo!

Gael se tapa la boca para reírse, aunque está igual de pálido que yo. Madre mía, casi pierdo la vida en mitad de una mamada, qué susto.

—Casi se me sale el corazón por la boca —murmura Gael—, qué

susto.

—Susto el que se va a llevar mi abuela como te vea así. —Señalo el bulto que sobresale escandalosamente de sus pantalones—. Corre, vete.

Unos pasos en la escalera hacen que ambos nos quedemos quietos.

—Gala, dile a tu amigo que también le he hecho un plato a él. Bajad los dos a poner la mesa.

No respondo, porque no puedo.

Por suerte, oigo cómo mi abuela se va y suelto todo el aire que guardaba en mis pulmones, creyendo que si no respiraba no iba a notar que estaba ahí. Pero sí, lo ha notado, igual que ha notado que estaba el puñetero Gael conmigo.

—Ay, Dios, qué vergüenza. —Me tapo la boca asustada—. ¿Nos habrán oído?

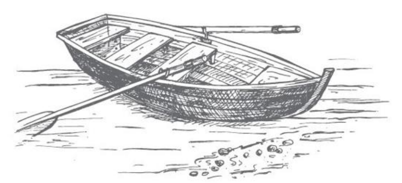
Gael ríe acercándose a mí. Me frota los brazos intentando calmar el ataque de pánico que está a punto de entrarme.

—No, *amore*, tranquila. —Me besa la sien con ternura—. Me habrán oído subir por la ventana.

—Jolín, ahora ya sabe que estás aquí. ¿Qué hacemos?

—Pues... bajar a poner la mesa, ¿no?

Capítulo 75



Gael

En menos de una semana he pasado de no tener casi contacto con Gala a estar cenando con sus abuelos después de hacerme una mamada. Bueno, una mamada interrumpida. Pero da igual, mataría por volver a vivirla aunque fuese solo por unos segundos.

La cara de Gala es un poema, no sabe qué acaba de pasar para que yo esté aquí sentado junto a sus abuelos, ni yo tampoco, pero no me molesta. Enrico y Amarantha son un amor, los conozco desde hace muchos años, así que tengo la suficiente confianza con ellos para sentarme a charlar sin ponerme nervioso. ¿Por qué iba a hacerlo? Solo ha sido una invitación cordial porque sabían que estaba en la habitación con Gala. Solo espero que no me hayan oído decirle las indecencias que le he dicho a su nieta porque me da algo, aunque no lo creo; si no, no me estarían recibiendo en su mesa de la manera en que lo hacen.

—Amarantha, esto está delicioso —vuelvo a meterme una cucharada—, creo que hace tiempo que no pruebo una sopa igual.

—Qué adulador —ríe complacida—. Si trabajas en dos restaurantes, no me creo que no hayas probado una sopa mejor.

—He probado sopas buenas, pero la suya tiene ese cariño de hogar que no se encuentra en los restaurantes.

—Qué bonito eres. —Su vocecita me enternece—. ¡Vente a cenar todos los días que quieras!

—*Nonna*, por favor… —Gala sonríe vergonzosa.

No sé si para ella esto está siendo incómodo, espero que no se lo

tome como una intrusión o algo que pueda hacer tambalear lo que tenemos. Lo que cojones tengamos. Me relaja ver que mientras avanza la noche se va destensando, su rostro se muestra alegre y divertido viendo cómo Enrico y yo bromeamos entre nosotros, Amarantha se pone todo el rato de mi parte y eso la hace reír todavía más.

Después de la sopa comemos un bistec de ternera, delicioso también, adornado con unas verduras al horno, riquísimas también.

—Porque está usted casada —disfruto del sabor de la carne sobre mi lengua—, si no le pedía matrimonio. ¡Todo está increíblemente delicioso!

—Niño, a mi mujer déjamela tranquila —bromea Enrico dándome un suave pellizco bajo la mesa para que le preste atención—. ¿No tienes suficiente ya con mi nieta?

—¡Abuelo! —gruñe Gala cayendo en su broma.

—Enrico, déjala tranquila —la defiende su abuela—, ¿no ves que le da vergüenza?

Río al ver a Gala enfurruñada, pero solo me hace falta darle un pequeño toque con el pie por debajo de la mesa para que su cara se relaje al mirarme.

—¿Te quedas a dormir? —me sorprende Amarantha.

—¡Abuela! —vuelve a gruñir.

—¿Qué pasa? —Vuelve a mirarme ignorando burlona a su nieta —. ¿Te quedas a dormir, cielo?

—No, claro que no —bufa Gala, roja como un tomate.

Sé que quiere dormir conmigo, igual que a mí me encantaría dormir con ella.

Pero también sé que es algo inapropiado en estos momentos y de esta forma.

—Gracias, pero dormiré en casa —respondo calmado—. Otro día tal vez, cuando vuelva a invitarme a una sopa tan deliciosa.

—¡Mañana mismo! —bromea la señora.

Me alivia ver cómo Gala me lo agradece con una sonrisa. Antes de irme, se ofrece a acompañarme hasta casa para no volverme solo, como siempre hago yo con ella, cosa que me enternece, pero consigo convencerla para que no lo haga. Al llegar a casa me ducho, le doy un breve paseo a *Duna* y me dejo caer exhausto sobre las sábanas.

Antes de dormir recibo un mensaje que me hace sentir en un sueño sin todavía estar dormido.

Me habría encantado dormir contigo, gracias por entenderlo.
Estoy deseando que llegue mañana para volver a verte.
Dulces sueños ❤️.

Capítulo 76



Gala

No voy a fingir que de un día para otro entiendo a la perfección las miles de sensaciones y emociones que nadan unas encima de las otras bajo mi pecho. Porque no, no lo hago. En realidad no creo que exista nadie que sepa identificar y comprender todas las emociones que alberga en un mismo espacio tiempo. La mayoría de las personas sabemos si estamos tristes, si estamos frustrados, contentos, divertidos, cabreados. Pero ¿qué otras emociones vibran en consonancia con esa sensación tan tangible? Otras muchas que no logramos percibir, puede que tampoco nos paremos a intentarlo.

Como el miedo, la incertidumbre.

—Entonces ¿estáis juntos? —Elena me mira expectante.

—No, no estamos juntos.

—Pero te gusta —confirma más para ella que para mí—. Te gusta mucho, mucho muchísimo.

—Que sí, pesada.

Ríe traviesa.

—Vuelve a explicarnos cómo de grande la tiene —bromea Lola—, a ver si me hago una imagen mental digna.

—No seas cerda. —Río.

La cara de mis amigas al contarles lo que sucedió ayer en mi casa con Gael ha sido una de las mejores cosas que me han pasado desde hace mucho tiempo. Como Elena ha empezado a gritar como si le

hubiera tocado el boleto de la lotería premiado, ha entrado Alejandra a su habitación completamente asustada, para desaparecer segundos después al ver que era por la videollamada. Lola se ha levantado de un brinco y ha empezado a saltar tapándose la boca incrédula, con la banda sonora de un «no me jodas» cada tres segundos.

También les he actualizado lo bien que hemos estado estos días. Lo cómoda que estoy con él, lo mucho que me cuida, lo mucho que me hace reír. Después de lo de ayer no sabía cómo iba a recibirme a la hora del desayuno. Pero pese a tener momentos en los que nos devoramos vivos, o estamos a punto, también disfrutamos de la compañía del otro sin esa necesidad carnal de estar comiéndonos a besos. Bueno, tener la tenemos, o al menos yo, pero también sé dejarla de lado un rato y ser lo que siempre hemos sido: amigos. La clave de que nos compenetremos tan bien.

—¿Te recibe todas las mañanas con un besito en la boquita? —se cachondea Lola poniendo morros de pez.

Le dedico una peineta sin afirmar o negar su pregunta. Tras unas cuantas insinuaciones más sobre el miembro de Gael, consigo desviar el tema. No me molesta hablar de Gael, aunque sí me incomoda verbalizar ciertas cosas. Les pregunto cómo les va todo… y el tema del cual no quería pensar aparece antes de lo previsto.

—La semana que viene es el cumple de Darek —escupe Elena.

—Lo sé.

—Confiamos en ti —murmura Lola—, en que no le hables con la excusa de felicitarlo…

—No, claro que no —declaro segura—, no voy a hacerlo.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

No sé cómo me sentará no poder felicitar a Darek el día de su cumpleaños, es una tontería, pero un gesto tan simple, tan cargado de importancia para mí y para él… No quiero hacerlo, me da pena la situación, pero no pienso caer en el viejo truco de felicitar a un ex para retomar contacto. Porque no quiero retomarlo, estoy intentando hacer las cosas lo mejor que puedo, y felicitar a quien le pedí hace menos de un mes que me olvidase no es muy justo por mi parte. Sé que él querría que lo hiciera, sé que se enfadará si no lo hago. No quiero que se enfade conmigo, pero no voy a ceder. No quiero arriesgarme.

—Tenemos que contarte una cosa... —suelta Lola de golpe.

—Vas a flipar —susurra Elena enfadada.

—¿Es de Darek?

—Obviamente.

—Yo estoy supercabreada —vuelve a gruñir.

—¿El qué? —Estoy taquicárdica.

—Suponemos que ya sabes que Darek... —divaga Lola—, bueno, que ya se ha acostado con otras.

—Qué sorpresa —rebufo cero afectada—. ¿Esa es la bomba que teníais que soltarme?

—No.

—Se ha liado con Alejandra, tía, con mi compañera de piso.

El corazón se me para por un instante. Mi primer pensamiento: «Será zorra». Pero no, esto no es cosa suya, ella es libre... Que sí, también te digo que ella sabe muy bien quién es Darek y la clase de tío que es, porque me ha visto mil veces llorar en su propio piso, pero al fin y al cabo no somos amigas, no me debe ese respeto, aunque tampoco habría estado mal...

Pero, bueno, da igual, qué más da.

—Si sabiendo el tipo de tío que es se ha liado con él, allá ella —respondo impasible.

—Tía, yo es que flipo, vamos —resopla Elena—, he discutido con ella y le he dicho que como lo vea alguna vez por el piso me voy y se queda sola, a ver cómo lo paga.

—Con la ayuda de él seguro que no —escupe Lola.

Mil pensamientos intrusivos corren un maratón por mi mente. Podría escupir tantas barbaridades ahora mismo hacia Darek. Pero, sorprendiéndome a mí misma y a mis amigas, cierro los ojos, respiro profundamente unas cuantas veces y sopeso la situación con calma.

—No creo que Alejandra sea tan cínica como para subirlo al piso sabiendo que estoy yo allí. Si lo sube, seguro que habrá sido decisión de él.

—¿Qué? —Elena frunce el ceño—. Por qué iba él a...

—¡Qué hijo de puta! —entiende Lola.

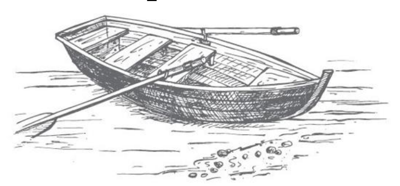
Lo ha intentado por las buenas. Ahora lo está haciendo por las malas. No quiero sonar presuntuosa, pero estoy casi segura de que si Darek ha ido específicamente a por Alejandra ha sido por hacerme daño a mí. Por intentar destruirme desde dentro, desde mi propio

círculo. Lo tengo tan claro. Quiere que me enfade, que le grite, que le llore, que lo busque. Para poder volver a tener él el control de la situación.

No voy a mentir, y es que me encantaría escribirle y soltar una retahíla de insultos para quedarme bien a gusto. Pero es que eso es lo que quiere él, me está buscando.

Y no me va a encontrar.

Capítulo 77



Gael

Un día más salvándoles el culo a mis padres. Un día más sacándoles las castañas del fuego porque no son capaces de gestionar las cosas bien y a tiempo. Bueno, sí son capaces, pero ¿para qué van a hacerlo cuando tienen al tonto de su hijo para hacerlo por ellos?

Un día más sin ser capaz de ponerles límites. Un día más sin atreverme a dar el paso, a abandonar el barco, a mirar por mí, por mis metas.

Un día más en mi miserable vida.

Esta vez me ha tocado ir al restaurante de Manarola porque justo esta mañana me he enterado de que Brina ha renunciado al trabajo. Una parte de mí se siente mal por ella, espero que esté bien. Otra parte de mí se siente cruel por alegrarse de no tener que seguir aguantándola en el trabajo. También me ha sorprendido que haya tomado esa decisión: por muchas peleas que hayamos tenido nunca había ido hasta tal extremo, pero me alegro, la verdad. Tanto por ella como por mí. No tanto por la empresa.

Porque, ¡sorpresa!, mis padres no han sido capaces de buscar a alguien para que cubra su puesto lo antes posible. Ni siquiera me han avisado a mí con tiempo, no me han informado ni para tramitar su baja. Que me haya tenido que enterar porque Brina ha salido del grupo de WhatsApp tiene tela. Esta mañana cuando me han llamado he tenido que organizarme con prisas el día, para poder hacer lo que sí me toca hacer en mi trabajo y lo que me encasquetan extra. He tenido que empezar a primera hora de la mañana, la pobre Gala se ha

ofrecido a ayudarme, a acompañarme mientras desayunaba en el despacho, pero le he dicho que no hacía falta, que desayunase abajo tranquila. Tampoco me gusta que nadie coma en mi despacho, aunque Gala tiene permiso para comer sobre mi teclado si quiere y utilizar los documentos como servilletas si le da la gana.

—La próxima vez que pase algo grave avísame a mí directamente —le indico a Tomasso.

—Sí, jefe, es que como era relacionado con Brina… —Se frota las manos—. Bueno, ya sabe, sé que hay algo entre ustedes y no quería entrometerme.

Para no querer entrometerse bien que se ha entrometido en sus bragas en mi restaurante.

—No digas tonterías, Tom. Esto son cosas importantes —le doy una palmadita en la espalda—, y no me hables de usted, por Dios.

Tom ríe nervioso y vuelve a hacer lo que sea que estuviera haciendo.

Ya no sé qué hace cada uno y qué no hace. Esto es un puñetero descontrol. Puede que hoy Tom vaya a cubrir el turno de Brina, pero esto no funciona así. No puede ser que ahora el gerente haga de camarero y yo tenga que volver a hacer de gerente. ¿Hasta cuándo? Como depende de mis padres, esto se va a quedar así. Mañana mismo tendré que ponerme a buscar una nueva camarera o camarero. Tengo hasta miedo de estar más días de la cuenta pagando un sueldo de menos y que mis padres decidan que no es necesario volver a contratar a nadie, que en realidad así vamos bien.

No, no vamos bien.

—¿Todo bien, cariño?

La llamada reglamentaria de mi madre fingiendo interés.

—¿Tú qué crees? —Pese a la mordaz pregunta, mi tono es calmado—. Mamá, mirad a ver si podéis agendar hoy alguna entrevista para cubrir el puesto de Brina, si no lo haré mañana, pero lo ideal sería tenerlo lo antes posible.

—Ay, amor —lloriquea en italiano—, esta tarde tu padre y yo tenemos una reunión muy importante —«lo dudo»—, ¿puedes encargarte tú?

Creo que quiero llorar.

O gritar.

No lo sé.

—No, mamá —intento sonar sereno—, no puedo encargarme yo, tengo trabajo que hacer, que no he podido hacer porque estoy aquí, haciendo lo que no me toca hacer.

—Cielo, será solo un momento para ti.

—Para ti también será un momento.

Y cuelgo.

Cuelgo porque quiero gritar. Aunque más que un grito es un puto rugido de rabia lo que brota de mi garganta. Estampo mis manos contra la mesa varias veces, haciendo temblar los lapiceros. Arrastro de un raudo tirón los libros, carpesanos y documentos que mi antebrazo se encuentra sobre la estantería. Algunas hojas vuelan a mi alrededor, otros objetos caen sonoros contra el suelo. Una estatuilla de souvenir de no sé dónde revienta contra el suelo. Me da igual. Me da igual todo. Me da igual verme como un puto animal, un troglodita, una bestia. No puedo más con esto, está acabando con mi salud.

—Me voy a volver loco —jadeo mientras me dejo caer sobre la silla y escondo la cabeza entre mis manos—, me voy a volver jodidamente loco.

Ni siquiera puedo permitirme que mi momento de enajenación mental dure más de lo estrictamente permitido porque tengo cosas que hacer. Hugo ha subido al oír mis gritos y los golpes, y la cara que ha puesto al ver cómo mi despacho había sido engullido por un tornado ha sido otra señal para darme cuenta de en qué estado emocional me estoy metiendo. Le he dicho que no se preocupara, cosa que le habrá resultado difícil, y he vuelto a colocar cada cosa en su sitio, más o menos, no me importa.

Antes de salir y bajar a la sala, saco mi móvil y envío un mensaje a Chiara.

Llámame esta noche,
tenemos que hablar.

Capítulo 78



Gala

Desde que estoy aquí nunca he visto a Gael tan apagado, tan triste, tan poco él. Lo he visto en días de bajón, días de enfado por sus padres, pero nunca así. Es todo él, es como si el trabajo se lo estuviese comiendo tanto en el horario laboral como fuera. Sé que duerme menos, no solo porque me lo diga él, a veces me manda mensajes tiernos en mitad de la noche que veo cuando me despierto:

Viernes 23:45 h

No puedo dormir. Qué rabia,
con las ganas que tengo
de soñar contigo. :(

Viernes 04:22 h

Ojalá mi almohada fuese tu culo, al menos tendría una buena excusa para estar despierto.

Sábado 02:43 h

Durmiendo a tu lado seguro que nunca tendría pesadillas.

Domingo 01:03 h

Espero que estés soñando conmigo.

Martes 04:12 h

Mi momento favorito del día es desayunar contigo.

Jueves 03:57 h

Deja de ser tan jodidamente guapa, que solo puedo pensar en ti y así uno no se duerme.

No hace falta que me diga que no duerme bien, yo se lo noto. En su voz, en sus ojeras, en su forma de reír. Me sienta bien saber que Gael está más animado cuando está conmigo, aunque en realidad eso no sé si es bueno, porque estos últimos días casi no nos hemos podido ver. Antes se subía a desayunar al despacho para evitarme, pero ahora que no tiene por qué hacerlo, solo sale de ahí para abrirme la puerta al llegar y darme un tierno beso en la sien antes de volver a encerrarse para trabajar. Hay días en los que si yo no le subo el desayuno, no come, y me preocupa.

Estoy tan preocupada por Gael que casi no caigo en la cuenta de que hoy es el cumple de Darek. Una punzada en mi estómago ha aparecido esta mañana y por el momento sigue sin irse, pero he conseguido ignorarla pese a que a ratos es más latente que a otros. Me pone triste, claro que me pone triste que sea su cumpleaños, y sin poder evitarlo mi propia mente evoca recuerdos de nuestra relación. Recuerdos buenos, claro, como cuando alguien se muere. En vida podía ser un gilipollas, pero cuando se muere: «Pobrecito, era una persona maravillosa, es una pena». Obviando las maldades que habrá hecho en su vida y solo recordando las buenas. Todo el mundo es una persona maravillosa cuando se muere, porque deja de joder a los demás. Supongo que con Darek me pasa lo mismo.

¿Estoy bien? Sí, supongo.

Me siento un poco incómoda, he de decirlo, pero no voy a ceder, no voy a caer.

No voy a felicitarlo por mucho que me gustaría hacerlo, ya no sé si por él o por quedarme yo tranquila conmigo misma siendo una buena persona.

Tocan al timbre y, sentada en el sofá, veo cómo mi abuela abre la puerta, dejándome completamente sorprendida al ver a Gael.

Gael con un ramo de flores.

—¡Ay, Galatea! —exclama mi abuela dando palmitas—. ¡Mira qué te traen!

—¿Le gustan? —pelotea coqueto—. Porque son para usted.

Sonrío sorprendida.

—¿Para mí? —Mi abuela se presiona el pecho de forma dramática—. Ay, cielo, yo soy muy vieja, mejor para Galatea, que seguro que le hace ilusión, ¿a que sí?

—*Nonna*, son para ti. —Me acerco a la puerta divertida—. No puedes rechazarlas, mira qué bonitas... ¡Anda, te ha escrito una tarjeta y todo!

Para la sonrisa más bonita de Riomaggiore. Gracias por una cena tan deliciosa.
Gael de Simone

Qué cosa más adorable.

—¿Le estás tirando los trastos a mi abuela aprovechando que mi abuelo ha salido de paseo? —bromeo enternecida—. Eso es jugar sucio.

—No digas esas cosas —responde mi abuela avergonzada—. Esto lo hace para impresionarte a ti —me susurra.

Sonrío, pero no lo creo. Creo que Gael realmente ha querido traerle a mi abuela esas flores porque le ha nacido de dentro. Porque Gael es así, es educado, tierno y muy agradecido.

—Muchas gracias, bonito, eres un sol.

—No hay de qué, Amarantha. —La sonrisa que le dedica no sé si la derrite más a ella o a mí.

—Voy a ponerlas en agua. —Se gira guiñándome un ojo—. ¡Me voy a la cocina! —grita alejándose—. ¡Dile que entre!

Apoyándome en el marco de la puerta, suspiro feliz de verlo aquí.

—Es la primera vez que entras por la puerta.

—Bueno, realmente no he entrado. —Sus ojos brillan a pesar de las oscuras ojeras que los enmarcan.

—¿Quieres entrar? —susurro—. Podemos merendar juntos.

—Ojalá, pero no puedo. —Apoya la frente en el marco—. Me he escapado un momento para traerle las flores a tu abuela y venir a verte. Pero tengo que volver al trabajo.

—Son las seis de la tarde, para un poco, no deberías estar trabajando.

Sonríe entristecido, bajando su mirada a los pies.

—Va, ven. —Lo agarro suavemente del brazo—. Entra y descansa un poquito, ¿qué quieres merendar?

—Lo que escondes debajo de esa falda.

—¡Cállate! —Lo golpeo divertida tapándole la boca—. Que te va a oír.

Vuelve a sonreír y no me responde.

Es como si se estuviera esforzando por comportarse como siempre, pero veo que no tiene fuerzas ni ganas para bromear más de la cuenta.

—No puedo —resopla al cabo de unos segundos—. Pero necesitaba verte, perdón por no poder darte todo el tiempo que te mereces.

—Pero ¿qué dices? —Recojo su afilada mandíbula con mis manos para obligarlo a mirarme—. Mi amor, el problema no es que no tengas tiempo para mí, ¡es que no lo tienes para ti! Me duele mucho verte así, tienes que parar o vas a acabar explotando.

Sus labios buscan los míos con ternura pero con intensidad, dejándome descolocada.

—¿Y este beso de película? —susurro sofocada.

—Porque me has llamado «mi amor».

Me tapo la boca entre divertida y avergonzada. ¿Es la primera vez que me dirijo a Gael de esa manera? Creo que sí. Realmente no sé por qué he tardado tanto, porque no me ha resultado raro o forzado. Si no me lo llega a decir, creo que no me doy ni cuenta. Pero ahora que me lo ha dicho no puedo parar de sonrojarme.

—Se me ha escapado —bromeo—. Lo retiro, que a mí no me has traído flores.

—¿Querías flores?

—¿Quién no quiere flores?

—Perdóname, pensaba que..., no sé. —Se rasca el cuello—. Tampoco quiero presionarte o agobiarte...

—Eres muy tonto. —Lo agarro de los mofletes para besarlo como respuesta.

—Mira, eso me suena más.

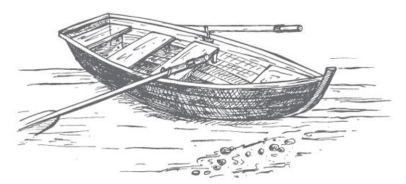
Tras despedirnos a regañadientes porque ni Gael quiere irse ni yo quiero que se vaya, cierro la puerta y me asomo a la cocina para ver cómo mi abuela, sonriente, recoloca una y otra vez las flores en el jarrón para decidir de qué manera se ven más bonitas. Yo solo puedo

dar las gracias mentalmente a Gael por esto. Por hacer a mi abuela tan feliz.

Sin poder dejar de sonreír, subo a mi habitación. Me paro en seco unos segundos antes de lanzarme hacia lo que veo sobre mi escritorio. Un ramo, un ramo parecido al de mi abuela. Los ojos se me empañan por la emoción al entender que sí, que también me ha traído flores, acompañadas de una tarjeta:

> Me parecía un insulto darte las flores en la puerta, así que me he colado por la ventana (espero que no te moleste).
> Perdón por no poder estar para ti tanto como me gustaría, te lo compensaré pronto, pero de momento aquí tienes unas flores.
> P. D. 1: Si te gustan, mándame una foto de tu teta derecha.
> P. D. 2: Si no te gustan, mándame una foto de tu teta izquierda.
> P. D. 3: En realidad, cualquiera de las dos me vale. Las echo de menos (a ti un poquito también).

Capítulo 79



Gael

Sí, hablé con mi hermana. Sí, le conté cómo estaba la situación con papá y mamá. La conversación empezó como una sesión con el psicólogo, escupiendo toda la rabia y la impotencia que sentía, pero terminó en una discusión. Nada fuerte ni de lo que nadie tenga que preocuparse, una discusión de hermanos, hermanos que no se ponen de acuerdo porque uno de ellos es un puto cagón.

Ese soy yo.

Prácticamente en todos los ámbitos de mi vida y mi persona me siento seguro con lo que tengo, con lo que soy, con lo que doy. No me considero alguien inseguro, ni mucho menos alguien que se cohíbe ante los demás. Excepto ante mis padres, ahí me convierto en un chihuahua que ladra por ponerse a la defensiva pero que no tiene nada que hacer contra dos pitbulls. Es como si en cierto modo me sintiera en deuda con ellos, así me hacen sentir muchas veces.

También siento que en ocasiones los utilizo como excusa para no mirar hacia dentro. Hacia mi miedo por fracasar, mi miedo por hacer las cosas mal y hacer daño a los demás, hacerme daño a mí mismo. Hay momentos en los que me autoconvenzo de que soy muy bueno en mi trabajo, otros muchos creo que no lo soy lo suficiente. Porque siempre hay algo que podría mejorar, algo que podría aumentar, algo que podría arreglar.

No sé por qué me hago autoboicot de esta manera.

El caso es que, pese a haber llamado a mi hermana con la idea de que me convenciera para dar el paso, para ponerla frente a mi

conflicto con mis padres, sigo aquí, encerrado en mi despacho, acabando con el trabajo acumulado por culpa de haber tenido que aplazarlo.

Por suerte hoy he podido quedarme en casa, en mi oficina, en vez de estar haciendo el capullo en el restaurante de Manarola. No porque hayan contratado a alguien para cubrir a Brina y que Tomasso esté en su puesto, suena hasta demasiado bonito para ser real, sino porque hoy, por fin, mi padre se tomará la molestia de ser él quien vaya a gestionar los turnos, porque estoy seguro de que en el fondo se está dando cuenta de la cantidad de trabajo que me están imponiendo.

Ayer, cuando fui a llevarle flores a Gala y a su abuela, casi me echo a llorar. No por no poder quedarme a merendar con ellas, que también, sino porque con Gala me siento tan cómodo... Me siento como en casa, como con Pasquale, como con mi hermana. Gala hace que baje todas las barreras, y eso significa dejarme llevar por mis emociones, cosa que por suerte pude evitar antes de echarme a llorar como un bebé sobre su hombro. Porque, a pesar de todo, a pesar de estar bien entre nosotros...

No estamos juntos, no somos nada.

Gala a mí no me quiere de la forma en que yo lo hago, me duele repetirme esto una y otra vez para ser consciente de ello. Pero Gala no me ama de la forma en que yo la amo a ella. Sé que le gusto, es más que obvio, sé que está a gusto conmigo y sé que me quiere, pero no de la forma en que a mí me gustaría que lo hiciera. Me quiere como a un amigo, un amigo que le gusta.

Pero no me ama como yo la amo a ella. No me respondió cuando le confesé que estaba enamorado de ella, cosa que no se me ha olvidado, aunque ahora actuemos como si nada de eso hubiera pasado. No se me olvida que sabe que yo pierdo el culo por ella y no me dice nada al respecto, no se abre conmigo, aunque sea para dejarme claro que ella, por su parte, no siente lo mismo.

Me duele imaginarme que no lo hace por no volver a distanciarnos, pero en el fondo siento que puede ser una posibilidad, y eso solo hace que mi estado emocional actual acabe ya por reventar.

Tal vez no he podido evitar lo que intentaba evitar. Tal vez sí me he convertido en el parche para su corazón roto, en esa tirita para sustituir el amor y el afecto de Darek mientras él no está.

No. Gala no me haría eso. Ella me dijo que ya no hablaba con él,

que no lo quería de vuelta en su vida…

No quiero pensar más en eso. Quiero acabar esta mierda de una vez para poder ponerme con la siguiente y así sucesivamente. Si me doy prisa tal vez pueda tenerlo terminado para la hora de comer. No, no creo. Pero para esta tarde sí, con suerte mañana no será tan sumamente horrible.

—Gael. —Levanto la vista sorprendido para encontrarme con Gala, quien no sé cuánto rato llevará aquí, y vuelvo a bajarla enseguida—. Gael, mírame.

—Dime, *amore*. —Intento sonreírle.

—Ni *amore* ni leches, te he dejado el desayuno hace media hora y sigues sin haberle dado un mordisco. —Se cruza de brazos, o eso creo, porque vuelvo a bajar la vista.

—Tengo que trabajar, luego me lo comeré.

—No, ahora.

—No tengo hambre.

—No me importa. —Noto cómo se acerca y desliza el plato cerca de mi teclado—. Tú me obligabas a comer, ahora me toca a mí.

—No tengo hambre —repito.

—Que me da igual, que tienes que comer —otro empujoncito—, no puede ser que saltes de la cama directo al despacho, date un poco de margen, por favor, esto no es sano.

Me froto la cara exhausto. No respondo. Vuelvo al teclado.

—Al final me enfadaré… —Otro empujoncito al plato—. Come.

—No eres mi madre, Galatea, déjame tranquilo.

Lo digo sin pensar, sin creer que pueda sentarle tan mal como lo hace. No levanto la vista para mirar cómo se va, después de atravesar mi mejilla con una mirada asesina, que tampoco he querido observar pero que sin duda ha escocido sobre mi piel.

—No soy tu madre, pero me preocupo por ti —oigo desde la puerta—. Me importas lo suficiente como para no querer verte así.

Una pequeña llama de rabia se incrusta en mi pecho.

¿Acaba de decirme «Me importas lo suficiente»? ¿«Me importas lo suficiente»? ¿Le declaro mi puto amor a gritos y lo máximo que puede decir de mí es que le importo lo suficiente? Como si fuese un jodido perro abandonado en la carretera, que te importa lo suficiente como para esquivarlo y no atropellarlo.

—Menos mal que te importo lo suficiente.

Lo escupo con un tono más venenoso del que me habría gustado. Pero ahora mismo estoy tan agobiado, tan cansado y tan furioso que me ha salido del alma.

—¿Perdón? —enarca las cejas—. ¿Qué insinúas?

—Nada —suspiro exasperado—. Déjame solo, por favor.

—No la pagues conmigo.

—Déjame solo.

Levanto la vista para mirarla. En su preocupación veo un atisbo de rabia, el mismo que estará viendo ella en mí, porque tras hacer una mueca de irritación y darle un pequeño golpe al marco de la puerta, se gira para irse, no sin antes soltar la puntilla que hace que explote.

—Así no vamos bien, solo quiero ayudarte.

—No vamos bien desde el momento en que no fuiste capaz de responderme.

Su cara palidece en segundos.

—¿Se puede saber a qué viene eso ahora? —Se vuelve a girar para mirarme, cruzándose de brazos—. Pensaba que estábamos bien.

—Sí, tú debes de estar de puta madre —bajo la mirada de vuelta al teclado porque soy incapaz de escupir esta rabia mirándola—, me tienes besando por donde pisas mientras te importa una mierda lo que siento o dejo de sentir.

—Vete a la mierda, Gael.

De un portazo se va, oigo cómo sus pasos pisan sonoros el suelo mientras se aleja. Me ha mandado a la mierda, pero más que un insulto lo he sentido como un ruego. Me froto la cara intentando procesar lo que acaba de pasar, inspirando con profundidad. No debería haberle dicho nada, no ahora, no eran el momento ni las formas, ella solo ha venido a ayudar.

Pero, pese a que soy consciente de que la situación se me ha ido de las manos, no puedo dejar de hacerme quemazón a mí mismo pensando que realmente no estoy tan equivocado. Realmente Gala está actuando sin tener presente lo que le dije. Estoy enamorado de ella, pero eso le da igual, prefiere seguir teniéndome a su lado sin importar que esto a mí me esté rompiendo por dentro.

Joder, ahora entiendo un poco más a Brina.

No deberíamos haber vuelto a retomar nuestra relación, o lo que sea que sea esto. Por mucho que me duela admitirlo.

Pero, aun así, no me he portado bien con ella, le he hablado mal

y no se merecía que pagara mi frustración y mi rabia con ella.

Durante la mañana me dedico a trabajar en modo automático, como un robot programado para ejecutar su tarea, sin pensar mucho en nada más que no sea acabar con esto de una jodida vez. Para cuando acabo con todo, bajo con la esperanza de encontrarme a Gala para pedirle perdón y hablar bien las cosas, pero su jornada laboral ya ha acabado, seguramente esté en casa.

Antes de ir a verla me doy una ducha para quitarme la mezcla de olor a sudor, goma de borrar y cadáver putrefacto. Saco un par de hamburguesas de ternera de la nevera y me pongo un puñado de arroz de un túper que tengo preparado para ir cogiendo durante la semana. Como con calma, pese a tener muchas ganas de ir a disculparme con Gala.

Porque quiero pensar muy bien qué le voy a decir, no va a ser solo una disculpa. Bueno, una o varias, las que necesite para que me perdone. Quiero abrirme con ella, que ella se abra conmigo y me exprese realmente lo que siente o no siente por mí. Porque, pese a ser el hombre más feliz del mundo cuando disfruto de su compañía, estoy haciendo justo lo que me prohibí a mí mismo que haría. Conformarme con las migajas de amor que me da para mantenerme cerca de ella. Pero eso no me vale, a nadie enamorado debería valerle.

Por un momento me planteo picar al timbre y entrar por la puerta, pero solo el hecho de pensar en eso me hace sentir una tristeza absoluta. Es como si entrase predispuesto a perderlo todo con ella, como si llegase admitiendo mi derrota, como una advertencia de que lo nuestro va a volver a desaparecer.

Bueno, realmente nunca desapareció, solo fingimos no verlo.

Hago lo de siempre. Me echo unos pasos hacia atrás, los suficientes para ver u oír si Gala está en su habitación y si la ventana está abierta. Me he dado cuenta de que, incluso rozando el invierno, cuando no hay ningún tipo de necesidad de tener las ventanas abiertas porque hace un frío que te mueres, Gala nunca las cierra. Incluso en los días más helados deja un pequeño resquicio por el que puedo meter la mano para abrirla y colarme. Incluso en los días de tormenta como hoy la tiene abierta. Una parte de mí quiere creer que lo hace por mí.

Qué cojones, todo mi ser está fantaseando con que lo hace por mí.

Con un pequeño saltito, me subo al muro de piedra que el destino quiso poner al lado de la casa de Enrico y Amarantha para que yo pudiera alcanzar con facilidad el marco de la ventana de la habitación de Gala y adentrarme por ahí. Por un momento casi pierdo el equilibrio por culpa de la lluvia. Mi ropa cada vez está más empapada, menudo cabreo va a pillar cuando me vea entrar así…

Un sollozo me enciende todas las alarmas. Creo que no he trepado tan rápido en la vida.

Por favor, que no esté llorando por mí.

Por favor, que no esté llorando por mi culpa.

Una vez mis manos alcanzan el marco de la ventana, intento impulsarme con cuidado sobre este. Está completamente mojado y el agarrarme se me hace mucho más complicado de lo habitual. No es la primera vez que subo por aquí en mitad de la lluvia, aunque sí es la primera vez que lo hago con tanta ansia por ver qué le sucede. He de calmarme, he de ir con cuidado.

El sollozo ininteligible de Gala comienza a tener más sentido cuando consigo asomarme por el cristal que ha dejado medio abierto para mí. Un gruñido que no proceso hace que Gala se gire asustada para encontrarse con mi mirada. Noto cómo la sangre se va de mi cabeza, me tiemblan las manos, completamente en *shock*.

Solo puedo alcanzar a ver los enormes ojos de Gala llenos de lágrimas, sus mejillas rojas y sucias por el maquillaje corrido. Los labios inflamados, rojos, de donde le brota una gota de sangre, en el labio inferior.

Solo puedo alcanzar a ver la cara de horror de Gala al verme resbalar de la ventana, antes de caer al suelo.

Y a Darek.

Capítulo 80



Gala

—Ya estoy en casa —murmuro al entrar con prisa—. Está empezando a llover. ¿Hay algo tendido que tenga que recoger?

—Hola, cariño. —La voz de mi abuela brota de la cocina.

Se acerca a mí y no me hacen falta más de dos segundos para ver que algo le pasa. Su semblante intenta mostrarse calmado, aunque puedo ver a través de esa fachada que está incómoda, frotándose las manos una y otra vez y mirándome como a un cachorrito malherido.

—¿Qué pasa? —Me acerco para sujetarla de los hombros—. ¿Estás bien?

—Sí, sí… —Carraspea—. No sé cómo decirte esto…

—¿El qué? No me asustes. ¿Le ha pasado algo al abuelo?

—No, no. —Su voz se torna más baja, más tensa—. Han venido a verte.

Espiro aliviada, joder. Pensaba que sería algo grave.

—Jolín, abuela, por poco me da algo. ¿Quién es? ¿Alguna amiga tuya?

Niega con la cabeza aturdida.

—¿Quién? —Frunzo el ceño confusa—. ¿Pasa algo? —De repente, caigo en la cuenta—. ¿Han venido a darme una sorpresa? —susurro emocionada—. ¿Ha venido papá? ¿Mis amigas? ¿Dónde están?

—No, cielo. —Su mano se posa sobre mi brazo en una especie de consuelo—. No te va a gustar.

—No entiendo nada —niego confusa—. ¿Quién ha venido a verme?

Es como si el mundo se parara. Como si una bomba hubiera caído sobre nuestras cabezas. Noto cómo la sangre se va de mi cabeza, la bilis me sube a la tráquea, algo me estruja las entrañas hasta hacerlas sangrar. Me siento tan mareada que creo que podría desmayarme.

No es posible.

—¿Quién ha venido, abuela? —Mis palabras son un susurro casi ininteligible.

Sin responderme a la pregunta, asiente. Porque sabe que es suficiente para confirmar lo que se me está pasando por la mente.

—Está en tu habitación. —Me frota los brazos angustiada—. He intentado convencerlo para que se quedara aquí abajo, pero estaba decidido a quedarse en tu habitación, para darte una sorpresa.

—No... —No puedo pensar, no puedo hablar, no puedo respirar —. No, no, no, no...

—Galatea...

—No voy a subir, no voy a subir —lo repito más para mí que para ella—. ¿Por qué lo has dejado pasar?

—¿Qué iba a hacer, cielo? Se presenta un muchacho con flores para ti en la puerta. Cuando lo he dejado entrar y me ha contado quién era y por qué estaba aquí ya no podía echarlo.

—También podría haber sido un asesino en serie, pero como llevaba flores, ¿lo has dejado pasar?

«No es un asesino en serie, es peor.»

—Quería esperar a que llegaras para saber qué hacer. —La incomodidad con la que noto a mi abuela me hace sentir lástima por ella—. Si quieres puedo subir a decirle que se vaya, que tú no quieres verlo.

Trago saliva, dándole vueltas a la idea de que mi abuela se encargue de este marrón. Pero no, esto no es su responsabilidad, esto no es su culpa, no es su guerra, es la mía.

—Subiré yo. —Carraspeo.

Antes de subir por la escalera, me paro en el espejo del comedor para colocarme con más gracia los mechones del pelo, para verme más mona. Si lo llego a saber, me pongo una camiseta más bonita, vengo del trabajo con unas pintas horribles, lo que me faltaba es que encima me viera...

Un momento.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué me importa cómo me vea o deje de verme? Furiosa, me revuelvo de nuevo el pelo dejándolo incluso peor que antes. ¡Me da igual! Que no tengo que verme atractiva para él.

Subo la escalera como cuando la protagonista de una peli de terror se adentra en un sótano oscuro de una casa encantada. Creo que en cualquier momento vomitaré, me cagaré encima, me echaré a llorar o las tres cosas a la vez.

Empujo la puerta con lentitud, con la esperanza de encontrar la habitación vacía y que solo haya sido una broma de mal gusto de mi abuela. Pero no. Los latidos de mi corazón me taponan la tráquea al verlo sentado sobre mi cama, sonriendo hacia la puerta con una cara de niño bueno que no le hace justicia al cabronazo que se oculta tras ella. Un ramo de flores en una mano y una caja de bombones en la otra.

No me gustan los bombones, pero nunca se ha molestado en recordarlo. Las flores, en cambio, me encantan, aunque Darek ha conseguido que tema verlas en sus manos. Porque, pese a la ilusión que me hace recibirlas, con él solo aparecen como acompañantes de una disculpa.

Cuando estábamos juntos, nunca recibía flores.

Pero cuando intentaba alejarme, parecía recordar lo mucho que me gustaban.

—¿Qué haces aquí? —Me sorprende haber sonado tan tajante cuando me estoy muriendo por dentro.

Se pone de pie y me sonríe, acercándose con cautela mientras me observa de arriba abajo.

—He venido a por mi regalo de cumpleaños. —Sus ojos no dejan de observarme con asombro—. Estás... diferente.

—Lo sé.

Sí, lo estoy. He cogido más peso, que me ha ayudado a rellenar mis brazos, mis caderas, mis mofletes. Me veo mucho más bonita, más sana. He aprendido a verme guapa con mi pelo natural y así lo llevo casi siempre. Obviando que hace unos minutos estaba intentando domarlo para que Darek me viera más bella. Todavía mi piel aguanta un tenue bronceado de las primeras semanas aquí en Riomaggiore, igual que mis pequitas, que ninguna base de maquillaje cubre, porque no me apetecía, porque no la necesito. Sé que mi cara tiene otro brillo.

Yo tengo otro brillo.

—Estás preciosa, bebé, qué ganas tenía de verte.

—¿Qué haces aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí? —Sus ojos fingen confusión—. He venido hasta aquí para verte, Gala, para pedirte perdón, para volver a intentar…

—No. —Trago saliva poniendo distancia entre nosotros—. No te he pedido que vengas.

—Lo sé, sé que me pediste todo lo contrario, pero no aguantaba ni un día más sin verte, sin olerte —se acerca de una zancada—, sin besarte…

Y lo hace. Sujetando mi cara entre sus manos, haciendo que me pinche una mejilla con los tallos que sobresalen del ramo, me besa con intensidad, con calidez. Un beso que sabe que hace que todos mis esquemas se rompan, que todo lo fuerte que puedo ser se esfume bajo sus labios. Intento no seguirle el beso, aunque me siento culpable de no separarme, de abrir mi boca un poco más para él. Hacía tanto tiempo que no lo besaba… Pero es que no lo disfruto. Nada. La culpabilidad se apodera de mí al empezar a sentir cierto rechazo por sus labios.

Podría incluso decir asco.

Cuando soy consciente, me aparto poniendo los brazos sobre su pecho para alejarlo de mí.

—¿Qué haces? Esto no está bien —digo más para mí que para él—, no tendrías que estar aquí.

—¿Por qué? —Suelta el ramo y los asquerosos bombones sobre la cama para sujetarme de los brazos—. Gala, te quiero, estos días sin ti han sido los peores de mi vida. Intenté respetar tu decisión, créeme que lo intenté, pero no he podido. Te necesito y sé que tú me necesitas a mí también, estamos hechos el uno para el otro.

—No te necesito. —Sueno hasta robótica—. He aprendido a cuidarme solita, no te necesito, no quiero que estés aquí.

—¿Es en serio? —Su rostro pasa de vulnerable a rabioso de una forma poco natural—. He venido hasta aquí por ti. Porque quiero esforzarme, por ti, quiero recuperarte, quiero que volvamos a estar juntos. ¿No eres capaz de valorar lo que hago por ti?

No sé qué siento más, si pena o rabia. Me siento una persona horrible, ha venido hasta aquí por mí y esta ha sido mi reacción. Pero

¿qué esperaba? ¿Cuál tendría que ser mi reacción correcta?

—Lo valoro —trago saliva—, te lo agradezco y me sabe muy mal que hayas venido hasta aquí.

—No me lo puedo creer… —Se frota la cabeza con ambas manos furioso—. No me has querido nunca. Es eso, ¿verdad? Siempre te ha ido de perlas el papel de víctima en nuestra relación, pero en realidad nunca te he importado.

Sí sé lo que siento: rabia.

—¿Perdón? —Ahora soy yo la que acorta distancias—. ¿Sabes por todo lo que he pasado para intentar estar contigo? ¿Sabes todo lo que he aguantado de ti por estar contigo? ¿Sabes cuántas noches me las he pasado llorando desconsolada porque no conseguía nunca ser lo suficientemente buena para que te esforzaras en quererme bien?

—Eso no es verdad, siempre has sido más que suficiente.

¿Más que suficiente?

Por un momento caigo en lo que le he dicho a Gael esta mañana. Le he dicho que me importaba lo suficiente… ¿He sonado igual de desgraciada que como acaba de sonar Darek?

—Pero tú no lo has sido —escupo rabiosa, mientras las lágrimas empiezan a nublar mi vista—. Nunca te has esforzado por lo nuestro, nunca te has esforzado por mí. Siempre has sabido lo enamorada que estaba de ti y lo has utilizado para jugar conmigo como te ha dado la gana.

—Nunca he jugado contigo —intenta tocarme, pero lo aparto de un manotazo—. No seas así, no me lo merezco.

—¡Sí te lo mereces! —sollozo—. Deja de fingir que siempre has sido el novio perfecto. ¡No lo eres! Eres un egoísta, un narcisista, un manipulador y un cerdo.

—No me vuelvas a llamar cerdo en tu puta vida —me amenaza con el dedo dándome golpecitos sobre el pecho—. No me insultes, eres una desagradecida.

«Ahí empieza a salir el verdadero Darek.»

—No quería acabar así contigo —me aparto para que deje de tocarme—, pero esto que estás haciendo me parece el colmo.

—¿Esto que estoy haciendo? —Deja caer sus brazos chocando contra los costados—. ¡He venido aquí para darte una sorpresa! ¡Para recuperarte! ¿No ves cómo te estás comportando conmigo? ¿Cómo me estás tratando, cuando he venido hasta aquí por ti? No estás dejando

ni que me explique, tú solo me insultas e intentas hacerme sentir mal. Para que luego digas que el malo soy yo, mira cómo te estás comportando.

—¡No te he pedido que vinieras! —grito frustrada—. ¡Me vine aquí para alejarme de ti! ¿No lo entiendes? ¿Por qué me haces esto? Siempre comportándote como el novio ideal después de haberme destrozado en mil pedazos. ¡Eso no vale! ¡Me vas a volver jodidamente loca!

—Estás siendo muy cruel conmigo.

Agacho la cabeza avergonzada, veo caer las lágrimas sobre la punta de mis deportivas.

—Galatea —su tono vuelve a ser calmado—, vamos a hablar, por favor.

Dejándome llevar por sus grandes manos, me siento sobre el filo de la cama. Darek se sienta a mi lado, pasándome un brazo por detrás de la cintura.

—Perdón —susurro inerte.

—No pasa nada, te entiendo. —Me acaricia el perfil del rostro con la yema de los dedos—. Me esperaba esta reacción, venía preparado para los navajazos que me podías dar.

Contra todo pronóstico, río de forma suave y breve.

—He cambiado, por eso estoy aquí, para que veas lo que estoy dispuesto a hacer por ti con tal de que volvamos a estar juntos.

La mera idea de volver me revuelve el estómago.

—No podemos volver, nunca sale bien.

—Esta vez sí. —Su cara está demasiado cerca de la mía—. He cambiado, te lo demostraré.

—Darek —río apenada—, no es la primera vez que me lo dices.

—Pero sí es la real. —Sus dedos giran mi mentón para que lo mire—. Dame una última oportunidad, eres el amor de mi vida, Gala.

Escruto su cara en silencio. Porque, pese a saber quién es, no lo veo. No veo en esos ojos los ojos que me hacían temblar, no veo a ese chico por el que lo daba todo sin pensar. No lo veo.

—No soy el amor de tu vida, Darek, ni tú eres el mío.

Aparta sus manos de mi mentón para taparse la cara. Acelera la respiración de forma abrupta y entre sus dedos atisbo cómo gesticula fingiendo llorar, hasta que lo consigue y unas enormes lágrimas empiezan a derramarse por sus mejillas. Lo que más me duele es que

estoy tan acostumbrada a esto que cualquiera pensaría que soy un monstruo por no sentir pena por alguien que llora así. Pero solo yo sé que está fingiendo, que son lágrimas de cocodrilo. Porque siempre le han servido para hacerme sentir culpable, sentirme apenada por él.

—Sin ti mi vida no tiene sentido —solloza—. ¿Qué motivos tengo para vivir sin ti? Si no vuelvo contigo, prefiero desaparecer, prefiero estar muerto.

—No digas eso, Darek, no es verdad.

—Sí, sí lo es, prefiero matarme.

Ahí está la siguiente fase de manipulación, esta también la conozco, aunque he de admitir que sigue poniéndome los pelos de punta y una parte de mí siempre va con cautela. Jamás haría eso, se quiere demasiado a sí mismo. He de recordarme una y otra vez que lo hace para hacerme sentir mal, pero aun así no puedo evitar sentirme responsable de su malestar. Le acaricio la espalda en una especie de consuelo que me revuelve las entrañas.

¿Cómo he terminado yo consolándolo a él? No sé cómo lo hace, pero siempre acabamos igual.

—Perdóname, no tengo derecho a ponerme así —rebufa irguiéndose—. Me gustaría que me dieras otra oportunidad, Gala, la última, te lo prometo.

Es como si mi lengua ocupase toda la boca y no me dejase pronunciar la palabra. Porque es la primera vez que estoy dispuesta a decirla y ni yo misma me creo que esté siendo capaz de hacerlo.

—No —escupo tensa—. No hay más últimas oportunidades, lo siento.

—Esto es increíble. —Ofuscado, se levanta de la cama para dar vueltas de un lado a otro de la habitación—. ¡No valoras nada! Eres una puta egoísta, llevas toda la relación pidiéndome que te quiera mejor y ahora que lo hago ¿no eres capaz de esforzarte ni un poco por lo nuestro? Llevo estos meses destrozado por ti, intentando ser mejor, no valoras nada.

—¡Que te jodan! —Ahora soy yo la que se levanta de un brinco —. ¿Cómo eres tan cínico? ¿Crees que soy imbécil? Ahora finge que no te has estado follando a media ciudad mientras yo no estaba. Ahora finge que no te has enrollado con la compañera de piso de Elena para intentar hacerme daño. ¿Crees que no te conozco?

Baja la cabeza y un ardor me invade el pecho al ver que esconde

una sonrisa.

—¿Te ríes? —escupo furiosa—. Eres una mala persona, Darek.

—Tú eres una hipócrita. —Se acerca a mi escritorio con lentitud y con la punta de los dedos roza el jarrón donde tengo el ramo de flores que ayer me regaló Gael—. Qué flores tan bonitas estas de aquí, ¿no? —Su tono de voz me hiela la sangre—. ¿Vas a fingir que tú no has estado acostándote con quien sea que te haya regalado estas flores de mierda?

—Pues no, no me he acostado con él. —«Mentira no es».

—Mentirosa, vas de santa, pero no lo eres —rompe el tallo de una flor para tirarla al suelo—, siempre haciéndome sentir mal cuando lo dejábamos porque supuestamente tú nunca hacías nada con nadie, mentirosa.

—Nunca lo hice. —Las lágrimas vuelven con rabia—. Nunca hice nada porque hacerlo significaba perderte, porque solo tenía ojos para ti. Pero ya no. ¡Así que puedo hacer lo que me dé la gana! No tienes derecho a hacerme sentir mal.

Me mira de arriba abajo, como si no reconociera a la persona que tiene frente a sus ojos. Me mira con asco, con repugnancia, quiere hacerme sentir sucia, por un momento lo consigue. Entonces su mirada se abre sorprendida, como si hubiera leído algo en mi piel.

—Por eso no quieres volver conmigo —habla como quien ha descubierto un enigma—, porque estás con otro. —Ríe divertido—. Ahora veo lo dolida que estás, lo mucho que supuestamente me querías. Eres una falsa y una mentirosa, pensaba que eras diferente de las demás.

Por un momento me hace sentir culpable. Me hace sentir una persona de mierda, una mala novia, una persona que no se merece que la quieran. No es justo.

—No es verdad —casi no veo cómo se acerca a mí de la inmensa cantidad de lágrimas que cubren mis pupilas—, yo te he querido mucho, Darek, muchísimo. ¡Lo he dado todo por ti, y lo sabes! No es justo que quieras hacerme sentir mal. Él no tiene nada que ver en esto. No quiero volver contigo por mí, porque no aguanto más dolor, porque no puedo más, no puedo...

Los sollozos en mi garganta me impiden seguir hablando. Lloro desconsolada sin importarme que Darek me vea así, total, no es la primera vez. Noto sus brazos rodeándome entera en un duro abrazo,

me da asco sentir cómo eso me tranquiliza.

—Perdóname —lloriqueo.

Escondo mi cara en su pecho mientras me acaricia con suavidad la cabeza, dándome suaves besos que me remueven igual que si me estuviera dando golpecitos con una piedra. Nada, no me hacen sentir nada, solo incomodidad. Una vez que mi llanto se calma, Darek recoge mi cara entre sus manos separándome los centímetros suficientes para que nuestras miradas se encuentren.

—No quiero hacerte sentir culpable —susurra, su aliento me roza los labios—. Solo quiero que me entiendas, que no es justo que me eches tantas cosas en cara cuando tú has hecho lo mismo. —Me besa la sien, cuando baja los labios están más cerca—. Pero la diferencia es que yo pongo por delante mi amor por ti y te perdono.

En cualquier otro momento esa treta barata para intentar apoderarse del control de la situación le habría servido. Pero lo único que me provoca esta vez es un asco irremediable hacia el hecho de que quiera hacerme sentir que yo soy el problema. Esta vez no.

Antes de que pueda separarme, atrae mi cara con fuerza hacia la suya, besándome nuevamente con ímpetu, casi que con furia. Trato de apartarme de él pero no me deja, me aprieta las mejillas y me abre con violencia la boca para adentrar su lengua todo lo que puede. No es un beso cariñoso, no es un beso de deseo, es un beso violento, es una lección, es un castigo.

Sollozo entre besos que no quiero recibir. No le importa que esté llorando, al contrario. Empiezo a ver cómo la ansiedad se apodera de mí mientras intento separarme. Lo muerdo rabiosa y por fin se separa de mí. Se relame la boca sonriente, el sabor metálico de su sangre roza la punta de mi lengua.

—Aunque te estés follando a otro —gruñe—, sabes que nunca te hará sentir lo que te hago sentir yo, ni ese gilipollas ni ningún otro, sabes que el amor de tu vida siempre seré yo.

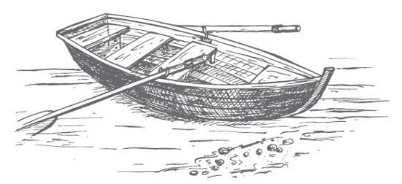
—¡Eres un hijo de puta! —Me atraganto con mis lágrimas.

Una expresión de enfado aparece repentinamente en su rostro al mirar hacia la ventana.

—¡¿Pero qué cojones...?!

Pego un grito al ver a Gael asomado a través del cristal. Antes de que pueda reaccionar, el mundo se me viene encima cuando lo veo resbalar y caer de espaldas.

Capítulo 81



Gael

El primer pensamiento que se me cruza por la cabeza al abrir los ojos es el típico vídeo cómico donde supuestamente atropellan a un chaval y este, con tal de no pasar vergüenza, se levanta rápidamente, como si no le acabara de pasar un coche por encima. Porque ese he sido yo después del tremendo hostión que me acabo de dar contra el asfalto. Casi que he de dar las gracias al destino nuevamente porque la distancia entre la ventana y el suelo no sea lo suficientemente grande como para perder la vida, pero sí como para abrirme la cabeza. Aunque por suerte no ha pasado.

Torpemente, empapado y con un horrible dolor en el costado con el que he caído, intento levantarme lo más rápido posible, pero antes de que logre hacerlo, veo cómo la puerta de la casa se abre con urgencia y Gala sale despavorida hacia mí.

—¡Gael! —Sus manos intentan ayudarme torpemente a levantarme—. Madre mía, ¿estás bien?

—Sí —escupo avergonzado, sin poder mirarla a los ojos—, no ha sido nada.

—¿Eres tú el capullo de las flores? —El pollacorta de Darek aparece tras ella, emanando tanta arrogancia a cada paso que da que me dan ganas de partirle la cara.

Pero no le respondo, porque mi atención está puesta completamente en Gala, que me mira angustiada. Se me revuelven las tripas al ver cómo se muerde el labio y vuelvo a ver la sangre.

—¿Te ha hecho daño? —Es lo único que consigo pronunciar,

mientras recojo con suavidad su húmedo rostro para comprobar la herida—. ¿Estás bien? ¿Necesitas mi ayuda?

—¿Qué insinúas, capullo? —escupe el anormal, cruzándose de brazos lo suficientemente cerca de mí como para poder estrangularlo —. La sangre es mía —se relame sus asquerosos labios—, ha sido por un mordisco, las ganas acumuladas, ya sabes, se nos ha ido un poco de las manos.

—¡Cállate, mentiroso! —Gala lo empuja en un intento por volver a meterlo en casa—. Te juro que te lo puedo explicar, yo... —Sus ojos temblorosos vuelven a posarse en mí—. No sabía que vendría, yo no quiero que esté aquí... —Un resoplido de Darek hace que por un segundo mi mirada se pose en él—. Ha intentado besarme y yo...

—Intentado no, nos hemos besado. ¿También eres una mentirosa con él?

—No le hables así —gruño furioso.

Doy una zancada hacia delante para acortar distancia con él, pero antes de dar una segunda, las manos de Gala se posan en mi pecho entrometiéndose en mi camino. Está completamente empapada por la lluvia, sus labios tiemblan y los mechones de pelo se le pegan a la frente, haciendo que se vea mucho más vulnerable y frágil. Desearía poder cogerla entre mis brazos, meterla en casa y arroparla sobre mi pecho hasta que dejara de temblar.

—Gael, no. —Su voz suena sorprendentemente firme—. Déjame esto a mí, vete a casa.

Abro los ojos sorprendido. ¿Que me vaya a casa?

—No pienso dejarte sola con este tío. —Mi mirada se desliza afilada hacia él—. Déjala en paz.

—Va, hermano. —Ahora es Darek quien acorta distancia, con una falsa sonrisa amistosa—. Solo estamos hablando como dos adultos, respeta su decisión y no te entrometas.

«Hermano», dice.

Este es gilipollas.

Busco la mirada de Gala con la esperanza de encontrar una súplica en sus ojos para que me quede, para que la proteja, una mirada que me dé permiso para dejarlo sin dientes de un puñetazo. Pero lo que recibo es todo lo contrario, haciendo que mi orgullo y mi corazón se quiebren en mil pedazos.

—Estoy bien —susurra en un intento porque sus palabras solo

lleguen a mis oídos—. Pero quiero hacer esto sola, necesito hacer esto sola.

—¿Estás segura? —Mis palabras son casi una súplica, porque no quiero dejarla sola, de verdad que no.

—Confía en mí —intenta sonreír, pero su gesto se transforma en un puchero—, estoy bien, estaré bien, confía en mí, vete a casa. —Sus palabras atraviesan mi pecho como un puñal.

Agacho la cabeza rendido ante su petición, observando cómo las gotas de lluvia revientan con fervor sobre el suelo. Asiento para mí mismo antes de dar un paso hacia atrás, seguido de otro.

—Si me necesitas, llámame —murmuro—. Por favor, hazlo.

—No te preocupes, que no te va a necesitar para nada.

—¡¿Te puedes callar?! —le grita.

En contra de mis instintos, en contra de mi necesidad, de mi rabia, de mis ganas por quedarme con ella, por protegerla, por cuidarla, me doy la vuelta y me voy por donde he venido, intentando ignorar la amarga risita de Darek resonando a mis espaldas.

Bajo la tormenta, camino a casa, me repito una y otra vez que confío en ella, que puede hacerlo, que esta vez no caerá de nuevo. Que estará bien sin mí, que puede hacerlo sola, que tiene que hacerlo sola.

Puede hacerlo, confío en ella.

Confío en ella.

Amor propio

Nombre masculino

1. Amor que alguien se profesa a sí mismo, y especialmente a su prestigio.

Su amor propio la salvó.

Capítulo 82



Gala

Observo cómo la espalda empapada de Gael se aleja, mientras el pecho me abrasa de tristeza intentando aguantar las ganas de gritarle que vuelva, de pedirle que se quede.

—¿Me has cambiado por ese? —gruñe Darek a mi espalda, con las manos en los bolsillos y una actitud de chulo insoportable—. Ya veo que te conformas con cualquiera que te preste un poquito de atención.

—¡Cállate! —le grito empujándolo exasperada para alejarlo lo máximo posible—. ¿Qué quieres de mí, Darek?

—A ti, joder. ¡Te quiero a ti! ¿Por qué crees que he venido hasta aquí para encontrarte? ¡Te quiero a ti!

—No, no lo haces. —Otra vez me echo a llorar, porque soy incapaz de afrontar esto sin derramar lágrimas, que ahora se entremezclan con la lluvia—. Cuando quieres a una persona lo último que deseas es hacerle daño y tú, Darek, es lo único que has sabido hacerme. —Me acerco un par de pasos—. Me has manipulado, me has humillado, me has hecho sentir que si te portabas mal conmigo era por mi culpa. Porque nunca era suficientemente lista, suficientemente guapa, suficientemente buena, suficientemente graciosa, suficientemente válida como para ser querida bien. —Pese a estar empapada, mi piel quema por la rabia que emanan mis poros—. He aguantado lo inaguantable contigo, he perdido la cuenta de todas las

veces que te he llorado pidiendo que no me hicieras más daño. Pero nunca te ha importado, porque sabías que podías hacer conmigo lo que te diera la gana, porque nunca me iría de tu lado. No has querido darme el lugar que me merecía, pero tampoco me has dejado buscarlo en otra parte. Porque eres un narcisista al que le encanta que una pringada insegura como yo lo trate como al dios que crees que eres.

—Pero ¿qué película te estás montando? —Hace una mueca de desagrado que me revuelve el estómago—. Estás loca, se te va la cabeza, de verdad que contigo no se puede hablar.

—No te gusta lo que oyes, ¿verdad? —Río agotada—. Por eso es mejor intentar desacreditarme, intentar hacerme sentir que la culpa es mía, que estoy loca, que mis argumentos no son válidos. ¿No puedes aceptar por una puta vez en tu vida que has sido una persona horrible conmigo?

—No voy a negar que no me he portado bien. —Se retira sus oscuros mechones de la cara antes de cruzarse de brazos—. Pero de ahí a que me trates como si fuese un puñetero psicópata, me parece que te estás pasando. Tú tampoco has sido una santa, que hace menos de diez minutos un pavo estaba subiendo por tu ventana y ya me puedo imaginar lo que habríais hecho si no hubiera estado yo aquí.

—¡Dios! —Dejo caer mis brazos frustrada—. Pero ¿no ves que estás excusando dos años de tratarme como a una mierda por lo que yo esté haciendo estos días con mi vida? ¡La vida que he escogido para alejarme de ti! —Casi no puedo hablar de la congoja que me estruja el pecho—. ¿No eres capaz de ver todo lo que he hecho por alejarme? Por un momento piensa en lo mucho que me ha tenido que doler alejarme de mi casa, de mis amigas, de mi trabajo, ¡de mi todo!, por poner distancia entre nosotros, por perderme de ti. ¿No te remueve nada?

Darek me mira apretando la mandíbula. Me gustaría creer que le he hecho reflexionar, pero sería mentira. Porque todo lo que le estoy diciendo ya lo sabe, claro que lo sabe. El problema es que no le importa lo suficiente, porque, por delante de todo, por delante de mí, de mi dolor, de nuestra relación, está él. Cómo no, su respuesta es poner los ojos en blanco, haciéndome sentir la persona más tonta del mundo.

—No sé qué te han hecho aquí, pero se te ha ido la puta olla, estás loca.

—No… —Río—. No te remueve nada, porque de la única persona de la que te has enamorado en tu vida es de ti mismo. —Me acerco tensa, poniendo mi cara a pocos centímetros—. Sabes que si hubieras pensado en mí no estarías aquí. —Ya no logro distinguir las gotas de lluvia de mis lágrimas—. Hui hasta aquí para evitar que me encontraras de nuevo, para evitar volver a caer en tus manipulaciones, pero has tenido los santos cojones de presentarte aquí por egoísmo puro. Pero ¿sabes una cosa? Que hayas venido hasta aquí no va a cambiar nada. Puedes seguirme hasta el puto infierno si quieres, pero no va a haber lugar donde puedas encontrarme, porque la Gala que tú estás buscando ya no existe, así que ni en mí misma podrás encontrarla.

Exhalo todo el aire que estaba conteniendo sin darme cuenta, procesando lo que acaba de salir por mi boca. Me tiemblan las manos de la tensión acumulada, aunque prefiero creer que es por el frío. Intento que no vea cómo me tiemblan los labios o cómo los ojos se me vuelven a humedecer.

Me mira con asco, incluso podría decir odio, pero por alguna extraña razón no me duele esa mirada, porque en el fondo siento que es la más real que me ha dedicado en mucho tiempo. Creo que es la primera vez que puedo ver su alma, oscura y sucia, a través de sus ojos. Sonríe de lado, una de esas sonrisas que alguien te dirige cuando quiere hacerte sentir que eres estúpida y que esa persona está por encima de ti. No me importa, sé que él no lo está.

—Es increíble que haya sido tan tonto como para venir hasta aquí por ti. —Deja caer sus brazos agotado—. Debería haberlo sabido, creí que eras diferente de las demás, pero veo que me enamoré de una mentira, tú no eras la única engañada en esta relación.

Enarco las cejas incrédula ante la osadía de esta persona. Pero decido no darle bola, no seguir intentando luchar contra esto, es agotador.

—Y ahora ¿qué hago? —pregunta ofendido—. ¿Me vas a dejar aquí? ¿Durmiendo en la calle bajo la tormenta?

—¿Pretendías dormir conmigo aquí, en casa? —Casi dejo escapar una risa de incredulidad, pero decido acallarla—. ¿Tan seguro estabas de que aceptaría que volvieras?

—Siempre lo has hecho.

No lo quiero aquí.

La pequeña oportunidad que tenía de dejarlo dormir en el sofá se esfuma ante su comentario. Porque me quema que tenga razón, me escuecen los pulmones al respirar, me arde reconocer el poco respeto que me he tenido a mí misma todo este tiempo.

Pero como le he dicho, esa Gala ya no existe.

—Encontrarás alguna habitación de hotel sin problema —murmuro.

Darek abre los ojos como platos antes de reír incrédulo.

—Disfruta de tu nueva vida y de tu nuevo novio. —Hace un gesto con el mentón en la dirección en la que ha desaparecido Gael minutos antes—. Espero que estés segura de lo que estás haciendo, porque no pienso volver.

—Lo estoy.

—Nunca nadie te querrá como yo lo hago, lo sabes, ¿no?

—No te preocupes, como me quiero yo ya es mucho más de lo que tú me puedes ofrecer.

Sé que no debería hacerlo, sé que quedo como una mala persona, que pierdo toda seriedad, pero no puedo evitarlo.

Le sonrío.

Sonrío como si estuviera satisfecha, como si disfrutara de lo que acaba de pasar. No lo he hecho, para nada. Por mucho que me desahogue, tengo el corazón en un puño y las pulsaciones me van a mil por segundo. Es una sensación horrible la que estoy viviendo. Pero estoy harta de seguir siendo la tonta amable para él incluso en los peores momentos. No se lo merece, no merece verme llorar de nuevo, no merece un último abrazo, no merece verme triste por esto.

No merece nada más de mí.

—Esto es increíble —rebufa mirándome con asco—, no te reconozco.

—Y espero que nunca vuelvas a hacerlo.

Tras un sonoro bufido y una última mirada de decepción, se va. No se gira en ningún momento para mirarme, aunque estoy segura de que puede sentir mi mirada clavada en su espalda mientras se aleja.

Destrozada y empapada, vuelvo a entrar en casa. Mis manos tiemblan al cerrar la puerta, mis piernas se tambalean y, completamente agotada, me dejo caer en el suelo, haciéndome un ovillo.

Y por fin lo suelto todo.

Lloro como un alma desconsolada sin saber realmente los motivos por los que lo hago. Mi abuela tarda unos segundos en aparecer, sin decir nada intenta agacharse para abrazarme, pero como tiene dificultades, soy yo la que se levanta torpemente y se refugia en sus brazos, escondiendo mi cara en su hombro.

—Ya está, mi niña, ya pasó —me consuela en un dulce italiano, dándome palmaditas en la espalda.

Yo no hablo, solo lloro y gimoteo soltando todo lo que llevo dentro. Sabía que con Darek nunca tendría un final feliz, pero jamás pensé que fuese un final tan horrible como este. No siempre las cosas salen lo bien que pueden salir, no siempre sabemos gestionar las cosas de la mejor manera. Tal vez la conversación podría haber sido diferente, tal vez podría haber sido más comprensiva, más amable, menos cruel.

Lo que más rabia me da es que, después de todo, después de ser consciente de todo lo mal que lo he pasado por él, me siento culpable de hacerle daño. Al mismo tiempo me siento humillada, porque a una parte de mí sus palabras le siguen hiriendo. Una parte de mí desea ver a Darek contento conmigo, desea que me mire con buenos ojos. La manera en la que me ha mirado al irse es la cosa más devastadora a la que me he enfrentado en estos meses.

Mi abuela me acaricia con amor, meciéndome entre sus brazos para que entre en calor. No me pregunta qué ha pasado, tampoco creo que le haga falta, con los gritos que nos hemos dedicado lo habrá oído todo. Madre mía, nos hemos gritado de una manera que al recordarlo me hace agrandar el llanto. Nunca le había gritado a Darek, no de esa manera. Tal vez sí soy tan mala persona como él.

—Has sido muy fuerte —susurra contra mi pelo—, lo has hecho bien, no te martirices.

—He sido mala —gimoteo—, soy una mala persona, no me he portado bien.

El meneo que me pega al sujetarme de los hombros para separarme de ella me corta el sollozo de golpe.

—No eres mala persona, no has sido mala. —Su voz es tan impetuosa que casi parece que me esté echando la bronca—. Lo has hecho lo mejor que la situación te ha dejado hacer, no eres mala por luchar por ti. No siempre tienes que complacer a los demás, mucho menos tienes que complacer a personas dañinas solo por portarte bien

con ellas. No has sido mala, has sido fuerte.

Me sorbo la nariz sintiéndome como una niña pequeña. Abrazo a mi abuela con cariño, agradeciéndole en silencio todo lo que hace por mí. Puede que tenga razón, aunque yo me siento como la peor persona del planeta.

Pero lo he hecho.

Por primera vez en mi vida he puesto límites a Darek, me he puesto yo por delante. Por primera vez he mirado por mí, por mi bien, por mi estabilidad, por mi paz. Pese a sentirme de esta forma tan horrible, una lucecita cálida en mi pecho me recuerda con orgullo lo que he sido capaz de hacer.

He luchado por mí.

Porque me quiero, me respeto, me cuido y quiero lo mejor para mí.

Porque me lo merezco, me merezco quererme bien.

Me merezco que también lo hagan los demás.

—Voy a ir a ver a Gael, se ha caído subiendo por la ventana.

—Os he visto, pero no quería entrometerme —murmura angustiada—. ¿Está bien?

—Sí, está bien, creo. —Trago saliva, consciente de lo que siento ahora mismo—. Voy a ir a verlo.

—Está lloviendo demasiado, espérate a que la tormenta afloje.

—No puedo esperar más, *nonna*, no pienso esperar más.

—Está bien. —Me da un cariñoso apretón antes de soltar mis brazos—. Abrígate, coge el paraguas y ve con cuidado.

—*Sì, nonna, ti amo moltissimo.* —Le doy un beso en la mejilla.

Mi abuela tenía razón con que está lloviendo demasiado. El paraguas es prácticamente inútil bajo el chaparrón que ha decidido acompañar al tsunami de emociones que me ahoga el pecho ahora mismo. Pero entre toda esa impetuosa marea, una pequeña luz, como un faro, me hace sentir algo con tanta claridad que me es imposible seguir ignorándolo. Tampoco quiero seguir haciéndolo.

Necesito ver a Gael.

Capítulo 83



Gala

—¿Está Gael?

—*Mamma mia!* ¿Qué haces aquí, con la que está cayendo? —Pasquale me tira del brazo para cobijarme bajo el techo—. ¿Estás loca o qué?

—¿Está Gael?

—Sí… —responde dudoso—, está en su habitación.

—Subo.

Pasquale no me pone impedimento, cosa que agradezco, porque ahora mismo tengo tan claro lo que voy a hacer que no tendría problema en meterme en una pelea cuerpo a cuerpo con él con tal de que me dejara pasar. Y ganaría, ahora mismo ganaría hasta al puñetero Godzilla.

El ímpetu con el que abro la puerta asusta a la pobre *Duna*, que salta de la cama y sale pitando entre mis piernas. Gael también se ha asustado, porque se lleva la mano al pecho de la impresión.

—¡Joder! ¿Quieres matarme de un infarto? —Rápidamente se levanta y se acerca a mí con preocupación—. ¿Cómo ha ido? ¿Estás bien? —Me sujeta de los brazos mientras analiza mi rostro, como si pudiese leer en él todo lo que quiero contarle—. ¿Te ha hecho algo? Si tengo que matarlo solo tienes que pedírmelo. ¿Estás bien?

—Estoy enamorada de ti.

Noto cómo las yemas de sus dedos aflojan su agarre, cómo sus

ojos se abren con confusión. No responde, no se mueve, solo me mira petrificado. Creo que tampoco respira.

—Estoy enamorada de ti —repito—. Sé que llego tarde, sé que esto te lo tendría que haber dicho cuando tú me lo dijiste a mí... —Me froto la sien frustrada—. No me atrevía, he sido una miedica y no quería decirlo en voz alta porque sentía que lo haría real, como si todavía no lo fuese. Pero lo era —trago saliva—, lo es. Estoy enamorada de ti.

Suspiro aliviada al ver cómo su pecho vuelve a subir.

Sí, respira.

—Perdóname por mandarte a casa, sé que no ha estado bien, pero necesitaba hacerlo sola. —Las palabras se desbordan torpemente de mis labios pisándose unas a otras—. Te contaré todo lo sucedido, todo lo que quieras saber, porque quiero que lo sepas, porque mereces saberlo y porque no quiero que dudes de lo que siento por ti. No quiero que dudes de que te amo, porque lo hago con cada trocito de mi corazón.

Solo pasan dos segundos, pero se convierten en los más eternos de mi vida. Solo pasan dos segundos antes de que los labios de Gael se abalancen sobre los míos. Sus manos me rodean la cintura mientras me besa con devoción, y he de clavar los pies con fuerza en el suelo para intentar no caerme cuando me empuja hacia atrás y mi espalda choca contra la pared.

—Dilo otra vez —ruega sobre mis labios.

—¿Todo de nuevo? —bromeo—. No me va a salir igual, no lo tenía memorizado, eso se avisa.

—Dilo, por favor.

—Estoy enamorada de ti, Gael de Simone. —Su risa acompaña a la mía—. Estoy enamorada de ti.

Me vuelve a besar con vehemencia sujetando mi cara con ambas manos y siento que me derrito entre sus dedos. Nos besamos con amor, con intensidad, y tengo tanta tensión en el cuerpo de estas últimas horas que no puedo evitar que las lágrimas corran por mis mejillas con total libertad. Gael se separa de mis labios y me da tiernos besos con los que recoge mis lágrimas mientras me acaricia la mandíbula con ambos pulgares.

—Te amo —me susurra entre beso y beso—, te amo, te amo...

—Ay, Gael —sollozo—, perdón por no haberlo hecho antes.

—No importa —apoya su frente contra la mía—, no importa. Ahora estás aquí, no necesito nada más. Te amo tanto que habría esperado mil vidas por ti, así que, si lo miramos así, me lo has dicho hasta pronto.

Río entre sus labios.

—Eres muy tonto —lo beso con ternura—, mi tonto.

—Creo que jamás me había sentado tan bien que alguien me llamase tonto. —Sus manos acunan mis caderas, acercándome a él—. *Sirenetta*, me tienes a tus pies.

—Y tú a mí a los tuyos.

—A ti te prefiero de rodillas —ronronea.

Ignora el golpe que le dedico a su pectoral derecho porque vuelve a apretarme contra él con cariño. Mis labios vuelven a buscar los suyos, abro mi boca para recibir las caricias de la suya, su lengua, sus mordiscos. Los besos se calientan rápidamente, como un incendio en un bosque seco.

No, un incendio no, un volcán.

Con agilidad, me da la vuelta para tumbarme sobre su cama. Yo me agarro de su cuello para que no se aleje, para que no deje de besarme, de tocarme, de quererme. A horcajadas sobre mí, su cuerpo se pega al mío, sus brazos hacen fuerza para no dejar caer todo su peso sobre mí, dejándome ver lo marcados que están sus bíceps. Ansiosa, tiro del bajo de su camiseta; Gael entiende mis intenciones y se la quita por la cabeza de un tirón, regalándome las mejores vistas que he tenido en mi vida.

Con las piernas abiertas, dejo que encaje su pelvis sobre la mía, frotándola hacia delante y hacia atrás, haciéndome estremecer. Suelto las manos de su cuello para apretar su espalda y pegarlo más a mí. Él responde recogiéndome ambas muñecas con una sola mano y sujetándolas por encima de mi cabeza, inmovilizándolas. Gimo ante ese gesto autoritario, me arde todo.

—Qué dura se me pone cuando me gimes —se incrusta más entre mis piernas, gimo de nuevo al notar que no miente—, joder.

Vuelve a empujar su entrepierna contra la mía, haciéndome gemir de nuevo entre sus labios, que me devoran con placer. Se separa para quitarme de un tirón la sudadera, la cual ni me acordaba que llevaba empapada desde que he pisado esta habitación.

—Los pantalones también están mojados —susurro juguetona.

Gael ladea una sonrisa que me provoca una descarga eléctrica hasta la punta de los pies. Me desabrocha los pantalones y levanto la cadera para ayudarlo a quitármelos con mayor facilidad. Vuelve a ponerse a horcajadas sobre mí, esta vez coloca una de sus piernas entre las mías, para separármelas todavía más. Un brazo apoyado al lado de mi cara, el otro guía sus dedos desde mi muslo hasta el interior de mi entrepierna.

—Qué mojados estaban los pantalones —pasa las yemas de sus dedos sobre mi tanga—, pero esto de aquí todavía más.

—La lluvia.

—Claro —presiona con más intensidad sobre la tela—, la lluvia.

Sus dedos se deslizan sobre mi sexo una y otra vez, presiono mis caderas contra ellos deseando que la tela del tanga desaparezca entre nosotros y poder meterlos donde los quiero. Yo misma soy la que se quita la camiseta para quedarme solo con el tanga y el sujetador, que si lo sé, no me pongo. Gael no tarda ni dos segundos en sacar un pecho de su copa y devorarlo con esmero, besando y lamiendo el pezón de una forma que me desespera. Quiero más, necesito más.

Suelto un grito placentero cuando noto que uno de sus dedos se ha colado por el lateral del tanga. Haciendo gancho con este, desliza la mojada prenda, bajándola por mis piernas, y la lanza a saber dónde, dejándome completamente desnuda de cintura para abajo ante él.

—Quítate el sujetador —me ordena echándose hacia atrás—, quiero ver cómo te las agarras.

No me da tiempo a responder, solo puedo volver a soltar un gritito cuando sus labios rozan mi clítoris con mimo. Besa, lame y mordisquea con ternura todo mi sexo, como si estuviera besándome en la boca y no con la cabeza entre mis muslos. Lo hace para jugar conmigo, para ponerme todavía más cardíaca de lo que ya estoy. Me retuerzo elevando las caderas para que me dé más, necesito más.

—Cariño, concéntrate, ¿que no me has oído? —Ladea la cabeza —. Necesito ver esas preciosas tetas.

«Sí, señor.»

Me quito el sujetador por la cabeza porque no quiero malgastar ni un segundo más intentando desabrochármelo. La sonrisa caníbal de Gael me hace temblar segundos antes de lanzarse sobre mi sexo. Gimo ahogadamente cuando me tapa la boca con la mano y gruñe, advirtiéndome de que tengo que bajar el volumen. Con la otra mano

introduce dos dedos en mi interior, siguiendo el ritmo de su boca, haciendo que puntitos negros aparezcan sobre mi vista de lo aturdida que estoy ahora mismo.

—Estás deliciosa —murmura acariciándome las partes con su aliento—, me pasaría horas aquí.

Pese a que la idea me suena más que tentadora, sé que me sería imposible aguantar tanto tiempo. Las piernas me tiemblan incontrolablemente, con una mano me masajeo con torpeza uno de mis pechos como me ha pedido que hiciera y con la otra estrujo sus mechones de pelo entre los dedos, apretando su cabeza contra mí con fuerza. Aparta la mano con la que me tapa la boca para apretarme el abdomen, haciendo que el roce de sus dedos en mi interior se intensifique.

—Gael… —gimoteo casi sin poder hablar.

—*Cum per me, sirenetta.*

Que me lo pida en italiano es la guinda del pastel. Un ardor líquido se derrama por mi columna hacia mi vientre, haciendo que mi cuerpo tiemble desesperado. Tapándome la boca con ambas manos, gimo como si mi alma abandonase mi cuerpo. Elevo las caderas por inercia, pero Gael no deja de darme placer mientras me deshago por completo. Respiro agotada, como si acabase de correr un maratón.

Me froto la cara desorientada, procesando lo que acaba de ocurrir, procesando el increíble sexo oral que acabo de tener con Gael.

¡Con Gael!

Repta sobre mí para darme un dulce y húmedo beso, que sabe a mí. Tiene la cara empapada y no puedo evitar reírme por ello.

—La lluvia. —Ríe dándome otro tierno beso—. ¿Te ha gustado?

—No sé… —Sonrío divertida—. ¿Tú qué crees?

—Que ahora no podré vivir sin comértelo o me entrará el síndrome de abstinencia. —Hace una mueca ridícula bajando otra vez hacia mi entrepierna—. Ay, Dios, creo que ya me ha entrado el mono, necesito más…

—¡Pervertido! —Lo empujo entre risas para apartarlo—. ¡No más!

Sonriente, se tumba a mi lado, pasándome un brazo por debajo del cuello y atrayéndome a él con el otro. Me apoyo en su pecho, trazando un recorrido de ida y vuelta sobre sus abdominales. Me da tiernos besitos en la frente que me hacen sentir en el lugar correcto.

—Eres un mandón en el sexo —murmuro sonrojándome una vez recupero el aliento.

—¿No te gusta que lo sea?

Noto cómo su mentón roza mi cabeza al cambiar de postura para verme la cara. Levanto la vista para que pueda mirarme. Para poder mirarlo. Sonrío.

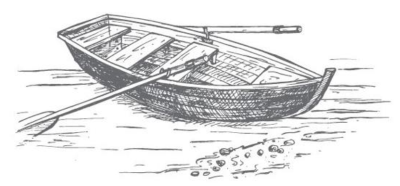
—No haré declaraciones al respecto.

—Bueno, ya las gemirás.

Vuelvo a golpearlo divertida, mi cabeza se eleva sobre su pecho con cada una de sus carcajadas, que resuenan con calidez en mi tórax, como si fuese mi propia risa.

Creo que es una de las sensaciones más bonitas que he vivido en mucho tiempo.

Capítulo 84



Gael

Ni el mejor banquete se puede comparar con lo maravilloso que es comerle el coño a Gala.

Me gusta ser dominante en la cama, pero no me negaría a ser su esclavo sexual si me lo pidiera. Cuando me ha mirado de esa manera, jadeando con la boca entreabierta, los ojos vidriosos de placer… Creo que podría haberme corrido perfectamente sin que me tocara.

Poder disfrutar del placer de Gala ha sido increíble, pero lo que siento ahora mismo con su cabeza sobre mi pecho y su risa resonando en mi tórax creo que es la mejor sensación que he vivido en mi vida.

Está enamorada de mí, lo ha dicho. ¡Está enamorada de mí! Las palabras no dejan de dar vueltas en mi cabeza como si tuviera mi canción favorita en bucle todo el rato. No puedo dejar de sonreír como un tonto, no me doy cuenta hasta que es ella quien me pincha la mejilla con un dedo risueña.

—¿Por qué sonríes tanto?

—¿Cómo no voy a hacerlo? Acabo de descubrir qué es el paraíso.

—¿Y qué es? —pregunta divertida.

—Estar entre tus piernas. —Ríe adorablemente en respuesta, mientras paseo mis dedos sobre su suave espalda—. ¿Cómo te encuentras? —pregunto cauteloso unos segundos después.

Gala tarda unos instantes en responder, aprieta su mejilla contra mi pecho como si intentara esconderse bajo este.

—Bien, estoy bien —murmura tras un suspiro—, pero me siento culpable por ello, por sentirme bien.

—¿Quieres hablar del tema? —Deslizo mis dedos de su espalda a su melena, entrelazándolos con sus mechones—. Si sientes que es el momento para ello, estoy aquí para escucharte.

—Quiero hablarlo, quiero contártelo. —Deposita un par de besos sobre mis clavículas—. Pero —se incorpora en un sensual movimiento, quedando boca abajo sobre mí—, si a ti te parece bien —mi boca se reseca al ver cómo se pone a horcajadas y posa sus manos al lado de mi cabeza—, podemos dejarlo para después —ronronea felina, deslizándose hacia atrás—. Primero mi boca quiere encargarse de otros asuntos pendientes, ¿te parece?

—No hace falta si no quieres —me apresuro a decir.

No quiero que piense que me debe nada. No quiero que haga nada que no le apetezca aunque tenga toda la sangre de mi cuerpo concentrada en un único miembro que está pidiendo a gritos meterse por cualquier orificio de Gala.

—¿Crees que no me apetece?

—No lo tengo claro.

La provoco, colocándome sobre mis codos para ver mejor cómo baja dejando un reguero de besos por mi abdomen. Joder, qué guapa es y qué boca tiene. Con cuatro besos ya me pone cardíaco.

Con calma, me desabrocha el pantalón, me mira con una sonrisa de falsa inocencia.

—¿Ahora lo tienes más claro?

—Mmm..., todavía no.

Elevo las caderas para ayudarla a quitarme el pantalón. Antes de bajarme los calzoncillos me mira provocativa y me da un caliente lametón sobre la tela que me hace palpitar.

—¿Ahora?

—Me quedan dudas.

De un tirón, me arranca los calzoncillos y, dejándome totalmente pasmado, se la mete entera de golpe en la boca.

—¡Joder! —No puedo cerrar la boca de lo impresionado que me tiene.

Chupa de arriba abajo con un ritmo que me hace temblar las piernas. Madre mía, más vale que afloje o voy a durar dos segundos. De pronto para, se la saca de la boca y, con la mano derecha, rodea mi erección y empieza a masturbarme con la ayuda del reguero de baba que ha dejado.

—¿Alguna duda más que necesitas que te resuelva?

—Sí. ¿Quieres casarte conmigo?

Ríe erótica antes de volver a rodearme el miembro con la boca, sin dejar de mover la mano que ahora acompaña el ritmo. Dejo caer mi cabeza hacia atrás unos segundos, disfrutando de lo cachondo que me tiene y de lo mucho que me está gustando. Vuelvo mi atención hacia ella, observando lo jodidamente increíble que se ve desde aquí.

—Mírame —le ordeno.

Sus ojos se encuentran con los míos y es en ese momento en el que sé que si sigue así, no aguantaré mucho más. Llevo mucho tiempo deseando disfrutar de este momento con Gala. Aprovecho que libera su boca para inclinarme y, cogiéndola del cuello, la arrastro hacia delante, acercando sus labios a los míos, devorándolos mientras me sigue masturbando. Gime en mi boca haciendo que palpite en su mano.

—La quiero dentro —me susurra apretándola con ansia.

Aunque no me lo hubiera pedido textualmente, solo con la vocecita que me acaba de poner tenía más que suficiente como para necesitar metérsela *ipso facto*. Sin soltarla del cuello, la agarro de la cintura y la tumbo en la cama, quedando encima de ella de nuevo. Noto sus uñas clavadas en mi espalda mientras nos besamos como si nos fuésemos a morir si dejáramos de hacerlo. Me la cojo firme desde la base y froto la punta por su abertura, moviéndola de arriba abajo, haciendo énfasis en el clítoris. Gala me gime en la boca, elevando las caderas e intentando metérsela ella por su cuenta.

—Tranquila, cielo —le susurro en la oreja—, no puedo meterla así.

Alargando el brazo hacia la mesilla de noche, abro el cajón y saco una caja de condones completamente nueva, me parecía una falta de consideración sacar el condón de una caja que dejase ver que ya he usado los que faltan. No voy a confesar cuánto tiempo hace que llevo reservando esta caja para Gala.

Rasgo el envoltorio con rapidez y me lo pongo, mientras veo que Gala me observa con los ojos muy abiertos. Está... ¿sorprendida?

—¿Qué pasa? —Sonrío divertido—. ¿No lo quieres?

—Sí, sí —gimotea saliendo de su ensimismamiento—. Hazlo ya, por favor.

Volviendo a pegar su cuerpo contra el mío, le introduzco un

dedo, seguido de otro y de otro, para notar que está bien mojada y abierta para mí. Solloza gustosa moviendo las caderas entorpeciendo el ritmo. Sonrío complacido al ver lo que está disfrutando, no puedo evitar sentirme orgulloso de ser el hombre que está provocándole este placer. Por un momento me planteo hacer que se corra solo masturbándola mientras disfruto viéndola, pero como no se la meta ya creo que mis huevos van a explotar. Saco los dedos y, de una lenta y húmeda embestida, me fundo en ella.

Y… Dios…

Oh, Dios…

Si el cielo existe, sin duda es estar dentro de ella.

Gala emite un chillido que sé que habrá oído Pasquale, los vecinos y cualquier turista que esté paseando cerca del muelle. Pero ahora mismo me da igual, solo puedo pensar en lo jodidamente maravilloso que es hacerlo con ella. La embisto con fuerza, observando en cada momento sus muecas de placer, sus gemidos ahogados, su boca entreabierta, sus ojos en blanco. Me acerco a su oído, aflojando el ritmo para hacerla sollozar.

—Aquí sí que entra perfecta, ¿no crees?

La saco lentamente para meterla con furia de un empellón. Me clava las uñas y gimotea algo ininteligible en respuesta. Sé que la pone cachonda que le diga cosas obscenas, y yo me debo a los deseos de mi *sirenetta*.

—Abre la boca.

Obedece y le meto dos dedos en ella. No me hace falta pedírselo, Gala los chupa con devoción haciendo que mi miembro palpite de nuevo y provocando en mí la idea de volver a metérsela en la boca.

—Gímeme donde te gusta, cielo. —Sonrío sacándole los dedos de la boca para empezar a frotar el clítoris.

Moviendo mis dedos sobre ese botón mágico mientras sigo el ritmo adentrándome en ella, observo sus gestos, analizando dónde le gusta más y dónde menos.

—Ahí, ahí… —gimotea—, sigue…

Eso hago. Aguanto como un jodido campeón aun estando cachondo como un animal viendo cómo se retuerce de placer, cómo me mira, cómo me gime. Me clava las uñas con furia y yo suelto gemidos roncos que hacen que se ponga aún más cachonda. Está tan mojada, le entra tan, tan bien… Me va a dar algo, esto tiene que ser lo

más cercano a un viaje astral.

—Gael…

Sé qué significa que pronuncie mi nombre en ese tono oscuro. Le tapo la boca justo antes de que su grito se ahogue entre mis dedos, noto cómo sus paredes se contraen calientes, apretando mi miembro, y me dejo ir, llegando al orgasmo con ella sin dejar de moverme en su interior.

Ahora es Gala la que estampa su mano fuertemente sobre mi boca, veo que sonríe sorprendida. Puede que yo también haya gemido más fuerte de la cuenta. Me dejo caer sobre ella aturdido, apoyando mi peso en los brazos para no aplastarla. No la saco todavía, porque no quiero hacerlo, quiero vivir dentro de ella para siempre.

Río al ver a Gala con los ojos cerrados, respirando por la boca aturdida.

—¿Estás bien?

—Qué maravilla —suspira dramática—, diez de diez.

—¿Acabas de puntuar el polvo? —Enarco las cejas divertido.

—Con un diez, no te quejes. —Se frota la barbilla pensativa—. Bueno, un ocho.

—¿Un ocho? Creo que sigues con los ojos en blanco y no me has visto bien.

—Ahora un siete, por creído.

Nuestras risas se unen en una melodía que interrumpo con un tierno beso antes de separarme de ella para ir al baño y limpiarme. Oigo pasitos veloces detrás de mí y sonrío al ver cómo Gala se mete en pelotas en el baño como una bala y cierra la puerta.

—¿Quieres un segundo *round*? *Amore*, dame margen.

—No te emociones, corro porque no quiero que tu tío me vea desnuda.

—Nos habrá oído, así que no creo que se acerque por aquí, a no ser que sea cuchillo en mano para hacernos gritar con motivo.

—Créeme que yo tenía un motivo bien grande y duro para gritar.

—Tú sí que sabes decirme cosas bonitas.

Dándole una palmadita en ese perfecto culo, adentro a Gala en la ducha antes de meterme con ella. Bajo el agua caliente, nos enjabonamos mutuamente entre besos y roces que hacen que toda mi sangre vuelva a bajar a donde Gala está mirando.

—No me apuntes con esa arma de destrucción.

—Yo no soy dueño de sus actos, háblalo con ella.

Volvemos a besarnos, a tocarnos, a mimarnos. Sus dedos acarician mi miembro rodeándolo con suavidad, los míos se pasean sobre su abertura, adentrándose poco a poco en ella. Nuestros suaves gemidos se unen en nuestro aliento. La respiración de Gala se acelera cuando cada vez los meto más adentro.

Un fuerte aporreo en la puerta nos saca del sueño en el que estábamos metidos.

—¡Ya vale, ¿no?!

Joder, mi tío.

—¡Os he dejado un rato para que os reconciliéis! —chilla por encima del ruido del agua cayendo—. ¡Pero esto es abusar de mi confianza! ¡Que estáis en mi casa, cerdos!

—¡También es mi casa! —Río cuando Gala, avergonzada, me da un golpe—. Ya salimos, solo nos estábamos duchando.

—Ya, claro —rebufa indignado—, menuda banda sonora lleváis. ¡Me tenéis a la perra traumatizada!

—Ay, pobre *Duna*... —susurra Gala tapándose la boca.

—¡Pobre yo! Que hacéis de mi casa un motel para pervertidos.

—Ahora salimos y te dejamos cinco estrellas en el TripAdvisor.

Otro golpecito recriminatorio de Gala.

—¡Perdón, Pasquale! —chilla vergonzosa—. No me despidas, por favor.

Mi tío rebufa y se va murmurando para sí alguna serie de improperios que me alegro de no oír. Después de un par de besos furtivos terminamos de aclararnos y salimos de la ducha. A Gala le he prestado una camiseta de manga larga azul marino y unos pantalones largos de algodón, no tenía más zapatillas de casa calentitas, así que le he prestado las mías y yo, en su lugar, me he puesto las chanclas que utilizo para ducharme en el gimnasio.

No puedo evitar reírme al ver que luce como un saco de patatas con mi ropa.

—Parezco la montaña de ropa que dejas encima de una silla —ríe divertida—, no pienso salir así a la calle.

—Bueno, esperaremos a que tu ropa se seque. —Le doy un beso en la frente—. También puedes..., ya sabes...

—¿El qué? —Parpadea expectante.

—Quedarte a dormir.

¿Por qué me queman las mejillas proponiéndole semejante tontería? Acabamos de vernos hasta las entrañas, no tiene sentido que me ponga nervioso que se quede a dormir conmigo. Pero lo hace. Porque me hace mucha ilusión. ¡Muchísima!

—Vale. —Sonríe adorable.

—Pues ya sabes a quién tienes que pedirle permiso.

Su cara es un espectáculo al bajar por la escalera mirando a todos lados, como si mi tío fuese a saltarle a la yugular desde algún rincón escondido. Intento no reírme ante la estampa que me encuentro al bajar. Mi tío está sentado hacia nosotros, con *Duna* en el regazo, acariciándola como un mafioso acaricia a un gato gordo.

—¿No me dices siempre que *Duna* tiene prohibido estar aquí abajo?

—Si la hubiera dejado arriba con vosotros, le habría dado un paro cardíaco.

Aprieto los labios a punto de estallar de risa. Con el rabillo del ojo veo que Gala está igual.

—Perdónanos —le ruega dulce—, perdónanos tú también, *Dunita*.

Mi tío asiente metido en su papel.

—No salgáis ahora con esta tormenta, ¿o es que queréis montároslo bajo la lluvia también?

—Lo tenemos pendiente, pero no hemos bajado aquí por eso.

Frunce el ceño, sus ojos saltan de mí a Gala y al revés unas cuantas veces, hasta que suspira rendido al caer en la cuenta de lo que queremos pedirle.

—No quiero más ruidos desagradables esta noche, o el tajo que me hice será un pequeño corte en comparación con lo que os haré a vosotros.

Dunita ladra conforme con las declaraciones de mi tío y yo sonrío feliz, porque voy a dormir al lado de la mujer de mis sueños, con quien he descubierto lo que es hacer el amor.

Capítulo 85



Gala

Qué bonito es el amor cuando es recíproco. Con Gael estoy descubriendo lo que realmente es un amor sano, un amor que te acompaña, te cuida, te escucha, te respeta, te valora. Un amor que apuesta por ti no solo como pareja, sino como persona. La forma en la que estoy viviendo el amor estos días es tan distinta que me hace dudar de si antes sabía realmente lo que era. Conocía lo que era dar amor, pero creo que hasta ahora no sabía lo que era recibirlo.

Por eso a veces nos conformamos con quien nos vende su cariño como válido, porque si no conocemos lo que realmente conlleva el amor, ¿cómo vamos a saber si lo es realmente?

El amor sano no aparece de la nada, el amor sano se construye. Nadie es perfecto, y creo que todos tenemos nuestros puntos fuertes y nuestros puntos flojos, donde hemos de trabajar para mejorar como personas individuales y, en consecuencia, con nuestras relaciones.

No es nada fácil, yo soy la primera que es consciente de ello, pero lo estoy intentando. Estoy aprendiendo a conocerme mejor, a saber reconocer mis inseguridades, mis miedos, pero también mis fortalezas, mis cualidades. Es algo a lo que nunca antes había prestado tanta atención.

Nunca me había prestado a mí misma tanta atención.

Es algo en lo que llevo pensando estos días. La paz que conlleva tener un amor sano te da la libertad de poder centrarte en ti mucho

más. Con Darek era todo tan intenso, tan volátil que el centro de mi universo era mi relación, era solucionar nuestros problemas, vigilar que no apareciesen otros nuevos. Vivía el amor con Darek como si fuese el oxígeno que necesitaba para respirar. Ahora sé que puedo respirar sola, pero hacerlo junto a Gael hace que cada bocanada de aire sea suave, fresca y con olor a vainilla.

Estos días no hemos podido estar todo lo juntos que nos habría gustado, por temas de trabajo de Gael, pero cada minuto juntos lo disfrutamos al máximo.

No me refiero solo a lo sexual, que también.

Me mira, me toca y me besa con tanta devoción que me siento la mujer más bella del mundo. La forma en la que me cuida y está pendiente de mí en cada movimiento para que yo disfrute en todo momento me hace sentir tan respetada... ¡Se pone condón sin que yo se lo pida!

La primera vez que lo vi sacar el paquete de la mesilla me quedé atónita. Sé que está fatal lo que voy a confesar, pero nunca había utilizado condón con Darek. Bueno, un par de veces o tres al principio, cuando no tenía la suficiente confianza con él y le pedía, por favor, que se lo pusiera. Pero a la que pudo me convenció para quitárselo. Decía que no le gustaba, que él así no sentía nada, que con protección no quería, que se le bajaba, ¡que le apretaba!

Si Gael no se queja de que le aprieta, déjame dudarlo.

Sabía que no estaba bien, que era peligroso, sobre todo teniendo en cuenta que Darek tenía vida sexual con otras aparte de mí, pero me sentía en la obligación de dejarlo que lo hiciera así. Me sabía mal por él, yo quería que disfrutara, quería complacerlo, no deseaba que pensara que era una aburrida, una mojigata...

Solo de recordar cómo me autoconvencía para dejar que se acostara conmigo sin protección para no perderlo, me revuelve el estómago. Me merezco ser escuchada y ser respetada, tengo claro que si en algún momento de mi vida vuelvo a encontrarme en una situación similar, mis límites estarán por delante. Es triste sentirme agradecida porque Gael haya sido lo suficientemente responsable por su cuenta como para no hacerlo sin condón. Estaba tan acostumbrada a las dinámicas con Darek que iba a dejarlo que lo hiciera a pelo por puro temor a que me pasara lo mismo con él.

Pero Gael no es Darek.

Junto a él, los gélidos días de noviembre han sido tan cálidos como un atardecer de verano. A medida que se acerca el invierno, la afluencia de turistas ha disminuido, y por suerte Gael no está tan saturado de trabajo como este otoño. Aunque sigo viéndolo infeliz con su trabajo y me parte el alma, pero al menos ahora ha bajado un poco el ritmo.

Desde que habló con Brina, esta no se ha vuelto a presentar a ninguna de las salidas con nosotros. Solo hubo una noche en la que coincidimos con ella, pasó a saludar a todos, menos a Gael y obviamente a mí, y no volvió a buscar a ninguno del grupo en toda la noche. Bueno, excepto a Marco.

La verdad que lo agradezco, porque, sí, lo que estoy viviendo con Gael es muy sano y muy bonito, pero arrastro ciertas inseguridades de mi última relación con las que todavía tengo que lidiar. Que Brina continuase buscándolo me habría condicionado a estar con el radar puesto toda la noche, sintiéndome insegura por si en cualquier momento Gael decidiera transformarse en un capullo integral y seguirle el juego en mi cara.

Traumitas que todavía he de gestionar, pero, oye, poco a poco.

Agarrada del brazo de Gael paseamos por la calle Beccara, un camino incrustado en la costa de los acantilados que conecta nuestro pueblo con el pueblo de Manarola, camino que también es llamado Via dell'Amore. La verdad es que la escena es más que romántica y el nombre del caminito nos acompaña en la ocasión, pero hace tanto frío que no me noto la nariz ni la punta de los dedos. Guardo una de mis manos en mi abrigo y la otra la meto en el bolsillo del abrigo de Gael junto a la suya, que está mucho más calentito.

—Amor, ¿no había otro día más helado para venir? —Tiemblo al sentir un escalofrío recorrerme la espalda—. Voy a entrar en estado de hibernación.

—No seas quejica —ríe apretándome contra él—, hoy es el día de la apertura, ya verás qué bonito se ve todo.

—Eres un cursi desde que estamos juntos, ¿eh?

—Soy un romántico incomprendido.

Se clava en el suelo de sopetón con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa?

—¿Has dicho que estamos juntos?

Pongo los ojos en blanco sin poder esconder la sonrisa que escapa

de mi boca.

—Ah, no sé… —Trago saliva nerviosa—. ¿No lo estamos?

—A mí no me has pedido ser tu novio. —Sonríe como un niño pequeño.

—Ah, no estamos juntos entonces —lo chincho—, nada, ha sido un lapsus verbal.

Frunce el ceño enfurruñado y continuamos el camino en silencio. Noto cómo me mira de reojo cada dos por tres, igual que hago yo con él divertida, apartando la mirada cada vez que veo cómo se dirige la suya hacia mí. Cuando me doy cuenta, estamos sobre el pueblo de Manarola. Me dispongo a bajar otra maldita escalera rocosa cuando Gael me para poniendo su brazo por delante de mi pecho.

—Nos quedamos aquí.

—¿Aquí? —Miro a mi alrededor confusa—. ¿En mitad del camino?

—Desde aquí lo veremos mucho mejor.

—Tú lo que quieres es hacerme marranadas entre los matorrales.

—También, pero hoy no, que hace mucho frío y no quiero que me la veas así.

Río divertida y, junto a él, me siento en una incómoda roca mientras observamos las vistas. A medida que se acerca la hora, más personas se unen a nosotros, otros pasan de largo y se dirigen a la plaza central del pueblo, donde creía que íbamos a ir nosotros. Me doy el gusto de observar su perfil mientras mira pensativo al horizonte.

Es que es guapo el tío, ¿cómo puedo quererlo tanto?

El sol va escondiéndose tras las colinas cambiando la paleta de colores del cielo, pasando de un azul a un naranja rosado, un morado y finalmente un negro azulado, dándole la bienvenida al anochecer, pese a ser todavía las cinco de la tarde. He descubierto lo pronto que anochece aquí, estando solo a principios de diciembre.

Quedan tres semanas para Navidad.

—¡Mira, mira! —Gael se levanta cogiéndome del brazo—. ¡Ya lo encienden!

La gente a nuestro alrededor también empieza a removerse y a hablar excitados, muchos de ellos ya tienen los móviles preparados para grabar el momento. Abrazada junto a Gael, observo la colina frente a nosotros expectante.

Y todo se ilumina.

Algunos aplauden emocionados, otros hacen ruiditos de impresión en respuesta. Oigo el jolgorio de la gente que está agrupada en la plaza.

—Es precioso —susurro encantada—, tenías razón: ¡desde aquí se ve increíble!

En lo alto del acantilado, arropando el pueblo de Manarola, acaban de encender el pesebre tradicional del pueblo, el cual se ha convertido en el más grande del mundo. Lleno de figuras luminiscentes representando a los personajes del belén, la colina se convierte en un espectáculo visual precioso.

Fuegos artificiales comienzan a volar frente a nuestros ojos, provocando que la gente vuelva a hacer ruiditos de impresión, algunos dan toques a la pantalla de sus móviles para intentar enfocar los fuegos. Deberían observarlo con sus propios ojos, se están perdiendo la mejor parte.

Gael me da un tierno besito en la cabeza que me hace girarme hacia él para mirarlo.

—Estás dejando el listón muy alto —bromeo risueña—. ¿Cómo vas a impresionarme después de esto?

—No me subestimes, tengo mis trucos guardados en la manga.

—Y uno bien gordo en los calzoncillos.

—Me encanta que seas tan romántica.

Río cuando me recoge entre sus brazos y me besa con amor. Besos lentos y dulces que me hacen sentir tan bien... Me separo de él y lo observo nerviosa. Sonrío al ver cómo se pone una mano en el pecho, haciéndose el dolido por haber cortado nuestro contacto.

—¿No quieres mis besos?

—Sí, sí los quiero, los quiero siempre.

Veo brillar sus ojos y una sonrisa le ilumina el rostro antes de estampar sus labios nuevamente sobre los míos, estrujándome la cara con ambas manos con fuerza para que no me separe nunca.

He estado a punto.

A punto de decírselo, de pedirle que sea mi novio como dos niños pequeños.

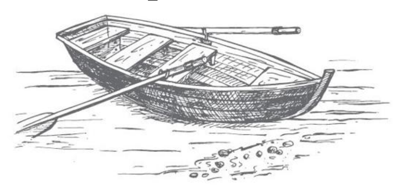
Como sé que le gustaría que hiciera, como me gustaría hacerlo.

Pero un pensamiento intrusivo ha irrumpido en mi mente, evitándolo.

Solo quedan tres semanas para Navidad.

Solo me quedan tres semanas para decidir.
Quedarme más tiempo aquí o volver a mi antigua vida.
Sin él.

Capítulo 86



Gael

La Navidad está a la vuelta de la esquina y, pese a que estos últimos días la cosa ha estado más tranquila en los restaurantes, la afluencia de turistas vuelve a subir para estas fechas. No tiene nada que ver con la masificación de gente que viene durante el verano, pero sí que en estas fechas viene la suficiente como para hacer que me agobie incluso antes de meterme en el problema de cabeza.

Para rematar, Gala se irá pronto a celebrarlo con su familia y no la tendré aquí para apoyarme en ella mientras paso el mal trago. Suspiro entristecido al pensar en ello. Llevo muchos días con un gusano carcomiéndome el pecho por dentro, sintiéndome agobiado, triste, preocupado.

Porque puede que se vaya y no vuelva.

El mero hecho de pensar que perderé a Gala justo ahora, que no volveré a verla en mi día a día, que no volveré a dormir abrazado a ella, me hace sentir la persona más desgraciada del universo. Me duele tanto el pecho que prefiero que me arranquen los testículos antes que no volver a besarla. Ese maldito gusano me reconcome todo el santo día, cada minuto que se acerca la hora de despedirme de ella el gusano se hace más y más gordo, más y más desagradable. Esta sensación es horrible.

Ella es mi luz.

Es mi faro.

Mi vida sin ella volverá a estar a oscuras.

Que no es que antes de que ella llegara a mi vida fuese infeliz...,

pero feliz tampoco era; simplemente gestionaba mi situación llevándolo todo de la mejor manera posible. Pero ella lo ha cambiado todo. No hablo de lo nuestro, hablo de la forma en que me ha hecho ver la vida.

Gala no solo me ha dado felicidad, sino que me la ha enseñado.

Me ha enseñado lo que es ser valiente, porque para huir de donde no te respetan hay que ser muy muy valiente. Me ha enseñado lo que es ser fuerte, enfrentándose a quien la daña, incluso cuando esa persona era ella misma. En ella he podido ver esa ansia por progresar, por no conformarse, por atreverse, por liberarse.

Por encontrarse a sí misma.

No solo estoy orgulloso de ella, sino que la admiro por la persona que es y por la persona en la que se está convirtiendo.

Por eso todavía no le he preguntado nada sobre el tema, ni le he dicho que me estoy muriendo por dentro sin saber si la volveré a ver reír, tumbada sobre mi pecho. No quiero presionarla ni quiero condicionarla.

¿Cómo voy a pedirle que se quede aquí si ni yo mismo quiero hacerlo?

Ella tiene otra vida, su vida, no voy a ser tan jodidamente egoísta como para pedirle que no vuelva a ella por mí. Tampoco quiero que lo haga, una parte egoísta de mí desearía que lo hiciera, pero otra mucho más coherente sabe que no ha de hacerlo. Tiene que irse, volver a su vida, a su casa, a su trabajo, a sus amigos. ¿Qué le espera quedándose aquí conmigo? Sé que Gala está muy a gusto en el pueblo, muy feliz con esta vida.

Pero también sé que anhela lo que le pertenece. Por lo que realmente tiene pasión. No quiero que deje de lado su vida, sus metas, por perdurar una relación. Bueno, que no hemos oficializado nada. Pero estamos juntos, esto en cierto modo es una relación, al menos hasta Navidad...

¡Joder! Qué putada.

—Mira este de aquí —señala Idara apoyando el dedo en la vitrina—, es muy bonito.

Me acerco para observarlo con atención.

—Sí, es bonito, pero... —vuelvo mi mirada a la siguiente vitrina— necesito algo más personal.

—Joder, qué delicado estás. —Valen pone los ojos en blanco—.

Danos pistas un poco más específicas, nos lo estás poniendo muy difícil.

—Mira este otro, también es bonito.

Oigo a Idara de fondo. Pero no respondo.

—¡Oye! Que mires este... ¿Gael?

No respondo.

Porque no puedo parar de sonreír.

Lo encontré.

—Este.

Murmuro señalando con tanta fuerza la vitrina que un poco más y la agujereo. La señora de la joyería pega un bufido de enfado, pero su semblante se vuelve más afable, dedicándome una simpatiquísima sonrisa al ver lo que quiero llevarme.

—Este —repito—, quiero este.

Capítulo 87



Gala

Respiro profundamente de nuevo antes de darle al botón. Tengo hasta ganas de llorar, pero una parte de mí está muy contenta y orgullosa de que haya tomado esta decisión, porque la Gala de hace unos meses no habría dudado en alargar su tiempo aquí todo lo posible con tal de poder seguir al lado del hombre al que ama, sin importarle nada más que no sea él.

Pero la Gala del presente sabe priorizarse, sabe lo que quiere y no va a dejarse a sí misma de lado por amor. Porque amo muchísimo a Gael, lo amo con todo mi corazón y ojalá no tuviera que despedirme de él, pero a veces la vida te hace tomar decisiones donde no lo puedes tener todo.

Y, entre todo, me escojo a mí.

No hemos hablado del tema desde que estamos juntos, creo que para ambos es algo incómodo de gestionar y verbalizar. Pero por muy incómodo que sea, vamos a tener que enfrentarnos a ello. No estoy acostumbrada a hablar las cosas, a ser escuchada, a comunicarme en una relación, por eso también lo he estado evitando, porque en cierta manera no quiero que todo se convierta en un conflicto como con Darek. En una pelea, en chillidos y reproches, o, mucho peor, en un intento por convencerme de que no me vaya.

Sé que Gael no es Darek.

Pero mi mente todavía está acostumbrada a esos patrones y a una

parte de mí le da miedo pensar que puede intentar que me quede más tiempo aquí solo por estar con él. Sinceramente, no lo creo, pero demasiados pensamientos intrusivos me corroen por dentro estos días, también he de aprender a gestionarlos.

Por eso no le he dicho nada antes de comprar los billetes.

Bueno, el billete.

Solo ida.

Esta noche en la cena se lo diré. Mis abuelos lo han invitado a cenar porque quieren hacer una especie de cena prenavidad antes de que me vaya. Nosotros tres, Gael, Pasquale y *Dunita*. Me sorprendió que Pasquale aceptara socializar con alguien que no formase parte de su familia o su tripulación, pero estoy muy feliz de poder compartir esta cena con ellos y a la vez increíblemente triste, porque es una forma más de recordarme que tengo los días contados aquí con ellos, con mis abuelos, con mis amigas, con Pasquale, con *Dunita*...

Con Gael.

¡Joder! La vida es una caprichosa, me pone en la punta de la lengua a alguien con quien sí puedo ser yo misma, alguien que me valora, me cuida, me respeta, pero luego me hace decidir entre esa persona o yo misma. Tal vez esto sea una jugarreta del universo para comprobar si realmente he conseguido mi propósito aquí o solo es una ilusión que romperé si vuelvo a ceder por amor.

«Que te jodan, universo.»

—¡*Mamma mia,* estáis guapísimos!

Al bajar por la escalera me encuentro a mis abuelos emperifollados de pies a cabeza. Mi abuelo lleva una camisa negra y unos pantalones de pinza grises, se ha engominado el pelo hacia atrás, creo que incluso sus gafas brillan más que de costumbre. Mi abuela lleva un largo vestido rojo que le cae armónico por encima de los tobillos, lleva los rulos perfectamente peinados, unas sombras color café y un pintalabios bien potente conjuntado con el vestido. Lleva sus pendientes para ir a la iglesia, le quedan increíbles.

—Tú también estás bellísima —ríe mi abuelo, dándome una palmadita en el culo.

Hemos decidido que teníamos que arreglarnos como si fuese una cena navideña para hacerlo más real. Aunque yo no voy tan bonita como mis abuelos, me he puesto un mono largo rojo, con un pronunciado escote en uve que me llega hasta el ombligo.

Me hace ilusión ver que voy conjuntada con mi abuela, así que me pongo su pintalabios rojo para acabar de ir como gemelitas. Ayudo a mi abuelo a colocar la mesa con una decoración monísima de muérdago que he comprado mientras mi abuela termina de preparar la cena. Se me hace la boca agua con el olor que emana la carne en salsa que ha preparado. ¡Qué buena!

Salgo escopeteada hacia la puerta al oír el timbre.

—¿Viene a cenar el papa de Roma y no me había enterado? —bromeo al ver lo guapísimos que van.

—Si el papa de Roma te viera así vestida, dejaría de creer que ir al infierno es tan malo, con tal de pecar contigo.

—¡Oh, por Dios! —rebufa Pasquale—. No hemos entrado y ya me vais a hacer vomitar.

Riendo, me hago a un lado para que Pasquale entre malhumorado, nada nuevo.

—*¡DUNITAAA!* —grito cuando esta salta sobre mis piernas emocionada—. ¡Qué guapa estás tú también!

Ella ladra en respuesta, seguro que diciéndome lo guapa que estoy yo, y, tras darme unos lametones más, se adentra como un relámpago en casa en busca de Pasquale. Gael ríe divertido antes de acercarse a mí con lentitud, apreciando cada centímetro de mi cuerpo. Roza la yema de sus dedos sobre mis caderas antes de abrazarlas con ternura. Su simple roce me eriza la piel.

—Me encanta mi regalo de Navidad —bromea dándome un dulce beso en los labios—. ¿Cuándo puedo desenvolverlo?

Le detengo la mano que lleva al nudo del mono sobre mi nuca haciéndole una mueca de enfado.

—Ni se te ocurra, los regalos se abren a partir de las doce.

—A partir de esta noche el doce será mi número favorito.

Cuando he querido darme cuenta, la cena se me ha pasado volando. El ambiente y las risas compartidas han sido tan agradables, como si hubiéramos estado haciendo esto todos los años, como si siempre hubiéramos sido una gran familia. Nunca había visto a Pasquale sonreír durante tantos segundos seguidos; pese a que al principio se hacía el duro, ha acabado cayendo en las garras de mi abuela y mías. Después de cenar un picoteo variado y la deliciosa ternera en salsa de mi abuela, hemos decidido jugar a juegos de mesa. Han tenido que explicarme veinte veces uno de ellos, que no había

visto en la vida. Encima, todas las cartas eran en italiano, pero he acabado pillándole el tranquillo y casi gano en la tercera ronda.

Hemos brindado con el cava que han traído Pasquale y Gael como obsequio, no he podido dejar de reír mientras veía a mi abuela con las mejillas coloradas por darle solo un par de sorbos. Nada que ver con mi abuelo y Pasquale, que entre los dos se han puesto a tragar y tragar, acabándose las dos botellas de alcohol y abriendo una de whisky que tenía mi abuelo guardada en un cajón. Se la han acabado también.

Yo, por mi parte, solo me he bebido un par de copas, no me hace falta más, me lo estoy pasando genial igualmente. Además, quiero hablar hoy con Gael, y no creo que estando borracha sea la mejor manera de hacerlo. Me he fijado en que él tampoco ha bebido mucho, me mira todo el rato sonriente, pero lo conozco tan bien que sus ojos me hablan por sí solos.

Lo sabe, sé que lo sabe.

Le aprieto la mano temblorosa y con un gesto le señalo la escalera. Aprovechando que mi abuelo y Pasquale están metiéndose el uno con el otro y que mi abuela está con las mejillas rosadas, pasándoselo pipa viéndolos discutir sobre absurdeces mientras acaricia con los piececitos a *Duna*, que duerme bajo la mesa, agarro de la mano a Gael y me lo subo a mi habitación.

—Todavía no son las doce… —bromea pegándose contra mi culo al cerrar la puerta.

Río posando mis manos sobre las suyas, que me rodean la cintura, y lo atraigo conmigo hasta la cama. Me siento nerviosa, bajo la mirada al suelo porque me da miedo mirarlo y echarme a llorar. Noto cómo Gael se sienta a mi lado, y nuestros muslos se rozan. Me rodea con un brazo la cintura y me besa la mejilla.

—La semana que viene es Navidad —escupo en un susurro.

—Lo sé.

—Tengo que volver a Madrid a celebrarlo con mi madre.

—Lo sé.

Noto su mirada clavada en mí, está esperando a que se lo diga. Tengo hasta ganas de vomitar de lo nerviosa que me pone esta situación.

—Gael, volveré a casa.

Noto cómo suelta todo el aire que estaba conteniendo de sopetón,

antes de esconder su cara en mi cuello.

—Lo sé —susurra tembloroso escondido en mi pelo—, me alegro mucho por ti, pero te echaré tanto de menos…

Ya está. No necesito que me diga más. Estallo a llorar como una niña pequeña en cuanto pronuncia la última palabra, siendo verdaderamente consciente de lo que supone irme, me rompe el corazón separarme de él. Me abraza con fuerza sin apartar la cabeza de mi cuello, apretando todavía más contra este, evitando mirarme. O evitando que yo lo mire.

—Yo también te echaré mucho de menos —lloriqueo mientras le doy besitos en la mejilla—, pero podemos seguir hablando, llamándonos, volveré en cuanto pueda para verte, para veros —intento consolarlo y consolarme a mí misma.

No obstante, los dos sabemos que no será lo mismo. Nada se compara con poder compartir nuestro día a día juntos, nuestros desayunos, poder dormir abrazados, oler su perfume, jugar con sus mechones, acariciar su piel, besar sus labios. Dios, ¿cómo puede ser el amor tan bonito y tan doloroso al mismo tiempo?

—Cada día te enviaré una foto de *Dunita* —bromea tembloroso.

—Sí, por favor —sonrío destrozada—, yo te enviaré las *fototetas* que siempre me pides.

Gael ríe contra mi cuello, y es entonces cuando noto que lo tengo mojado.

Está llorando.

Con ambas manos le sujeto la cara y lo fuerzo a que deje de esconderla bajo mi pelo. Hago un puchero al ver la carita que tiene, los ojos llorosos, las mejillas húmedas, los labios inflados.

—Ay, mi amor… —sollozo, qué mal me siento.

—No pasa nada, estoy bien. —Intenta sonreír sorbiendo por la nariz—. Si que te vayas significa que por fin podré tener una *fototeta* diaria, habrá valido la pena —bromea.

La broma le dura dos segundos, porque su sonrisa se torna en un puchero que me rompe el corazón en mil pedacitos y vuelve a esconder su cara, esta vez en mi pecho, haciendo que me tumbe hacia atrás, quedando los dos abrazados sobre las sábanas arrugadas, mientras Gael me humedece la piel que sobresale del escote del mono y yo lo acaricio con todo mi amor, enredando los dedos en su pelo.

—Perdóname —murmura minutos después—. Que esté triste no

significa que no esté feliz por ti.

Trago saliva, intentando no volver a romperme.

—Te has convertido en una mujer increíble. —Se sorbe la nariz —. Ya lo eras, pero ahora lo sabes, y eso te hace ser aún más increíble.

—Si me sigues diciendo cosas bonitas, conseguirás que no me vaya.

—Fuerte, lista, valiente, graciosa, guapa, independiente, buenorra…

Río a carcajadas, y juraría que puedo notar cómo Gael sonríe.

—Es broma —se apresura a decir—, bueno, broma no es, eres todas esas cosas, pero no quiero que te quedes por mí, estaré bien.

—No sé qué haré sin ti.

—Sí lo sabes, por eso estoy feliz.

Por fin se gira para mirarme. Esta vez su sonrisa es más real, pese a que los ojos le siguen brillando por la llorera que nos hemos metido los dos. Le seco las mejillas con la yema de los dedos, disfrutando de cada roce, de cada milímetro de su cara, de cada imperfección, de cada pelo de la barba que me raspa con suavidad.

Se coloca a mi lado y nos quedamos tumbados el uno frente al otro, entrelazando nuestras piernas. Con su sien apoyada en la mía, me acaricia el borde de mi rostro, disfrutando como yo de cada roce. Nos besamos con ternura, con un amor tan grande que no nos cabe en el pecho. Su mano recoge mi cara apretando con suavidad contra él. Yo escondo las mías bajo su camisa negra, acariciándole el abdomen.

Los besos cada vez queman más mis labios, hasta necesitar que estos se tornen más profundos, que nuestras lenguas se acaricien con más fuerza, con más necesidad. Mis caricias sobre su abdomen se transforman en suaves arañazos que se deslizan hacia su pelvis.

—Todavía no son las doce —ronronea en mi boca.

—Que les den por culo a las doce.

Subiéndome a horcajadas sobre él, vuelvo a besarlo, esta vez con ansia, con voracidad. Gimoteo entre sus labios de dolor, un dolor profundo en el pecho. Porque sus besos saben a despedida, a un quizá que no pudo ser, a un adiós. Sus fuertes manos me atrapan con vehemencia, apretándome contra su cuerpo. Empiezo a frotarme de arriba abajo, mi cuerpo me grita que necesita más de él, que lo necesita todo.

Me separo de él a regañadientes para levantarme de la cama, él

se desliza hasta el borde para quedarse sentado mientras me observa. Colocándome entre sus piernas, vuelvo a besarlo lentamente mientras noto el roce de sus dedos deslizarse por mi nuca, por el nudo donde tengo atado el mono. Lo deja caer. Termino de quitármelo arrastrándolo al suelo, quedándome solo en braguitas.

Gael me agarra del culo con brusquedad para pegarme a él y comienza a devorar mis pechos, intento ahogar un gemido, mientras con fuerza le tiro del pelo para apretarlo más contra mí. Sin dejar de lamer, besar y mordisquear, sus manos deslizan con delicadeza mi ropa interior hasta dejarla en el suelo junto al mono.

Yo intento desabotonarle la camisa como puedo, consigo dejarla medio abierta, lo suficiente como para clavar mis uñas en sus pectorales con la mano con la que no estoy estrujándole la cabeza.

—No tengo protección —murmuro un poco avergonzada.

—He traído. —Lo miro divertida—. No me mires así, soy un chico precavido —sonríe dándome una cachetada—, están en ese bolso.

Correteo hacia el pequeño bolso de mano que ha traído y lo abro en busca de la caja de condones. Mis dedos rozan un ruidoso papel y me asomo para ver que es papel de regalo.

¿Un regalo?

—¿Qué es esto?

—Ah, sí —carraspea—, es para ti.

—¿Para mí? —Lo miro confusa—. ¿Por qué?

—Porque te quiero. —Traga saliva—. Porque quiero que te acuerdes de mí.

Hale, a llorar de nuevo.

No sé lo que es, pero me da igual, cualquier cosa que quiera darme para que me acuerde de él es suficiente para hacerme amarlo eternamente. Enjugándome las lágrimas con la mano, me acerco a él para volver a colocarme entre sus piernas y besarlo con devoción.

—Va, no llores —intenta ocultar la congoja que se instala en su garganta—, si lloras voy a pensar que no te gusta.

—Sea lo que sea, me va a gustar —gimoteo.

—Va, ábrelo.

Respiro hondo antes de empezar a rasgar el papel de forma cuidadosa; noto la mirada de Gael sobre mis dedos, tensa. No dejo de repetirme a mí misma que me calme, que no llore más, pero todas las

palabras se van al garete en cuanto veo el collar.

—No puede ser.

Me lanzo a sus brazos, escondiendo la cabeza en su cuello para llorar como una niña pequeña. Gael me acoge entre ellos y noto en su entrecortada respiración que él también vuelve a llorar.

Intento calmarme, no quiero que llore más. No quiero alargar más este drama que nos envuelve. Me limpio las lágrimas esbozándole una sonrisa antes de limpiarle las suyas. Me mira haciendo un puchero del que no creo que sea consciente. Verlo tan vulnerable conmigo, con su corazón abierto de par en par… Creo que es la muestra de amor más grande que puede darte alguien.

—¿Te gusta? —gimotea.

—Es el mejor regalo que me han hecho en mi vida. —«No llores, por favor»—. ¿Me lo puedes poner?

Me giro dándole la espalda, por encima de mi hombro le paso el precioso colgante y Gael me lo coloca con tanta suavidad que me complica cada vez más contenerme las lágrimas. Bajo la vista para observar el precioso collar. Un colgante de plata adornado con una pieza en forma de cola de sirena, con pequeñas incrustaciones de diamantes.

Es increíble, es tan bonito.

—Mi *sirenetta* —susurra en mi oído.

Me giro para abrazarlo de nuevo.

—Gracias, gracias, gracias —murmuro en su cuello—. Es precioso, no me lo voy a quitar nunca.

Ríe apretando el abrazo.

—Me alegra que te guste.

De repente se me ocurre una idea. Me separo de él y me permito observarlo unos instantes.

—¿Qué pasa?

—Yo también tengo algo para ti.

Me separo y, nerviosa, me acerco al escritorio.

—Bueno, no es un regalo, pero es algo muy importante para mí, que quiero que tú me guardes.

Enarca las cejas confuso mientras me mira abrir un cajón y sacarla. Con el corazón a mil, me acerco a él y se la entrego. La analiza unos instantes sin saber muy bien qué es. Entonces su respiración se corta en seco y me mira sorprendido.

—¿Es tu carta?

—Sí.

Mi carta a mi yo del futuro.

—¿Me la das a mí?

—Sí.

Me va a dar algo de los nervios.

—¿Por qué? ¿No se supone que es para ti?

—Lo es, por eso quiero que me la guardes, para que me la des cuando nos volvamos a ver. Cuando tú también estés preparado para leer la tuya, cuando los dos seamos las personas que deseamos ser. Sé que cuando eso suceda, estaremos juntos para poder disfrutarlo, lo sé. Por eso quiero que la tengas tú, como símbolo de que mi yo futuro estará a tu lado.

Se apoya la carta sobre el pecho sorprendido.

La mira, me mira a mí, vuelve a mirar la carta. No es capaz de pronunciar palabra, pero la forma en la que aprieta la mandíbula, en la que su respiración se acelera, la forma en que me mira con esos ojos verdes que tanto echaré de menos... Sé que le ha gustado y me hace muy feliz.

Entre besos y caricias, volvemos a desearnos, a admirarnos, a querernos. Tras colocarse la protección, me siento a horcajadas sobre él. Con lentitud y mimo, bajo abrazando su miembro con mi sexo. Completamente desnuda, solo con el colgante de sirena puesto.

Los movimientos son placenteramente suaves, tiernos, apreciando cada rincón de nosotros, cada segundo unidos. Entre palabras de amor y besos de despedida, hacemos el amor como si esa noche fuera eterna. Nos dormimos abrazados, en calma, como si, pese a estar completamente rotos por nuestra despedida, estuviéramos en paz.

Cierro los ojos sabiendo que esta noche ha sido una de las más tristes y más maravillosas de mi vida.

Capítulo 88



Gala

No sé qué despedida ha resultado más dramática.

La despedida con mis abuelos ha sido un mar de lágrimas entre los tres, no quería llorar, pero ha sido ver a mi abuelo con los ojos rojos como dos tomates y no he podido evitarlo. Les he prometido que volvería pronto a verlos, que los llamaré mucho más a menudo. Estos meses con ellos me han hecho sentir tan bien y a la vez tan apenada conmigo misma por no haber sabido valorarlo… Sé que mantendremos el contacto y, aunque no será lo mismo que vivir juntos, me voy feliz sabiendo que me vuelvo a casa con dos personas maravillosas en mi corazón.

La despedida con mis amigos, Idara, Valen, Leo y Marco, tampoco se ha quedado corta. Gael no pudo acompañarnos porque, como de costumbre, estaba hasta el cuello de faena con los restaurantes, pero igualmente quise reunirme con ellos una última vez. Fuimos a un bar a tomar cervezas y Aperol Spritz, donde Las Borrachas de La Spezia hicieron honor a su nombre. Todo empezó entre bromas y risas, pero digamos que el alcohol hizo su efecto y terminamos todas llorando, diciéndonos lo mucho que nos queríamos y lo mucho que nos echaríamos de menos. Incluso a Leo se le escaparon un par de lagrimillas que no quiso admitir y se excusó en que eran de miedo, por tener que aguantar a Gael una vez que ya no esté yo aquí.

Me despedí de Pasquale y de su tripulación. La única despedida que no ha sido un drama entre lágrimas. Los chicos me dieron un par de abrazos sonrientes y la enhorabuena por haber mejorado tanto en el trabajo, cosa que me hizo sentir orgullosa. También me dieron la enhorabuena por haber aguantado a Pasquale durante tanto tiempo. Este, en su lugar, les dedicó una serie de improperios en italiano antes de quedarnos a solas.

El maldito hombre es más duro de roer que una roca, ni un ademán de darme un abrazo hizo. Así que fui yo la que se lanzó a sus brazos pillándolo por sorpresa; tardó unos segundos en reaccionar, pero terminó devolviéndome el abrazo. Un abrazo fuerte y sentido. Qué pena que no le guste dar abrazos, porque creo que ha sido uno de los mejores que he recibido.

Aproveché uno de los días en que Gael estaba en el restaurante de Manarola para pasarme por allí a verlo y así despedirme de los demás. Tampoco habíamos tenido mucha relación, pero por educación quise ir a darles un abrazo de despedida. Todos han sido tan amables y simpáticos conmigo, una parte de mí se apena por no poder seguir conociéndolos.

Puede que ese mismo día aprovechara la visita para colarme un ratito en el despacho de Gael. Puede que acabase con la cabeza de Gael entre las piernas. Puede que también acabase empotrada contra la mesa con Gael haciéndome gemir en cada embestida.

Puede ser. No haré declaraciones.

Antes de irnos para el aeropuerto le he pedido a Gael quedarme un rato en su casa. No por hacerle cochinadas, sino por jugar con *Dunita*. Con ella sí que he llorado a lágrima viva. ¿Cómo puedo querer tanto a un animal? Gael por poco ha tenido que tirar de mí para irnos, o perdería el avión a ese paso.

Mis abuelos se han ofrecido a acompañarme hasta el aeropuerto también, pero no he querido que estuvieran paseando tanto rato entre trenes, sé que para ellos es algo mucho más costoso por su edad. Así que Gael se ha pedido el día de fiesta para poder acompañarme. Tengo un nudo en la garganta que no me deja tragar, no nos hemos despedido todavía y ya quiero llorar.

Durante todo el trayecto en tren hasta el aeropuerto casi no hablamos. No dejamos de tocarnos el uno al otro en ningún momento, ya sea con besos, con caricias o cogidos de la mano. Me dedica una

sonrisa cada vez que lo miro y yo intento hacer lo mismo, pero ambos sabemos que estamos intentando calmarnos el uno al otro.

—Me va a dar un puto ataque al corazón —escupe nervioso.

—Creo que a mí también. —Río entristecida.

Gael ha querido llevarme la maleta, aunque le he dicho que yo podía sola. Hasta que nos soltamos la mano al llegar a la puerta de los controles no me doy cuenta de lo fuerte que las teníamos cogidas. Me giro con el corazón en la boca para quedarnos cara a cara.

Salto a sus brazos antes de ponerme a llorar.

Siempre he sido una persona muy sensible, por eso siempre he intentado aparentar ser más fuerte de lo que soy. Pero con Gael me siento tan cómoda que me permito ser todo lo vulnerable que quiera, todo lo llorona que me apetezca. Porque me siento bien, no me siento juzgada, no me siento en peligro.

—Nos veremos pronto, ¿sí? —susurra cogiéndome la cara con ambas manos.

—No te olvides de mí.

—Aunque quisiera, no podría hacerlo.

Nos besamos con ternura. Sus pulgares me rozan los pómulos para quitarme las lágrimas. Pese a que tiene los ojos húmedos, no llora. Me alivia ver que está más entero, aunque una parte de mí sabe que se está aguantando para no añadir leña al fuego.

—Quiero decirte que… —trago saliva—, que…, que tú puedes…, ya sabes, hacer lo que quieras. —Aparto la vista incómoda—. Sé…, sé que ya lo sabes, pero quería decírtelo, para que no te sientas cohibido por…, por mí.

Noto cómo su mandíbula se tensa.

Me sujeta del mentón para obligarme a mirarlo a los ojos.

—¿Qué intentas decirme?

Dios, esto es horrible.

—Que ahora que no estaremos juntos —intento tragar saliva, pero tengo la boca seca—, eres libre de hacer lo que quieras con…, con otras chicas.

Frunce el ceño confuso.

—¿Crees que esa es mi preocupación ahora mismo? Mi chica está a punto de coger un avión para no volver, en lo último que pienso es en hacer nada con nadie que no sea ella.

«Mi chica», dice. Sonrío.

—Lo sé. —Suspiro enternecida y triste a partes iguales—. No digo que tengas que hacerlo, digo que eres libre de hacerlo.

—Tú también eres libre de hacerlo.

Río compungida.

—Ya, claro… —niego con la cabeza—, creo que prefiero meterme a monja.

—Yo prefiero pegarme un tiro en la polla antes que dejar que otra que no seas tú me la toque.

Estallo en carcajadas haciendo que la gente de nuestro alrededor se gire sorprendida.

—Eres un romántico empedernido.

—Solo para ti, mi *sirenetta*.

Aprovechamos hasta el último segundo para besarnos, enredándonos en un abrazo que me escuece romper. Un último beso, un último «Te amo» antes de separarme de él. Me adentro en el control de seguridad y le mando un beso que finge atrapar en el aire y se lo planta en la mejilla; le mando otro beso que atrapa y coloca sobre sus labios.

El último beso al aire se lo incrusta en el corazón.

Capítulo 89



Gala

Mi llegada al aeropuerto de Madrid ha sido todo un espectáculo.

No me ha dado tiempo a leer lo que ponía en la pancarta que sujetaban mi padre y mi hermano, porque Lola y Elena se me han lanzado encima como dos rottweilers tirándome de culo al suelo. Mi madre ha seguido tras ellas, gritando como una loca antes de agacharse para unirse al abrazo.

Lloro y río al mismo tiempo.

Mi corazón está aquí con ellos.

Aunque una parte de él siempre lo tendrá guardado un italiano de ojos verdes.

Liberación

Nombre femenino

1. Acción de liberar o liberarse.

La liberación de una carga emocional.

Epílogo



Gala

El amor propio es una liberación, pero también puede convertirse en una carga. Una carga emocional que te hace sentir enfadada contigo misma por haber permitido ciertas actitudes dañinas, por haberlas justificado, por haberlas aceptado como válidas porque te hacían sentir merecedora de ellas. El amor propio nos obliga a cargar con la conciencia de entender lo que realmente nos aporta en nuestra vida y de lo que realmente nos hemos de desprender.

Aunque nuestro corazón no esté de acuerdo muchas veces.

Amor propio sin liberación es un duelo sobre nuestros hombros de lo que deberíamos haber hecho pero no hicimos. De lo que no deberíamos haber permitido pero permitimos. Una culpa que imponemos sobre nuestro yo pasado por no querernos como nuestro yo presente. La rabia de haber sido construidos a partir de golpes, de errores, de decisiones que ahora no compartimos con quien las tomó.

Es por eso por lo que he aprendido que el amor propio no es el final del camino, es el inicio de uno nuevo. Un nuevo camino donde liberarse de la culpa, de la rabia, del rencor. Deshacer ladrillo a ladrillo a esa persona que construiste para reconstruirla a partir del respeto, el cariño, los límites, el amor.

No fue fácil volver a casa.

No fue fácil volver a mi vida.

No fue fácil volver a ver a Darek.

Superar una relación no solo es desprenderte del vínculo que te ata a esa persona, sino desprenderte de lo que sigues arrastrando una vez que el vínculo está roto. Volver a ver a Darek no fue fácil, no porque lo echara de menos, ni porque siguiese sintiendo amor por él.

Pero sí me hizo sentir muchas cosas.

Me hizo sentir rabia, pena, inseguridad. Todos esos pensamientos que creía tener controlados se derrumbaron frente a mí en cuanto lo volví a tener delante. Porque, por mucho que hubiera mejorado mi autoestima, por mucho que fuese consciente de lo que realmente había entre nosotros dos, había algo que no había hecho todavía: liberarme.

Liberarme de la culpa que sentía por haberle permitido hacerme daño, pero también por la culpa que sentía por habérselo hecho yo a él involuntariamente. Liberarme de la rabia por todo lo que me había hecho, pero también de la rabia que seguía sintiendo hacia mí misma, por haber seguido en el mismo sitio donde me dañaron. Pena por mi yo pasado, también pena por él, porque es una lástima no ser capaz de mantener vínculos sanos, no ser capaz de querer a alguien bien, no ser capaz de conocer lo que realmente es el amor.

Sucedió en una fiesta, sabía que tarde o temprano volveríamos a coincidir porque, pese a mantener contacto cero con él, no iba a desaparecer de la faz de la tierra de un día para otro. Encontrármelo sin previo aviso después de tanto tiempo fue el detonante de mi ataque de ansiedad, fue como si todas las heridas que estaban sanando se abrieran de golpe de un tirón, un torbellino de emociones que incluso me hicieron dudar de si verdaderamente lo había superado o me estaba engañando a mí misma.

Lo había superado a él, pero todavía no había superado el daño.

Verlo las primeras veces fue como si me dieran una patada en el pecho y me lanzaran pasos atrás en mi camino. Muchas veces creí que no saldría de ese nuevo bucle incluso peor que el anterior, que nunca lograría olvidarlo del todo, desprenderme de su presencia del todo. Creí que no sería capaz de conseguirlo.

Pero sí lo he sido.

Fue difícil desaprender lo aprendido, desprenderme de ciertos pensamientos negativos, de sensaciones dañinas que me hacían sentir que seguía siendo la misma niña insegura y manipulable.

Pese al rechazo que me causaba la idea, decidí ir al psicólogo, y

he de decir que ha sido una de las mejores decisiones que he tomado este año. Mara, mi psicóloga, y me atrevería a decir amiga, me ha ayudado mucho en este proceso y le estaré eternamente agradecida. Pero, pese a ese apoyo profesional que he tenido con ella, este camino lo he recorrido yo sola, yo he conseguido superar los obstáculos, incluso los que me ponía a mí misma. He trabajado duro en ello, he puesto todo de mí, en mí misma.

Y lo he conseguido.

Después de casi cinco meses desde mi vuelta a Madrid, puedo decir que he sanado la herida que lleva el nombre de Darek. Su imagen en mi memoria es tan solo un nombre que a veces decide aparecer pero que ya ni tan solo tiene un significado, no tiene importancia, no tiene valor.

Darek ya no forma parte de mi vida ni de mi daño. Ya no anhelo esa última conversación, ya no me preocupa no haber cerrado las cosas de una forma más bonita, una forma con la que yo creía que me sentiría más en paz. Estoy en paz porque sé lo que soy, sé lo que he dado y sé lo que me merezco.

Estoy en paz conmigo misma, independientemente de lo que pueda pensar Darek de mí.

Porque ya no me importa, mi valía no depende de él.

Depende única y exclusivamente de mí.

—¿En qué piensas? —me examina Elena—. Estás sonriendo.

—En la borrachera que nos vamos a pillar esta noche por mi cumpleaños.

—¡Dilo, tata! —chilla Lola haciendo que la pareja que tenemos delante en la cola se gire asustada—. ¡No puedes quitarte en toda la noche la banda de cumpleañera ni mucho menos la diadema, ¿eh?!

—Por favor, deja que me quite la diadema —río divertida, tocando el pene de tela que tengo sobre mi cabeza—, al menos dentro del restaurante, qué vergüenza.

—Da gracias que no hemos encontrado uno del tamaño del de Gael.

—Podría haberlo utilizado de perchero para colgar la chaqueta.

—¡Por favor! —Elena hace una divertida mueca—. Sois unas cerdas.

Reímos mientras avanzamos en la fila. Justo antes de llegar a la puerta consigo convencer a mis amigas para que me dejen quitarme

semejante vulgaridad de la cabeza, al menos durante la cena. Tras decirle el nombre de la reserva al camarero trajeado de la puerta, nos acompaña a la mesa. Justo al sentarme recibo un mensaje que hace que mis ojos se humedezcan un poquito.

> Pásatelo genial esta noche con tus amigas, cielo. Ojalá pudiera estar allí contigo y darte un beso por cada año que cumples. No os paséis mucho con la bebida (que os conozco), y si necesitas cualquier cosa, llámame, sea la hora que sea.
> *Ti amo, mia sirenetta.*

Instintivamente, me acaricio el colgante al leerlo.

Hace cinco meses desde que nos despedimos. Cinco meses en los que no hemos dejado de hablarnos, de llamarnos, de hacer todo lo posible por continuar manteniendo ese vínculo tan bonito y especial que nos une. Pero también cinco meses en los que no nos besamos, no nos tocamos, no descubrimos nuevos sitios juntos, no compartimos tiempo juntos, no hacemos el amor. ¡Dios! Echo tanto de menos las manos de Gael sobre todas las partes de mi cuerpo...

Más de una vez hemos intentado cuadrar nuestros horarios para poder vernos, ir a visitarlo yo o que él venga aquí, pero ambos estamos en un momento de nuestras vidas en el que nos es imposible.

He vuelto a empezar las prácticas y estoy feliz de poder volver a hacer lo que me gusta. Esta vez me han puesto en la planta de Urgencias, yo creo que como castigo de mi tutor por haberlas dejado a medias el semestre pasado sin previo aviso, pero me las apaño más que bien, dejando de lado los primeros días, en los que creía que me iba a morir.

Tengo tan claro que este es mi sitio, que esto es lo mío. Me encanta ayudar a las personas, cuidar de ellas, esta es mi vocación, y por muchas dificultades que pueda pasar sé que las iré superando todas, porque soy feliz aquí, porque aquí quiero quedarme.

Gael, por su parte, está hasta los topes de trabajo, sigue explotado por sus propios padres y, pese a que estos últimos días lo he podido ver en las videollamadas un poco más relajado, vive por y para el trabajo. Por y para sus padres. Durante estos meses he intentado hacerle ver una y mil veces que tiene que parar con todo esto. Pero, aunque lo sabe, no lo hace, no se atreve.

A una parte egoísta de mí le gustaría convencerlo para que se viniera aquí a Madrid, conmigo. Poder volver a estar juntos, poder encontrar su lugar aquí, a mi lado. Pero sé que es algo con lo que él tiene que lidiar individualmente, es él quien ha de tomar las decisiones en su vida, así que por mucho que me duela estar en esta situación, nunca he intentado convencerlo de hacer algo que él no quiera.

Se lo he dejado caer alguna que otra vez, porque tampoco soy tonta y obviamente no voy a fingir que estoy feliz estando a kilómetros de él, porque él no quiere dar el paso. Pero nunca he querido hacerle sentir forzado o culpable de que estemos así. Es su vida, es su decisión. Tal vez algún día se atreva, tal vez nunca lo haga.

Lo que sé es que cada uno de nosotros tiene su propio camino y yo continúo en el mío.

Con o sin Gael, mi camino es mío.

—¿Qué te dice el bombón italiano?

Lola se inclina intentando leer la pantalla de mi móvil.

—Que no bebamos mucho.

—No tiene fe.

—*Buona notte*, señoritas, qué honor tenerlas aquí hoy.

Levanto la vista risueña ante la voz familiar. Mis ojos se encuentran con unos preciosos ojos verdes, igual que los de su hermano.

—El honor es que la dueña nos atienda. —Lola deja caer sus pestañas coqueta—. ¿Has venido a verme?

Chiara ríe ante la poca vergüenza de mi amiga, Elena le da un codazo recriminatorio.

—Que es broma —responde Lola con los ojos en blanco—, Sara seguro que se habría reído.

—O se habría puesto celosa de que me lo digas a mí y no a ella —bromea Chiara—. Esta noche la cuenta de esta mesa corre a cargo del restaurante, como regalo para la cumpleañera.

—Qué fantasía —exhala Elena.

—¡Sangrías! ¡Muchas sangrías! —responde Lola.

—No teníais por qué —hago una mueca incómoda—, no hace falta, puedo pagarlo yo.

—Pero queremos invitaros, un regalo de parte de la familia De Simone. —Me guiña un ojo y yo sonrío apenada, comprendiendo que

quiere darme a entender que este regalo también es de parte de Gael.

Conocí a Chiara en el hospital.

Cuando el destino quiere que te cruces en tu camino con alguien, se encarga de hacerlo de mil maneras absurdas. En el caso de Chiara, apareció en Urgencias junto con su novia, Sara, la cual casi se había rebanado medio dedo cuando participaba en un cursillo de cocina que estaban haciendo para los cocineros de su próximo restaurante. Las atendí yo junto a mi enfermera supervisora, solo me hizo falta verle los ojos para saber que era ella.

Chiara, la hermana de Gael.

No nos dijimos nada pese a que ella también se me quedó mirando como si me reconociera. Luego me enteré de que efectivamente sí lo hizo, porque Gael le enviaba fotos mías cuando hablaban de mí, cosa que me pareció tremendamente tierna.

La segunda vez que nos vimos fue literalmente en la puerta de mi casa. Chiara se presentó con un ramo de flores, un paquete y una cara de querer que la tierra se la tragara.

—Soy Chiara, supongo que sabes quién soy —fueron sus primeras palabras—. El moñas de mi hermano me ha pedido que te traiga esto.

No supe qué responder mientras cogía temblando el ramo y el paquete atónita.

—Debes de gustarle mucho, porque se ha ofrecido a pagarme una buena cantidad de dinero con tal de que te lo trajese en persona a tu puerta.

—¿Por qué no me lo ha enviado por correo? —fue la única estupidez que me salió.

Ella rio asintiendo.

—Eso le dije yo, pero quería que te lo diera yo en persona ya que él no podía. —Puso los ojos en blanco—. Dice que así es más romántico.

Y, sí, lo fue. Invité a Chiara a pasar a tomar algo, es gracioso que ella haya conocido a mi madre antes que Gael, y se lo estuvo echando en cara divertida las siguientes semanas.

Abrí el paquetito delante de ella y casi preferí no hacerlo porque no pude evitar ponerme a lloriquear como una tonta. Eran fotos que había hecho con la cámara analógica que le regalé. Fotos con Pasquale, con *Dunita*, con sus amigos, mis amigos. Fotos con mis abuelos, fotos del pueblo e incluso una foto de Leo y Valentina

besándose que me hizo reír. Me puse roja al ver que en un par de ellas Gael salía solo, tumbado en la cama sin camiseta. Chiara apartó la cara divertida, pero no dijo nada.

También había un par de conchas, una pulsera de bolitas de colores y un libro. Todo junto a una notita escrita a mano:

> Unas cuantas fotos para que te acuerdes de nosotros (y de mis abdominales).
> Aunque parezca de alta joyería, la pulsera te la he hecho yo; me he hecho una igual para ir conjuntados con esta también.
> Encontré estas conchitas en la playa y pensé que podrían gustarte, así que te las guardé.
> Echaba de menos verte leer, así que me fui a una librería y cogí esta novela, creo que es parecida a las que te gustan, espero que haya acertado.
> La he cogido en italiano para que mientras la leas te acuerdes de mí, lo confieso.
> Te echo mucho de menos, *sirenetta.*

A partir de esa tarde, Chiara y yo nos convertimos en amigas. Ella me presentó a Sara, yo le presenté a Lola y a Elena. Nos llevamos genial y me lo paso superbién cuando quedamos, pese a que Chiara y Sara están bastante ajetreadas tanto por este restaurante como con la apertura del que inaugurarán pronto. Solemos vernos con frecuencia y una parte de mí siente que estar con Chiara es estar un poquito más cerca de Gael.

—Escúchame, esquizofrénica, como bebas agua y no sangría, no te subes en mi coche.

—Qué pesada —rebufa Elena—, ¡ya beberé luego de fiesta! Déjame beber lo que me dé la gana.

—Pues no te subes en mi coche.

—¡Gala, dile algo!

Río ante la rabieta de niñas pequeñas.

—No os peleéis en mi cumpleaños —elevo las cejas hacia Lola—, déjala que se pida agua.

—Tú tampoco te subes en mi coche.

Reímos escandalosas, y Chiara nos dedica una mirada furtiva desde la entrada de la cocina, divertida ante nuestro numerito pero dándonos un toque de atención. Su restaurante es, como dice Lola, un restaurante para pijos. Tanto la comida como el servicio son exquisitos, por eso siempre tienen tanto público y por eso no es precisamente económico. Aunque relación calidad-precio es sin duda

lo que vale, es un restaurante increíble y no podría haber escogido otro para celebrar mi veintidós cumpleaños.

—¿Qué significado tiene el número veintidós? —le pregunto curiosa a Elena.

Ella sonríe ilusionada ante la pregunta.

—En numerología, el número veintidós significa prosperidad, alegría y satisfacción en tu vida.

—Qué bonito —respondo enternecida—, pues no va desencaminado.

—En *lolalogía*, el número veintidós significa que te voy a meter veintidós chupitos por la garganta —bromea Lola.

Reímos mientras terminamos de devorar los maravillosos platos que Chiara nos ha traído con mucho amor cuando una cálida mano se apoya sobre mi hombro y me giro sobresaltada.

—Felicidades, cariño.

Los ojos se me salen de las órbitas ante la sorpresa.

El corazón se me sube a la tráquea y casi no me deja hablar.

—¡Dios mío! —Me aprieto el pecho con la mano instintivamente —. Cuánto tiempo sin verte, ¿todo bien?

—Todo genial, pero creo que preferiría explicártelo ella.

Sonriente, se hace a un lado para dejarme ver tras ella a su madre, la preciosa señora Hermelinda, sentada frente a mí, acompañada de una bombona de oxígeno que lleva colocada con un tubo en la nariz. Me mira risueña mientras me levanto con rapidez y me acerco a ella. De la emoción, los ojos empiezan a humedecérseme y lucho con todas mis fuerzas por no echarme a llorar.

Con cuidado, me lanzo a ella en un abrazo y siento que puedo respirar mejor después de este. Cuando volví a las prácticas fui a buscarla a su planta con la esperanza de que ya le hubieran dado el alta, y así fue. No había vuelto a verla desde que me fui.

Si el universo tenía un regalo para mí hoy, ha sido este.

—Qué ilusión verte de nuevo —suspira entre una risa seca.

—No sabes la ilusión que me hace a mí. ¿Cómo estás?

—Mejor que ayer, peor que mañana.

—Así me gusta. —Río aguantándome las lágrimas en la garganta.

—Felicidades, *il mio piccolo fiore*, estás estupenda —me observa interesada—, te brillan los ojos.

—Porque te hice caso, ahora he visto el mar —sonrío—, y

también porque me estoy aguantando las lágrimas para no llorar, la verdad.

Ella ríe carrasposamente dándome tiernas palmaditas en el muslo.

—Me alegra verte brillar.

Sonrío enternecida y vuelvo a agacharme para darle otro abrazo. Hermelinda me recoge el pelo tras la oreja y me susurra como si de un secreto se tratase.

—Este sí me gusta para ti.

Sorprendida, pego un respingo, dando un paso hacia atrás.

—Linda, ahora sí que me estás asustando, ¿eres bruja?

—Bueno, podría decirte que sí —ríe divertida señalando a mis espaldas—, pero también tengo ojos.

Las voces de Lola y Elena brotan escandalosas cantando la canción de *Cumpleaños feliz* a todo pulmón, y poco a poco la gente se va uniendo a la desafinada melodía. Tardo dos segundos de más en girarme. Dos segundos en los que dudo de si quiero hacerlo. Dos segundos en los que mi corazón se para. Dos segundos antes de encontrarme con esos ojos verdes.

Dos segundos y Gael.

Su sonrisa no cabe en el rostro mientras, tembloroso, se acerca a mí. Sujeta una pequeña tarta con una mano mientras con la otra cubre con cuidado las llamas de las velas para que estas no se apaguen. Me quedo tiesa en el sitio sin poder reaccionar, porque no tengo claro si lo que veo es real o es un sueño del que no quiero despertar. Antes de que me dé cuenta, las lágrimas acumuladas se escurren sobre mis mejillas.

—«... te deseamos todos... —coloca el pastel frente a mí, pero yo solo puedo mirarlo a él— cumpleaños feliz...»

Las soplo sin cerrar los ojos porque me niego a apartar la vista ni un segundo de los suyos.

—No has pedido un deseo —susurra.

—Porque lo tengo delante.

Recogiendo su cara entre las manos, me lanzo a su boca, a sus labios, a sus besos. Oigo los aplausos de la gente alrededor no sé si por finalizar la canción o por el numerito de película que estamos montando. Sonrío avergonzada, separándome, y tras despedirme efusivamente de Linda y de su hija, me vuelvo a mi mesa agarrada de

la mano de Gael mientras con la otra él hace malabares para que no se le caiga la tarta.

Sentados a la mesa, nos besamos de nuevo con ternura. Los dedos de Gael recogen mis lágrimas de felicidad.

—Te echaba tanto de menos —susurro entre sus labios.

—Yo mucho más, *amore*, no sabes cuánto...

—Por favor, parad ya, voy a vomitar el entrecot —gruñe Lola.

Riendo, nos separamos para mirar a mis amigas, que, sentadas frente a mí, sonríen felices.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —Me aprieta la mano Elena.

—¿Lo sabíais? —Río sorprendida—. ¿Cuánto tiempo lleváis aguantando este secreto sin moriros en el intento?

—¡Demasiado! —chillan al unísono.

Chiara y Sara se acercan un segundo a traernos platitos y cucharas para la tarta, y, pese a que no soy muy fan de los pasteles, este está increíblemente delicioso. Sara nos explica que es una especie de tarta de tres leches, con confitura de frutos rojos y crocanti de almendras o algo así. Una verdadera barbaridad para el paladar, incluso Elena repite un par de veces dejando su estricta dieta de lado.

Nos despedimos de ellas y de Hermelinda antes de irnos. Cogida de la cálida mano de Gael, me dirijo al coche de Lola cuando me da un pequeño tirón.

—Antes de ir, quiero enseñarte algo.

Me giro para ver cómo mis amigas sonríen cómplices y, mandándome un beso al aire, se meten en el coche a toda prisa.

—¡Nos vemos en la disco! —grita Elena desde la ventanilla—. No os entretengáis haciendo marranadas.

Con Bad Bunny a todo volumen, el coche de Lola se aleja, dejándonos solos. Me sorprendo a mí misma al estar nerviosa, jodidamente nerviosa. Como cuando tienes tu primera cita a los quince años con el chico que te gusta. Tras darme unos tiernos besos, me dirige al coche que reconozco como el de Chiara.

—¿Estás intentando secuestrarme? —pregunto por el camino, tratando de descubrir adónde vamos.

—Exacto, para que no vuelvas a irte de mi lado.

—Muchas gracias por la sorpresa —susurro avergonzada—, ha sido el mejor regalo del mundo.

—Quise convencer a mi hermana para que me dejara salir

desnudo de una tarta gigante, pero la aburrida dice que eso es antihigiénico.

—Qué tonterías tiene —bromeo divertida—, ojalá hubieras estado desnudo.

—Bueno, a eso le pondremos solución luego.

—¿Por qué no ahora? —Paseo mi mano sobre su muslo, juguetona.

—No me tientes —ronronea—, que sabes que contigo soy débil y antes quiero enseñarte algo.

Divertida, me bajo del coche, no sin antes volver a darle otro beso porque nunca serán suficientes. Hace tanto tiempo que no puedo dárselos que tengo todo el derecho a ser la persona más pegajosa del mundo ahora mismo. Gael no se queja, me los devuelve con el mismo amor y con el mismo nerviosismo que siento yo por verlo. Me parece adorable verlo así.

—Tápate los ojos —me pide dulcemente.

Escondiendo mis ojos entre mis manos, me arrastra con cuidado de la cintura, desorientándome todavía más. Le pregunto varias veces adónde vamos, pero su respuesta cambia a cada pregunta, jugando conmigo. De golpe nos paramos y sujeta mis manos con las suyas para que no las retire de mi cara.

—No mires hasta que yo te diga.

Oigo cómo saca un manojo de llaves y un ruido sonoro de metal que hace que me sobresalte, pero no me destapo. Abre una cerradura y vuelve a apoyar sus manos en mi cintura para acompañarme al interior de donde sea que me esté llevando.

—Te tiemblan las manos —lo chincho enternecida—. ¿Te pongo nervioso?

—Me pones cardíaco. —Me da una fuerte cachetada en el culo—. Ya puedes mirar.

La primera visión me descoloca, pues estamos en mitad de un gran local completamente vacío. Miro a todos lados desubicada, intentando reconocer dónde estoy. No lo hago, pero empiezo a atar cabos al vislumbrar al fondo una entrada hacia lo que parece ser una cocina.

—Esto es… ¿un restaurante?

—Bueno, lo será. —Traga saliva—. Es donde abriremos el nuevo restaurante.

—¿En serio? —pregunto emocionada—. ¡Es enorme!

Me paro en seco sorprendida.

—Un momento. ¿Has dicho «abriremos»?

—He dicho «abriremos».

Mi corazón deja de latir un segundo para volver con el triple de intensidad, instalándose en cada rincón de mi cuerpo. Miro a Gael preguntando con la mirada lo que no me atrevo a pronunciar con palabras. Él asiente levemente, apretando los labios en una sonrisa que quiere no sollozar.

—Lo he hecho, he apostado por mí.

Me lanzo entre sus brazos emocionada, apretándolo contra mí. Gael me rodea con fuerza, sus carcajadas hacen que mi cabeza rebote sobre su hombro. Me siento eufórica.

—Qué orgullosa estoy de ti —susurro contra sus labios.

—Ahora ya puedes meterme mano —bromea, y yo lo empujo divertida—. Ah, no, espera.

Se separa de mí y corretea divertido hacia la barra de bar, tras de esta saca una pequeña caja envuelta en papel de regalo.

—Tu regalo de cumpleaños —murmura dándome un beso en la mejilla.

Lo abro emocionada para encontrarme con dos cartas.

—¡Mi carta a mi yo futuro! —afirmo al reconocerla—. ¿Y la otra?

—Ábrela.

Con delicadeza, abro la segunda carta para encontrarme con dos billetes de avión.

—Son para este verano, para volver a Riomaggiore unos días —se rasca el cuello ansioso—, así podemos volver a ver a tus abuelos, a mi tío, a *Dunita*, a Idara, Valen, Leo... Puedo presentarte a mis padres también, aunque ya sabes cómo son, pero seguro que conociéndote entenderán mejor por qué también quiero estar aquí, contigo.

—¿Cómo se lo han tomado? —pregunto preocupada pese a la vorágine de ternura y amor que siento ante el regalo.

—Mal, evidentemente —ríe entristecido—, pero acabarán aceptándolo. No puedo seguir bajo la sombra de nadie, aunque sean mis padres. Mi vida es mía, yo escojo mi camino y he decidido que quiero apostar por mí, que quiero apostar por esto —sus brazos se abren señalando el local que nos envuelve—, y quiero apostar por esto —posa su dedo índice sobre mi corazón— y, bueno, por esto

también… —Sus manos bajan hasta mi culo y lo estrujan con fuerza.

—¿Quieres apostar por mi culo?

—Por ese culo apostaría millones.

Entre carcajadas, vuelvo a besarlo enamorada perdida y sonrío como una tonta al ver lo guapo que es y lo feliz que me hace.

Pese a que me habría encantado haberle quitado la ropa a tirones y metérmela yo misma sin pudor alguno, tras unos besos más calientes que otros decidimos dirigirnos a la fiesta donde me esperaban mis niñas, Chiara y Sara, algunos compañeros más de la universidad y un par de compis de las prácticas que he conocido estos últimos meses.

La fiesta hizo honor a mi cumpleaños y, sobre todo, a dos personas que deseaba que hubieran estado ahí conmigo, mis Borrachuzas de La Spezia. Con unas copas de más, les hice una videollamada junto a Gael. Ellas reían divertidas mientras no dejaban de pedirnos que nos diésemos besos una y otra vez para confirmarles oficialmente que estábamos juntos.

Aunque llevamos estando juntos mucho tiempo.

Dormimos en su casa. Bueno, en la que dentro de unas semanas, cuando por fin se instale, será su casa mientras acaba de amoldarse a su nueva vida en casa de su hermana. Pese a haber estado pasando tiempo con ella estos últimos meses, nunca había estado en su casa y me quedé atónita al ver lo grande y bonita que es.

Empezamos haciendo el amor con lentitud, mimo y ternura, pero los efectos del alcohol y las ganas acumuladas de volver a devorarnos hicieron mella a los pocos minutos. Gael se hundía en mí como un animal, con furia, con ansia, con anhelo. Yo le respondía entre gemidos ahogados, arañándole la espalda desesperada de más, hasta llegar ambos al clímax, completamente desnudos. Lo único sobre mi piel: sudor, saliva, besos y un colgante con una cola de sirena.

Una sirena que ha reventado la pecera.

Una sirena que hace mucho tiempo que no teme al mar.



Acaricio el borde de la solapa respirando profundamente. Sentada sobre mi cama, le doy vueltas una y otra vez a la carta. No ha pasado tanto tiempo como para olvidarme de lo que escribí, pero sí lo suficiente para que la persona que va a leerla sea alguien completamente distinta de quien la escribió.

En una última inspiración profunda, rasgo el sobre de un tirón, rompiéndolo por una esquina y dejando entrever el papel que hay dentro. Lo saco con delicadeza, mis manos tiemblan ligeramente nerviosas, como si lo que fuese a encontrarme pudiese hacerme daño. En cierto modo me da un poco de desazón leerla, volver a revivir las emociones que escupí mientras la escribía. Pero he de leerla, porque esta carta es para mí. Sonrío mientras la desdoblo, siento a mi yo que escribió estas palabras tan lejano, como si realmente nunca hubiera sido yo, como si fuese la carta de una amiga que me escribe desde muy muy lejos.

Una amiga que ha sufrido mucho, una amiga que está pasando por un momento complicado en su vida, pero una amiga que saldrá de donde se encuentra. Porque en sus palabras se puede ver que es buena, que es valiente, que es fuerte. Ella es capaz, lo sabe, aunque le cueste reconocerlo. Sabe que vale más de lo que siente, brilla más de lo que puede ver.

Una amiga a la que quiero mucho, a quien desearía poder darle un abrazo y decirle que todo va a ir bien. Las lágrimas me empañan la vista incluso antes de empezar a leer.

CARTA A MI YO DEL FUTURO

Hola, Gala, espero que estés mejor que nunca.

Si estás leyendo esto es porque así lo sientes, por lo que estoy muy feliz por ello. Muy feliz por ti, por nosotras. En un principio quería escribirte lo mal que me siento, lo mal que lo estoy pasando y las ganas que tengo de poder salir de esto de una vez. Te diría que no sabes lo horrible que me siento ahora mismo, lo hecho trizas que tengo el corazón, pero claro que lo sabes. Por eso no quiero recordarte el dolor, porque si estás leyendo esto es porque ya no necesitas sentirlo para alejarte de él. Lo has conseguido tú solita, no puedo verte pero sé que lo has hecho, y solo puedo darte las gracias.

Ahora mismo no veo la salida del túnel, no sé cómo lo has conseguido porque siento que jamás seré capaz, pero confío en que tú sí has podido hacerlo, y solo puedo darte las gracias por ello. Quiero agradecerte lo que sea que hayas hecho para conseguir sacarme de esta pesadilla, ha sido la decisión correcta. Si has cometido algún error, no quiero que te estés martirizando por ello. Por mucho que lo intentes, es imposible hacerlo todo bien, todo perfecto, pero por

eso no tienes que sentirte menos. Sé que no lo haces, porque sabes que, incluso con errores, has conseguido sacarme de aquí.

Ahora eres feliz y eso es lo que importa.

¿Sabes? Creo que cuando termine esta carta compraré un billete de ida a Italia, con los abuelos. Según te escribo esto estoy tomando la decisión. ¡Joder! Es la primera vez que lo digo en alto, aunque sea por escrito. Lo voy a hacer, Gala, por ti. ¡A tomar por culo! Lo voy a hacer, aunque tenga que poner en pausa mi presente, para arreglar el tuyo.

Madre mía, ¿cómo se lo diré a mamá? ¿Cómo se lo has dicho? Creo que se lo diré una vez haya comprado el billete porque tú ya sabes lo que me costará convencerla. No sé realmente cómo saldrá esta locura, no sé si será esta misma la que consiga que estés leyendo esta carta, pero lo importante es que lo estás haciendo.

Como me ha dicho hoy Linda, el pez que no quiere salir de su pecera nunca sabrá lo que es nadar en el mar. Eso has hecho, Gala. Has escapado de la pecera y sé que no volverás a caer en ella porque ahora te queda pequeña, ¿verdad?

Ahora sabes lo que realmente te mereces, lo mucho que vales y lo que no debes permitirle nunca jamás a nadie.

¿Me lees? A NADIE.

Confío en ti y sé que lo estarás haciendo genial.

Es jodido estar escribiéndote esto y pensar en preguntarte por Darek. Lo siento si te molesta que lo haga, sé que si estás leyendo esto es porque ya no quieres oír respuesta a la pregunta. Pero ahora mismo necesito hacerlo. Sé que no estás con él, porque tú eres más fuerte que yo y lo has sacado de tu vida de una vez por todas.

Gracias por hacerlo por mí.

Por mi parte solo espero que él esté bien, no le deseo el mal y espero que tú tampoco. Aunque se lo merece y, de ser así, tienes todo el derecho. Desearía que con el tiempo se hubiera dado cuenta de todo el daño que nos ha hecho, de todo el dolor que nos ha causado y del tremendo error que ha sido perdernos por comportarse como una persona de mierda.

No me hace falta tu respuesta, porque sé que es algo que no ha sucedido ni sucederá, alguien que no se arrepiente del daño que causa jamás lo admitirá. Me jode mucho, pero tú y yo sabemos que nunca lo hará.

Pero ya no lo necesitas, ¿verdad? Ya no necesitas sus disculpas, ya no necesitas ese perdón que seguro que hemos estado deseando tanto tiempo. Porque su perdón nunca ha sido sincero y nunca lo será, así que no lo necesitas. No lo necesitamos.

Bueno, voy a dejar de hablar de ese personaje. ¡Esta carta es para ti, no para él! Me alegra mucho que seas feliz, tanto si estás acompañada como sola. Porque no necesitas a nadie, tú misma sabes hacerlo. Si estás con alguien es porque esta vez sí has conocido a una persona que te apoya, te cuida y te respeta. Más te vale que no sea otro capullo, porque entonces espero que Lola y Elena te den una buena paliza.

Estés como estés o con quien estés, quiero darte las gracias otra vez, desearte un futuro lleno de amor propio, salud mental y mucha felicidad. Aunque, bueno, si estás leyendo esto es porque ya lo tienes, ¿no? Qué envidia, tía, estoy deseando ser tú y leerme para darme cuenta de lo tonta que he sido aferrándome a lo mínimo que alguien quiso darme. No sé por qué le cuesta tanto, para mí es tan fácil quererlo y a él le cuesta tanto hacerlo bien.

Otra vez escribiendo sobre el capullo de Darek…, si es que no me soporto.

Me callo ya, no se merece que le dedique ni una lágrima más, aunque sé que todavía me quedan muchas por soltar. Pero no pienso dejar que me vea llorar por él nunca más.

En algún momento dejaré de hacerlo, y en ese momento seré tú. ¡Qué ganas de conocerte!

Te quiero, Gala, estoy muy orgullosa de ti.

Gracias por todo lo que has hecho por mí.

Un fuerte abrazo,

Tu yo del pasado .

Nota de la autora

Me tiemblan las manos escribiendo estas palabras porque soy consciente de lo que suponen. Despedirme de esta historia y de estos personajes es como perder un cachito de mi corazón. Llevan tantos meses acompañándome en mi día a día que ahora no sé vivir sin ellos. Esto sí que es peor que despedirse de un ex, aunque en realidad mis personajes, mis bebés, siempre estarán conmigo.

La historia que acabas de leer está dividida en las fases del duelo que sufre la protagonista tras su ruptura, pero quería aclarar que no existen fases exactas, o correctas, para superar una ruptura. He decidido que Gala pase por estos tiempos porque así lo veía conveniente, pero que ella haya seguido este camino no significa que sea el camino que todos los duelos han de seguir. También he querido dejar entrever que parte del proceso del duelo de Gala ya había sucedido dentro de su antigua relación, así que tampoco me gustaría que se tomase el lapso de tiempo en el que sucede la historia como referencia de cuánto ha de pasar para superarlo.

Tanto si tardas mucho más que Gala como si tardas mucho menos que ella, tu duelo es igual de válido.

Gala soy yo, Gala son mis amigas, Gala son las mujeres increíbles con las que me he topado en la vida, aquellas que han dado tanto por amor que se olvidaron de guardarse un poco para sí mismas. Gala puede que también seas tú y, si ese es el caso, quiero que sepas que, igual que Gala, *brillarás*.

Aunque, después de leer su historia, creo que ya lo estás haciendo.

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin el apoyo incondicional que siempre me han brindado mis padres. Mamá, papá, gracias por creer siempre en mí, incluso cuando ni yo misma lo hacía. Papá, gracias a ti y a tu pasión por la creatividad, soy la persona que soy ahora, gracias por hacerme ver lo bonito que puede ser el mundo a través de los ojos de un artista. Mamá, gracias por hacerme sentir que puedo conseguir todo lo que me proponga, siempre supiste que llegaría hasta aquí cuando yo todavía no sabía verlo.

Gracias a mi familia, sois lo más loco y maravilloso de mi vida. Gracias a mi hermana, por quien daría un riñón, pero a quien le pondré siempre el tenedor más feo. Gracias a mis primas, mis otras hermanas, siempre nos quedará la guarida de los cochinos. Unai, gracias a ti también, aunque eres un bebé y todavía no sabes leer. A mis abuelos, a mi *nonna*, la mujer más bella del mundo, y a mi abuelo, Francisco Querol García (dejo aquí tu nombre y apellidos para que la gente sepa quién es el patriarca, como a ti te gusta). Gracias también a mi yayita, la más tierna que os vais a encontrar (advertencia: puede agredir con el bastón). Gracias también a mis tías y a mis tíos, tanto a los de sangre como a los anexados, porque sois igual de locos y maravillosos que todos nosotros.

Gracias a ti, Mario, mi chiquito. No puedo describir con palabras lo afortunada que me siento de poder compartir mi vida y mis logros contigo. Gracias por ser mi mayor apoyo, por creer en mí y animarme a cumplir mis sueños. Sin ti esta novela no habría sido posible, porque contigo he tenido la suerte de conocer lo que es el amor sano, por ello te estaré eternamente agradecida.

Suegri, gracias por vivir con tanta ilusión este proyecto, sé que vas a leer el libro, así que quiero que sepas que las partes marranas no las he escrito yo, ¡ha sido un duende!

Gracias a mis niñas, a mis amigas, este libro es vuestro. Si Gala tiene unas amigas tan maravillosas es porque están inspiradas en vosotras. Tanto a las que me acompañáis desde antes de aprender a caminar como a las que he tenido la suerte de encontrarme por el camino os doy las gracias por hacerme sentir tan querida y escuchada siempre.

Gracias a Paula y a Marta, mis amigas y lectoras beta, gracias por formar parte de este proyecto y perdón por todos los errores ortográficos que tuvisteis que leer en el primer borrador.

Gracias a ti, Esther, la mejor editora que alguien podría tener, el destino nos unió en ese maravilloso viaje a Venecia porque sabía que haríamos un gran equipo. Gracias también a todo el equipo de Esencia y de Planeta, la maravillosa editorial de la que ahora formo parte, gracias por darme la oportunidad de compartir esta historia.

Sobre todo gracias a ti, lectora o lector. Tanto si estás entre estas páginas porque me conoces de redes sociales (si es así, te quiero, gracias por apoyarme, un besazo) como si has llegado a ellas por capricho del destino, quiero agradecerte haberme dado la oportunidad, haberle dado la oportunidad a mi primera obra.

Esta historia ahora también es tuya, espero que la hayas disfrutado.

Nos leemos pronto.

Banda sonora

11 razones, ℗© 2020 Universal Music Spain, S. L. U., interpretada por Aitana.

Corazón vacío, ℗© 2023 Warner Music Latina, interpretada por María Becerra.

Linda, ℗ 2021 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Tokischa y Rosalía.

Biografía

TAMARA MOLINA QUEROL nació en Barcelona y ha vivido toda su vida entre páginas. Su desenfrenada imaginación y creatividad la han empujado a compartir su pasión por la lectura y la escritura. Escritora, creadora de contenido en redes sociales y amante del sushi, Tamara sueña con llenar librerías con sus historias.

Donde no puedas encontrarme, su primera novela, es un mensaje de amor y esperanza para todas aquellas personas que conozcan el dolor de un corazón roto.

Encontrarás más información de la autora en: Instagram: @xtawie

TikTok: @tawiebooks / @xtawie

MatchStories es una colección de Esencia Editorial
Donde no puedas encontrarme Tamara Molina

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024
ISBN: 978-84-08-28927-2 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


NOEMÍ MUÑIZ
Juramento de sal
matchstories

Juramento de sal

Muñiz, Noemí
9788408289524
336 Páginas

La romcom de vecinos más atrevida que has leído jamás.

Duna y Gael son vecinos de planta y únicos habitantes del bloque en ese momento. Apenas se conocen, hasta que una compra *online* entregada por error provocará su primera toma de contacto y creará una brutal tensión sexual entre ellos.

Una proximidad forzosa que hará que salten chispas. Aunque...

Él no quiere enamorarse.

Y ella no cree en el amor.

Un buzón común lleno de incógnitas que ambos tendrán que resolver, promesas incumplidas y sentimientos que florecen por primera vez.

Un romance muy *spicy* que hará arder los cimientos del edificio.

«Una historia que te dejará el corazón calentito. Me encantaría poder tener la suerte de volver a leerla por primera vez.» Cristina Prada

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


MEGAN MAXWELL
Las guerreras Maxwell, 8
Mírame y bésame
esencia

Las Guerreras Maxwell, 8. Mírame y bésame

Maxwell, Megan

9788408270690

528 Páginas

Nueva entrega de «Las guerreras Maxwell», una saga romántica que nos traslada a la Escocia medieval.

Las gemelas Beth y Gladys Craig se vieron obligadas a abandonar Noruega y dejar atrás a su familia. Las constantes amenazas de su tío Leiv hicieron que sus padres tomaran la dura decisión de ponerlas a cargo de sus tíos Sven y Ottilia en Elgin, Escocia.

Físicamente son como dos gotas de agua: pelo rubio, ojos claros, delgadas, **pero sus caracteres son muy diferentes**. Mientras Beth es sonriente, noble, trabajadora y luchadora, Gladys es enfadica, ruin, holgazana y conformista.

A pesar de que Beth es muy consciente de los defectos de su hermana, ella la adora y la protegería con su propia vida, puesto que se lo prometió a sus padres. Desde pequeña siempre ha dado la cara por ella y la ha sacado de mil apuros, sin importarle quedar como la mala por ser la más bruta y guerrera.

Todo cambia cuando una noche Beth conoce a Iver McGregor, un guapo y joven *highlander* del clan McGregor.

Gladys, en vez de alegrarse, se encela. **¿Por qué ese guapo guerrero ha tenido que fijarse en su hermana y no en ella?**

Adéntrate en las páginas de esta **novela romántica cargada de acción y aventuras y descubre el daño que puede causar la**

envidia.

Opiniones de los lectores:

«Nunca me decepciona Megan y menos con esta saga a la que le tengo mucho cariño», Maica.

«Mujeres fuertes y valientes, historias complicadas. Lo recomiendo una y mil veces», M. Carmen.

«Me encanta la saga de las guerreras. Bueno me encanta todo lo que escribe Megan», Libélula.

«Soy muy fan de la pluma de Megan..., y esta saga de las guerreras es de mis favoritas de histórica romántica», Ani.


Judith Camacho /@alljuust
Somos un Ahora
matchstories

Somos un ahora

Camacho, Judith

9788408290643

384 Páginas

El campamento de verano más hot y divertido en el que estarás jamás.

¿Se te ocurre algo peor que pasar todo el verano en un campamento? Igual con siete años la idea te emociona, pero con diecisiete ya no, y menos cuando tienes tu propio planazo.

Samanta va obligada y sin demasiadas expectativas, sin saber que ese campamento puede cambiarle la vida.

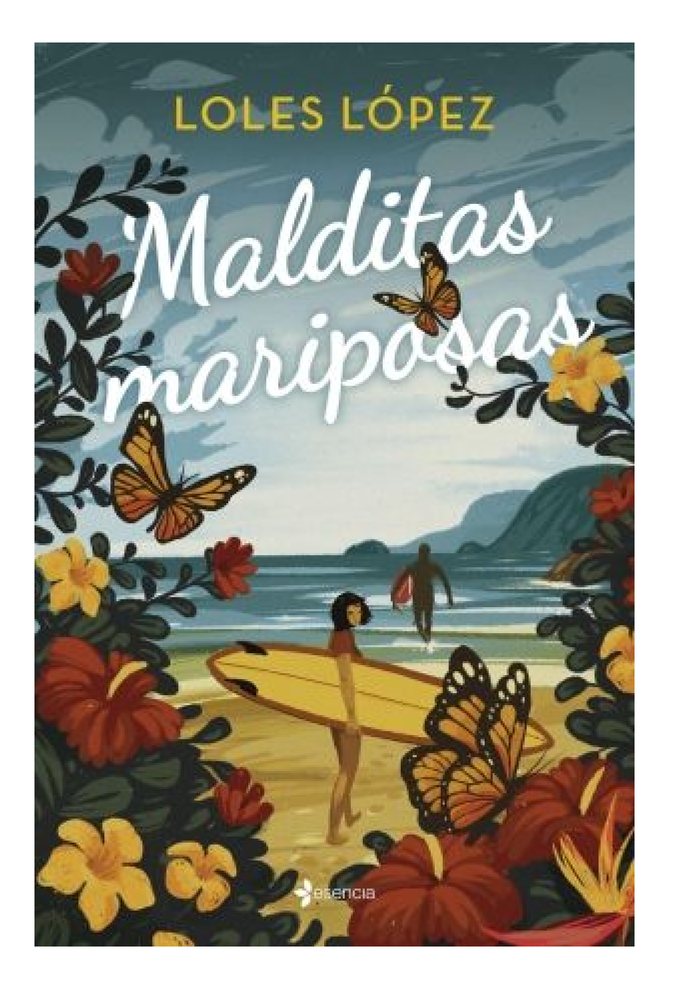
Dylan es un apasionado del surf que no duda en declararle la guerra a la chica nueva en cuanto tiene la oportunidad.

Un campamento.

Una guerra de bromas que desatará el amor y la verdadera amistad.

¿Qué sucederá cuando finalice el verano?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


LOLES LÓPEZ
Malditas mariposas
esencia

Malditas mariposas

Lopez, Loles

9788408247579

432 Páginas

Con tan solo diecisiete años, **Jimena decide deshacerse de su timidez y comenzar a cumplir sus objetivos.** Sin embargo, ella no contaba con que **Héctor, con esa mirada de perdonavidas, esa arrogancia al hablar y ese halo de peligrosidad, entraría en su vida** como un huracán para ponerlo todo patas arriba y le haría sentir por primera vez esas mariposas en el estómago de las que tanto había oído hablar.

Y aunque hay algo en su interior que le dice que lo olvide por muchas razones, no puede evitar acercarse a Héctor como una abeja lo hace a una flor…

Sin embargo, sus caminos acaban separándose. **Nueve años más tarde, Héctor vuelve a la vida de Jimena, más atractivo, más seguro e incluso más peligroso que antes,** pero ella ya no es una chica tímida. Ahora sabe lo que quiere y lo que le sobra, y no tiene miedo de decirle a la cara todo lo que piensa de él, aunque vuelva a sentir esas malditas mariposas que la alejan del confort y el control de su vida y desatan algo que pensaba que jamás iba a sentir…

¿Te puedes enamorar dos veces del mismo chico?

Un verano diferente.

Un romance prohibido.

Una separación que les hará cambiar irremediablemente.

Y es que el amor, a veces, necesita una segunda oportunidad para brillar con fuerza.


MIKEY FERNÁNDEZ
SIEMPRE NOS QUEDARÁ SEÚL
matchstories

Siempre nos quedará Seúl

Fernández, Mikey

9788408290414

336 Páginas

Un retelling libre y LGTBI+ en clave de boys love / drama coreano de Persuasión, una de las novelas más emblemáticas de Jane Austen.

Jokin tiene tres problemas:

El **primero** es que se ha mudado a **Seúl** para reencontrarse a sí mismo, pero su plan empieza a hacer aguas.

El **segundo** es que ha visto a **su ex, Ji-ho** y, en vez de actuar como un adulto maduro y saludar, ha huido corriendo como si fuera a poder evitarlo, cuando es el hermano de su única amiga en Seúl.

El **tercero** se llama **Kwang**, tiene el físico de un *idol* y ha dejado claro su interés en él. ¿El problema? Que son compañeros de trabajo.

¿Podrá Jokin enfrentarse al pasado y pasar página? ¿Elegirá a Ji-ho o a Kwang? Pero, sobre todo..., ¿conseguirá encontrar lo que realmente está buscando: a sí mismo?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)